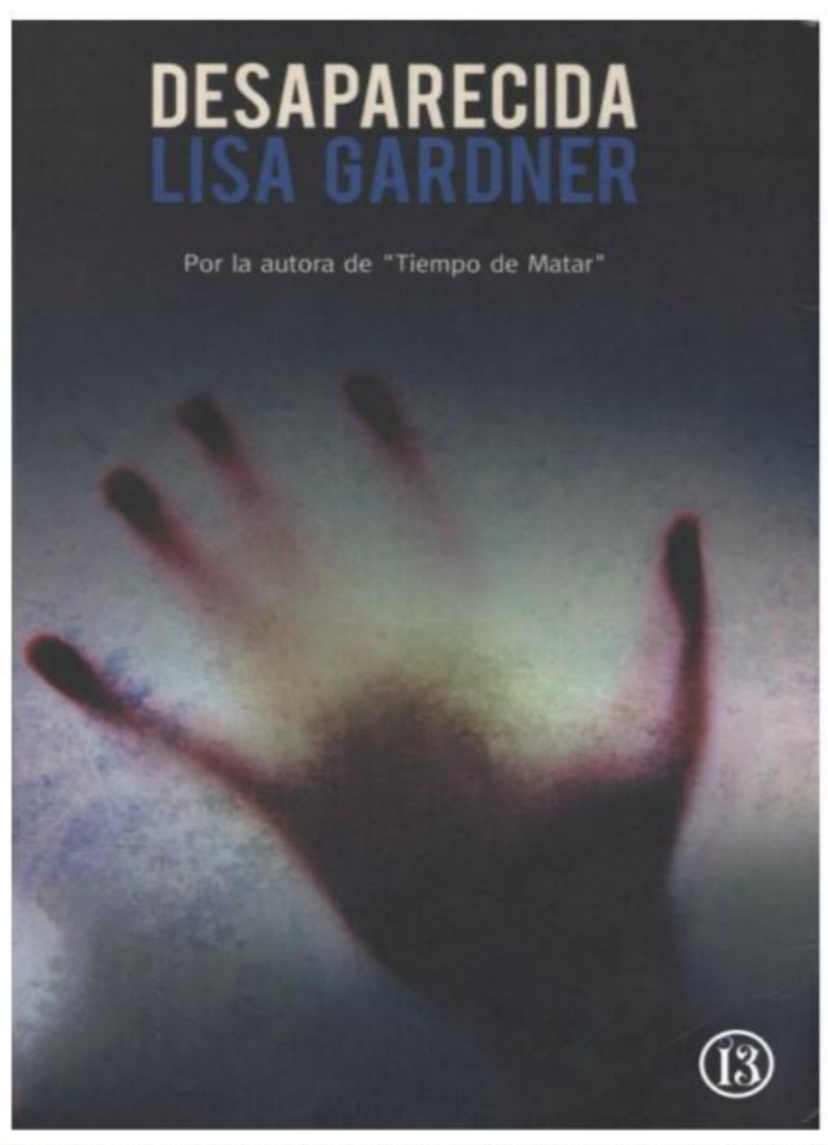
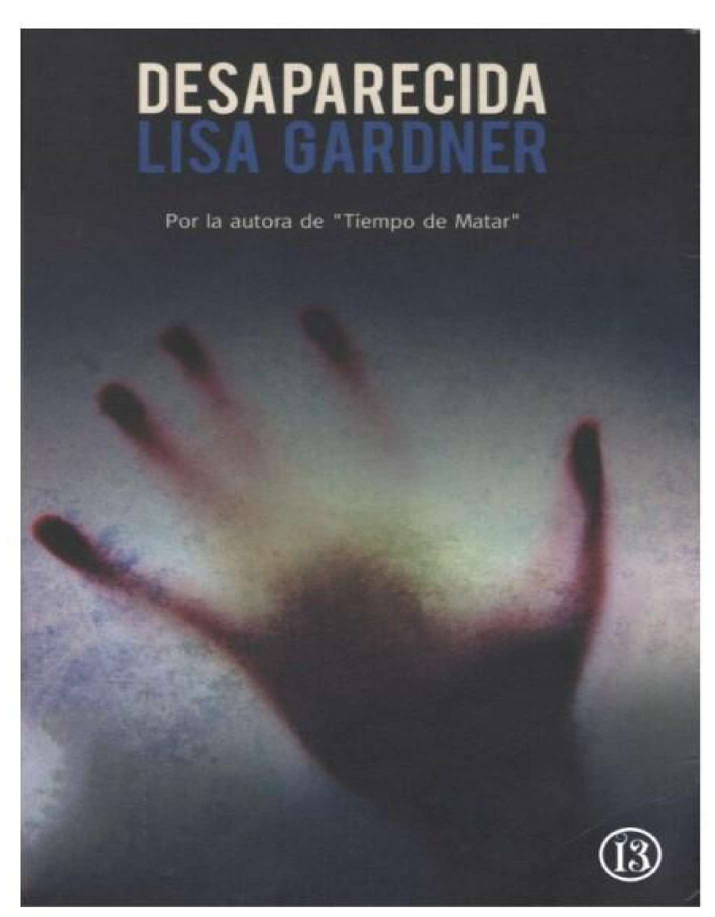
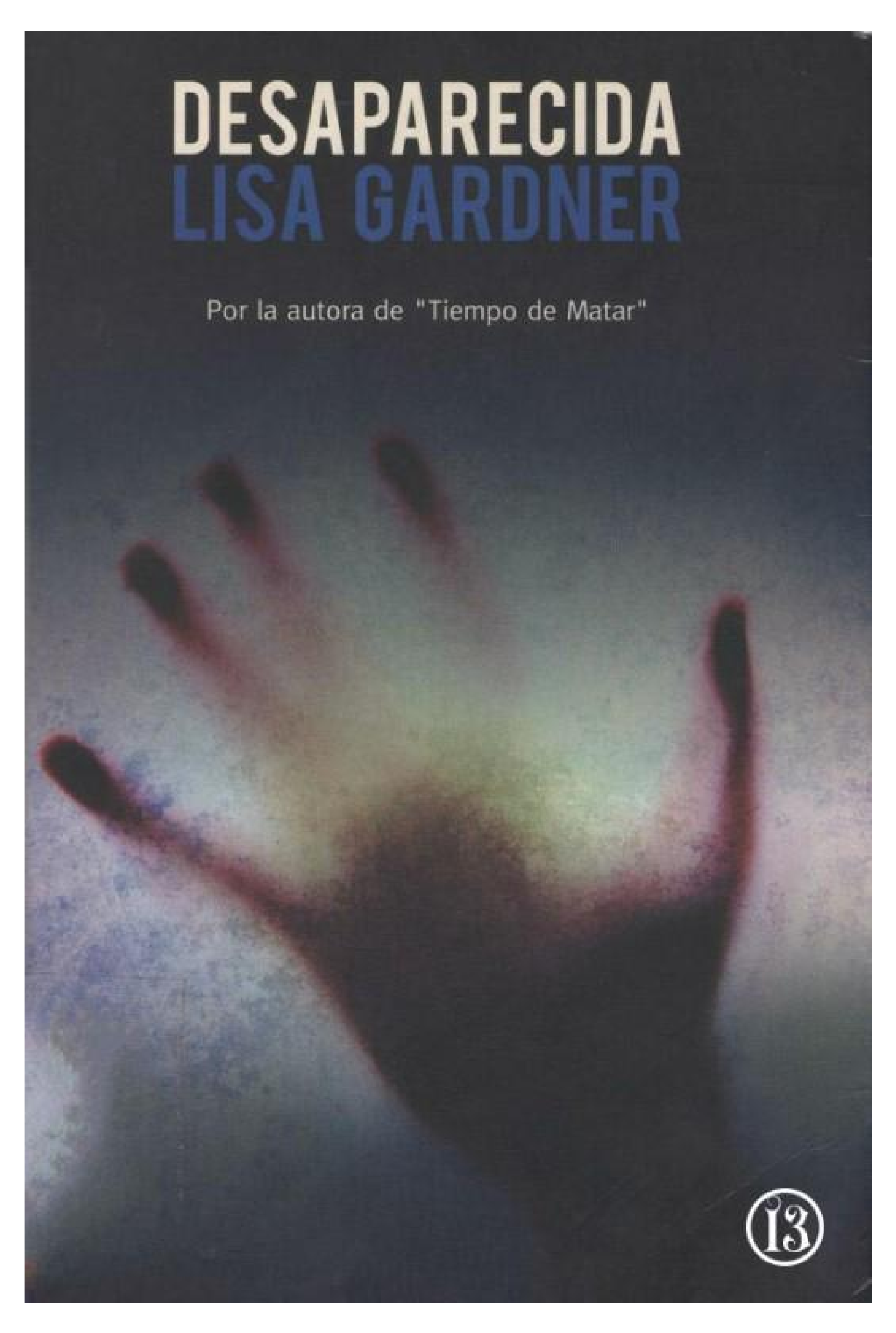


Para Pierce Quincy, criminólogo retirado del FBI, este el comienzo de su peor pesadilla: un automóvil abandonado en un tramo de la autovía de Oregón, con el motor en marcha y un bolso sobre el asiento del conductor. Y su ex esposa, Rainie Conner, desaparecida, sin dejar rastros de



Para Pierce Quincy, criminólogo retirado del FBI, este el comienzo de su peor pesadilla: un automóvil abandonado en un tramo de la autovía de Oregón, con el motor en marcha y un bolso sobre el asiento del conductor. Y su ex esposa, Rainie Conner, desaparecida, sin dejar rastros de



Para Pierce Quincy, criminólogo retirado del FBI, este el comienzo de su peor pesadilla: un automóvil abandonado en un tramo de la autovía de Oregón, con el motor en marcha y un bolso sobre el

asiento del conductor. Y su ex esposa, Rainie Conner, desaparecida, sin dejar rastros de lo ocurrido.

¿Alguno de los fantasmas del problemático pasado de Rainie al fin la había encontrado? ¿O su desaparición sería el resultado de uno de los casos en los que había estado trabajando… un doble homicidio particularmente atroz o el posible abuso de una Rainie de niña profundamente perturbada? Junto a su hija, la agente del FBI Kimberly Quincy, Pierce lucha contra las autoridades locales en una batalla contrarreloj, en una búsqueda frenética por conocer las respuestas a todas las preguntas que siempre temió hacer.

Un hombre sabe lo que ocurrió esa noche. Adopta el seudónimo de un asesino atrapado hace ya ochenta años y se pone en contacto con la prensa. Sus términos son específicos: quiere dinero, poder y fama. Y si no logra lo que pretende, Rainie desaparecerá para siempre. Mientras el tiempo corre hacia un plazo aterrador, Pierce se sumerge precipitadamente en la cacería más desesperada de toda su vida en busca de un asesino, de una verdad letal y del amor de su vida, que podría desaparecer… para siempre.

Lisa Gardner

Desaparecida

Capítulo 1

Martes, 00:24, hora de la costa oeste

Está soñando otra vez. No quiere. Se pelea con las sábanas, agita la cabeza, intenta evitar que la persona del sueño, ella misma, suba esas escaleras, abra esa puerta, entre en esa oscuridad.

Despierta ahogando el grito que le invade la garganta, con los ojos a punto de saltársele de las órbitas y todavía viendo cosas que no quiere ver. La realidad va regresando muy poco a poco, a medida que va percibiendo las paredes grises y pálidas, las ventanas oscuras, el lado vacío de la cama.

Se va al baño, mete la cabeza debajo del grifo y traga unos cuantos sorbos de agua tibia. Todavía oye la lluvia que brama fuera. Tiene la sensación de que no ha dejado de llover ni un momento en todo ese mes de noviembre, pero quizá solo sea su estado de ánimo.

Entra en la cocina. La nota sigue sobre la mesa. Siete días después ya ni siquiera la lee pero no tiene valor para tirarla.

Momento de hacer inventario de la nevera: yogures, atún, piña, huevos. Coge los huevos y se da cuenta de que llevan dos semanas caducados.

A la mierda, se vuelve a la cama.

El mismo sueño, las mismas imágenes, el mismo grito visceral.

1:00 horas: se levanta de una vez. Se ducha, busca algo de ropa limpia y luego se queda mirando el demacrado reflejo que ve en el espejo.

—¿Cómo se escribe cagada? R-A-I-N-I-E.

Se va a dar un paseo en coche.

Martes, 2:07, hora de la costa oeste

—Está llorando el crío —murmuró.

—Despierta.

—Mmm, cielo, te toca a ti ir a ver al crío.

—Cari, por el amor de Dios. Es el teléfono, no el niño, y es para ti. Espabila.

La mujer de Carlton Kincaid, Tina, le dio un codazo en las costillas. Después le tiró el teléfono, volvió a hundirse bajo las mantas y se tapó el cabello de color moca con el edredón. El mejor momento de Tina no era en plena noche.

Por desgracia, el de Kincaid tampoco. Sargento detective, crímenes graves, oficina de Portland de la policía estatal de Oregón, se suponía que estaba preparado para ese tipo de llamadas. Sólida inteligencia. Imponente incluso. Pero Kincaid llevaba ya casi ocho meses sin poder dormir bien una noche entera y estaba empezando a notarlo. Se quedó mirando el teléfono de mal humor y pensó que más les valdría que aquello fuera bueno, maldita fuera.

Kincaid se sentó e intentó parecer alegre.

—Di-ga.

Había un policía al otro lado del teléfono. Los había llamado un ayudante local del sheriff. Habían encontrado un vehículo abandonado en una cuneta de una carretera rural del condado de

Tillamook. Hasta ese momento no había señal del propietario cerca del vehículo y tampoco en la dirección legal del propietario.

Kincaid tenía una pregunta.

—¿El vehículo está en una propiedad pública o privada?

—No sé.

—Bueno, pues averígüelo, porque si es privada, vamos a necesitar un consentimiento para registrar los terrenos. También va a tener que ponerse en contacto con el fiscal del distrito para conseguir una orden para registrar el vehículo. Así que ponga en marcha al fiscal, asegure la escena y yo estaré ahí en… —Kincaid le echó un vistazo a su reloj —, cincuenta y cinco minutos.

—Sí, señor.

El agente colgó y Kincaid se puso en marcha. Kincaid llevaba doce años con la policía estatal de Oregón. Había empezado siendo un simple agente, había pasado algún tiempo en el grupo especial antibandas y luego lo habían trasladado a crímenes graves. Por el camino se había procurado una bella esposa, un gran chucho negro y ocho meses atrás, un chiquillo sano y alegre. La vida transcurría según el plan, si en ese plan se incluía que él y su mujer llevaban más de medio año sin dormir ni masticar la comida.

Los críos no te dejaban descansar. Y crímenes graves tampoco.

Podía oír la lluvia que caía a cántaros sobre el tejado. Menuda mierda de noche para que te sacaran de la cama. Siempre guardaba dos mudas de ropa en el maletero del coche del departamento. En noches como aquella, con eso solo sobrevivía a la primera media hora. Mierda. Le echó un vistazo a la cama y sintió una punzada, después pensó que ojalá hubiera sido el niño llorando, después de todo.

Con el piloto automático puesto, rebuscó en la cómoda y empezó a ponerse ropa. Estaba abotonándose la camisa cuando su mujer soltó un suspiro y se incorporó.

—¿Muy grave? —le susurró en voz baja.

—No sé. Un vehículo abandonado por la zona de Bakersville.

—Cariño, ¿qué tiene eso que ver contigo?

—La puerta del conductor está abierta, el motor sigue en marcha y hay un bolso en el asiento del pasajero.

Su mujer frunció el ceño.

—Qué raro.

—Sí.

—Cariño, odio los casos raros.

Kincaid se puso la cazadora, cruzó el espacio que lo separaba de su mujer y le plantó un gran beso en la mejilla.

—Vuelve a dormir, cielo. Te quiero.

Martes, 1:14, hora de la costa oeste

No ve nada, maldita sea. Lleva los limpiaparabrisas al máximo y las varillas se agitan con violencia por el parabrisas pero da igual. Llueve, llueve y llueve sin parar. Una curva en la carretera. Gira un poco tarde y no tarda en deslizarse sin control por el agua.

Le cuesta respirar. Tiene hipo. ¿Está llorando? Es difícil de decir pero se alegra de estar sola en la oscuridad.

Levanta el pie del acelerador y regresa con cuidado a su carril. Que sea tan tarde tiene sus ventajas. No hay nadie más en la carretera al que pueda castigar con sus errores.

Sabe adónde va sin ni siquiera decírselo a sí misma. Si pensara en ello sería una decisión consciente, lo que no haría más que subrayar el hecho de que tiene un problema. Es mucho más fácil descubrirse entrando en el aparcamiento de la taberna El Cordero Asado. Hay otra media docena de vehículos repartidos por el solar de gravilla, la mayoría camionetas de cabinas anchas.

Los bebedores empedernidos, piensa. Hay que ser de una pasta especial para salir una noche como esa.

¿Qué está haciendo allí?

Se queda sentada en el coche, aferrándose al volante con fuerza. Nota que empieza a temblar. La boca se le está llenando de saliva. Ya está anticipando ese primer trago largo y frío de cerveza.

Por un momento pende sobre el precipicio.

Vete a casa, Rainie. Vete a la cama, mira la tele, lee un libro. Haz algo, haz lo que sea menos esto.

Está temblando todavía más, su cuerpo entero se convulsiona al inclinarse sobre el volante.

Si se va a casa, se quedará dormida. Y si se duerme…

NO subas esas escaleras. NO abras esa puerta. NO te asomes a ese lugar lóbrego.

Hay tanta oscuridad en su interior. Quiere ser una persona real. Quiere ser fuerte, decidida, y estar cuerda. Pero sobre todo siente que es la oscuridad lo que se mueve dentro de su cabeza. Comenzó cuatro meses atrás, los primeros tentáculos le acariciaron las esquinas de su mente. Y ahora la consume. Ha caído en un abismo y ya no es capaz de ver la luz.

Rainie oye un ruido.

Levanta la cabeza.

Ve una figura grande que surge de repente en medio del chaparrón. No grita. Coge su arma.

El vaquero borracho pasa tambaleándose sin saber lo cerca que ha estado de que le pegaran un tiro en el culo.

Rainie vuelve a dejar su Glock en el asiento del pasajero. Ha dejado de temblar. Tiene los ojos muy abiertos y una gran sonrisa. Una especie de locura, fría como un témpano, que es peor, mucho peor.

Mete la marcha y vuelve a adentrarse en la noche.

Martes, 3:35, hora de la costa oeste

Bakersville, Oregón, era un pequeño pueblo costero situado en pleno condado de Tillamook. Acurrucado en las sombras de la imponente cordillera costera del interior del condado de Tillamook. Interminables hectáreas de verdes explotaciones ganaderas, kilómetros de playas rocosas y, desde el punto de vista dé un detective, un problema creciente con las meta-anfetaminas. Un buen lugar para vivir si lo que te iba eran los garitos y el queso. No mucho más que hacer si eso no era lo tuyo, que se lo dijeran a los chavales de por allí.

A Kincaid debería haberle llevado cincuenta minutos llegar a Bakersville. En una noche como esa, con visibilidad cero, pasos de montaña resbaladizos y un auténtico chaparrón, a Kincaid le llevó una hora y cuarto. Aparcó en el punto iluminado, casi sin aliento y ya con la sensación de que se le escapaban las cosas de las manos.

La buena noticia era que los primeros en responder habían hecho bien su trabajo. Tres reflectores colocados en lugares estratégicos deslumbraban la noche con haces de alta potencia que atravesaban el chaparrón. La cinta amarilla que indicaba que aquello era la escena de un crimen aislaba un perímetro de un tamaño bastante decente, fuera del cual comenzaban a amontonarse los coches.

Kincaid observó la camioneta del ayudante y luego la del sheriff, después un monovolumen negro e impecable con todas las luces y demás perifollos conectados; supuso que pertenecía al fiscal del condado de Tillamook. Iban a necesitar más efectivos si decidían lanzar una búsqueda a gran escala y necesitarían que el laboratorio forense y los de Huellas Latentes procesasen la escena, pero esas eran llamadas que tendría que hacer él.

Una hora y cuarenta minutos después de la primera llamada todavía estaban cubriendo el terreno básico. ¿Tenían o no tenían un crimen entre manos? La mayor parte de los contribuyentes quizá creyeran que la policía entraba en ese tipo de situaciones a toda máquina. Notificaban al laboratorio de Investigación Criminal, traían a la guardia nacional, llamaban a los helicópteros. Sí, bueno, esos mismos contribuyentes no dejaban de recortar el presupuesto de la policía estatal, hasta el punto de que en esos momentos Kincaid tenía a tres detectives y medio trabajando para él en lugar de los catorce originales. En el mundo real, el trabajo de la policía significaba que él tenía que mirar el dólar con cada decisión que tomaba. Y para bien o para mal, en aquellos tiempos le tocaba trabajar en plan barato.

Kincaid aparcó detrás del monstruoso Chevy Tahoe negro y apagó el motor. No le quedaba opción. Abrió la puerta y salió al diluvio.

La lluvia se le clavó justo en la frente. Se detuvo un momento y se preparó para la carnicería. Un momento después tenía el pelo empapado y el agua se le colaba por el cuello de su gabardina Columbia, se había acabado la peor parte. Ya no tenía que preocuparse por llenarse de barro o mojarse, ya estaba empapado.

Kincaid recorrió con paso penoso el espacio que lo separaba del maletero de su Chevy Impala, sacó el cubo gigante de plástico que

contenía su equipo y se metió debajo de la cinta amarilla.

El agente Blaney se acercó trotando, con las botas negras Danner chapoteando en el barro. Era un buen poli, llevaba todo el equipo reglamentario para la lluvia, incluyendo una chaqueta azul y negra de la policía estatal que parecía una cazadora de motero en un mal día. A nadie le gustaba esa chaqueta. Kincaid guardaba la suya metida en el maletero para esas raras ocasiones en las que rondaba la prensa… o un oficial superior.

Era obvio que Blaney llevaba al fresco un buen rato; la cazadora tenía un aspecto tan resbaladizo como el cristal bajo las potentísimas luces mientras que debajo del refugio del sombrero de ala ancha, le resbalaban riachuelos de agua por aquel rostro de mandíbula cuadrada y le caían goterones de la nariz. Blaney le tendió la mano y Kincaid le devolvió el favor.

—Agente.

—Sargento.

El sheriff del condado de Tillamook y uno de sus ayudantes habían seguido los pasos del agente. Blaney hizo las presentaciones mientras todos se apiñaban en un grupo empapado al que le castañeteaban los dientes y mantenía los brazos apretados contra los costados para mantener el calor.

El ayudante Dan Mitchell había sido el primero en responder. Un chaval joven, familia de granjeros pero entusiasta. No le gustaba la pinta que tenía aquello, la puerta abierta, los faros encendidos, el motor en marcha. Ni que aquello fuera Hollywood. Así que había llamado a Atkins, que se había puesto como una fiera por tener que salir de la cama con una noche como aquella pero que había bajado hasta allí.

El sheriff supuso una pequeña sorpresa. Para empezar, el sheriff era una mujer, lo que la convertía en la sheriff Shelly Atkins. Además, estrechaba la mano con firmeza y tenía una mirada firme, sin tonterías; no era una persona que se anduviera por las ramas.

—Mire —interpuso la sheriff en medio del enérgico discurso de su ayudante—, Tom está esperando —y señaló con la cabeza al fiscal, al que Kincaid vio entonces metido en su monovolumen—. Tenemos una orden de registro para el coche y, según las instrucciones de su agente, hemos confirmado que esto es propiedad pública. Verá, no sé qué diablos ha pasado aquí pero alguien dejó ese coche a toda prisa y eso

me preocupa. Así que vamos a poner las cosas en marcha o no quedará nada que encontrar salvo un montón de informes policiales empapados.

No se podía discutir con eso así que el pequeño grupo se movió hacia el coche, bordeando con cuidado la puerta abierta.

El vehículo era un modelo tardío de Toyota Camry, exterior blanco, interior de tela azul. Bonito, pero nada del otro mundo. El conductor se había apartado bastante, había intentado salir de la carretera y lo había hecho de forma consciente. A la izquierda de la puerta del conductor estaba la serpenteante carretera rural. A la derecha había un terraplén escarpado que subía hasta un bosque envuelto en vegetación.

Como había informado el agente por teléfono, la puerta del conductor estaba abierta por completo, el extremo de la puerta, de hecho, arañaba el borde del asfalto. Lo primero que pensó Kincaid fue que la mayor parte de la gente no abría tanto la puerta. Quizá solo si tenían las piernas muy largas. O quizá si estaban cargando o descargando algo del coche.

Algo que daba que pensar.

Desde aquel ángulo, Kincaid podía distinguir la forma de un bolso de cuero marrón que aguardaba en el asiento del pasajero.

—¿Han comprobado el bolso? —dijo sin preguntarle a nadie en concreto.

—Yo lo cogí —informó el ayudante Mitchell, que ya parecía a la defensiva—. Para buscar algún carnet, ya sabe. Es decir, me pareció extraño encontrar el coche con las luces encendidas, el motor en marcha, la puerta abierta de par en par. Tenía que empezar por algún sitio.

—¿Encontró una cartera?

—No, señor. Pero luego abrí la guantera y encontré los documentos del coche. Saqué el nombre de ahí.

—¿El bolso estaba vacío?

—No, señor. Había montones de cosas en el bolso, cosméticos, bolígrafos, PDA, etc. Pero no vi nada que se pareciera a una cartera. Volví a colocar el bolso justo como lo encontré. Le juro por Dios que

no toqué nada más.

—Salvo la guantera —dijo Kincaid con suavidad, pero en realidad no estaba enfadado. El ayudante tenía razón, había que empezar por algún sitio.

Habían apagado el motor del coche, lo había hecho el agente para conservar la gasolina del depósito. Cuando se encontraba un vehículo abandonado, siempre resultaba útil ver cuánta gasolina quedaba en el depósito. Pero el motor funcionaba bien cuando había llegado el ayudante Mitchell y, a primera vista, a las ruedas no les pasaba nada. Parecía descartar que hubiera parado a causa de algún problema mecánico.

Kincaid se dirigió a la parte posterior del Camry y le echó un vistazo al guardabarros. No había señal de abolladuras ni arañazos, aunque era difícil de decir con todo tan mojado. Hizo un intento poco entusiasta de buscar huellas de otras ruedas o de pisadas. La lluvia torrencial había destruido el suelo y no había dejado nada salvo charcos de agua cenagosa. La advertencia de la sheriff Atkins no iba descaminada, al menos no del todo.

Se inclinó sobre el interior del vehículo con cuidado de no tocar nada.

—¿El propietario es una mujer? —preguntó.

—Según los documentos del coche —comentó el agente Blaney—, se llama Lorraine Conner, de Bakersville. La sheriff Atkins envió un ayudante a la dirección. No respondió nadie.

—¿Tenemos una descripción física?

—Según los archivos de tráfico, mide uno sesenta y siete, sesenta kilos, pelo castaño, ojos azules.

Kincaid miró a la sheriff Atkins.

—Uno sesenta y cuatro —le confirmó—. No quería tocar nada todavía pero, a primera vista, el asiento parece darle la razón.

Eso era lo que pensaba Kincaid. El asiento estaba bastante cerca, más o menos lo que era de esperar. Tendría que comprobar los espejos, por supuesto, y también la altura del volante pero eso tendría que esperar hasta que las ratas de laboratorio y los de Huellas Latentes hubieran acabado. Según Blaney, el depósito de gasolina estaba medio

lleno antes de que él apagara el motor, así que si bien sondearían las gasolineras locales para estar seguros, lo más probable era que Lorraine no lo hubiera llenado en los últimos días.

Se irguió y parpadeó para apartar las gotas de lluvia mientras empezaba a darle vueltas a la cabeza.

Kincaid se había pasado los tres primeros años como agente trabajando en la carretera de la costa. Era sorprendente cuántos de sus informes comenzaban con el descubrimiento de un vehículo abandonado. El océano parecía atraer a la gente, hablarles por última vez. Y esas personas bajaban a la costa a contemplar un último atardecer glorioso. Luego cerraban el vehículo, se metían en los bosques y se volaban los sesos.

Pero en todos aquellos años Kincaid jamás había visto que nadie se alejara así de un coche, con el motor en marcha, los parabrisas golpeando el cristal y los faros encendidos.

El ayudante Mitchell tenía razón. Aquella escena era demasiado hollywoodiense. Algo no iba bien.

—Muy bien —dijo Kincaid—. Vamos a abrir el maletero.

Martes 1:45, hora de la costa oeste

Había dejado de prestar atención. Sabe que está mal. En otro tiempo fue ayudante de sheriff de una ciudad pequeña y bien sabía Dios que había visto con toda exactitud lo que puede pasar cuando, aunque solo fuera por un segundo, los ojos de una persona se desvían de la carretera.

Pero está muy cansada. ¿Cuánto tiempo lleva sin dormir? ¿Horas, días, meses? El cansancio ha erosionado sus habilidades motoras. Su memoria a corto plazo está hecha polvo. Intenta recordar lo que hizo ayer, pero el recuerdo que flota en su mente podría ser con toda facilidad de la semana anterior. Ha perdido la noción del tiempo. Su vida existe en un vacío.

Los limpiaparabrisas golpean el cristal con un ritmo seco. La lluvia bate el techo del coche. Los faros se balancean en medio de la noche.

Siendo más joven, catorce, quince años, antes de que le dispararan a su madre, había tenido un novio al que le encantaba salir en noches como aquella. Buscaban una carretera secundaria, apagaban

los faros y surcaban la noche.

—¡Yihaaaa! —Rugía su novio antes de echar un trago de Wild Turkey.

Más tarde follaban como monos en el asiento trasero, un contorno borroso de güisqui, sudor y condones.

Al pensar en aquellos días, Rainie siente una punzada. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que se sintió joven, salvaje y libre. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que sintió la confianza suficiente como para conducir a ciegas en la oscuridad.

Y luego sus pensamientos se desvían y la llevan a un lugar al que no quiere ir.

Piensa en Quincy. Recuerda la primera vez que estuvieron juntos. La forma que tuvo de acariciarla, con tanta ternura. Cómo la abrazó después.

—Rainie —la tranquilizó en voz baja—, no es malo disfrutar de la vida.

Y ahora le duele. Le duele tanto que está más allá del dolor, no puede respirar. Siete días después y todavía es como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho, mueve los labios pero no encuentra aire.

La carretera hace una curva. Está demasiado distraída para reaccionar. Las ruedas giran y los frenos chillan. Su coche empieza a dar vueltas y ella suelta el volante. Quita el pie del acelerador. Se encuentra dejándose ir, una versión solitaria de Thelma y Louise a punto de caer por el Gran Cañón, agradeciendo la oportunidad de terminar con todo de una vez.

El coche gira hacia la cuneta, luego vuelve de golpe al medio. Los viejos instintos se hacen cargo, la memoria muscular de aquellos tiempos en los que era una policía hábil y capaz. Coge el volante y lo rota a favor del giro. Va frenando con más cuidado y se aparta hacia la cuneta.

Y entonces sufre un ataque de nervios. Apoya la frente en el volante y berrea como un bebé, le tiemblan los hombros, tiene un ataque de hipo y le moquea la nariz.

Llora, llora y llora y luego piensa en Quincy, la sensación de su

mejilla contra el pecho de su marido, el sonido del corazón de él en su oído y empieza a sollozar de nuevo. Salvo que bajo esas lágrimas ya no hay tristeza, solo una rabia ardiente.

Lo ama, lo odia. Lo necesita, lo desprecia. Esa parece ser la historia de su vida. Otras personas se enamoran. Otras personas son felices.

¿Por qué para ella es tan difícil? ¿Por qué no puede dejar las cosas así?

Y entonces vuelven a surgir en su cabeza las imágenes. Los escalones del porche, la puerta que se abre, la oscuridad que la llama…

Rainie busca su arma en un acto reflejo. Para defenderse, para enfrentarse a aquello, para dispararle… ¿a qué? Ya conoce a su enemigo y es ella misma. Lo que, a su perturbada manera, le hace odiar a Quincy otra vez. Porque si él no la hubiera amado jamás, jamás habría tenido que saber lo que había perdido.

Sus dedos acarician la Glock. Y, durante solo un segundo, se siente tentada…

Un toque en la ventanilla.

Levanta la cabeza con una sacudida.

El universo explota en medio de una luz blanca.

Martes, 3:49, hora de la costa oeste

Al principio el ayudante Mitchell no entendió el contenido del maletero. Kincaid vio que por fin comenzaba a entender cuando lo vio ponerse de varias tonalidades de verde.

—Pero qué coño… —El ayudante dio un tropezón hacia atrás y levantó el brazo como si quisiera bloquear la imagen.

Kincaid metió una mano y levantó con cuidado la primera página de fotos. Su mirada salió disparada hacia la sheriff Atkins.

—¿No sabe el nombre?

—No, pero acabo de empezar el mes pasado. ¿Es lo que yo creo que es?

—Oh, sí.

—Dios bendito. —La mujer se quedó mirando el coche abandonado—. Esto no va a terminar bien, ¿verdad?

—No es muy probable.

Kincaid sacó el teléfono e hizo la llamada.

Capítulo 2

Martes, 4:05, hora de la costa oeste

Fuera se oyó un trueno.

Quincy se despertó demasiado rápido. Se atragantó y sus manos se aferraron al colchón, su cuerpo se preparó para el golpe. Un instante después, rodó de lado con un movimiento fluido y se levantó de la cama.

Le temblaba el pecho. Tuvo que obligarse a mirar las flores del papel pintado de la pared para recordar dónde estaba y cómo había llegado allí. La conclusión a la que llegó lo despojó del resto de sus ganas de luchar. Se le hundieron los hombros. Bajó la cabeza. Se apoyó con fuerza en la ventana y observó la lluvia que azotaba el cristal en duras líneas diagonales.

Llevaba en aquel acogedor hotelito rural siete días ya, que eran más o menos siete días más de los que debería llevar. Al menos la propietaria era amable. No hizo ningún comentario sobre aquel hombre solo que alquilaba una habitación en una posada obviamente pensada para enamorados. Y tampoco se metía en nada cuando cada mañana él le pedía en voz baja que prolongara su reserva un día más.

¿Adónde llevaba todo aquello? ¿Cuándo terminaría? La verdad era que ya no lo sabía. Y era una idea que lo dejaba agotado. Lo hacía sentirse, por primera vez en su vida, muy, muy viejo.

Quincy tenía cincuenta y tres años, esa etapa de la vida en la que el cabello oscuro contiene más canas que otra cosa, en la que las patas de gallo se asientan con fuerza, en la que cada día te vas sintiendo más distinguido que atractivo. Todavía corría dieciocho kilómetros cuatro veces por semana. Todavía se entrenaba cada mes en el campo de tiro. Dos veces en su vida había tenido que enfrentarse en persona a depredadores en serie y no pensaba ablandarse solo por haber superado el medio siglo.

No era un hombre fácil. Lo sabía. Era demasiado listo y pasaba demasiado tiempo pensando en sus asuntos. Su madre había muerto joven y su padre jamás había hablado mucho. Había años enteros de su vida que los había pasado en silencio. Un muchacho que crecía así tenía que convertirse a la fuerza en un tipo concreto de hombre.

Se había unido a las fuerzas de la ley siguiendo un impulso y había comenzado su carrera en el Departamento de Policía de Chicago. Después, cuando resultó que tenía un don natural para perseguir mentes antinaturales, se había unido al FBI como especialista en perfiles. Había recorrido miles de kilómetros, había trabajado en más de cien casos al año, había viajado de motel en motel, sin dejar de estudiar la muerte ni un momento.

Mientras, su primera mujer lo abandonaba. Mientras, sus dos hijas crecían sin él. Hasta que un día había mirado a su alrededor y se había dado cuenta de que les había dado tanto a los muertos que ya no le quedaba nada para él.

Después de eso se había trasladado al Departamento de Proyectos Internos de la Agencia, había intentado pasar más tiempo en casa para estar con sus hijas. Incluso había intentado reparar la puntillosa relación con su ex mujer, Bethie.

Puede que hubiera hecho algún progreso. Era difícil saberlo. Tenía la sensación de que había parpadeado y en cuanto había abierto los ojos estaba recibiendo una llamada de Bethie. «Había habido un accidente de tráfico. Mandy estaba en el hospital. Por favor, ven rápido…».

Su hija mayor jamás había recuperado la conciencia. La habían enterrado poco antes de su vigésimo cuarto cumpleaños y, después, Quincy había regresado a su oficina sin ventanas de Quantico, a vadear una vez más entre fotos de la muerte.

Ese había sido el año más duro de la vida de Quincy. Pero peor había sido la horrible sensación que había tenido al darse cuenta de que alguien había matado a Mandy y que ese mismo alguien acechaba a Bethie y su hija pequeña, Kimberly. Entonces se había movido rápido pero, con todo, no lo bastante. El asesino había encontrado a Bethie antes que él y quizá habría conseguido matar a Kimberly también si no hubiera sido por Rainie.

Rainie había luchado ese día. Había luchado por Kimberly, había luchado por sí misma y había luchado solo por luchar, porque eso era

lo que hacía y así era ella y Quincy jamás había conocido a nadie igual.

Había adorado a aquella Rainie. Le había encantado lo bocazas que era, su actitud respondona, su temperamento vivo. Le encantaba el modo que tenía de desafiarlo, de provocarlo, de ponerlo furioso.

Era dura, independiente, cínica y brillante. Pero también era la única mujer que había conocido en su vida que lo entendía. Que sabía que en el fondo, en secreto, él seguía siendo un optimista que intentaba ver el lado bueno de un mundo que solo repartía maldad. Que sabía que, en realidad, él no podía renunciar a su trabajo porque si las personas como él no hacían lo que tenían que hacer, ¿quién lo haría? Que sabía que él la quería de verdad, incluso cuando se quedaba callado y parecía alejarse; era solo que las emociones que sentía con más fuerza no eran de las que podía expresar con palabras.

Dos años atrás Quincy y Rainie se habían casado al fin y él había pensado que se estaba embarcando en un capítulo nuevo y más sano de su vida. Kimberly se había licenciado en la academia del FBI y le iba bien como agente en la oficina de Atlanta. Hablaban, si bien no tanto como otros padres e hijas, al menos lo suficiente para satisfacer las necesidades de ambos.

Y entonces había hecho lo impensable, se había retirado. O pseudoretirado. Se había retirado todo lo que se podía retirar un hombre como él.

Después Rainie y él se habían dedicado a trabajar solo en un puñado de casos; asesores privados que hacían perfiles para los organismos encargados de velar por la seguridad y el orden. Se habían mudado a Oregón porque Rainie echaba de menos las montañas, tanto que no podía llamar hogar a ningún otro lugar. Incluso habían estudiado, que Dios lo ayudase, la posibilidad de adoptar un hijo.

Imagínate, convertirse en padre a su edad. Y sin embargo, él se lo había imaginado.

Durante apenas tres semanas, cuando llegó la foto por correo, incluso le había emocionado la perspectiva.

Y luego había sonado el teléfono y ellos habían salido para ocuparse de esa llamada.

Y la vida de Quincy se había derrumbado por segunda vez.

Quizá debería empezar a buscar apartamento.

Quizá mañana, pensó, pero ya sabía que no lo haría.

Hasta un hombre brillante podía ser idiota cuando se trataba del amor.

Sonaron unos golpecitos suaves en la puerta. La propietaria del hotelito estaba al otro lado con aspecto rendido. Había un agente de policía abajo, dijo. El policía preguntaba por Quincy. Decía que era urgente. Que tenían que hablar con él enseguida.

A Quincy no le sorprendió.

Había aprendido mucho tiempo atrás que las cosas siempre podían empeorar.

Martes, 4:20, hora de la costa oeste

Kincaid se retiró al relativo refugio de su coche, subió la calefacción y se puso a hacer llamadas por el móvil.

Primero, al agente especial a cargo de la oficina de Portland del FBI. Despertar a un federal en plena noche no era plato de gusto pero Kincaid no tenía opción. El maletero del vehículo abandonado les había brindado un hallazgo especialmente inquietante: fotos del cuerpo destripado de una mujer, todas con el sello de «Propiedad del FBI».

Pudo hablar con Jack Hughes al primer intento. El agente especial del FBI confirmó que Lorraine Conner era una investigadora privada que había trabajado como asesora para la oficina de Portland en el pasado. Que él supiera, no estaba llevando ningún caso en esos momentos pero quizá estuviera trabajando con otra oficina. Hughes le pasó el nombre del compañero de Conner para el seguimiento, pidió que lo mantuvieran informado, y luego bostezó varías veces antes de regresar a su cama calentita.

Kincaid tuvo la misma suerte con las siguientes dos llamadas. Habló con la supervisora del laboratorio de Investigación Criminal e informó de su hallazgo. El tiempo era demasiado adverso, las condiciones eran demasiado húmedas para que mereciera la pena enviar a un inspector forense, le informó la supervisora. Hablarían de nuevo cuando el coche estuviera en un lugar seco y seguro. Y luego, Mary Senate volvió a la cama. Lo mismo con la llamada de Kincaid a Huellas Latentes, no se pueden sacar huellas en un coche mojado, así

que, oiga, cuando se seque, péguenos un toque. Buenas noches. Lo que dejó a Kincaid solo, empapado hasta los huesos y preguntándose por qué diablos no se había hecho contable, como su padre.

Salió de su coche el tiempo suficiente para hablar un momento con la sheriff Atkins. La sheriff estaba organizando a sus ayudantes para que hurgaran un poco por el bosque. La mala noticia era que seguía diluviando y la visibilidad era casi nula; la buena, que la noche de noviembre no había descendido por debajo de los ocho grados. Hacía un fresco del carajo si estabas mojado pero no como para poner tu vida en peligro, al menos de inmediato.

Suponiendo que Lorraine Conner estuviera por ahí fuera, en aquellos bosques, tambaleándose entre la maleza.

¿Qué podía hacer que una mujer saliese de su coche una noche como esa? ¿Sobre todo una mujer bien preparada, una agente de la ley, en una carretera así de oscura, así de remota, así de temible? A Kincaid se le ocurrían algunas respuestas, pero ninguna buena.

Llamó a la grúa. Si los científicos necesitaban que el coche estuviera en un sitio seco y seguro, por Dios que lo iba a meter en un sitio seco y seguro.

Llegó la grúa y el conductor salió al diluvio, le echó un vistazo a la ciénaga que rodeaba el vehículo y enseguida sacudió la cabeza. A esas alturas el coche estaba enterrado. Al intentar sacarlo se salpicaría todo de barro y se destruirían las pocas pruebas que quedaran.

El coche no se iba a ningún sitio en unas cuantas horas.

Kincaid maldijo, sacudió la cabeza, asqueado, y por fin tuvo una idea brillante. Encontró a un ayudante de la sheriff que tenía una tienda de campaña de esas que se montan en un momento y lo mandó a casa a buscar la lona. Treinta minutos después había levantado el refugio improvisado y había cubierto el vehículo y su entorno inmediato. Cualquier huella que hubiera habría desaparecido hacía un buen rato pero, oye, había que intentarlo. Además, bajo el refugio de la tienda al menos podía ponerse a trabajar.

Kincaid empezó a sacar fotos digitales y ya había cubierto medio vehículo cuando regresó el agente Blaney, seguido por un segundo coche.

Kincaid observó el segundo vehículo, que aparcó tras el coche patrulla de Blaney y luego miró al hombre que salió al diluvio. Vestía

un abrigo de la marca London Fog que seguramente costaba la mitad del sueldo mensual de Kincaid. Zapatos caros. Pantalones bien planchados. Así que ese era Pierce Quincy. Antiguo especialista en perfiles del FBI. El marido de Lorraine Conner. Era obvio que era una persona de interés. Kincaid le echó un largo vistazo.

Quincy se acercó sin perder ni un momento.

—Sargento Kincaid. —El hombre le tendió una mano, la lluvia ya le pegaba el pelo al cráneo.

—Usted debe de ser Quincy. —Se estrecharon las manos. A Kincaid le pareció que el especialista tenía un apretón fuerte, el rostro enjuto y unos ojos azules casi cristalinos. Un hombre duro. Un hombre acostumbrado a controlar las cosas.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está mi mujer? Me gustaría ver a Rainie.

Kincaid se limitó a asentir y a mecerse sobre los talones mientras seguía evaluando al otro. Era su fiesta. Eso era mejor dejarlo claro antes de que aquello se convirtiera en una pelea de gallos.

—Bonito abrigo —dijo al fin.

—Sargento…

—También me gustan los zapatos. Aunque están un poco embarrados, ¿no le parece?

—El barro se lava. ¿Dónde está mi mujer?

—Le diré lo que vamos a hacer. Usted responde a mis preguntas y luego yo respondo a las suyas. ¿Qué le parece el plan?

—¿Tengo alternativa?

—La verdad, y dado que esta escena es mía, no, no la tiene.

Quincy apretó los labios pero no protestó. Kincaid se permitió un momento para hinchar el pecho. Uno a cero para el de la estatal.

Con todo, debería haberse quedado en la cama.

—Señor Quincy, ¿cuándo fue la última vez que vio a su mujer?

—Hace siete días.

—¿Ha estado fuera de la ciudad?

—No.

—¿Ustedes dos no trabajan juntos?

—En este momento, no.

—¿Viven juntos?

Un músculo se contrajo en la mandíbula de Quincy.

—En este momento, no.

Kincaid ladeó la cabeza.

—¿Tendría la amabilidad de explicarse?

—En este momento, no.

—Bueno, muy bien, si es así como quiere hacerlo, pero verá, señor Quincy…

—Sargento, por favor. —Quincy levantó una mano—. Si de verdad quiere hacerme bailar como si fuera una marioneta, adelante, puede pasarse las próximas horas poniéndome a prueba. Pero ahora mismo le pregunto, de investigador a investigador, ¿dónde está mi mujer?

—¿Usted no lo sabe?

—Honestamente, sargento, no lo sé.

Kincaid observó a aquel hombre un momento más y luego se rindió con un leve encogimiento de hombros.

—Un ayudante de la sheriff de este condado encontró su coche poco después de las dos de la mañana. Pero no había señal de ella, ni aquí ni en su residencia. Seré sincero con usted… Estamos preocupados.

Kincaid vio que el especialista tragaba saliva y luego se balanceaba un poco.

»¿Quiere tomarse un momento? —le preguntó Kincaid con aspereza—. ¿Le traigo algo?

—No. Solo… No. —Quincy dio un paso. Luego otro. Su rostro estaba pálido bajo el fulgor de los reflectores. Kincaid comenzó a notar los detalles que se le habían escapado antes. El modo en que colgaba el London Fog del cuerpo enjuto del especialista. El modo que tenía aquel hombre de moverse, a sacudidas, tenso. Era un hombre que llevaba días sin dormir bien.

Dentro del apartado de maridos afligidos, el antiguo federal no lo hacía nada mal.

—Quizá quiera una taza de café —afirmó Kincaid.

—No. Preferiría… ¿Me permite ver el vehículo? Puedo ayudarlo a determinar… Quizá falten algunas cosas.

Kincaid consideró la petición.

—Puede mirar pero no toque nada. Los del laboratorio todavía no han pasado por aquí.

Lo llevó hasta el Toyota abandonado. Había cerrado la puerta del conductor después de fotografiarla y dejar constancia de su posición original. En ese momento la volvió a abrir.

—¿Han comprobado los establecimientos de la zona? —preguntó Quincy. Su voz comenzaba a sonar más clara, un investigador que se ponía a trabajar.

—La verdad es que no hay mucho por aquí que investigar.

—¿Y los bosques?

—Tengo a unos cuantos ayudantes de la sheriff recorriendo la zona circundante ahora mismo.

—Todos los vehículos, por supuesto —murmuró Quincy. Señaló con un gesto la guantera—. ¿Puedo?

Kincaid rodeó el Toyota y, desde el otro lado y con la mano enguantada, la abrió. Ya sabía lo que contenía porque ya la había comprobado: media docena de servilletas de McDonald's, cuatro mapas, el manual del vehículo con los papeles de matriculación metidos dentro. En esos momentos observaba a Quincy, que estudiaba con atención el contenido.

—¿Su bolso? —le pidió Quincy.

Kincaid obedeció y se lo abrió. Quincy estudió el interior.

»Su pistola —dijo Quincy al fin—. Una Glock del calibre 40, semiautomática. Rainie solía guardarla en la guantera si no la llevaba encima.

—¿Siempre viajaba armada?

—Siempre.

—¿Dónde estaba usted esta noche, señor Quincy?

—Me acosté pasadas las diez. Puede preguntarle a la señora Thompson, la señora que dirige el hotelito. Estaba abajo cuando entré.

—¿Abre ella la puerta?

—No.

—¿Así que usted podría haber salido después sin que ella lo supiera?

—No tengo coartada, sargento. Solo mi palabra.

Kincaid cambió de táctica.

—¿Su mujer sale con frecuencia a dar un paseo en coche en plena noche, señor Quincy?

—A veces, cuando no podía dormir.

—¿Por esta carretera?

—Lleva a la playa. A Rainie le gusta escuchar el océano por la noche.

—¿Era eso lo que estaba haciendo el 10 de septiembre, cuando la detuvieron por conducir bajo los efectos del alcohol?

A Quincy no pareció sorprenderle que Kincaid supiera lo del arresto.

—Yo comprobaría los bares de la zona —dijo sin más.

—¿Su mujer tiene un problema con la bebida, señor Quincy?

—Creo que eso tendría que preguntárselo a ella.

—No parece que las cosas vayan muy bien.

No era una pregunta y el especialista no respondió.

»¿Qué vamos a encontrar en los bosques, señor Quincy?

—No lo sé.

—¿Qué cree usted que pasó aquí, en esta carretera, en plena noche?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? Vamos, señor Quincy. ¿No es usted el gran especialista en perfiles? ¿No se supone que es un experto en la naturaleza humana?

Quincy sonrió al fin. Y con aquella sonrisa su rostro pareció más sombrío de lo que Kincaid habría esperado.

—Es obvio, sargento —dijo en voz baja—, que usted no conoce a mi mujer.

Capítulo 3

Martes, 4:45, hora de la costa oeste

Quincy quería moverse. Su primer impulso fue lanzarse al monte bajo y oscuro, chillar como un poseso llamando a su esposa desvanecida. El segundo, atacar el coche de Rainie, ponerlo patas arriba, buscar… lo que fuera. Una nota. Señales de lucha. La pista mágica que le dijera, Rainie está aquí. O quizá, tu mujer todavía te quiere.

Como es natural, el sargento Kincaid lo mantenía a raya. La cortesía profesional solo llega hasta cierto punto cuando se trata del marido del que está separada la persona desaparecida. Así que obligaron a Quincy a salir de la escena del crimen y cruzar la cinta amarilla, donde se quedó un rato paseándose, mojándose todavía más, ensuciándose y enfadándose más aún.

Al final se refugió en su coche. Se sentó en el asiento de cuero negro, se quedó mirando el moderno salpicadero, con sus hermosos detalles incrustados en madera, y odió el vehículo entero.

Rainie había desaparecido. ¿Cómo podía estar sentado en un sedán de lujo?

Intentó seguir los trabajos a través del parabrisas pero la lluvia caía con demasiada fuerza y le oscurecía la vista. Lo único que podía distinguir era algún guiño de una linterna cuando los encargados de la búsqueda se movían y serpenteaban por los bosques cercanos. Cuatro ayudantes. Eso era todo. Chavales de la zona, según Kincaid, con experiencia en la búsqueda de cazadores perdidos y lo mejor que podían desplegar dadas las circunstancias. En cuanto amaneciera, por supuesto que reunirían voluntarios y pondrían en marcha todo el engranaje de búsqueda y rescate. Instalarían un puesto de mando, traerían a los perros y dividirían los bosques circundantes en una elaborada red de cuadrículas.

Suponiendo que Rainie siguiera desaparecida. Suponiendo que cuatro ayudantes, pegando tropezones a ciegas en plena noche, no encontraran por arte de magia la aguja en el pajar.

Rainie había desaparecido. Y su arma también.

Debería ponerse a pensar. Ese era su fuerte. Nadie anticipaba la retorcida mente humana como Pierce Quincy. No, otras personas tenían talento para hacer malabarismos, por ejemplo. Él tenía eso.

Hizo un esfuerzo por poner en orden sus dispersos pensamientos. Pensó en otros casos de secuestro. Pensó en los ardides utilizados para atraer a mujeres confiadas y luego matarlas. A Bundy le gustaba fingir una lesión, se escayolaba un brazo para atraer a jóvenes universitarias y que le ayudaran a llevar los libros. El ecoasesino de Virginia seguía de cerca a las mujeres a la salida de un bar y plantaba un clavo detrás de la rueda posterior. Luego solo era cuestión de seguir sus vehículos hasta que la rueda se deshinchaba. Eh, señora, ¿necesita ayuda?

Otros preferían el acercamiento relámpago. Emboscar a la víctima, pillarla desprevenida. Tantos métodos, tantas formas de hacerlo. En plena noche, en medio de una carretera desierta y rodeada de bosques. No era tan difícil.

Pero Rainie estaba armada. Rainie tenía más juicio. Rainie también había visto las fotos.

El hilo de sus pensamientos volvió a interrumpirse. Intentó desarrollar una teoría, intentó imaginarse lo que había ocurrido allí pasadas las dos de la mañana. Pero su mente se negó a funcionar, sin más. Todavía no podía ser el investigador cualificado que indaga una muerte. Estaba demasiado ocupado siendo el marido espantado y abrumado.

Rainie había desaparecido. Y su arma también.

Y con esas dos frases, Quincy descubrió un miedo real, el auténtico. El miedo que todavía no era capaz de expresar con palabras. El miedo al que todavía no podía enfrentarse.

Rainie había desaparecido. Y su arma también.

Quincy cerró los ojos y apoyó la frente en el volante. Y deseó, como había deseado con demasiada frecuencia en su vida, no saber todo lo que un hombre como él sabía demasiado bien.

Jueves, tres semanas atrás, 17:45, hora de la costa oeste

—Estás muy callada esta tarde.

Se dio cuenta de que el sonido de su voz la había sobresaltado. Su mujer levantó la cabeza de golpe y parpadeó como si acabara de despertar. Y entonces debió de entender al fin lo que le decían y esbozó una sonrisa débil.

—¿No es eso lo que me toca decir a mí?

Él intentó devolverle la sonrisa y entrar en la gran habitación pero sin dejar de darle suficiente espacio. Había habido un tiempo en el que no le habría dado mayor importancia y habría cruzado hasta el sofá. Le habría dado un beso en la mejilla, quizá le habría metido tras la oreja un mechón rebelde de aquel cabello castaño oscuro. O quizá ni siquiera hubiera hecho nada tan indiscreto. Quizá se hubiera sentado en su sitio favorito, en el sillón orejero que había junto a la chimenea de gas, habría abierto un libro y habría compartido el silencio.

Pero no esa vez.

—¿En qué estarás pensando? —Había algo en su voz, cosa que hasta él odiaba.

—Trabajo, nada más —dijo ella. Se apartó el pelo de los hombros y después se desenroscó para levantarse del canapé.

Octubre solía ser un mes cálido y suave en Oregón. Pero ese mes, sin embargo, las precipitaciones habían batido récords y los días interminables y grises en los que no dejaba de lloviznar provocaban una humedad que se te calaba hasta los huesos. Rainie ya había sacado la ropa de invierno. Vestía un jersey de color crema, de lana,

demasiado grande para ella, y su par favorito de vaqueros desgastados. Los vaqueros acentuaban sus piernas largas y esbeltas. El jersey hacía resaltar las mechas rojizas del cabello castaño que le caía por los hombros.

Quincy pensó que estaba guapísima.

—Debería irme ya —dijo Rainie.

—¿Vas a salir?

—Voy a ver a Dougie. Creí que te lo había dicho anoche.

—Acabas de ver a Dougie.

—Eso fue el martes, estamos a jueves. Vamos, Quincy, ya te dije cuando empezó esto que iba a exigirme mucho tiempo.

—Rainie… —No sabía cómo decirlo.

—¿Qué? —Su mujer al fin cruzó la habitación con las manos en las caderas y un tono impaciente en la voz. Entonces le vio los pies. Desnudos, sin calcetines. Una fila de diez dedos sin pintar. Estaba condenado, pensó Quincy. Hasta adoraba los dedos de los pies de su mujer.

—Creo que no deberías salir.

La mujer abrió mucho los ojos azules y se quedó mirándolo con una expresión de incredulidad.

—¿Crees que no debería salir? ¿Qué coño es esto? No estarás celoso de Dougie, ¿verdad?

—La verdad es que Dougie no me hace mucha gracia.

Su mujer empezó a protestar otra vez pero él levantó una mano para hacerla callar.

»Sin embargo, sé que Dougie no es el verdadero problema. —Y ya estaba, como si hubiera encendido una cerilla.

Rainie se alejó de él a grandes zancadas, con movimientos bruscos, agitados. Encontró los calcetines y las botas de cordones al lado del sofá, se sentó con ademán desafiante y empezó a ponérselo todo.

—Déjalo estar —le dijo su mujer con firmeza.

—No puedo.

—Pues claro que puedes. Es muy fácil. Solo tienes que admitir de una vez por todas que no puedes arreglarme.

—Te quiero, Rainie.

—¡Y una mierda! Amar es aceptar, Quincy. Y tú jamás me has aceptado.

—Creo que deberíamos hablar.

Su mujer terminó de ponerse los calcetines y después cogió una bota. Pero estaba tan enfadada, o quizá estaba triste, él ya no lo sabía, lo que no era más que la mitad del problema, que sus dedos tenían que pelearse con los cordones.

—No hay nada que discutir. Fuimos a la escena, vimos lo que vimos y ahora trabajaremos en ello como siempre. Solo son dos asesinatos más, por el amor de Dios. No es como si no hubiéramos visto cosas peores.

No podía ponerse la bota. Tenía los dedos demasiado torpes, demasiado temblorosos. Por fin se puso la bota de izquierda de un tirón, dejó los cordones sin atar y se embutió la derecha.

—Rainie, por favor, no estoy intentando fingir que entiendo lo que sientes.

—¡Ya estamos otra vez! Otra frase sacada del manual del perfecto loquero. ¿Eres mi marido o mi terapeuta? Afróntalo, Quincy, eres incapaz de distinguir la diferencia.

—Sé que necesitas hablar de lo que pasó.

—¡No, no lo necesito!

—Sí, Rainie, lo necesitas.

—¡Por última vez, déjalo ya!

Su mujer se dispuso a pasar junto a él como un tranvía, con los cordones aleteando sobre la alfombra. La cogió del brazo. Por un momento los ojos femeninos se oscurecieron. Quincy se dio cuenta de que su mujer se estaba planteando recurrir a la violencia. Rainie,

cuando la arrinconaban, solo sabía luchar. Una parte de él se animó al ver que las mejillas femeninas por fin se cubrían de color. La otra parte jugó la única carta que le quedaba.

—Rainie, sé que has estado bebiendo.

—Eso es mentira…

—Luke me contó lo de la multa.

—Luke es idiota.

Quincy solo la miró.

»Esta bien, de acuerdo, así que me tomé una copa.

—Eres alcohólica. Tú no te tomas una sola copa.

—Bueno, perdóname por ser humana. Está bien, tropecé, pero luego me levanté. Supongo que dos cervezas en quince años no son razón para llamar a la policía.

—¿Adónde vas esta noche, Rainie?

—A ver a Dougie, ya te lo he dicho.

—He hablado con él esta tarde. No sabía nada de esta noche.

—Es un crío, está confuso…

—Tampoco sabía nada del martes por la noche.

Se quedó quieta. Cogida, atrapada. La expresión de su rostro le rompió el corazón a Quincy.

—Rainie —le susurró él—, ¿cuándo empezó a ser tan fácil mentir?

El fuego al fin abandonó las mejillas de su mujer, que lo miró durante mucho tiempo, se lo quedó mirando con tanta fuerza que el antiguo federal comenzó a recobrar la esperanza. Después, los ojos de Rainie se enfriaron y adquirieron ese tono gris y suave que él conocía demasiado bien. La mujer cerró los labios y cuadró la mandíbula.

—No puedes arreglarme, Quincy —le dijo en voz baja, después se desprendió de la mano de su marido y salió por la puerta.

Martes, 5:01, hora de la costa oeste

Quincy se quedó sentado en su coche, contemplando la oscuridad.

—Oh, Rainie —murmuró—. ¿Qué has hecho?

Capítulo 4

Martes, 5:10, hora de la costa oeste

A la agente especial Kimberly Quincy le gustaba salir a correr. A las 5:00 horas saltaba de la cama, años de costumbre la despertaban un instante antes que el despertador. A las 5:45 horas estaba completando el recorrido de nueve kilómetros. A las 6:00 horas salió de la ducha y se puso unos pantalones negros impecables y una camisa ceñida de seda, de color crema. A la cocina a por el zumo, una tostada y café, después cogió la chaqueta y se puso en camino.

A las 6:30 horas el tráfico mañanero ya empezaba a hacerse más denso. Era lento pero sin llegar a detenerse. A Kimberly le gustaba utilizar esos 45 minutos de trayecto para componer su lista mental del día. Esa mañana quería terminar unas indagaciones, lo que significaba rellenar formularios y más formularios para los analistas del Departamento de Investigación. La agencia les proporcionaba a sus agentes las armas de fuego más poderosas del mundo, pero que el cielo te ayude si necesitas acceso a un ordenador.

Después de terminar el papeleo tenía que revisar montañas de cajas para su último caso. Habían aparecido un montón de falsificaciones de gran categoría en el mercado de Atlanta. El equipo de Kimberly estaba intentando encontrar una conexión entre las obras siguiendo su origen hasta varias galerías de arte y marchantes.

Puesto que ya había trabajado en dos casos de asesinos en serie, en algún momento Kimberly se había imaginado trabajando en el destacamento especial de crímenes violentos de la agencia, o, mejor aún, en la unidad de contraespionaje y antiterrorismo. Pero lo cierto era que seguía siendo una mujer y en la agencia, los crímenes de guante blanco seguían siendo el punto de partida preferido para las mujeres.

La buena noticia era que, al parecer, una de las brigadas especiales iba a practicar una detención por un delito grave y a Kimberly le habían pedido que fuera con ellos. Los efectivos extra nunca estaban de más en esas operaciones y como le gustaba recordarle a su supervisor, para una agente joven era una buena

oportunidad para adquirir experiencia. Así que eso le añadiría un poco de pimienta al día.

Tras dos años en la agencia, Kimberly al fin tenía la sensación de estar encontrando su sitio. Le gustaba Atlanta; la ciudad era más joven y más moderna de lo que habría imaginado pero sin dejar de conservar su anticuado encanto sureño. Le encantaba el clima cálido de la zona, le encantaba que todo el mundo disfrutara del aire libre, senderismo, ciclismo, salían a correr, a nadar. Y además era muy posible que estuviera locamente enamorada de Mac.

Ya llevaban dos años juntos. ¿Qué te parece? Una federal joven y ambiciosa y un detective de la policía estatal, un poco arrogante pero muy mono. No se podía decir que fuera una relación tradicional. Kimberly ya había dejado de contar las veces que habían cancelado la cita del viernes por la noche o las escapadas de fin de semana que se habían estropeado. El móvil de él, el de ella. Daba la sensación de que siempre estaban llamando a uno de los dos.

Pero a ellos les funcionaba. A los dos les encantaba su trabajo y los dos sabían valorar los pequeños momentos que podían arañar entre caso y caso. Y por cierto, en esos momentos estaban planeando encontrarse en Savannah para pasar el fin de semana. Lo que significaba que seguro que a uno de los dos le asignaban un caso importante en cualquier momento.

Kimberly empezó a sentir cierta curiosidad por lo que le ofrecería el resto de la semana.

Aparcó, entró en la oficina, se sirvió una segunda taza de café y se dirigió a su mesa. Tuvo que rodear el montón de cajas que cercaban su silla y un momento después estaba cómodamente instalada en su trocito de paraíso, bebiendo café malo y empuñando el arma que más utilizaba un agente del FBI, el bolígrafo.

Consiguió llegar a las 8:00 horas sin que le sonara el móvil. Incluso entonces no se preocupó al ver que un número conocido iluminaba la pantalla digital.

—Qué hay, papá.

La cobertura era mala. Primero oyó un gran zumbido, y después un chasquido seguido por su nombre.

—… Kimberly.

—Papá, no te oigo.

—Rainie… Dos de esta mañana… policía estatal…

—¿Papá?

—¿Kimberly?

—Tienes que cambiar de sitio. Te pierdo. —Más chasquidos y zumbidos. Seguido por dos chasquidos. La llamada se había cortado. Kimberly se quedó allí sentada y miró furiosa el teléfono, estaba molesta. El teléfono volvió a repicar. La joven respondió al instante.

—¿Qué hay, papá?

Ni un sonido. Nada.

Aunque eso no era del todo cierto. Oía ruidos de fondo. Algo ahogado y rítmico. Crujidos. Chisporroteos. Casi como si fuera un automóvil.

—¿Papá? —preguntó con el ceño fruncido.

Un resuello. Un gruñido. Un golpe seco.

Después oyó otra vez el resuello. Más cerca. Más rápido. Casi… angustiado.

—¿Diga? —lo intentó otra vez.

Más ruido uniforme. Kimberly aguzó el oído pero fue incapaz de identificar ningún sonido concreto. Al fin se le ocurrió comprobar el número otra vez, pero esa vez no era el número de su padre.

—¿Rainie? —preguntó sorprendida.

La llamada se estaba cortando. Oyó más estática, un silencio y luego un resuello.

—Rainie, vas a tener que hablar más alto —dijo Kimberly alzando la voz—. Te pierdo.

Chasquidos, zumbidos, nada.

—¿Rainie? ¿Rainie? ¿Estás ahí?

Kimberly se quedó mirando el teléfono, frustrada, pero, según la

pantalla, la llamada no se había cortado. En el último momento regresó aquel brumoso sonido uniforme. Luego un extraño sonido metálico. Bang, bang, bang. Pausa. Bang, bang, bang. Pausa. Bang, bang, bang.

Después, la llamada se cortó definitivamente.

Kimberly cerró el teléfono, enfadada. El aparato sonó de inmediato. Esa vez sí era su padre.

—¿Se puede saber dónde estáis? —le preguntó a Quincy—. La cobertura es horrible.

—Carreteras rurales —dijo su padre—. A las afueras de Bakersville.

—Bueno, sea lo que sea lo que está pasando, vas a tener que empezar por el principio. No entendí nada de lo que me dijiste, por no hablar ya de Rainie.

Hubo un largo silencio.

—¿Has hablado con Rainie? —La voz de su padre sonaba extraña, crispada.

—Hace unos segundos, me llamó desde el móvil…

—El móvil —interpuso Quincy con dureza—. ¿Por qué no se nos ocurrió pensar en ese puñetero teléfono?

Kimberly oía un montón de ruidos. Una puerta de un coche que se abría y se cerraba de golpe. Su padre gritándole a un sargento llamado Kincaid.

—Papá, me estás asustando.

—Ha desaparecido.

—¿Quién ha desaparecido?

—Rainie. —Su padre hablaba deprisa, con brusquedad, era obvio que iba de camino a algún sitio—. Han encontrado su coche. A las 2:00 de esta mañana. El motor seguía en marcha, los faros encendidos. El bolso en el asiento del pasajero. Pero no hay señal alguna del arma. Ni, por supuesto, del móvil. Ahora cuéntamelo, Kimberly. Dime todo lo que te dijo, hasta la última palabra.

Y entonces Kimberly lo entendió por fin. El sonido de un coche en movimiento, el resuello, los sonidos metálicos.

—En realidad no dijo nada, papá. Pero estaba haciendo señales. Creo… creo que estaba lanzando un SOS.

Quincy ya no dijo nada más. No tuvo que hacerlo. En medio de aquel silencio, Kimberly pudo imaginarse los pensamientos que invadían la cabeza de su padre. El funeral de su hermana. El funeral de su madre. Todas las personas a las que había amado y que lo habían dejado demasiado pronto.

—Mac y yo vamos a coger el próximo avión —le dijo la joven con voz tensa.

—No tenéis que…

—Vamos a coger el próximo avión.

Un momento después, Kimberly saltaba de la silla y corría hacia el despacho de su supervisor.

Capítulo 5

Martes, 6:45, hora de la costa oeste

—Vamos a ver si lo he entendido bien, su hija ha recibido una llamada del móvil de Lorraine.

—Exacto.

—Pero no de Rainie. Solo de su móvil.

—No llegó a oír la voz de Rainie —reiteró Quincy—, pero sí que oyó el sonido de alguien resollando en lo que parecía un coche en movimiento. Luego escuchó una secuencia nítida de sonidos metálicos, que, según cree Kimberly, quizá fuera un intento de lanzar un SOS.

El sargento Kincaid suspiró. Se encontraba bajo el toldo blanco que cubría el Toyota de Rainie. Llevaba veinte minutos fotografiándolo. En ese momento estaba esbozando la posición del asiento y los espejos, además de documentar cada indicador, cuántos kilómetros en el cuentakilómetros, cuánto combustible había en el depósito. El cabello del sargento estaba empapado y su rostro, negro y liso, mojado; parecía exactamente lo que era, un hombre al que habían sacado de su cómoda cama en plena noche para meterlo bajo

un aguacero.

—Señor Quincy…

—Mi hija es agente del FBI. Lleva dos años en la oficina de campo de Atlanta. Supongo, sargento Kincaid, que no va descartar lo que le dicta el instinto a una compañera de otro cuerpo de la policía.

—Señor Quincy, descartaría «lo que le dicta el instinto» a mi propio capitán si me viniera con una historia como esa. Todo lo que usted sabe es que su hija recibió una llamada de un móvil concreto, no hay ninguna prueba que demuestre quién pudo hacer esa llamada.

—¡Es el teléfono de Rainie!

—¡Es un móvil! La gente los pierde, se le caen, los comparten con los amigos. Por el amor de Dios, mi hijo de ocho meses ya ha hecho una llamada con mi móvil apretando uno de los botones de marcación rápida. No es tan difícil.

—Investigue las llamadas —dijo Quincy con tono obstinado.

—Como parte de la investigación, desde luego que lo haré. Y voy a investigar también la línea fija de su mujer, así como los extractos de sus tarjetas de crédito y voy a hacer una reconstrucción detallada de sus últimas veinticuatro horas. ¡Sabe, no es la primera vez que hago esto!

Kincaid pareció darse cuenta de lo chillona que se le había puesto la voz. Respiró hondo y después exhaló poco a poco.

»Señor Quincy…

—Tampoco es la primera vez que yo hago esto —dijo Quincy.

—Sí, sé que el experto es usted…

—Perdí a mi hija mayor a manos de un loco, sargento Kincaid. Un loco que mató a mi ex mujer y estuvo a punto de acabar con mi hija menor. Quizá este tipo de crímenes no ocurran en su mundo, pero en el mío, sí.

Kincaid volvió a coger aire. Quincy se dio cuenta de que el sargento no quería creerlo. Y, a su manera, lo entendía. En su trabajo, cualquier detective tenía que contar con la ley de probabilidades. Y las estadísticas decían que de los 200 000 adultos que desaparecían cada

año, solo 11 000 seguían desaparecidos, y de ellos, solo en el caso de 3400 se consideraba un secuestro. Si Rainie hubiera sido una niña o quizá una universitaria, es posible que las cosas fueran diferentes. Pero era una mujer madura y agente de la ley, e iba armada.

Kincaid estaba allí porque había dos posibilidades: una, que la conductora desaparecida de ese vehículo, quizá bajo la influencia del alcohol, se hubiera adentrado en los bosques y se hubiera perdido, o dos, que la conductora desaparecida de ese vehículo, quizá bajo la influencia del alcohol, se hubiera metido en esos bosques y se hubiera suicidado.

Ese hombre investigaría todas las opciones, por supuesto. Pero la policía tenía que empezar con alguna teoría, era algo inherente a su trabajo. Kincaid tenía su teoría y Quincy también tenía la suya.

—De acuerdo —dijo Kincaid de repente, sorprendiendo a Quincy —. Solo por un momento vamos a hacerlo a su manera. A su mujer la raptaron de este coche, eso es lo que usted piensa.

—Me gustaría indagar en esa posibilidad.

—¿Cómo? Según usted, siempre llevaba un arma. Además, está entrenada en técnicas de autodefensa. A mí me parece que una mujer como esa no desaparece sin luchar. Mire a su alrededor, señor Quincy. ¿Qué lucha?

—Uno: no sé con certeza si tenía su Glock consigo. Por regla general la llevaba encima, pero tendríamos que realizar un registro meticuloso de la vivienda para confirmar esa suposición. Dos: no podemos, en este momento, descartar que hubiera estado bebiendo y eso quizá haya reducido su capacidad para protegerse. Tres: mire a su alrededor, sargento Kincaid. Esto es un charco de barro gigante, ¿qué pruebas puede haber en un sentido u otro?

Kincaid frunció el ceño, contempló el barro y luego le lanzó a Quincy una mirada especulativa. El sargento, al menos, estaba disfrutando con el juego.

—De acuerdo. ¿Quién querría hacer algo así? ¿Quién tendría motivos para secuestrar a Lorraine Conner?

—¿Quiere decir aparte del marido del que se había separado? — preguntó Quincy con sequedad.

—Exacto.

—Rainie ha investigado muchos casos, primero como ayudante del departamento del sheriff de Bakersville, luego como investigadora privada y después siendo mi compañera. Eso la puso en contacto con cierto segmento de la población.

—¿Puede proporcionarnos una lista de nombres?

—Puedo intentarlo. También me pondría en contacto con Luke Hayes, el antiguo sheriff de Bakersville…

—¿El predecesor de la sheriff Atkins? —La voz de Kincaid insinuaba otra pregunta.

—Luke decidió dejar el cargo por razones personales —le explicó Quincy—. Todavía no conozco a la sheriff Atkins pero he oído hablar bien de ella.

—Está bien, así que el señor Hayes debería estar dispuesto a hablar de los viejos tiempos. ¿Y qué pasa con los casos actuales? ¿Estaban trabajando en algo delicado en estos momentos?

Quincy negó con la cabeza.

—Hemos estado ayudando con un doble homicidio en Astoria, pero nuestras actividades se desarrollan entre bastidores. Si el sospechoso en cuestión se puso nervioso, quizá se fijara en el oficial al mando pero no en nosotros.

—Espere un momento, ¿está hablando del doble homicidio de Astoria, ese doble homicidio?

—No hay tantos por aquí.

—Principios de agosto, ¿no? —Y entonces el sargento Kincaid demostró lo inteligente que era—. La multa del 10 de septiembre —murmuró.

—La multa del 10 de septiembre —reconoció Quincy.

La mirada de Kincaid volvió de golpe a los bosques, a la oscuridad espesa que aguardaba detrás de los poderosos reflectores. Una vez más, Quincy supo lo que estaba pensando el sargento pero todavía no quería admitirlo. Claro que, Quincy jamás hubiera creído que Rainie iba a volver a beber, así que quizá el marido fuera de verdad el último en enterarse.

—Pensaba que no había ningún sospechoso en ese caso —dijo Kincaid con tono seco.

—Nuestros análisis revelaron un sospechoso muy claro, pero lo último que supe fue que no había pruebas para presentar el caso. Los detectives siguen trabajando en ello, por supuesto. Aunque ahora mismo yo no soy muy optimista.

—Mierda —murmuró Kincaid.

—Mierda —asintió Quincy en voz baja.

—¿Qué hay de las fotos del maletero? —indagó Kincaid—. Parecía un caso de mil diablos. El pobre ayudante Mitchell todavía está echando los bofes.

—1985. La mayor parte del trabajo que hacemos ahora es ver si podemos arrojar alguna luz nueva sobre un delito antiguo. A veces funciona, otras veces no.

—Nuevas condenas para viejos crímenes —murmuró Kincaid—. Los asesinos que haya por ahí todavía tendrán interés en que no los atrapen.

—Es cierto, ¿pero cómo iban a saber nada de nuestro trabajo? Rainie y yo somos asesores. La mayor parte del tiempo trabajamos entre bambalinas.

Quincy había abierto de golpe su móvil. Volvía a probar con el número de Rainie. Seguía sin haber suerte. Pero al menos sonaba, lo que le indicaba que estaba encendido. Así que quizá tenía el teléfono fuera de su alcance, en algún lugar al que ella ya no podía llegar. O quizá no estaba en condiciones de cogerlo.

No quería pensar en eso. Rainie no le creía pero el caso de Astoria también lo había afectado a él.

—¿Y dónde nos deja eso? —preguntaba Kincaid—. Usted mismo admite que no hay nadie que vaya a por su esposa.

—Quizá. Bueno, espere un momento. —Quincy levantó una mano y frunció el ceño—. Uno, todavía no podemos descartar que sea un delito cometido por alguien que no la conocía de nada. Pero, dos, hay una vía que podemos seguir. Rainie había empezado a trabajar de voluntaria hace poco…

—¿De voluntaria?

—Quería defender a los niños que están con familias de acogida. Representarlos ante los tribunales, hay una organización a la que te puedes afiliar…

Kincaid ahogó con un gesto de la mano la explicación de Quincy.

—Ya, ya. He oído hablar de ella. Así que iba a ayudar a los críos. —Kincaid asintió y demostró una vez más que sabía leer entre líneas —. Eso tiene cierto sentido.

—Ya tenía su primer protegido. Un chavalito, Douglas Jones. Douglas, Dougie, en realidad, afirma que su padre de acogida le pega. Pero según su familia de acogida, Dougie se lo está inventando todo porque con sus nuevos padres al fin ha encontrado la horma de su zapato, creen en eso de «quien bien te quiere te hará llorar». Debería añadir que Dougie ya tiene un largo historial de robos, crueldad con los animales y pequeños incendios provocados.

—¿Qué edad tiene?

—Dougie tiene siete años.

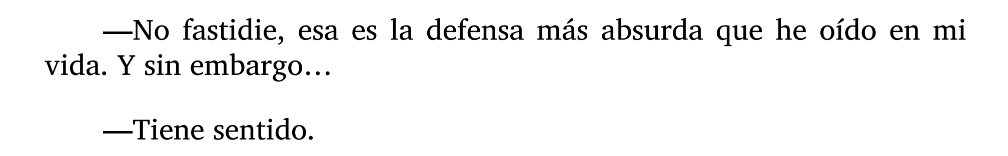
—¿Siete? —Las cejas de Kincaid salieron disparadas—. ¿Quiere que considere sospechoso a un niño de siete años?

—No, no —dijo Quincy y después añadió con sequedad—: Aunque no pasará mucho tiempo antes de que se replantee esa afirmación. A Rainie le han encargado que trabaje con Dougie, básicamente que determine si está diciendo la verdad, en cuyo caso ella será su voz ante el tribunal; o que determine de una vez por todas que está mintiendo, en cuyo caso intentará mediar en algún tipo de resolución entre él y su familia de acogida. El padre del caso es Stanley Carpenter. Tiene treinta y seis años, trabaja en los muelles de carga de la fábrica de queso y tiene fama de ser capaz de levantar media paleta de queso sin ayuda.

—Un tío grande.

—Un tío muy grande. Y curiosamente, esa es su defensa en este caso. Un hombre de su tamaño que le pegue a un niño del tamaño de Dougie… Tampoco habría que hacer tantas averiguaciones. El forense estaría documentando el maltrato en el depósito.

Kincaid se echó a reír.



—No fastidie, esa es la defensa más absurda que he oído en mi vida. Y sin embargo…

—Tiene sentido.

—Sí, tiene sentido. —Kincaid se dio la vuelta para volver al coche, todavía más pensativo. Quincy había vuelto a sacar el teléfono. Apretaba de forma convulsiva la tecla de llamada. Rainie seguía sin responder pero en los bosques tampoco se oía el sonido de un teléfono, lo que le daba un pequeño rayo de esperanza.

—¿Su mujer cree que lo hizo? —preguntó Kincaid—. ¿Que el tal Stanley pegaba al chaval?

—Tenía sus dudas. Y esas dudas podrían llevar a que presentara cargos ante la policía, lo que para Stanley…

—Serían muy malas noticias.

—Sí.

—Y un tío así de grande —Kincaid completó la idea— es muy probable que pudiera llevarse a una mujer contra su voluntad, incluso a alguien entrenada para defenderse. Suponiendo, por supuesto, que no tuviera un arma.

—Suponiendo que no tuviera su arma.

—De acuerdo —dijo Kincaid de repente—. Se acabó. De todos modos aquí no podemos hacer una mierda hasta que pare de llover. Nos vamos.

—¿Y yo también voy?

—Siempre que permanezca donde yo pueda verlo y me prometa no tocar nada.

—Seré un buen chico —le aseguró Quincy—. ¿Adónde vamos?

—A buscar el arma, por supuesto. Con su permiso, vamos a registrar su casa.

Capítulo 6

Martes, 7:32, hora de la costa oeste

Cuando Quincy y Kincaid se subieron al vehículo de Kincaid, el sol luchaba por abrirse paso entre una cubierta de nubes tan densa que el día no era más que una versión más pálida de la noche. Daba la sensación de que el mes entero de noviembre había sido igual, un día interminable de lloviznas interrumpidas por periodos de aguaceros torrenciales.

Quincy todavía no se había acostumbrado del todo al clima de Oregón. Él era un tío de Nueva Inglaterra, un hombre que podía soportar un frío vigorizante siempre que fuera acompañado por el sol resplandeciente del invierno. Francamente, no sabía cómo podía soportar la gente de Oregón tener los nubarrones encima durante tanto tiempo. Rainie siempre decía que los días grises le apetecía meterse en casa, acurrucarse en el refugio de su hogar. Pero en los últimos tiempos esos mismos días a él lo que le había apetecido era darse cabezazos contra un muro de ladrillos.

—¿Y cuándo se separaron usted y Rainie? —preguntó Kincaid desde el asiento del conductor. Al parecer lo suyo no eran las charlas insustanciales.

—Me fui de casa hace una semana —dijo Quincy con sequedad.

—¿Cosa suya o de ella?

—Oficialmente hablando, he sido yo el que me he ido.

—¿Van a pedir el divorcio?

—Confío en no tener que llegar a eso.

Kincaid gruñó, no parecía muy convencido.

—¿Terapia?

—En estos momentos, no.

—Ajá. Pensión federal, ¿no?

—Tengo una, sí. —Quincy ya sabía lo que estaba pensando Kincaid. Como agente del FBI que había servido los veinte años mínimos requeridos, Quincy se había retirado con el sueldo base completo. Ya no quedaban muchos planes de pensiones así. Sobre todo porque la mayor parte de los jubilados del FBI todavía eran lo bastante jóvenes como para seguir trabajando en el sector privado y obtener una nueva fuente de ingresos mientras construían un segundo plan de jubilación. A eso se le llamaba mojar en dos salsas. Y sí, a Quincy le había funcionado bastante bien. De ahí el coche, la ropa, la casa.

»El divorcio saldría caro —asintió Quincy.

—Ajá —dijo Kincaid otra vez.

—Sigue sin hacer la pregunta correcta, sargento.

—¿Y cuál es?

—¿Quiero a mi mujer?

—¿Cómo que si la quiere? Pero si la abandonó.

—Por supuesto que la abandoné, sargento. Fue el único modo que se me ocurrió para conseguir que dejara de beber.

Habían llegado al camino de entrada de gravilla. Kincaid hizo el brusco giro a la derecha y las llantas crujieron sobre la piedra molida mientras intentaban adherirse al suelo. No era un camino de entrada muy práctico. Una auténtica putada con mal tiempo. El invierno anterior Rainie y Quincy habían jurado que harían algo con él en cuanto mejorara el tiempo. Modificarían la pendiente o lo pavimentarían.

No hicieron nada. Les encantaba su pequeño castillo de madera

encaramado en la cima de la colina. Y sin llegar a decirlo jamás, veían en el camino de entrada una especie de baluarte propio. Allí arriba no llegaba cualquier vehículo. Y nadie se acercaba a su casa, absolutamente nadie, sin que no lo oyeran.

Kincaid cambió la marcha, redujo y pisó el acelerador. El Chevy coronó la colina justo a tiempo para espantar a un ciervo que estaba lamiendo una vara de sal que Rainie había colocado en el jardín. El ciervo se metió en el bosque de un salto. Kincaid aparcó al lado de una hilera de helechos empapados.

El sargento salió del coche mirando a Quincy con las cejas levantadas.

Quincy y Rainie habían encontrado la casa solo un año atrás. No era grande pero aquel hogar de estilo artesano y hecho de encargo les brindaba lo mejor de todos los mundos. Un ventanal imponente que ofrecía una vista panorámica de las montañas. Un horizonte crestado de tejados en el que alternaban los picos y los valles. Un amplio pórtico delantero, con sus mecedoras Adirondack a juego.

A Rainie le había encantado la planta abierta, las vigas al aire y la enorme chimenea de piedra. A Quincy le habían gustado las grandes ventanas y la multitud de tragaluces que le sacaban el máximo partido a la poca luz de la que se podía disfrutar en días grises como aquel. La casa era cara, probablemente más de lo que deberían haberse gastado. Pero le habían echado un solo vistazo y habían visto su futuro. Rainie acurrucada delante de la chimenea con un libro. Quincy encerrado en el gabinete escribiendo sus memorias. Y un niño, nacionalidad desconocida todavía, sentado en medio de la gran habitación, apilando juguetes.

Habían adquirido aquel hogar con el corazón lleno de esperanzas.

Quincy no sabía lo que pensaba últimamente Rainie cuando miraba el hogar de ambos.

Subió las escaleras delante del sargento y se detuvo ante la puerta. Dejó que Kincaid probara el pomo. La puerta estaba cerrada con llave; Rainie jamás habría dejado la casa de ningún otro modo.

Quincy sacó su llave sin decir ni una palabra. Kincaid abrió el cerrojo.

La pesada puerta se abrió de par en par a un vestíbulo ensombrecido, la luz se filtraba poco a poco por el suelo con

incrustaciones de piedra. La escalera de madera, con su tosca barandilla, quedaba justo a la izquierda. La gran habitación se abría de golpe a la derecha. De un solo vistazo, ambos hombres vieron la gran salita abovedada con su inmensa chimenea de piedra, y luego, un poco más allá, el comedor y la cocina.

Quincy procesó mucha información en poco tiempo: la manta escocesa de franela tirada en un montón delante de la chimenea, el libro a medio leer, abierto y boca abajo sobre la otomana. Vio un vaso de agua vacío, las zapatillas de deporte de Rainie, una chaqueta de lana gris tirada en el respaldo del diván verde.

La habitación estaba desordenada, pero nada que sugiriera un altercado violento. Era algo más parecido a una escena interrumpida, Quincy casi esperaba ver a Rainie saliendo de la cocina con una taza de café en la mano y una expresión perpleja en la cara.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntaría su mujer.

—Echarte de menos —le respondería.

Salvo que quizá Rainie no llevase una taza de café. Quizá fuera una cerveza lo que tuviese en la mano.

Kincaid entró al fin en la habitación. Quincy lo siguió sin ruido, contento de que el sargento se dedicara a estudiar la habitación y no pudiera observar la mirada herida que seguro que había en la cara de Quincy.

Kincaid despachó con rapidez la salita. Pareció tomar nota de la presencia del libro, el vaso, las zapatillas de deporte. Después se encaminó al rincón del desayuno. La nota seguía en la mesa.

Kincaid la leyó, miró a Quincy y luego volvió a leer la nota. El investigador no dijo nada, se limitó a entrar en la cocina. Quincy no sabía muy bien si con ese silencio empeoraba aquella invasión de su intimidad o quizá le quitaba hierro.

El sargento de la policía estatal abrió la nevera. Sorprendió la mirada de Quincy y abrió un poco más la puerta, hasta que Quincy vio las cervezas. El antiguo federal asintió y el otro hombre siguió adelante. No había mucha comida en la nevera pero la cocina estaba limpia. Había una taza y un tazón en el fregadero y le habían pasado un paño a las encimeras.

Rainie jamás había sido la mejor ama de casa del mundo pero era

obvio que mantenía las cosas al día. Aquella no era la cocina de una mujer totalmente hundida en el desaliento. Claro que Quincy había trabajado una vez en un caso de una madre de cuarenta años que había limpiado la casa de arriba abajo antes de colgarse en el baño. En la nota de suicidio había incluido instrucciones para que su marido supiera cómo recalentar todas las comidas que les había dejado a él y a los tres hijos de ambos. La mujer (que había dejado los antidepresivos) no quería causarle molestias a nadie. No quería vivir, eso era todo.

Kincaid recorrió el pasillo trasero que llevaba al estudio. Era una de las pocas habitaciones que tenía moqueta, un grueso montón de lana por el que a Quincy le gustaba pasearse cuando intentaba encontrar el giro apropiado para una frase. Ese era su dominio y al entrar en él una semana más tarde percibió el leve aroma de su loción de afeitado. Se preguntó si Rainie habría entrado en esa habitación durante la última semana. Si habría percibido la fragancia y habría pensado en él.

El escritorio estaba despejado, la silla negra de cuero metida bajo él. En aquella habitación ya se percibía una ligera sensación de abandono. Quizá no era la mejor habitación para recordar, sino solo un mal presagio de lo que estaba por llegar.

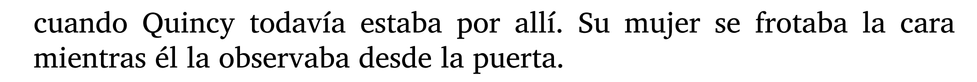
Kincaid volvió a salir sin prisas y se metió en la última habitación de la planta baja, el dormitorio principal.

En esa habitación el caos era más obvio. El edredón, cubierto por una colcha salpicada de tonos verdes, dorados y de color vino, había quedado a los pies de la cama, apartado de una patada. Las sábanas de color crema estaban retorcidas y amontonadas, la esquina de la habitación estaba perdida entre un montón de ropa. La habitación transmitía cierto olor a cerrado, a sábanas usadas y sudor reciente.

Y como Quincy conocía mejor a Rainie que a sí mismo, podía ver cada objeto de la habitación y comprender con toda claridad lo sucedido aquella noche. Las mantas apartadas tras otro mal sueño. La pantalla de la lámpara que había quedado ladeada cuando su mujer había tanteado en busca de la luz.

El paseo hasta el baño, apartando de una patada calcetines y vaqueros. El desbarajuste alrededor del lavabo cuando intentaba borrar el sueño de su mente echándose agua a la cara.

Pero el agua no había funcionado. Por lo menos no funcionaba


cuando Quincy todavía estaba por allí. Su mujer se frotaba la cara mientras él la observaba desde la puerta.

—¿Quieres hablar?

—No.

—Debe de haber sido horrible.

—Todas las pesadillas son horribles, Quincy. Al menos para nosotros, los simples mortales.

—Yo empecé a sufrir pesadillas cuando murió Mandy.

—¿Y ahora?

—Ahora no es para tanto. Ahora despierto y te busco junto a mí.

Se preguntó si había sido entonces cuando había empezado a odiarlo. Porque él encontraba consuelo en su amor, pero ella, al parecer, no encontraba nada en él.

Kincaid había terminado en el baño. Se acercó al tocador, abrió todos los cajones y luego comprobó las mesillas de noche.

—Cuando Rainie estaba en casa, ¿dónde guardaba su arma?

—Tenemos una caja de seguridad para las armas.

—¿Dónde?

—En el estudio.

Quincy llevó a Kincaid de vuelta a la habitación cubierta de paneles de madera. Señaló un cuadro de la pared, un retrato en blanco y negro de una niña pequeña que se asomaba a la cortina blanca de una ducha. La mayor parte de la gente creía que la imagen era una simple obra de arte, comprada, quizá, por ese aire caprichoso que rodeaba la sonrisa un poco desdentada de la pequeña. De hecho, era una foto de Mandy tomada cuando su hija tenía seis años. Era una foto que solía llevar en la cartera. Años atrás, Rainie había hecho que la ampliaran y la había encuadrado para regalársela.

Y a veces, cuando un caso era especialmente doloroso, por ejemplo el caso de Astoria, Quincy se sentaba allí y se limitaba a mirar la foto de su hija. Pensaba en la boda que nunca había llegado a tener Mandy, en los hijos que nunca había llegado a engendrar. Pensaba en

la vida que nunca había llegado a disfrutar y sentía que la angustia lo envolvía.

Algunas personas creían que en el cielo había un hogar especial para los niños. Un lugar donde nunca estaban enfermos y no sentían dolor ni hambre. Quincy no lo sabía, a su mente, que nunca cesaba de analizar las cosas, no se le daban muy bien los asuntos de la fe. ¿Los niños que tenían padres o abuelos cariñosos llegaban a reunirse con ellos? ¿Y qué pasaba con la recién nacida que se moría de hambre mientras su madre se pasaba borracha una semana entera? ¿Y el niño de cinco años al que su padre había tirado por las escaleras? ¿Había padres de acogida en el cielo?

¿Es que esos niños se pasaban la eternidad completamente solos?

Quincy no tenía respuesta para esas preguntas. Se levantaba y se iba a trabajar cada día. Eso era lo que hacía.

Kincaid quitó la foto de Mandy de la pared. La caja fuerte estaba empotrada detrás.

Quincy le dio la combinación. Kincaid hizo girar el disco. Se abrió la puerta y los dos miraron el contenido.

—Cuento tres pistolas —dijo Kincaid con un rastro de triunfo.

—No está ahí —dijo Quincy al mismo tiempo.

—Pero mire…

—Todas armas de refuerzo. Esa es una 22, una 9 mm y mi viejo revólver de servicio. No veo su Glock.

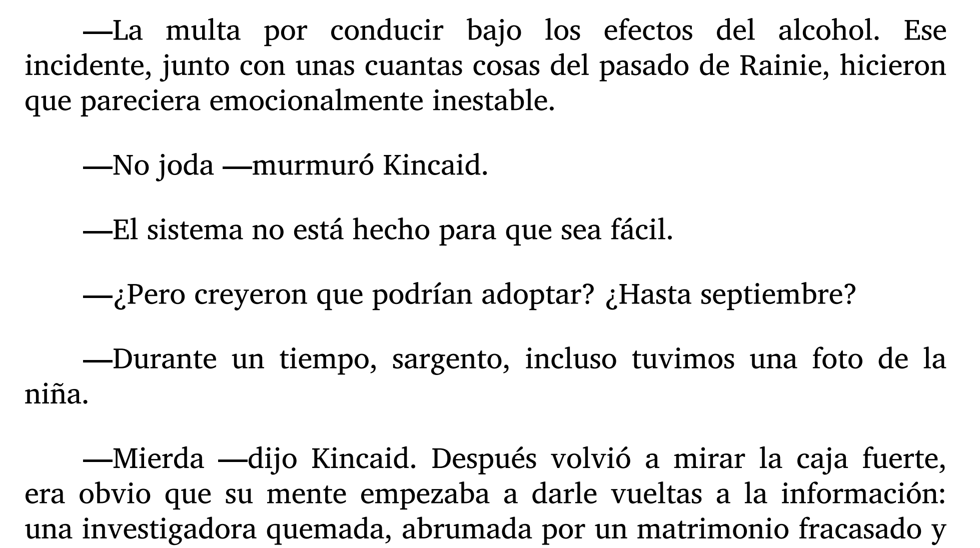
—¿Podría haberla dejado en algún otro sitio?

—No. La regla es que cuando estamos en casa, el arma se guarda bajo llave en la caja de seguridad. Queríamos asegurarnos de que lo convertíamos en costumbre. Ya sabe. —La voz de Quincy se quebró por primera vez. Se contuvo y siguió adelante—. Para cuando adoptáramos a nuestro hijo.

—¿Van a adoptar un hijo? —Kincaid parecía haberse quedado atónito de verdad.

—Íbamos. En pasado. No pudimos.

—¿Por qué?



—La multa por conducir bajo los efectos del alcohol. Ese incidente, junto con unas cuantas cosas del pasado de Rainie, hicieron que pareciera emocionalmente inestable.

—No joda —murmuró Kincaid.

—El sistema no está hecho para que sea fácil.

—¿Pero creyeron que podrían adoptar? ¿Hasta septiembre?

—Durante un tiempo, sargento, incluso tuvimos una foto de la niña.

—Mierda —dijo Kincaid. Después volvió a mirar la caja fuerte, era obvio que su mente empezaba a darle vueltas a la información: una investigadora quemada, abrumada por un matrimonio fracasado y una adopción fracasada, acaba con su vida. En el trabajo policial, una vez más, había que contar con la ley de probabilidades.

»Bueno —dijo Kincaid con tono filosófico—, ya es de día y las condiciones están mejorando. Creo que lo que hay que hacer ahora es meter algunos perros en los bosques. ¿Tiene algún familiar cerca?

—Mi hija está de camino.

—Bien, bien. Seguramente es lo mejor.

—No se rinda todavía —dijo Quincy con tono tenso—. Mi mujer es una antigua agente de la ley. Se merece algo mejor que convertirse en un caso más abandonado entre el montón que cubre el escritorio de un sargento del Departamento de Crímenes Graves con exceso de trabajo…

—Eh…

—Yo también tengo recursos, sargento. ¿No se le había ocurrido todavía? Diga una sola palabra y me pongo a reclamar viejos favores. En este pueblo hay personas que conocen y quieren a Rainie. Creen en ella. Se abrirán paso entre esos bosques, atravesarán el barro y la lluvia…

—¡Oiga, que no me estoy rindiendo!

—¡Ya está sacando conclusiones precipitadas!

—Como persona ajena al asunto y objetiva…

—¡Usted no conocía a mi mujer!

—¡Exacto!

Kincaid estaba sin aliento. Quincy también. Los dos hombres se miraron el uno al otro durante un buen rato, ambos esperando a que el otro diera marcha atrás.

Y entonces sonó el teléfono de Quincy.

El antiguo federal echó un vistazo a la pantalla y de inmediato levantó una mano para pedir silencio.

—¿Es…?

—Shh. Es Rainie.

Capítulo 7

Martes, 8:04, hora de la costa oeste

—¿Diga?

Estática. Un pitido. Después un chasquido, como si la llamada hubiera sido desconectada.

—¿Diga? —Quincy lo intentó otra vez, con más urgencia en la voz y los nudillos blancos de apretar el teléfono.

La llamada se había cortado. Maldijo, le apetecía lanzar el diminuto teléfono al otro lado de la habitación pero entonces sonó otra vez. Quincy abrió el teléfono de golpe antes de que terminara el primer timbrazo.

—… periódico matinal.

—¿Rainie? ¿Dónde estás?

—No puede ponerse al teléfono ahora mismo. —La voz sonaba distorsionada, mecanizada.

—¿Quién es usted?

—Debe leer el periódico matinal —entonó la voz.

—Soy el investigador Pierce Quincy. Estoy buscando a Rainie Conner. ¿Puede decirme dónde está?

—Debe leer el periódico matinal.

—¿La tiene usted? ¿Qué es lo que quiere?

—Pues lo que quiere todo el mundo, fama, fortuna y una buena tarta de manzana. Adiós.

—¿Oiga? ¿Quién es usted? ¿Dónde está?

Pero el otro ya había colgado. Quincy lo supo antes de pronunciar la primera sílaba. Devolvió de inmediato la llamada, pero, al otro extremo, el teléfono de Rainie se limitó a sonar una y otra vez.

—¿Quién era? ¿Qué ha dicho su mujer? —Kincaid estaba sobre él, parecía tan agitado e impaciente como Quincy.

—Era un hombre, creo. Utilizaba algún tipo de aparato para distorsionar la voz. No dejaba de decir que debía leer el periódico matinal. Palabra por palabra. «Debe leer el periódico matinal». Rápido, bolígrafo, papel. Mientras todavía lo tengo fresco. Necesitamos escribir todo esto.

Quincy hurgó en su escritorio, abrió cajones de golpe, tiró una cesta de bolígrafos.

Kincaid estaba detrás de él, desvalijando un segundo cajón en busca de un bloc de notas.

—¿Leer el periódico para qué?

—No lo sé.

—¿Qué periódico?

—No lo sé. «Debe leer el periódico matinal». Eso es lo que dijo. «Debe leer el periódico matinal». Quincy consiguió al fin un bolígrafo. La mano le temblaba tanto que apenas podía sostenerlo entre los dedos. Le daba vueltas a demasiadas cosas. Rainie secuestrada. Rainie herida. Rainie… Y tantas cosas que eran mucho, mucho peores.

Nueve años antes era la voz de Bethie la que hablaba al otro lado del teléfono.

—«Pierce, algo le ha pasado a Mandy. Será mejor que vengas rápido».

Kincaid había encontrado un bloc y se lo lanzó por el escritorio,

donde se detuvo de golpe delante de Quincy.

Pero Quincy no podía escribir. Los dedos se negaban a sujetar el bolígrafo, la mano no quería garabatear en la página. Estaba temblando. Jamás le había temblado tanto la mano en todos esos años. Y entonces vivió un momento surrealista, se encontraba fuera de su cuerpo, bajaba la vista y veía la escena y lo que veía era una mano andana, torpe, a punto de cubrirse de manchas, que sujetaba sin mucho acierto un bolígrafo.

Se sintió impotente. Habían secuestrado a su mujer y durante un momento desgarrador, no supo qué hacer.

Kincaid le quitó el bloc. Había más comprensión en los ojos del sargento de lo que Quincy estaba preparado para aceptar.

—Usted habla —dijo Kincaid—. Yo escribo.

Quincy empezó por el principio. No había mucho que documentar, después de todo. Una voz distorsionada que utilizaba el teléfono de Rainie para ordenarle a Quincy que leyese el periódico matinal y que afirmaba que «deseaba fama, fortuna y una tarta de manzana». Cuatro frases pronunciadas. Un total de treinta y tres palabras.

Comenzaron con la primera de las instrucciones. «Debe leer el periódico matinal».

—Local —declaró Kincaid.

—¿Qué? ¿La llamada? No había buena cobertura pero eso situaría a esa persona en cualquier punto de la cordillera costera. Y mirar el registro de llamadas no nos va a servir de nada, lo único que veremos será una llamada hecha a mi teléfono.

—No, no, la llamada no, el periódico. De otro modo diría «periódicos matinales», en plural. Pero no dejaba de decir «periódico». Eso es más concreto. Yo diría que va a ser el Daily Sun de Bakersville.

—Ah, el oxímoron nuestro de todos los días —murmuró Quincy—. A nosotros no nos lo traen. Pero… —Lo pensó un momento—. Deberíamos encontrar algo en Internet.

—A la mierda con eso, vamos directamente a la fuente.

—¿Tiene un contacto?

—Algo mejor. Tengo un oficial en la oficina de prensa. Puede hablar directamente con el propietario si es necesario.

Kincaid sacó su móvil y apretó dos teclas. Segundos después estaba hablando con el teniente Mosley y unos segundos más tarde, estaba haciendo gestos frenéticos para que Quincy le devolviera el bloc.

—¿Hay algún remite? ¿Cuándo la sellaron? No, no, no. ¡No quiero que nadie la toque! Escuche, voy a enviar a dos científicos del laboratorio de Portland ahora mismo, junto con Huellas Latentes. A cualquiera que haya tocado la carta hay que aislarlo ahora mismo; me da igual si son los dueños del puñetero periódico. Vamos de camino.

Kincaid cerró el teléfono de golpe y se dirigió de inmediato a la puerta. El sargento ya casi había echado a correr. Quincy lo alcanzó a toda prisa.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha dicho?

—Nota de rescate. El redactor de la página de tribuna del Daily Sun de Bakersville acaba de notificárselo a nuestro OOP (oficial de la oficina de prensa) hace veinte minutos. Encontraron una nota en el correo de esta mañana. Dice que una mujer ha sido secuestrada y si alguien quiere volver a verla con vida, le costará diez mil dólares en metálico.

—¿Quién la ha enviado?

—No está claro.

—¿Cuándo?

—El matasellos es de ayer.

—Pero eso no es posible. —Ya estaban en el coche. Kincaid saltó al asiento del conductor, Quincy rodeó el coche por delante.

—Lo es y no lo es —dijo Kincaid apretando el acelerador del Chevy—. No es posible que el hombre secuestrara a su mujer ayer por la tarde. Pero la nota de rescate no mencionaba ningún nombre concreto y tampoco proporcionaba una descripción.

—Alguien que secuestra a alguien que no conoce de nada —completó Quincy—. El tío no sabía a quién se estaba llevando. Solo sabía que se llevaba a alguien.

—Exacto. Aprovecha la oportunidad para cometer el delito.

—¿Contra una agente cualificada de la ley?

—Quizá tuvo suerte. O quizá… Todavía no sabemos cómo escogió a su objetivo. Quizá —Kincaid bajó un poco la voz—, empezó en un bar.

Quincy no dijo nada. Kincaid bajaba por el escarpado camino de entrada a una velocidad enfermiza. Quincy se agarró al salpicadero.

—Escuche —decía Kincaid—. Una carta es una buena señal. El tipo se está poniendo en contacto y con cada contacto nos proporciona una oportunidad. Empezamos con la llamada de teléfono que le hizo a usted. Ahora tenemos un sobre, una carta y un matasellos, y todo eso se puede analizar. Todo lo que necesitamos es un poco de saliva para sellar el sobre y ya tenemos un ADN. Un matasellos cerca de casa y tenemos un lugar. Si a eso le añadimos la letra, hemos pillado al sospechoso. Vamos por buen camino.

—Quiero que la carta se envíe al laboratorio del FBI.

—No me cabree.

—Sargento, con el debido respeto…

—Nuestra unidad de documentos cuestionables es muy buena, muchas gracias.

—La de la agencia es mejor.

—El laboratorio de la agencia está al otro lado del país. Perderíamos un día solo en enviarla. Mi gente puede ocuparse de la carta igual de bien y además pueden empezar esta misma tarde. Supongo que entiende lo importante que es el tiempo en estos casos.

—Siempre es una cuestión de minutos —dijo Quincy con tono seco. Su mirada se había perdido por la ventanilla—. Siempre.

—¿Ha trabajado alguna vez con alguien del pueblo que le pareciera que tenía cerebro?

—Solo con la que me casé.

Kincaid arqueó una ceja. Todavía estaba conduciendo demasiado rápido, recortaba las curvas y se metía entre el tráfico. Quincy pensó que era obvio que el sargento había sido en otro tiempo un gran

admirador de Starsky y Hutch.

—Déme treinta minutos —dijo Kincaid de repente—, y creo que cambiará de opinión.

—¿Puede encontrar a mi mujer en media hora?

—No, pero puedo averiguar si el autor de la nota se la llevó de verdad.

—¿Cómo?

—La carta incluía un mapa. Siga las instrucciones de la caza del tesoro y descubra la prueba de que está con vida. Ese tipo nos está hablando, don especialista en perfiles, y vamos a pillarlo.

—Pienso ir con usted —dijo Quincy de inmediato.

Kincaid al fin le dedicó el destello de una sonrisa.

—Por alguna razón, jamás se me ocurrió dudarlo.

Capítulo 8

Martes, 8:33, hora de la costa oeste

El centro de Bakersville, Oregón, no era gran cosa; una calle principal con cuatro manzanas que albergaban unos cuantos negocios familiares, la mayor parte de los cuales luchaban por continuar adelante después de que Wal-Mart abriera un establecimiento a las afueras del pueblo. Los Alces todavía tenían allí una sede[1], que era en realidad una antigua bolera pintada de color azul brillante. Luego estaba la floristería de la esquina, la cafetería Huevos con Jamón, tres puertas más allá, una tienda de artículos de oficina y un JC Penney's diminuto. Los negocios existían para dar servicio a la gente del pueblo porque la mayor parte de los turistas pasaban de largo, venían de las playas del sur y se dirigían a la fábrica de queso de Tillamook, en el norte.

Quincy no recordaba la última vez que había entrado en el pueblo pero Kincaid parecía conocer la zona. El sargento viró en una esquina y luego hizo un brusco giro a la derecha en la siguiente calle. Y eso sin dejar de hablar por el móvil un solo momento. Llamadas para que un detective se dirigiera de inmediato al Daily Sun y garantizara la conservación de esa nota. Llamadas a su teniente para pedir más efectivos. Llamadas para que el laboratorio de Investigación Criminal

y los de Huellas Latentes movieran el culo y fueran a la costa. Y luego una llamada a la sheriff Atkins, que todavía dirigía la búsqueda.

Por último, Kincaid volvió a llamar al oficial de la oficina de prensa, que le contó todo lo que se sabía sobre el personal y los puestos que ocupaban en el Daily Sun.

El trabajo policial era gestión. Era como lanzar un millón de bolas al aire y mantenerlas todas en movimiento sin salirse de los límites ni desobedecer las reglas. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Quincy se había encontrado metido en el ajo, trabajando en un caso rápido como aquel. Sintió el subidón de adrenalina que le inundaba la columna vertebral, el cosquilleo inconfundible de emoción que lo dejó sintiéndose un poco culpable. Habían secuestrado a su mujer. No era posible que sintiera lo mismo que en los viejos tiempos.

Kincaid cerró el teléfono de golpe. Una estructura de cemento de dos pisos acababa de aparecer a su izquierda, un bloque de oficinas de los setenta, tejados planos y ángulos cuadrados. Kincaid efectuó un giro brusco, entró en el aparcamiento y calzó el Chevy entre dos monovolúmenes. Bienvenido al Daily Sun.

—Yo hablo —dijo Kincaid cuando saltó del coche—. Usted escucha.

—¿En cuántos casos de secuestro ha trabajado usted? —preguntó Quincy.

—Oh, cállese. —Kincaid entró en el edificio.

Dentro, la curiosidad del personal era obvia. Reporteros, correctores y recaderos que deberían haber estado yendo de un sitio para otro con el interminable número de tareas que contribuían a crear un periódico diario, rondaban de puntillas por el vestíbulo. Algunos apretaban carpetas contra el pecho. La mayor parte, sin embargo, ni siquiera se molestaba en fingir. Todo el mundo sabía que había ocurrido algo importante y todos esperaban nerviosos para ver qué pasaba.

Kincaid no los desilusionó. El sargento cuadró los hombros, se acercó a la recepcionista y enseñó la placa con un golpe de cartera y una expresión como la de las películas.

—Sargento detective Carlton Kincaid, estoy aquí para ver a Owen Van Wie, de inmediato —añadió con énfasis el policía.

Van Wie era el director del periodicucho del pueblo. Se habían puesto en contacto con él a primera hora de la mañana y para consternación del OOP, ya se había presentado su abogado. Pero hasta ese momento, al menos, Van Wie prometía la colaboración absoluta del periódico. Ya verían cuánto tiempo duraba.

La recepcionista los llevó al despacho, Kincaid saludó con un gesto a las masas reunidas en el vestíbulo.

—¿Carlton? —murmuró Quincy tras él.

—Cierre el pico.

El Daily Sun era un periódico de pueblo y eso se notaba en el despacho del director. Un espacio sin ventanas y atestado, una hilera de archivadores de metal gris de aspecto estrictamente utilitario y una mesa repleta de todo lo imaginable. Van Wie estaba sentado detrás de su escritorio. Al otro lado se sentaba otro hombre con traje y corbata. El abogado, supuso Quincy.

Los dos hombres ya ocupaban los únicos asientos de la estancia, lo que dejaba a Kincaid y Quincy de pie, los dos delante de la estrecha puerta. Kincaid mostró la placa y realizó las presentaciones de forma rápida y sin ceremonias.

Quincy estrechó la mano de Van Wie y luego saludó al abogado del director, Hank Obrest. Traje de grandes almacenes, corbata de una mezcla de poliéster barato. Un abogado de pueblo para un periódico de pueblo, pensó Quincy. Seguro que aquellos dos habían ido al instituto juntos y seguían siendo los mejores amigos del mundo.

—¿Tiene la nota? —preguntó Kincaid. Estaba claro que al sargento no le iban las charlas insustanciales.

—Justo aquí. —Van Wie señaló con un gesto las dos hojas de papel que reposaban en medio del escritorio. Los dos hombres miraban la carta con suspicacia, como si fuera una bomba que pudiera explotar en cualquier momento.

—¿Ha conservado el sobre?

—Justo al lado. Cynthia, nuestra redactora de opinión, fue la primera en abrirla. Le gusta utilizar un abrecartas, así que es un corte limpio por la parte superior. No sé si eso les ayuda en algo o no.

Kincaid sacó un pañuelo de golpe y lo utilizó para acercar un

poco más las dos páginas. Quincy intentó observar el documento primero pero el hombro de Kincaid se lo impidió.

—¿Quién más lo ha tocado? —preguntó Kincaid.

—El departamento que se ocupa de la correspondencia —respondió Van Wie contando con los dedos—. Jessica, que clasifica las cartas. Y es probable que Gary, el ayudante de Cynthia.

—Tendremos que tomarles las huellas para compararlas.

—Estoy seguro de que no habrá ningún problema —dijo el director.

—Estoy seguro de que no —asintió Kincaid con firmeza. Quincy se inclinó hacia la izquierda y utilizó un bolígrafo tapado que se sacó del bolsillo del pecho para darle un empujón a la nota y situarla en su campo de visión.

La carta estaba mecanografiada, papel blanco de fotocopiadora, barato, formato comercial estándar. Sin encabezamiento ni pie de página. La única dirección que aparecía era la del periódico.

Estimado director:

Usted no me conoce. No vivo aquí. Pero conozco este pueblo. Anoche rapté a una mujer que vive aquí. No se escandalice. No soy ningún pervertido.

Quiero dinero. Diez mil dólares en metálico. Devolveré a la mujer viva. Hablo en serio. Soy un profesional. Siga las reglas y todo irá bien. No me haga caso y la mujer morirá.

He incluido un mapa que muestra dónde puede encontrar una prueba de que está con vida. Encuentre la X antes del mediodía o la mujer morirá.

Haga caso omiso de esta carta y la mujer morirá. Recuerde que soy un hombre de palabra.

Atentamente,

El Zorro

Quincy leyó la nota tres veces y luego la apartó con cuidado. La segunda página, también de papel barato blanco de oficina, revelaba un dibujo tosco hecho con un rotulador negro. Como señalaba la nota,

la X marcaba literalmente el punto.

Quincy comenzaba a formarse una impresión y lo primero que pensó fue que el mapa sería complicado. Algo que demostrase a las claras que el sujeto no identificado (SNI) era el que controlaba la situación y que la policía debía obedecer todas sus órdenes.

Pero en lugar de eso, el mapa era casi una caricatura en su simplicidad. Salías del Daily Sun, te dirigías al sur por la 101, girabas a la izquierda, girabas a la derecha y terminabas cerca de Museo del Aire de Tillamook, en un cementerio. Poco profesional. Adolescente. Y sin embargo, brillante. Un lugar lo bastante remoto como para que no hubiera muchas posibilidades de que alguien notara la presencia de un hombre allí, en plena noche. Y lo bastante claro como para que a la policía no le resultara difícil encontrar la pista.

Quincy leyó la nota otra vez. Y luego otra.

No le gustaba la sensación helada que estaba empezando a asentarse en sus tripas.

Kincaid estaba examinando el sobre.

—El remitente —le murmuró el sargento a Quincy—. Tiene las iniciales W.E.H. y una dirección de Los Ángeles. ¿Está intentando demostrar que no es de por aquí?

—Quizá.

—Pero el matasellos es de Bakersville, así que la envió desde el pueblo.

Alguien llamó a la puerta. Había llegado un detective, Ron Spector, de la oficina del condado de Tillamook de la policía estatal de Oregón. Kincaid salió al pasillo, donde Spector y él se reunieron y hablaron en voz baja.

Quincy revisó el mapa otra vez. Parte de él quería salir disparado por la puerta, dirigirse al Museo del Aire y atravesar el cementerio a la carrera en una irónica búsqueda de aquella prueba de que su mujer seguía con vida. Pero su lado más frío y analítico comprendía que un investigador no debía precipitarse jamás. Solo la nota de rescate ya era un tesoro, un cúmulo de información, algo de lo que no podían hacer caso omiso. Se podían averiguar tantas cosas por las pequeñas combinaciones de palabras. Por no hablar del tipo de papel, la clase de tinta, las huellas en la página, la saliva en el precinto del sobre.

Habría que asignar un detective para localizar la dirección del remite. El propio Quincy quería introducir las iniciales W.E.H. en Internet, por alguna razón le resultaban conocidas.

¿Algo que había visto antes? ¿Alguien a quien conocía?

Había tantas piezas del rompecabezas que ni siquiera habían empezado a colocarlas. Todavía tenían que sondear los hoteles y moteles de la zona, entrevistar a los varones de entre veinte y cuarenta años que viajaban solos. Todavía tenían que reconstruir los últimos pasos de Rainie, determinar quién podría haberla visto. ¿Había estado bebiendo en alguna parte? ¿Todavía tenía su arma?

Esa última idea le dio que pensar. Si el secuestro había sido algo aleatorio, quizá el SNI no se había dado cuenta todavía que se había llevado a una agente de la ley… En un momento dado, Rainie había conseguido coger su móvil. ¿Y su arma?

La idea hizo que Quincy se sintiera curiosamente mareado. Por un lado, si Rainie se enfrentaba a su atacante, quizá pudiera escapar. Pero, por otro, ¿a cuántos asesinos había entrevistado a lo largo de los años que afirmaban que su sed de sangre la había desencadenado la resistencia de la mujer? Se resistió, así que la maté. Para algunos hombres era así de simple.

Kincaid había vuelto. Informó a Van Wie que el detective Spector se encargaría de todo en el Daily Sun. Luego, Kincaid cogió con cuidado las dos páginas de la nota de rescate sin dejar de utilizar el pañuelo. El detective Spector registraría las páginas originales como prueba y daría comienzo al proceso de preservar la cadena de custodia. Kincaid y Quincy, sin embargo, iban a necesitar una copia de la nota y el mapa para continuar adelante.

En el último momento, Kincaid le hizo un gesto a Quincy para que lo siguiera por el pasillo.

—¿Qué le parece? —preguntó Kincaid cuando se acercaron a la fotocopiadora.

—Sencillo —dijo Quincy—. Pero inteligente.

—¿Sencillo pero inteligente? Vamos, don especialista en perfiles. Seguro que no se gana el pastón que gana solo con eso.

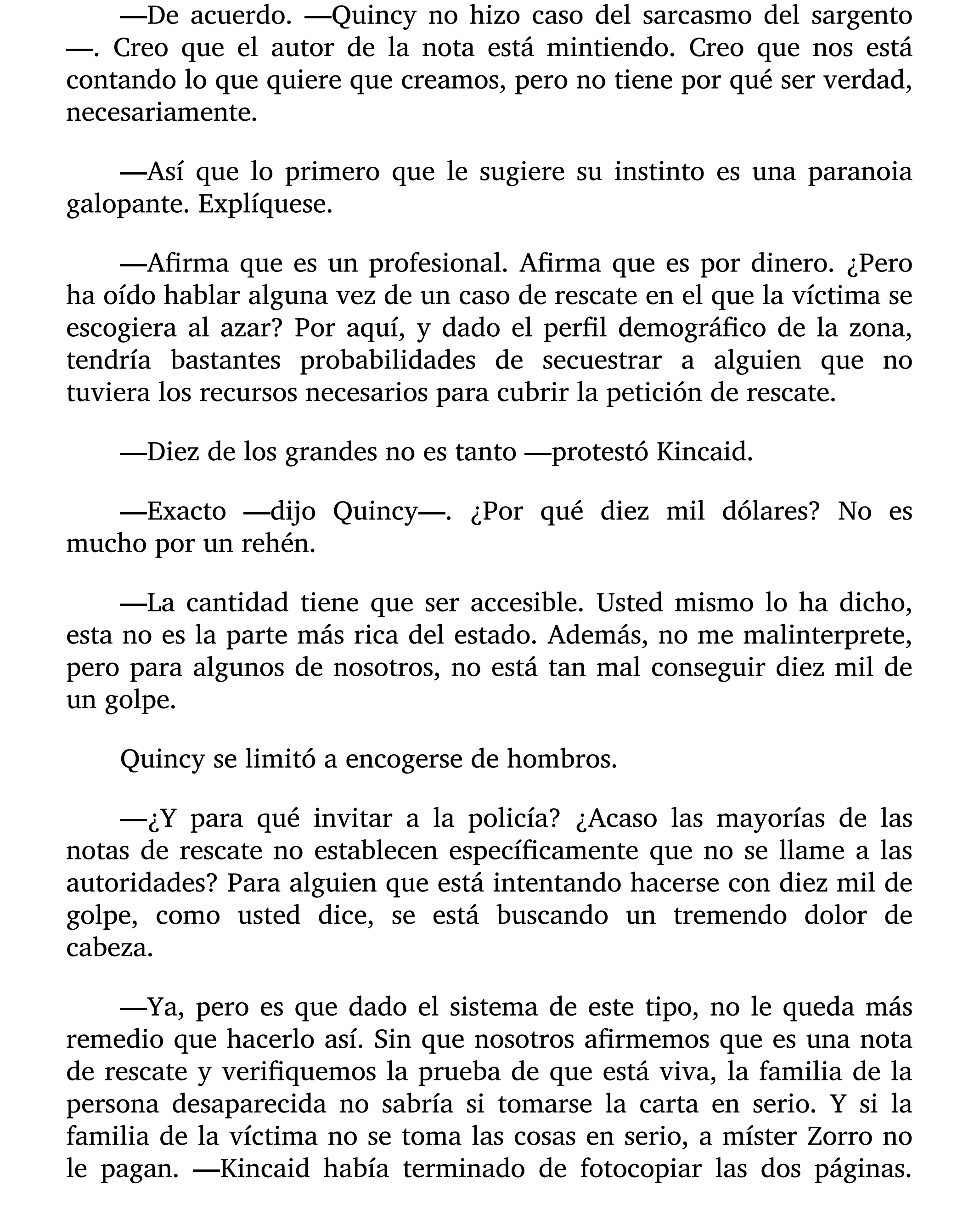
—Quiero un análisis de partículas de la nota —dijo Quincy de repente—, que le hagan pruebas al papel en busca de señales de

muescas. ¿Su gente de DC sabrá hacerlo?

—Tienen fama de ser bastante competentes.

—¿Pedirá la prueba?

—Yo también tengo fama de ser bastante competente.



—De acuerdo. —Quincy no hizo caso del sarcasmo del sargento —. Creo que el autor de la nota está mintiendo. Creo que nos está contando lo que quiere que creamos, pero no tiene por qué ser verdad, necesariamente.

—Así que lo primero que le sugiere su instinto es una paranoia galopante. Explíquese.

—Afirma que es un profesional. Afirma que es por dinero. ¿Pero ha oído hablar alguna vez de un caso de rescate en el que la víctima se escogiera al azar? Por aquí, y dado el perfil demográfico de la zona, tendría bastantes probabilidades de secuestrar a alguien que no tuviera los recursos necesarios para cubrir la petición de rescate.

—Diez de los grandes no es tanto —protestó Kincaid.

—Exacto —dijo Quincy—. ¿Por qué diez mil dólares? No es mucho por un rehén.

—La cantidad tiene que ser accesible. Usted mismo lo ha dicho, esta no es la parte más rica del estado. Además, no me malinterprete, pero para algunos de nosotros, no está tan mal conseguir diez mil de un golpe.

Quincy se limitó a encogerse de hombros.

—¿Y para qué invitar a la policía? ¿Acaso las mayorías de las notas de rescate no establecen específicamente que no se llame a las autoridades? Para alguien que está intentando hacerse con diez mil de golpe, como usted dice, se está buscando un tremendo dolor de cabeza.

—Ya, pero es que dado el sistema de este tipo, no le queda más remedio que hacerlo así. Sin que nosotros afirmemos que es una nota de rescate y verifiquemos la prueba de que está viva, la familia de la persona desaparecida no sabría si tomarse la carta en serio. Y si la familia de la víctima no se toma las cosas en serio, a míster Zorro no le pagan. —Kincaid había terminado de fotocopiar las dos páginas.

Después colocó el sobre en el cristal.

»Ahora déjeme a mí decirle lo que pienso. Punto uno, la verdad es que estoy de acuerdo con usted. Creo que la nota es una sarta de mentiras. Pero ahí es donde discrepamos. Usted cree que si el tío está mintiendo es porque debe de ser muy astuto. Yo creo que el tío miente porque es un simple aficionado.

—Así que lo primero que le sugiere a usted el instinto es simple estupidez. —Quincy abrió las manos—. Explíquese.

—Muy bien, escuche esto. Nuestro tío…

—El SNI.

—Sí, eso. En el mundo de los federales tiene que haber un acrónimo para todo. Vale, pues nuestro SNI. Tiene que conseguir pasta. Bueno, supongo que el tipo no es muy listo y tampoco es el tío más organizado del mundo. Para un palurdo de esa clase, diez de los grandes puede ser mucha fina pasta. Quizá para pagar una deuda de juego. —La perspectiva de Kincaid no iba tan descaminada; había un buen número de casinos por toda la costa y con ellos llegaban los problemas habituales, ludopatías, préstamos abusivos y alcoholismo —. O quizá para pagar su nuevo todoterreno. No lo sé. El caso es que, para este tío, diez de los grandes es suficiente, sobre todo por solo un día de trabajo.

—¿Un día de trabajo?

—Sí, lo que me lleva al punto dos: nuestro SNI no es lo bastante sofisticado como para montar una operación a lo grande. Necesita algo rápido y fácil. Así que en lugar de identificar un objetivo, por ejemplo, seguirla durante días y luego intentar averiguar cómo puede secuestrarla en su casa o en el trabajo, decide aprovechar la oportunidad que se le ofrezca. Algo fácil. Por ejemplo, una mujer que quizá haya estado bebiendo y que ha aparcado en la carretera en plena noche.

»Por supuesto, al no saber quién es esa mujer ni nada sobre su entorno, ¿cómo puede ponerse en contacto? Muy sencillo, utiliza el periódico del pueblo. Y quizá en este caso no nos estábamos moviendo lo bastante rápido, no lo sé, así que decide ponerse también en contacto directo. Sigue sin ser nada demasiado complicado. Tiene el móvil de la víctima y utiliza un aparato para distorsionar la voz que cualquier idiota puede comprar en Radio Shack. Bang, hecho.

»Bien, si ha visto alguna película, sabe que lo primero que se exige en estos casos es una prueba de que la persona está viva. Bueno, lo está improvisando todo a la carrera, así que, una vez más, ¿cómo ponerse en contacto? Eh, ya sé, lo entierra en medio de un cementerio. Así soluciona la papeleta y encima puede echarse unas risas imaginándose a un encantador y atractivo detective estatal intentando como un desesperado no desenterrar ningún hueso. Bien sabe Dios que voy a tener que tomármelo con humor.

»Y luego el SNI mete unas cuantas horas tope porque el muy cateto no puede permitirse que las cosas se alarguen. Envía la nota antes de las cinco de la tarde del día anterior para asegurarse de que nos llaman a primera hora de la mañana. Nos da un plazo para encontrar la prueba de que está viva, para asegurarse de que nos movemos. Le apuesto que ahora nos vamos al cementerio y encontramos los detalles para dejar el dinero, junto con otro plazo, dentro de una hora más o menos, quizá dos. Coño, igual hasta incluye otro mapa. Metan el dinero debajo de la lápida A, busquen el mapa que les lleve al árbol B, y allí encontramos a la chica.

»Rápido, limpio y no es mala forma de conseguir diez de los grandes. —Kincaid quitó el sobre del cristal, cogió las copias y cerró la fotocopiadora—. Ahora permítame que le haga una pregunta: ¿Tiene diez de los grandes?

—Sí.

—¿Estaría dispuesto a pagarlos para rescatar a la esposa de la que se ha separado?

Quincy ni siquiera parpadeó.

—Sí.

—Pues ya está. Vamos a tener un buen día. A cazar al zorro.

—No creo que sea por dinero —insistió Quincy en voz baja.

—¿Más paranoia galopante?

—Quizá. Pero yo sé algo que usted no sabe.

—¿Y qué es, don especialista en perfiles?

—Sé quién es el Zorro.

Capítulo 9

Martes, 9:45, hora de la costa oeste

Dougie había salido al bosque. Dougie siempre salía al bosque. No le importaba la lluvia, ni el viento ni el frío. Fuera se estaba bien. Estar fuera significaba árboles, agujas de pino y musgo verde que era agradable tocar pero que no siempre sabía muy bien. Esa mañana había probado tres tonos diferentes de musgo. Uno había sabido a tierra. Otro había sabido a corteza de árbol. El tercero le había hecho unas cosquillas muy curiosas en la boca.

No había comido más del tercero.

En ese momento Dougie estaba excavando entre los restos de un árbol muerto. Lo más probable era que el grueso tronco se hubiera caído siglos antes, seguro que antes de que naciera Dougie. Y era un tronco estupendo, grande y podrido, le salían unos hongos muy interesantes y estaba lleno de bichos. Dougie tenía un palo y cavaba, cavaba sin parar. Cuanto más cavaba, más bichos interesantes salían corriendo.

Dougie tenía siete años. Por lo menos eso era lo que le decían. No recordaba su cumpleaños. Quizá fuera en febrero. Su primera segunda familia se había inventado una fecha para él, el día de su llegada a casa. Había sido en febrero y le habían dado tarta y helado.

Su primera segunda familia no estaba mal. Por lo menos él no se acordaba de nada malo. Pero un día había llegado la señora del traje morado y le había dicho que hiciera la maleta. Se iba a ir con una segunda familia nueva, pero no tenía que preocuparse, ellos también lo querrían un montón.

—Dougie —le había dicho la señora del traje morado en voz baja cuando salían por la puerta de la casa—, no puedes jugar así con cerillas; pone a la gente nerviosa. Prométemelo, se acabaron las cerillas.

Dougie se había encogido de hombros. Dougie lo había prometido. Mientras, tras ellos, el garaje de la casa de su primera segunda familia yacía en ruinas y seguía humeando.

La siguiente segunda familia, la segunda, no celebraba cumpleaños ni días de llegada a casa. No celebraban casi nada. Su nueva mamá tenía un rostro delgado y severo.

—El diablo, cuando se aburre, mata moscas con el rabo —le decía justo antes de mandarle que frotara el suelo o fregara los platos.

A Dougie no le gustaba ayudar con los quehaceres. Eso significaba quedarse en casa y a Dougie no le gustaba estar encerrado. Quería estar fuera. Entre los árboles. Donde podía oler la tierra y las hojas. Donde no había nadie alrededor que lo mirara de reojo o susurrara cosas a sus espaldas.

Había aguantado tres semanas con esa segunda segunda familia. Luego se había limitado a esperar hasta que se fueron a la cama, había ido a la chimenea y se lo había pasado en grande con las cerillas grandes. Cómo ardían las muy mamonas.

Todavía recordaba la mirada descompuesta que había en la cara de su nueva mamá cuando salió disparada de su habitación.

—¿Huelo a humo? Oh, Dios mío, ¿hay un incendio? ¡Dougie! ¡Pero qué has hecho, engendro del diablo!

Su segunda segunda mamá dormía desnuda. Y su segundo segundo papá también. Los bomberos se habían reído mucho al llegar al incendio. Después lo habían visto a él, sentado entre las ramas del roble gigante, escuchando los ruidos de la casa, que restallaba, crujía y reventaba. Se habían detenido, lo habían señalado y se habían quedado mirándolo.

Después de eso había ido a un centro de acogida para niños. Un centro para jóvenes conflictivos, le dijeron. Pero la señora del traje morado había vuelto a aparecer. Dougie era demasiado pequeño para un sitio así, le había oído decir. Dougie todavía tenía una oportunidad.

Dougie no sabía lo que quería decir eso. Él se limitó a hacer la maleta y salir trotando hacia su nuevo hogar. Esa casa estaba cerca del pueblo. Ni bosques, ni parque, ni siquiera un jardín decente. Dougie había descubierto un solo incentivo en esa casa diminuta invadida por todo tipo de nuevos hermanos y hermanas, que no eran hermanos en realidad, sino solo otros niños que se odiaban entre sí. La casa estaba a solo una manzana del supermercado.

Dougie aprendió a robar. Si iban a dejar todas las cerillas fuera de su alcance, siempre podía robar. Empezó por cosas pequeñas. Pastelitos de crema, donuts, las gominolas de centavo que tenían cerca del suelo. Esa clase de cosas en las que nadie se fijaba. La primera vez se llevó el botín a casa y una de sus hermanas se lo quitó. Cuando se quejó, la niña le arreó un puñetazo en el ojo y luego se sentó allí y se

comió todas las chuches de Dougie mientras a él se le iba hinchando el ojo.

Dougie aprendió la lección. Encontró un ladrillo suelto en la parte de atrás de la gasolinera y ahí fue donde metió su botín. Estaba bien tener tu propio suministro de comida, la verdad. A veces, con solo mirar todo aquello, sentía que le rugía la barriga. Había hambre y había hambre y Dougie ya entendía que él tenía más hambre que la mayoría.

Un día lo sorprendió el propietario de la tienda con los bolsillos atestados de pasteles rellenos de crema y tartaletas de manzana. El propietario le había retorcido la oreja. Dougie había llorado y renunciado a las chuches.

—No volveré a hacerlo —prometió mientras se limpiaba la nariz con el dorso de la mano, y entonces se le cayeron más golosinas de la manga del abrigo.

Y eso puso punto final al hogar número tres.

La señora del traje morado decidió que Dougie necesitaba más atención. Una casa con tanto crío no era el hogar apropiado para Dougie. Él necesitaba un enfoque más personal. Quizá con un Modelo Masculino Positivo.

Dougie fue al hogar número cuatro donde le presentaron llenos de emoción a su hermano mayor, Derek, de diez años. Derek estaba en los Boy Scouts. Derek jugaba en la liga juvenil de fútbol que organizaba la ONG de Pop Warner. Derek era un gran chaval y sería una buena influencia para Dougie.

Derek había esperado hasta que se habían apagado las luces y luego había llevado a Dougie por toda la casa.

—¿Ves esa silla, pequeñajo? Esa es mi silla. —Derek le zurró en el estómago.

»¿Ves esa pelota, pequeñajo? Esa es mi pelota. —Tres dedos clavados en un riñón.

»¿Ves ese juego para la videoconsola? Ese juego es mío. —Un golpe de kárate en el cuello.

Dougie había durado más tiempo en esa casa. Sobre todo porque tenía miedo de levantarse de la cama por la noche. Pero un día, Derek

fue a pasar un fin de semana en casa de su abuela. Dougie se levantó a la una en punto de la mañana. Empezó por el dormitorio. Quitó las sábanas de la cama de Derek, sacó la ropa de los cajones de Derek, sacó a rastras los juguetes del armario de Derek. Cogió la silla. La pelota. El juego de la videoconsola.

Construyó la madre de todas las hogueras en el patio delantero. Y luego, como ya tenía un poco más de experiencia, encontró la lata de gasolina y empezó a rociarlo todo. ¡Una cerillita de nada y uhhhh!

Dougie perdió las dos cejas y la mayor parte del flequillo. Y la señora del traje morado se lo llevó de allí de forma sumaria, a la buena señora le estaba costando bastante chillarle a un niño que parecía perpetuamente sorprendido, con todo el vello del rostro chamuscado.

Dougie estaba en un BUEN LÍO.

Eso iban a ponerlo en su EXPEDIENTE. Ya nadie querría acercarse a él. ¿Es que no quería una FAMILIA? ¿Es que no quería una OPORTUNIDAD? ¿Cómo había PODIDO hacer eso?

Pudo porque quiso y volvería hacerlo. Él lo sabía. La señora de morado lo sabía. A Dougie le gustaba el fuego. Le gustaba la chispa abrasadora de las cerillas. Le gustaba el modo en el que la llama consumía la varita de papel y luego le lamía la punta de los dedos. Dolía. Se había abrasado las puntas de los dedos cientos de veces, incluso le habían salido ampollas en la palma de la mano. El fuego te lastimaba. Pero no era un mal dolor. Era real. Era honesto. Era fuego.

A Dougie le gustaba.

Y allí estaba. Viviendo con los Carpenter. Buena gente, le había dicho la señora del traje morado. Honestos, trabajadores. Habían especificado que querían un niño problemático («Que el cielo los ayude», había murmurado la mujer del traje morado) así que quizá supieran qué hacer con él. A su nuevo segundo padre, Stanley, se le daban muy bien los chicos, según los informes. Ayudante del entrenador de fútbol americano del instituto. Además se había criado con cuatro hermanos varones.

Quizá fuera él el que por fin conseguiría meter a Dougie en cintura.

El nuevo dormitorio del quinto segundo hogar de Dougie solo contenía un colchón. Si quería sábanas, informaron a Dougie, tenía

que ganárselas. Si quería mantas, tenía que ganárselas. Si quería juguetes, ídem.

La pared de la cocina contenía un elaborado gráfico. Haces una tarea, ganas un punto. Pides las cosas con educación, ganas un punto. Haces lo que te dicen, ganas un punto.

Dices palabrotas, pierdes un punto. Contestas mal, pierdes un punto. Incumples una regla, pierdes un punto. Y así sucesivamente.

Sus nuevos padres tampoco pensaban correr ningún riesgo. Nada de cerillas, ni gasolina ni gas para el encendedor por ningún sitio de la propiedad. Por lo menos, nada que Dougie hubiera sido capaz de encontrar. Claro que tampoco tenía demasiado tiempo para registrar. Cada tarde, al llegar las siete, lo escoltaban a su habitación y lo encerraban.

La primera noche se levantó a las tres de la mañana y meó en el armario. Por la mañana, Stanley se limitó a entregarle una esponja y lo volvió a llevar a su habitación.

—Puedes utilizar la esponja o puedes usar la lengua, pero vas a limpiar eso, Dougie. Y ahora, a trabajar.

Stanley se había quedado allí todo el rato, con los brazos grandes y musculosos cruzados sobre un pecho igual de grande y musculoso. Dougie lo había limpiado. Por lo menos a la noche siguiente le dejaron un cubo.

Dougie esperó hasta la medianoche, luego le dio la vuelta al cubo y lo utilizó para trepar hasta la ventana. Su padre, el nuevo modelo masculino que le había tocado en suerte, la había clavado al marco.

Stanley era de los que pensaban. Pero Dougie también.

Dougie invirtió tres días enteros en su siguiente proyecto. Sí, señora, enseguida friego los cacharros. Sí, señora, enseguida me como las zanahorias. Sí, señora, enseguida me cepillo los dientes. A cambio, se había ganado una sábana y el pequeño juego de arte que había pedido.

La quinta noche se había subido al cubo y había utilizado el capuchón de un rotulador del juego de arte para ir sacando cada uno de los clavos, lenta y metódicamente. No terminó hasta las cuatro de la mañana pero lo consiguió. Y luego, durante dos semanas enteras pudo entrar y salir cuando quiso. Encerraban a Dougie en su

habitación y en un santiamén, él ya se había ido rumbo a los bosques, o se acercaba al pueblo como podía en busca de cerillas. A la tercera semana, sin embargo, Stanley lo pilló.

Resultó que su nuevo segundo papá sabía mucho más de castigos que Dougie.

La señora del traje morado lo había visitado no mucho después.

—Dougie —le dijo—, ¿no te das cuenta de que esta es tu última oportunidad?

La señora daba la sensación de estar a punto de echarse a llorar. Tenía los ojos llenos de lágrimas y le temblaba el labio inferior. A Dougie le recordó a algo que quedaba entre brumas. A un tiempo y un lugar del que no se acordaba en realidad. Era solo una sensación que permanecía en su mente, como un olor, o la sensación del viento en la cara.

Le hubiera gustado acercarse a la señora. Acurrucarse contra ella, apretar su rostro contra la mejilla femenina, igual que había visto hacer a otros niños. Le hubiera gustado que la señora lo abrazara, que le dijera que todo iba a ir bien. Le hubiera gustado que ella lo quisiera.

Y eso había hecho que se quedara mirando el traje morado y se preguntara cómo ardería.

—Stanley me pega —dijo Dougie.

Y eso lo cambió todo.

La señora del traje morado le trajo a otra señora, una que llevaba vaqueros. Se llamaba Rainie y era su abogada. Eso significaba que trabajaba para él, le dijo la señora. Su trabajo era evaluar lo que pasaba, determinar si de verdad había problemas en el hogar. Si era así, lo ayudaría a defender sus derechos. En caso contrario, se suponía que ayudaría a mediar para encontrar una solución entre él y sus nuevos padres de acogida, que, según ella, todavía no estaban listos para considerarlo una causa perdida, aunque Dougie necesitaba, en palabras de Stanley, «un cambio de actitud gigantesco».

Por lo menos Rainie no estaba tan mal. También le gustaba estar al aire libre y no lo obligaba a hablar mucho, sobre todo de sus sentimientos, lo que estaba bien. Dougie no tenía muchos sentimientos que no tuvieran que ver con el fuego y, en el fondo, hasta él sabía que

eso lo convertía en un bicho raro.

Entonces le arrancó al árbol un poco más de corteza. Un gran escarabajo grande y peludo salió corriendo y Dougie lo persiguió con el palo. Era rápido. Dougie era más rápido.

—Dougie.

Oyó la voz a su espalda. Dougie se dio la vuelta. Su segunda mamá se había quedado a cierta distancia. Vestía una sudadera gris descolorida y se había cruzado de brazos para defenderse del frío. Parecía cansada e infeliz. Siempre parecía cansada e infeliz.

—Entra a desayunar, Dougie.

—Ya he comido. —Abrió la boca y reveló un festín de tres escarabajos.

—Dougie…

La mujer se quedó mirándolo y él le devolvió la mirada. Las patas de uno de los escarabajos se movieron entre los labios del niño y Dougie utilizó el índice para volverlo a meter.

—¿Has visto hoy a Rainie? —le preguntó de repente su segunda mamá.

—¿Qué?

La voz de la mujer se impacientó. Ya se estaba alejando de él y de las mejillas que le daban vueltas a los escarabajos.

—¿Has visto hoy a tu abogada, Rainie Conner? ¿Ha pasado por aquí, te ha llamado?

—No.

—Bien. Eso es todo lo que necesito saber.

—¿La están buscando?

Su segunda mamá se detuvo en seco.

—¿Qué quieres decir, Dougie?

—¿La están buscando? ¿Ha desaparecido?

—¿Sabes algo, Dougie? ¿Hay algo que tengas que decirme?

—Espero que esté muerta —se limitó a decir el niño, luego volvió al tronco y sacó otro escarabajo de sus profundidades podridas—. Me mintió. Y los mentirosos reciben lo que se merecen.

Capítulo 10

Martes, 10:42, hora de la costa oeste

Por fin paraba de llover. Mientras circulaban por la autopista 101, Quincy observó que las nubes llenas de agua se iban desgajando de la cordillera costera y permitían que de vez en cuando aparecieran picos de color verde oscuro entre la penumbra.

A Rainie le encantaban esas montañas. Había crecido allá arriba, a la sombra de los imponentes abetos Douglas, a un paso de la costa rocosa. Su mujer creía que la naturaleza debía inspirar un temor reverencial, ser una presencia lo bastante magnífica como para hacer que los simples mortales se echaran a temblar. Cuando Rainie era feliz, salía a disfrutar de la naturaleza. Cuando estaba nerviosa, salía a disfrutar de la naturaleza. Cuando estaba emocionada, atemorizada, estresada o satisfecha, siempre salía a disfrutar de la naturaleza.

Cuando Rainie estaba deprimida, como Quincy había aprendido muy a su pesar, se quedaba acurrucada en el dormitorio oscurecido.

Kincaid puso el intermitente y giró a la derecha. El detective al fin conducía a una velocidad inferior a la de la luz, perdido en sus pensamientos.

Con la llegada de la nota, el caso por fin había tomado forma y Kincaid parecía estar adaptándose. Tenía un adversario. Alguien había reivindicado el delito. También tenía una nota, lo que generaba un montón de pistas tangibles y tareas lógicas. Kincaid ya podía ponerse a hacer llamadas por el móvil como un general reuniendo a sus tropas para la guerra.

Al contrario que Quincy, que tenía la sensación de que empezaba a desintegrarse poco a poco. Era un investigador acostumbrado al mundo del crimen. También era un hombre que sabía, mejor que la mayoría, que lo que te podía pasar podía llegar a dolerte mucho. Y sin embargo, hasta ese momento, había tenido la sensación de que aquello era surrealista. Rainie era una mujer dura. Rainie era una mujer capaz. A Quincy le preocupaba que bebiera y le preocupaba su estado de ánimo. Pero, francamente, jamás le había preocupado que

otra persona pudiera hacerle daño.

Y estaba pasando por uno de esos momentos en los que Quincy deseaba no haberse convertido jamás en especialista en perfiles. Ojalá fuera ingeniero, profesor de matemáticas en un instituto, o incluso ganadero. Porque entonces podría ser solo un hombre, un marido preocupado. Y podía consolarse con el hecho de que tenía diez mil dólares y estaría encantado de pagar diez veces más para tener a Rainie a salvo entre sus brazos.

Podría decirse a sí mismo que todo iba a ir bien. Podría asegurarse que eso solo era un pequeño y extraño interludio y que en unas pocas horas volvería a ver a su mujer.

No tendría que saber tantas estadísticas, como que la mayor parte de los casos de rescate terminaban con el hallazgo del cadáver del secuestrado.

Kincaid giró y delante de ellos se alzó al fin el Museo del Aire de Tillamook.

En condiciones normales, el Museo del Aire no tenía pérdida. Instalado en un viejo hangar para dirigibles de la Segunda Guerra Mundial, ostentaba el honor de ser la estructura de madera más grande del mundo. Tenía una altura de más de quince pisos y abarcaba casi tres inmensas hectáreas. La colección del museo, treinta aviones de guerra diferentes, apenas hacía mella en aquel espacio colosal y cavernoso.

Rainie y él lo habían visitado una vez. Al final, Rainie se había dado la vuelta, lo había mirado con expresión pensativa y había dicho:

—Sabes, este sería un gran sitio para ocultar un cuerpo.

El hangar para dirigibles formaba parte de la base naval del aire. Aunque la base naval de Tillamook se había desmantelado en el 48, todavía tenía el aspecto de cualquier cuartel de la Armada, y la sensación era la misma. Edificios bajos y repartidos por toda la propiedad para albergar a oficiales y soldados. Inmensas extensiones de terreno para los diferentes ejercicios de entrenamiento. Un laberinto de carreteras que entraban y salían, rodeando el complejo.

Además del museo del aire, una compañía de vuelos chárter había fijado allí su residencia. Y luego estaba la prisión vecina, con los muros coronados por torretas y rollos de alambre de espino.

Era una zona concurrida pero no demasiado. Dado el tráfico de turistas que acudía al museo, un desconocido nunca estaba fuera de lugar. Incluso fuera del horario habitual, Quincy apostaba que cualquier hombre podría recorrer los terrenos sin que nadie le preguntara nada siempre y cuando diera la impresión de saber lo que estaba haciendo. En otras palabras, era el lugar perfecto para una reunión ilícita.

Siguieron el mapa e hicieron un giro brusco a la derecha antes de llegar al museo, lo que los llevó directamente a un pequeño cementerio, justo en medio de una pradera dedicada a pastizales.

—Es el cementerio católico —comentó Kincaid cuando aparcó el coche y salieron los dos—. Quizá su SNI tenga algún asunto sin arreglar.

—¿Y no los tenemos todos? —murmuró Quincy, y cruzó para estudiar el mapa.

Les llevó un momento orientar el tosco dibujo y adaptarlo al espacio que tenían delante. Había esbozado una carretera a la izquierda del mapa, un arbusto pequeño hacia la parte posterior. Era un sistema muy básico. No había nada a escala y dada la falta de árboles o arbustos en los terrenos, ninguna de las referencias parecía demasiado nítida.

—Bueno, una cosa sí que le puedo decir —dijo Kincaid después de un momento—. Es obvio que el SNI nunca aprobó dibujo.

—Creo que el truco está en no esforzarse demasiado. Trate las referencias como si fueran los puntos de una brújula. Queremos los arbustos al sur, los árboles a la izquierda. Si nos colocamos ahí…

—La X no marca el punto —completó Kincaid—. Pero una cruz sí.

—Vamos.

La cruz de granito gris de metro y medio de altura estaba picada por la edad y teñida de verde tras décadas de lluvia. Le había brotado musgo en los bordes. Unos helechos surgían en la base. Pero la lápida mantenía esa dignidad intemporal del último centinela de toda una familia que mantenía su vigilia sobre cuatro generaciones.

Cenizas a las cenizas, pensó Quincy, polvo al polvo.

—No veo nada —dijo Kincaid—. ¿Y usted?/Quincy negó con la

cabeza, todavía dibujaba círculos alrededor de la tumba. La parcela familiar era antigua y parecía intacta. No había flores frescas, ni tierra removida. Frunció el ceño, dio unos pasos atrás y volvió a fruncir el ceño.

El cementerio se seguía usando. Los montones oscuros de tierra recién removida indicaban la presencia de nuevos miembros. Había banderas de brillantes colores adornando muchos de los monumentos, restos sin duda del día dedicado a los veteranos. En algunos sitios los jarrones lucían ramos frescos de claveles, margaritas y rosas. Cogió el mapa de manos de Kincaid, lo estudió y decidió que odiaba todo aquel asunto.

—Hora —dijo Kincaid.

—10:58.

—Así que tenemos una hora hasta que se cumpla el plazo. —El sargento le echó un vistazo al cementerio—. Si tenemos una hora entera, ¿tan difícil puede ser?

—Déjeme hacerle una pregunta —dijo de repente Quincy—. Ese plazo… ¿cómo va a saberlo si no lo cumplimos?

Kincaid tuvo el buen sentido de no darse la vuelta de golpe. Su cuerpo se quedó inmóvil justo donde estaba.

—¿Cree que está vigilando? —susurró.

—O tiene a alguien mirando. ¿O… vigilancia electrónica?

—No es tan fácil aquí fuera.

—Si ha instalado un sistema de vigilancia sin cables, creo que podríamos clasificarlo por encima del tonto del pueblo —asintió Quincy.

—Mierda. Lo que nos hacía falta, el McGyver delincuente.

—Creo que a mí tampoco me haría mucha gracia.

Quincy amplió el sendero de su paseo y se movió con más cuidado para intentar adquirir una perspectiva más amplia del entorno. Los edificios vecinos podían ocultar a alguien con bastante facilidad. La hierba alta que los rodeaba también. Y en cuanto a cámaras… tras una bandera, asomándose a una cesta de flores, oculta

entre los helechos. Las posibilidades eran infinitas. Necesitarían un equipo entero de investigadores cualificados para cubrir un complejo tan amplio. No había forma de que dos hombres pudieran hacerlo en menos de una hora.

—Quizá debería contarme lo de ese tal Zorro —dijo Kincaid con tono tenso mientras se quedaba mirando los edificios vecinos, los caminos cubiertos de maleza y cualquier lápida que superara el metro y medio.

—Raptó a la hija de doce años de un destacado banquero de Los Ángeles —le informó Quincy. El antiguo federal comenzó a dirigirse hacia un arbusto solitario sin abandonar la actitud despreocupada. Notó que Kincaid tenía la mano metida en la chaqueta, cerca de donde un agente podría llevar un arma—. Su padre recibió una serie de notas de rescate, todas exigían mil quinientos dólares en metálico e iban firmadas por «El Zorro».

—Mil quinientos dólares no es mucho dinero.

—Fue en 1927.

—¿Cómo dice?

—Perry Parker, el padre, reunió el dinero. Siguió las instrucciones y le entregó la bolsa a un hombre joven que lo esperaba en un coche. En el asiento del pasajero del vehículo, vio a su hija. Pero en cuanto Perry le entregó el dinero, el sospechoso se alejó con Marion Parker todavía en el coche. Al final de la calle, el conductor tiró el cuerpo a la acera.

Quincy ya había alcanzado el rododendro. Estaba a punto de dar otro paso cuando el arbusto se agitó de repente.

—Agáchese —rugió Kincaid.

Quincy se agachó. El cuervo negro emprendió el vuelo. Y Kincaid estuvo a punto de volarle la cabeza al estúpido bicho.

—Madre de…

—¡Es un pájaro, es un pájaro! Alto el fuego, por el amor de Dios.

Kincaid bajó el arma, con el cuerpo todavía temblando y los ojos muy abiertos y muy blancos en su oscuro cráneo. Había quitado el dedo del gatillo pero permanecía en la postura del tirador, con cada

uno de los músculos en tensión. Quincy estaba igual.

Paseó la mirada por todo el lugar. Intentaba verlo todo sin centrarse en nada. Él estaba perdiendo los papeles, Kincaid estaba perdiendo los papeles. Habían empezado comportándose como profesionales y se habían convertido en un par de colegiales que se llevan un susto en el cementerio del pueblo.

—No veo nada —dijo Kincaid de repente.

—Yo tampoco.

—Bueno, estoy seguro de que si estuviera por aquí, ya sabría que hemos seguido su estúpido mapa.

—Eso parece.

Kincaid cogió aire y luego lo expulsó. Se relajó al fin y la Glock 40 desapareció de una vez en el interior de su americana. Dio unos cuantos pasos y luego agitó los brazos.

—Voy a tener que informar de que he disparado mi arma por culpa de ese puñetero pájaro —murmuró, todavía parecía más cabreado que nunca, pero al menos de un modo más sano.

—El pájaro que se escapó —comentó Quincy.

—Ah, mierda. Debería haberme hecho contable. ¿Usted piensa en ello alguna vez? Mi padre es contable certificado. Quizá no sea el trabajo más emocionante del mundo pero está libre la mayor parte del verano y lo que es mejor, no creo que haya tenido que corretear jamás por un cementerio intentando dar caza a algún enmascarado. Se sienta delante de una mesa y hace sumas. Yo podría hacer eso.

—Yo siempre he querido ser profesor. Seguiría teniendo que pasar largos periodos de tiempo entre delincuentes violentos, pero al menos sería al principio de sus carreras y no más tarde, cuando ya han matado a media docena de personas.

Kincaid se lo quedó mirando.

—Tiene usted un modo muy interesante de ver las cosas, don especialista en perfiles.

—Soy el alma de todos los cócteles —le aseguró Quincy.

Kincaid suspiró y siguió inspeccionando el terreno en busca de

alguna X.

—¿Y qué decía? ¿Sobre ese tal Zorro?

—Ah. El señor Parker pagó el rescate y, a cambio, el Zorro tiró el cuerpo de su hija de doce años a la calzada. A Marion le habían cortado las piernas y le habían sacado las entrañas; le habían abierto los ojos con alambres para que pareciera que estaba viva. Más tarde, la policía encontró sus órganos internos esparcidos por varias zonas de Los Ángeles.

Kincaid parecía un poco enfermo.

—Jesús. ¿Eso ocurrió en realidad?

—Es un caso bastante famoso.

—¿En 1927? Bueno, de ese sí que no tuvieron la culpa los videojuegos violentos, supongo. Pero no lo entiendo. Me está hablando de hace casi ochenta años. Dudo que sea el mismo animal del que estamos hablando ahora.

—Y yo estoy seguro de que estamos hablando de un animal diferente. El Zorro está muerto. El señor Parker lo reconoció de inmediato, era un antiguo empleado suyo, la policía lo cogió y lo colgaron en el 28.

—Así que, en otras palabras, no tiene nada que ver con nosotros —dijo Kincaid con el ceño fruncido—. Un tío firmaba notas poniendo El Zorro y otro tío firmó su nota poniendo El Zorro. Seguro que pensó que era una pasada de nombre.

—En la vida real —dijo Quincy en voz baja—, el nombre del Zorro era William Edward Hickman.

Kincaid se detuvo y volvió a parecer un poco enfermo.

—W.E.H.

—Y residente en Los Ángeles.

—Ah, Dios… ¿Es que los criminales ya no pueden ser normales? Le juro que hasta los delincuentes han visto demasiada televisión.

—El seudónimo, el mapa, el cementerio. —Quincy señaló con un gesto el espacio sombrío y gris—. No sé a qué nos enfrentamos aquí pero dudo que sea solo por dinero. Francamente, cuando a los que les

da por cometer delitos quieren dinero, siempre pueden atracar un 7-Eleven. En estos casos de rescate siempre se trata de algo más.

Kincaid entrecerró los ojos.

—De acuerdo, voy a picar. ¿En cuántos casos de estos ha trabajado usted?

—En seis.

—¿Y el índice de éxitos y felices reuniones familiares?

—Treinta y tres por ciento. A dos de los seis secuestrados los devolvieron vivos.

—¿Pagaron las otras familias?

—Sí. Pero dio igual. En los otros cuatro casos, a las víctimas las mataron menos de una hora después del rapto. Jamás hubo intención de devolverlas con vida. Es difícil tener un rehén, sabe. Uno, si te han visto la cara, podrán identificarte más tarde. Dos, está la logística, albergarlos, darles de comer, tratar con ellos. Es mucho más limpio matarlos al principio y sanseacabó.

»Tres de ellos eran niños —añadió Quincy—. Una era una niña de solo dos años. Atrapamos más tarde al hombre. Era un antiguo socio de los padres, pensaba que le debían más dinero de lo que le habían dado cuando le compraron su parte. Así que mató a su hija en un esfuerzo por sacarles cincuenta mil dólares. Con ese tipo de depredadores… Nunca es solo por dinero, sargento Kincaid. Casi siempre es algo personal.

—No me gustan las cosas que sabe usted.

—La mayor parte del tiempo, a mí tampoco.

Kincaid le echó un vistazo a su reloj.

—Tenemos cuarenta minutos.

—Creo que solo vamos a necesitar otros diez. Suponiendo, por supuesto, que haya traído una pala. —Quincy señaló el suelo. Kincaid hizo una pequeña O con la boca y luego fue al maletero de su coche.

Capítulo 11

Martes, 11:19, hora de la costa oeste

En un primer momento Quincy no se había dado cuenta. Y Kincaid tampoco. Pero al inspeccionarlo mejor, no todos los helechos que rodeaban la base del monumento con forma de cruz eran iguales. Cuatro de ellos eran helechos silvestres comunes, bajos, un poco amarillentos por el exceso de sol y con manchas en los bordes. El quinto, sin embargo, era más verde, más suntuoso y sin tacha. Un helecho cultivado, decidió Quincy al examinarlo más de cerca. Probablemente comprado a cualquier florista o invernadero y colocado junto al jalón de la tumba para cubrir las señales de una excavación reciente.

Palpó alrededor de los bordes con los dedos pero no encontró ninguna señal de que hubiera una maceta de plástico. Pero la tierra era más suelta, margosa, una mezcla comercial para macetas.

Quincy utilizó las manos para empezar a cavar. El helecho salió con facilidad, sus raíces todavía conservaban la forma de una maceta. Como Quincy temía, sin embargo, la tierra suelta y cenagosa no tardó en volver a rodar hacia el agujero para ocultar su profundidad.

Kincaid regresó con una pala de tamaño medio, como la que tendría un niño. Vio la mirada inquisitiva de Quincy y se encogió de hombros.

—A veces hay que cavar y este tamaño cabe bien en el maletero.

—Vamos a necesitar un plástico —le dijo Quincy—. Dos, en realidad. ¿Lleva el equipo en el maletero?

—Eh, que soy poli estatal. Llevo de todo en el maletero.

Kincaid volvió a desaparecer. Quincy utilizó la oportunidad para volver a meter los dedos en el agujero. Palpó alrededor con rapidez y se sintió un poco culpable. Todavía no estaba seguro de lo que estaban buscando y, como detective principal del caso, era a Kincaid al que le correspondía sacar la prueba. Pero Quincy la necesitaba más. Era su único vínculo con Rainie.

Sus dedos al fin tocaron algo sólido, duro como una piedra. Movió los dedos por los bordes, la forma era inconfundible.

Se sentó sobre los talones y luego se derrumbó en la hierba húmeda. Tenía barro en las manos y manchas de musgo en los pantalones. No lo había sentido hasta entonces, la ropa húmeda, el pelo mojado, la interminable sarta de noches sin dormir.

Le escocieron los ojos. Intentó frotárselos, intentó recomponerse antes de que regresara Kincaid pero solo consiguió mancharse todavía más la cara.

Kincaid volvió armado con una caja y se quedó mirándolo con una expresión difícil de interpretar. Quincy se aclaró la garganta. Todavía le picaban los ojos y la voz le salió áspera y ronca.

—¿Es la primera vez que excava en busca de pruebas?

—No.

—El truco está en quitar todo el costado del agujero, palada a palada. Luego dejar la tierra en el plástico, con el lado del agujero hacia arriba. Después lo cubrimos todo con otro plástico, eso lo preserva para que lo procesen los técnicos del laboratorio. Nunca se sabe lo que puede haber transferido el SNI al lugar. Muestras de tierra de su propia pala, trozos de cabello, fibras de la alfombrilla del maletero de su coche.

—Lo sé.

—Es importante hacerlo bien —susurró Quincy.

—Lo sé, hombre. Lo sé.

Kincaid se hizo cargo de todo. Quincy se quedó allí sentado, como una piedra. Debería levantarse pero no tenía energías. Así que se

limitó a escuchar los arañazos rítmicos de la pala que arañaba la tierra mientras contemplaba las nubes de lluvia que se reunían por el norte. Vio aquella línea gris y colérica que se formaba en el horizonte, el muro de lluvia que parecía una niebla densa a punto de barrer todo el valle. Un día lluvioso después de una noche lluviosa.

Sintió la humedad que le cubría la cara y se dijo que solo eran las nubes las que lloraban.

—Lo tengo —dijo Kincaid.

Quincy se dio la vuelta. El sargento se encontraba delante de un arco de plásticos cubiertos de tierra. Delante de él yacían dos objetos. Uno era un recipiente de plástico. El otro era un arma.

Kincaid se estaba poniendo un par de guante de látex. Primero señaló el arma.

—¿La de su mujer?

—Sí.

—¿Está seguro?

—Tendría que comprobar el número de serie para tener la certeza pero eso es una Glock del calibre 40, un modelo algo antiguo…

—Sí, vale. —Kincaid se puso a abrir el recipiente—. GladWare —informó—. Hermético pero desechable, barato. Es un tío considerado.

Quincy se limitó a asentir. Hasta ese momento no se había dado cuenta de hasta qué punto deseaba que Rainie todavía tuviera su arma. Si hubiera sido un secuestro al azar, si el secuestrador hubiera sido de verdad un chiquilicuatro aficionado que no sabía a quién había cogido…

Quizá Rainie estaba un poco achispada cuando la cogieron, había pensado Quincy en el fondo. Pero una vez que comprendiera lo que estaba pasando, cuando se centrara…

Había estado aferrándose al recuerdo de su mujer la luchadora, su mujer la superviviente. Claro que desde el caso de Astoria, ya ni siquiera estaba seguro de que siguiera existiendo esa mujer.

—Es otra nota —dijo Kincaid—. El muy mierda.

Quincy se levantó. Se sacudió las gotas de lluvia del abrigo y se

obligó a cruzar el espacio que lo separaba de Kincaid.

—¿Qué dice?

—Otro punto de encuentro, a las cuatro de la tarde. Hay que seguir las instrucciones para dejar el rescate.

—Así se asegura de que nos hemos tomado en serio la primera nota —dijo Quincy sin alzar la voz—. Sin ella, no sabríamos dónde tenemos que ir para dejar el dinero.

—Soluciona la papeleta.

—También significa que tiene que tomarse más molestias por diez mil dólares.

—Lo que juega a nuestro favor, sin embargo. —Kincaid levantó la nota con aire triunfante—. Mire, esta está escrita a mano. Acabamos de conseguir más pruebas.

Pero Quincy ya estaba negando con la cabeza.

—No se moleste. Yo puedo decirle quién escribió la nota. Después de todo, esa es la prueba de que está con vida. La letra es de Rainie.

Capítulo 12

Martes, 11:58, hora de la costa oeste

Está soñando. Está subiendo las escaleras, atraviesa la puerta, entra en la zona en penumbra. Las gotas de agua le resbalan por la capucha y caen en la alfombra gastada.

—Quédense justo ahí —les pide una agente uniformada de rostro aniñado—. Las órdenes son que nada de zapatos y nada de pelo. —La ayudante del sheriff señala una esquina del pequeño pasillo. Hay un estante largo y bajo que con toda probabilidad contiene las botas y sandalias del propietario de la casa, junto con todo lo que se utiliza al aire libre y que siempre está sucio, en ese momento lo han cubierto todo con una lona. Encima de la lona descansa un montón de batas, de las que se utilizan en la escena de un crimen, patucos desechables y gorros para el pelo.

Quincy y Rainie intercambian una mirada. El equipo de alto riesgo por lo general solo se utiliza cuando se corre peligro de contaminar los fluidos corporales. Es la primera pista de que esa

escena va a ser de las dolorosas.

Sin decir nada pliegan el paraguas y se quitan los impermeables y los zapatos. Se ponen las batas, los patucos y los gorros. Quincy termina primero; a Rainie le cuesta más conseguir que el gorro contenga su mata de pelo, largo y denso.

Fuera sigue lloviendo a cántaros. Son las once de la mañana pero la tormenta de verano ha dejado el interior del viejo dúplex casi a oscuras por completo.

Quincy le abre la puerta a Rainie. Una costumbre tan arraigada que a su marido jamás se le ocurre no hacerlo en la escena de un crimen. Rainie lo encuentra encantador y ala vez un poco desgarrador. La amabilidad no parece tener lugar en un sitio así.

Atraviesa la puerta y lo primero que percibe es el olor. El olor oxidado a sangre, reforzado por el hedor fétido a excrementos e intestinos expuestos. Rainie ha estado en tantas escenas de algún crimen que casi puede notar tantas cosas con la nariz como con los ojos. Así que comprende de inmediato, todavía con un pie junto a la puerta, que se trata de un carnicero. Cuchillo, hoja grande, extensas mutilaciones post mórtem.

Los patucos, deduce. El SNI lo ha dejado todo perdido y luego lo ha pisado y ha dejado huellas ensangrentadas. Es la clase de pruebas que hasta los del pueblo saben que no deben joder.

Entran en un espacio amplio, una cocina abierta a la derecha, la salita a la izquierda. Sigue sin haber señales del cuerpo pero hay sangre por todas partes. Unas vetas oscuras que casi parecen pintura rocían las paredes y chorrean hasta el suelo. Hay manchas en el sofá y huellas de manos en la silla.

Rainie solo ha visto una escena tan horrible como aquella y el recuerdo de aquella vez la hace estirar el brazo hacia atrás y apretar la mano cubierta de látex de Quincy. Este se la aprieta con fuerza y gesto sereno. Él lo lleva bien.

Se dirigen a la cocina, donde al fin ven a dos detectives arrimados al horno.

—Empieza aquí —le decía uno al otro—. Se estira para coger algo de la nevera y ¡bam!

—¿Pero cómo entró?

—El cerrojo estaba forzado. Es un modelo bastante barato, así que no fue muy difícil.

—Fuerza la entrada, ataca a la mujer.

—Fuerza la entrada y espera —lo corrige el primer detective—. No hay forma de que la mujer no oyera a alguien forzando el cerrojo. Yo creo que lo hizo horas antes. Cuándo, es la pregunta del millón de dólares, por supuesto. Pero el tío vio que el sitio estaba vacío y aprovechó. Quizá la mujer llegó cuando él todavía estaba en la casa y eso lo obligó a esconderse, o quizá tenía planeado el ataque. Eso todavía no lo sé. Pero forzó la entrada y luego se escondió. Es la única forma de explicar que ella tuviera tiempo de meter a la niña en la cama.

¿Niña? Rainie se paró en seco sin ni siquiera ser consciente de que lo había hecho. Entonces sintió que los dedos de Quincy se aferraban a los suyos.

—Vale, así que se esconde, espera a que la cría se vaya a la cama y luego…

—La encuentra en la cocina.

—Le golpea la cabeza contra la nevera.

—Y empieza la carnicería.

—Lo más probable es que la mujer ni se enterara —dijo el primer detective.

Y el segundo detective dijo:

—Que es más de lo que se puede decir de la niña.

Martes, 12:08, hora de la costa oeste

Sacudida. Un dolor abrasador en la cadera. Los ojos de Rainie se abrieron de golpe, vio solo oscuridad y pensó, por fin, estoy muerta.

Otra sacudida. Más fuerte. Podía sentir el vehículo entero corcovear bajo ella mientras las llantas se esforzaban por agarrarse al suelo. Poco a poco comenzaba a percibir más sensaciones, un revoltijo de impresiones ante sus ojos ciegos. Metal, algo duro contra la mejilla. Gasolina, un olor astringente en la nariz. Algodón, metido en la boca.

Intentó mover las manos, no pudo. Las ataduras estaban

demasiado apretadas. Le cosquillearon los dedos con el último aliento de sensación y las manos se le quedaron entumecidas. Comprobó los pies y los resultados fueron los mismos.

El vehículo cabeceó otra vez y lanzó su cuerpo atado hacia arriba, hacia el techo. Lo primero que bajó fue la cabeza, que se golpeó contra algo todavía más duro y menos elástico. El gato, las herramientas. Las posibilidades eran infinitas. Ya ni siquiera gimió. Se limitó a apretar los ojos, a cerrarlos contra el dolor.

Estaba confusa, más confusa de lo que debería. La parte más despejada de su cerebro sospechaba que la habían drogado, pero hasta ese pensamiento resultaba difícil de mantener. Estaba en su coche. Luz blanca. Luego negra. Una sensación de movimiento. El impulso de dar patadas, luchar. La pistola, pensó. El arma. Las manos le pesaban demasiado. No podía levantar los brazos.

Y luego, durante un rato, no había pensado en nada.

Su mente luchaba de nuevo por recuperar la conciencia, los ojos se desesperaban por ver y aquella oscuridad absoluta la aterraba. Podía sentir la puerta cerrada del maletero a solo unos milímetros de la cara, oía la lluvia que aporreaba la tapa. Estaba en un vehículo, se la llevaban Dios sabía a dónde, atada, amordazada, indefensa.

Intentó mover las manos otra vez. Intentó mover los pies. Y después, de repente, se volvió un poco loca.

Aporreó su tumba de acero, se golpeó la cabeza y se aplastó la nariz. Con todo, seguía retorciéndose como una salvaje. Los que asaltaban a los conductores no ataban a la gente como si fueran pavos de Navidad. Los simples carteristas no se molestaban en drogar a una mujer para dejarla inconsciente. Ella sabía qué clase de personas hacía eso. Los violadores, los asesinos que se alimentaban del terror y la agonía de una mujer.

Se le agolparon en la cabeza demasiados pensamientos. Fotos de mujeres con los miembros arrancados. Cintas de audio de pobres chicas que habían aceptado subirse al coche del hombre equivocado y pedían clemencia mientras él les hacía cosas incalificables con unos alicates.

Necesitaba su arma. Necesitaba las manos. No quería morir sintiéndose tan indefensa.

Agitó el cuerpo otra vez, se dio la vuelta y empezó a dar coces

con los pies. Empezó a pensar más rápido, con más claridad. Encuentra los pilotos traseros e inutilízalos, quizá eso llame la atención de alguna patrulla cercana. O encuentra el cerrojo del maletero y fuérzalo, lo que desde luego le dará un susto de muerte al conductor que vaya detrás. Había opciones, siempre había opciones, solo tenía que encontrarlas.

Sintió algo húmedo que le chorreaba por la barbilla. La sangre de la nariz aplastada. Los vapores de la gasolina le estaban dando náuseas, la oscuridad se cernía una vez más sobre su mente.

Si pudiera encontrar el cerrojo y mover un poco los dedos.

Oyó un arañazo en la cintura. El móvil. ¡Tenía el teléfono con ella!

Un giro rápido y el móvil cayó con un tintineo. Se meneó hasta que lo alcanzó, sus dedos recorrieron aquel diminuto espacio en su busca. Sintió que el vehículo estaba frenando, oyó el chirrido de los frenos cuando el coche hizo un brusco giro a la derecha.

Sus dedos encontraron un botón. Lo apretó y, al fin, después de lo que le pareció una eternidad, se vio recompensada con una voz. Kimberly.

Socorro, intentó decir. Socorro, intentó chillar.

Pero ni un solo sonido salió de su garganta.

Incluso cuando ganaba, perdía. La conexión se interrumpió. El coche se detuvo. Y Rainie volvió a deslizarse por el abismo.

Sábado, cuatro meses antes, 9:58, hora de la costa oeste

Se encontraban en el funeral intentando mezclarse con los demás asistentes mientras sus miradas examinaban la multitud. Dudaban que diera resultado pero era algo que cualquier investigador disciplinado tenía que hacer. Algunos asesinos atacaban y huían pero a otros les gustaba regresar a la escena del crimen. Así que habían puesto a varios detectives a trabajar en el funeral y habían instalado un sistema de vigilancia para la noche.

En un caso así de público, así de espeluznante, cualquier cosa que se le pedía al presupuesto recibía el visto bueno.

Había una anciana llorando en primera fila. La abuela, que

acababa de llegar de Idaho en avión. Su marido permanecía a su lado, con los brazos cruzados y el rostro impasible. Se mostraba fuerte por su mujer. O quizá todavía lo sorprendía ver que se vendieran ataúdes tan pequeños.

Se suponía que Rainie tenía que examinar a la multitud. Clasificar aquel mar de rostros, una comunidad entera de pie en un cementerio, unidos por la conmoción y helados hasta los huesos.

No dejaba de oír los gemidos de la abuela. No dejaba de ver las braguitas de flores que alguien había tirado al suelo, a un lado.

—Orina —había dicho Quincy en voz baja al inspeccionar la prenda interior. Porque eso era lo que pasaba cuando una niña de cuatro años despertaba por la noche y veía a un hombre extraño ante su puerta. Eso era lo que pasaba cuando una niña de cuatro años veía que ese hombre entraba en su habitación.

—Mami —¿Había gritado? ¿O no había llegado a decir nada siquiera?

Los abuelos habían elegido una lápida con un angelito tallado, acurrucado en un sueño eterno. Rainie se quedó ante el monumento mucho después de terminada la ceremonia y de que se fueran los dolientes.

—¿Crees en el cielo? —le preguntó a Quincy en voz baja.

—A veces.

—Supongo que piensas en ello, ¿no? Has enterrado a media familia, Quincy. Si el cielo no existe, ¿qué puedes esperar?

—Siento que lo estés pasando tan mal —le dijo él sin alzar la voz. La verdad era que no podía decir mucho más.

—Dios es una mierda. Es caprichoso. Es salvaje, como si un niño se mereciera algo así…

—Rainie…

—Los abuelos dijeron que iba a la iglesia. ¿Eso no debería servir para algo? No era ninguna agnóstica. Era una niña de cuatro años que quería a su mamá y creía en Jesucristo. ¿Cómo es posible que eso no sirva para nada?

—Rainie…

—Hablo en serio, Quincy. El cielo no es más que un vano intento de fingir que somos mejores que los animales. Pero no lo somos. Venimos a este mundo como animales y morimos como animales. A algunos nos lleva más tiempo llegar y a algunos nos sacrifican mientras dormimos. Es estúpido, no tiene sentido y esta pobre niña, Quincy. Su madre luchó tanto por ella y sin embargo… Oh, Dios, Quincy. Oh, Dios…

—Encontraremos al que hizo esto. Nos aseguraremos de que no vuelva a pasar…

—¡Era una niña de cuatro años, Quincy! No quería justicia. Quería vivir.

Su marido intentó cogerle la mano pero Rainie se apartó.

Martes, 12:17, hora de la costa oeste

Se abrió una puerta y después se cerró de golpe. El sonido la despertó, la sacó de una sacudida de un lugar oscuro y la metió en otro. Un segundo crujido de metal y debió de abrirse el maletero porque de repente sintió la lluvia en la cara aunque seguía con los ojos vendados.

Tengo que luchar, pensó de forma vaga mientras se esforzaba por recuperar la nitidez de antes. Dar patadas, un puñetazo. Era incapaz de tranquilizarse. Los vapores de la gasolina habían penetrado en su cerebro y la habían dejado inmersa en una densa niebla donde lo único que quería hacer era vomitar.

Yacía acurrucada en el coche, un peso muerto y pasivo.

—Voy a aflojarte las ataduras —dijo una voz de hombre con calma—. Si haces lo que te digo, todo irá bien. Resístete y te mato. ¿Entendido?

El asentimiento estaba implícito, con la mordaza en la boca, los dos sabían que no podía responder.

Sintió unas manos que se movían delante de ella. Los dedos del hombre eran toscos y no demasiado hábiles, le costaba soltar sus propios nudos.

Dale una patada, pensó otra vez Rainie. Pero su cuerpo seguía sin

responder a las órdenes que le daba el cerebro.

El hombre le dio unas palmadas en las manos. Un dolor agudo atravesó los antebrazos de Rainie, las terminaciones nerviosas, carentes hasta entonces de circulación, protestaban al cobrar vida de una forma tan brusca. El desconocido le sacudió los dedos y estos lucharon por obedecer. El otro ya controlaba más su cuerpo que ella misma.

—Esto es un bolígrafo. Cógelo. —Le dobló los dedos de la mano derecha alrededor del cilindro frío de metal—. Esto es un cuaderno. Cógelo. —Le metió el papel en la mano izquierda y, una vez más, sus dedos cobraron vida con las órdenes del hombre.

»Y ahora escribe. Exactamente lo que yo te dicte. Palabra por palabra. Obedece y podrás tomar un poco de agua. Desobedece y te mato. ¿Entendido?

Esa vez se las arregló para asentir. El movimiento la complació hasta cierto punto, era el primero que conseguía hacer ella sola.

El hombre le dictó. Ella escribió. Al final no fueron demasiadas palabras. La fecha. La hora. Dónde ir, qué instrucciones recibir.

La habían raptado. El hombre quería un rescate. Por alguna razón eso la hizo echarse a reír, una risa tonta que sacó de quicio al hombre.

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó—. Pero ¿qué te pasa? —Cuando se enfadaba, su voz sonaba más aguda y parecía más joven.

»¿Te estás riendo de mí?

Y eso la hizo reír todavía más. Reír mientras le brotaban las lágrimas y le mojaban la venda. Lo que la hizo ser consciente de unas cuantas cosas más. Por ejemplo que todavía estaba lloviendo y que si aguzaba el oído podía oír el sonido del océano rompiendo en la costa.

El desconocido le quitó el papel y el bolígrafo de un tirón. Le juntó de golpe las muñecas ante la cintura y las envolvió, esa vez con un cierre corredizo de plástico.

—Tengo tu vida en mis manos, puta estúpida. Si te ríes de mí, pienso lanzarte del coche ahora mismo y dejar que tu cuerpo ruede por el acantilado. ¿Eh, qué te parece eso?

Le parecía que le daba igual. El tipo se las había arreglado para

raptar a la única mujer del mundo a la que le no le importaba vivir o morir. ¿Y qué iba a hacer él? ¿Cobrar el rescate y devolvérsela a la única familia que tenía, un marido que la había abandonado? Cuando la suerte había llamado a la puerta de aquel hombre, era obvio que no estaba en casa, debía de haber salido a comer.

—Pobre cabrón, qué estúpido —murmuró entre la bola de algodón que le llenaba la boca.

El comportamiento del hombre cambió de repente. Se inclinó sobre ella, con la cara a pocos milímetros de la de Rainie. La mujer casi podía sentir la sonrisa del desconocido sobre su oído.

—Oh, no te preocupes por mí, Rainie Conner. ¿Crees que soy joven y estúpido? ¿Crees que no tengo ni idea de a quién tengo entre manos? Esto no es más que el comienzo de nuestra relación. Vas a hacer todo lo que yo te pida, todo. O alguien muy próximo a ti va a morir.

Volvió a meterla de un empujón en el maletero. La puerta de metal bajó con un estrépito metálico y el olor a gasolina le llenó la nariz.

Rainie quedó echada en la oscuridad. Ya no pensaba en Astoria. No pensaba en su situación. Ni siquiera pensaba en Quincy. Solo pensaba que ojalá tuviera una cerveza.

Capítulo 13

Martes, 13:43, hora de la costa oeste

En cuanto las ruedas del reactor tocaron el suelo en el aeropuerto internacional de Portland, Kimberly ya estaba rebuscando el móvil en el bolso. La azafata observó el movimiento y dio un paso con gesto de desaprobación pero luego vio la expresión de Kimberly y giró en redondo. Mac lanzó una risita. Kimberly apretó el botón de marcado rápido para llamar a su padre.

Quincy respondió al primer tono.

—Estamos en el aeropuerto —le contó Kimberly—. ¿Y tú?

—Departamento de Oregón de caza y pesca.

—¿Te vas de pesca?

—Hemos instalado el mando central en su sala de conferencias. Al parecer, tienen más espacio.

Kimberly asimiló la noticia, la situación había evolucionado hasta el punto de tener que instalar un cuartel general para un grupo especial.

—¿Rainie? —preguntó en voz baja.

—Parece un rapto, piden un rescate, es posible que alguien aprovechara la oportunidad. —La voz de su padre era tan serena que resultaba espeluznante—. El periódico del pueblo recibió una nota esta mañana. Seguimos las instrucciones y descubrimos una prueba de que sigue con vida, así como instrucciones adicionales para dejar el dinero.

—¿Qué prueba? —Kimberly no estaba muy segura de querer saberlo. El avión acababa de llegar a su puerta. Mac se levantó de un salto y sacó las bolsas de los dos del compartimento superior. Después se abrió camino a base de puro músculo por el pasillo, con Kimberly siguiéndolo de cerca.

—Su arma —le dijo Quincy al otro lado del teléfono.

—Bien. —Nada de dedos ni otras extremidades, que era lo que Kimberly temía. Seguro que su padre había pensado lo mismo—. ¿Cómo estás?

—Ocupado.

—¿Y el oficial al mando?

—Sargento detective Carlton Kincaid, policía estatal de Oregón. Parece competente.

—Guau. —Kimberly se volvió hacia Mac—. Mi padre acaba de llamar competente a un miembro de la policía estatal.

—Debe de ser el dolor —dijo Mac—. O que el detective es ingeniero aeronáutico.

La puerta del avión se abrió por fin; Kimberly y Mac salieron para subir al autobús que los llevó a la terminal.

—¿Y dónde está el Departamento de Oregón de Caza y Pesca? —quiso saber Kimberly.

—Calle Tres, junto a los terrenos de la feria.

—Estaremos allí en una hora.

—Bien. El próximo contacto es dentro de dos horas y veinte minutos.

Martes, 13:52, hora de la costa oeste

El Departamento de Oregón de Caza y Pesca de Bakersville parecía un edificio bastante nuevo. Muy propio de la vida al aire libre. Un gran vestíbulo abierto con gigantescas vigas al aire. Una pared entera de ventanales que se asomaban a más pastos verdes enmarcados por la cordillera costera. Lo primero que pensó Quincy fue que a Rainie le gustaría aquello. Lo segundo fue que trabajaría mucho mejor si no tuviera una cabeza de alce gigante vigilando todos sus movimientos.

Y luego estaba la nutria. Disecada, montada sobre un tronco y mirándolo con unos ojos oscuros de mármol.

Víctima del tráfico, había proclamado con orgullo uno de los agentes del departamento. Un espécimen francamente bonito. Había sido asombroso encontrar a una nutria en tan buenas condiciones.

Con lo que Quincy se preguntó qué más tendría aquel hombre en su congelador, y dado el trabajo de Quincy, el pensamiento no era muy reconfortante.

Las puertas principales del edificio se abrieron de golpe y entró con paso firme una mujer madura de aspecto sólido, con el uniforme de color marrón del departamento del sheriff de Bakersville. El sombrero de ala ancha calado hasta los ojos, el cinturón negro de reglamento alrededor de la cintura. La mujer se dirigió a Quincy sin vacilación y le estrechó la mano con un apretón sorprendentemente firme.

—Sheriff Shelly Atkins. Es un placer conocerle. Siento las circunstancias.

Shelly Atkins tenía unos ojos castaños y profundos en medio de un rostro que no se andaba con tonterías. Quincy le calculó una edad próxima a la suya, con las patas de gallo que lo demostraban. Nadie la llamaría bombón y sin embargo, sus rasgos eran irresistibles. Fuerte. Franca. Directa. La clase de mujer con la que un hombre se sentiría cómodo, tanto como para invitarla a una cerveza.

—Pierce —murmuró Quincy devolviéndole el apretón. Una vez resueltos los preliminares, la sheriff le soltó la mano y se dirigió a la mesa de conferencias de roble. Quincy siguió mirándola. Todavía se estaba preguntando por qué había dicho Pierce cuando a él siempre lo habían llamado Quincy.

—¿Dónde estamos? —preguntó la sheriff.

En la cabecera de la mesa, Kincaid levantó por fin la vista del montón de papeleo que estaba revisando. La sala contenía ya un buen número de agentes de la policía estatal y local. Pero al parecer, con la llegada de la sheriff Atkins, ya podían empezar la fiesta. Kincaid cogió el primer montón de papeles y empezó a distribuirlos.

—Muy bien, todos —la voz de Kincaid resonó por la habitación—. Vamos a sentarnos.

Dado que nadie había dicho lo contrario. Quincy cogió la silla vacía que estaba más cerca de Kincaid e hizo todo lo que pudo por integrarse.

Los papeles incluían copias de las dos primeras notas del SNI, así como una trascripción mecanografiada de la conversación que había tenido la persona que había llamado con Quincy. Además, Kincaid había elaborado una línea temporal aproximada de los acontecimientos y una lista, bastante pequeña y patética, de lo que sabían en esos momentos sobre el SNI W.E.H.

Nada de lo que había en las hojas era nuevo para Quincy, que leyó por encima las cuatro páginas y luego se dedicó a observar al grupo especial.

Con la operación en la rampa de salida, Kincaid había estado muy ocupado reuniendo a sus tropas. Además de él, había llegado el detective Ron Spector, de la oficina de Portland de la policía estatal, con una joven, Alane Grove, que trabajaba en el condado de Tillamook. La detective Grove no parecía tener más de dieciocho años, en opinión de Quincy, pero a los ojos de la detective él seguramente no parecería mucho más joven que un diplodocus, así que supuso que los prejuicios eran mutuos.

El OOP, oficial de la oficina de prensa, el teniente Alien Mosley, se encontraba también ante la mesa. Maduro, de constitución sólida, con el cabello plateado y cortado al cero, el teniente vestía el uniforme de la policía estatal y sería el portavoz oficial de la investigación. Quincy ya había comprendido que los secuestros eran

tan escasos como sexys y solían despertar el apetito del público, que querría que se cubriera el caso. Dado que ese secuestro era el de la mujer de un antiguo especialista en perfiles del FBI, al caso no le faltaría el enfoque sensacionalista. Olvídate de la investigación, debería contratar a un agente y empezar a negociar los derechos del libro y la película.

Quincy pensó que ojalá no estuviera tan enfadado. No quería estar allí sentado, comentando detalles insignificantes de una investigación hasta entonces insuficiente. Lo que quería hacer era plantar las dos manos en la mesa de madera y gritarle a Kincaid.

—¡Deja de andarte por las ramas, joder, y encuentra a mi mujer!

Volvió a ordenar los papeles y se esforzó por respirar hondo.

Kincaid se apostó delante de una pizarra. Llegaban más uniformes, agentes de la policía estatal, oficiales del condado, ayudantes del sheriff de Bakersville y el sargento parecía encantado.

—Esto es lo que tenemos —explicaba—. Más o menos a las dos de esta mañana…

¿Rainie se había ido a un bar? Eso era lo que Quincy no entendía. Dada la tormenta y las condiciones de la carretera. ¿Tan desesperada estaba por tomar una copa? Quincy esperaba que su ausencia la sobrecogiera hasta el punto de recuperar la sobriedad. Jamás se había llegado a plantear que en realidad podría llevarla al límite.

Quizá no había sido una emboscada. Quizá su mujer no había tenido que luchar. Quizá solo era el típico caso de la mujer solitaria, sentada en un bar vacío, que ve al hombre adecuado/equivocado.

Quincy se apretó el puente de la nariz entre el índice y el pulgar. No quería pensar en esas cosas. No quería tener esas imágenes en la cabeza.

—Así que tras encontrar la prueba de que sigue con vida —entonaba Kincaid—, también descubrimos una segunda nota metida en un recipiente de GladWare. Esta segunda nota incluye instrucciones para el momento de dejar el dinero. Si quieren tomarse un momento para leerla.

Quincy se apresuró a colocar la prueba B encima de todo el montón. La nota decía:

Estimada Policía:

Si han llegado hasta aquí, es que saben seguir instrucciones. Bien. No dejen de seguirlas y encontrarán viva a la mujer. No soy ningún monstruo. Hagan lo que digo y todo irá bien.

El contacto debe ser una mujer. Esa mujer llevará 10 000 dólares a los terrenos de la feria. En metálico. Nada superior a billetes de veinte.

Debe llevar encima el móvil de Pierce Quincy. Yo me pondré en contacto con ella. En cuanto reciba el dinero, ustedes recibirán a la rehén. 16:00 horas. No lleguen tarde. Si no siguen las órdenes, el resultado será fatal.

Recuerden, soy un hombre de palabra.

Atentamente,

Bruno Richard Hauptmann

La detective Grove fue la primera en terminar de leer la nota y levantó la cabeza con el ceño fruncido.

—¿Ha firmado con su nombre?

Quincy estaba a punto de abrir la boca pero la sheriff Atkins lo sorprendió ganándole por la mano.

—No a menos que crea en la reencarnación. A Hauptmann lo ejecutaron en el 36. Después de hallarlo culpable de raptar y matar al hijo de Charles Lindbergh.

—¿Hauptmann fue el que se llevó al bebé de los Lindbergh? —Era el teniente Mosley, que parecía igual de estupefacto.

La sheriff Atkins asintió y miró otra vez la primera nota, después clavó la mirada en Quincy.

—La primera nota, el Zorro. ¿También era alguien?

—Sí. William E. Hickman. Un secuestrador bastante famoso también, por desgracia.

—¿De los años treinta? —preguntó la detective Grove.

—De los veinte. Hubo una serie de casos de secuestro de gran

relevancia durante los años veinte y treinta. En todos los casos se trataba de familias ricas. Todos terminaron en tragedia.

Todo el mundo asimiló esa noticia.

—Quizá crea que al utilizar otros nombres, nos despista —especuló Grove, la joven detective no parecía muy segura—. Que perderemos el tiempo persiguiendo fantasmas.

—Quizá está obsesionado con el pasado —sugirió Mosley—. Echa de menos los viejos tiempos.

—Es un juego de astucia —dijo Quincy de repente. Era consciente de que la sheriff Atkins todavía lo miraba con franqueza—. Se está burlando de nosotros, intenta demostrar todo lo que sabe. Por un lado, hace cosas que lo hacen parecer un aficionado, notas manuscritas, mapas toscos. Por el otro, quiere que sepamos que ha hecho los deberes.

—Sabe su nombre —dijo la sheriff.

—Yo se lo dije. La primera vez que llamó, me presenté. —Quincy titubeó, se dio cuenta demasiado tarde de cuánta información le había dado sin necesidad al secuestrador. Típico error de novato, estaba avergonzado.

—¿Ese hombre tiene experiencia en esto? —preguntó la sheriff Atkins con firmeza.

—No lo sé.

—Dejar una nota manuscrita no es una gran idea. Nos da algo que rastrear.

—La letra no es suya. Es de la víctima. —La voz de Quincy se quebró al decir esa palabra. Después dijo en voz más baja—: Es de Rainie.

Al frente de la habitación, Kincaid carraspeó. Todos se volvieron a mirarlo y Quincy agradeció la distracción. Kincaid pasó las páginas hasta llegar al último papel, la prueba D, que levantó para que todos la vieran.

—Ya hemos empezado a recopilar información sobre el autor. Como pueden imaginar, no se sabe mucho. Estamos hablando de un varón, es probable que de entre veinte y treinta años. Afirma no ser de

por aquí pero el matasellos es local así que no creo que podamos dar nada por sentado todavía. Dado lo rudimentario de su enfoque, yo le supondría una formación limitada, desde luego nada más allá de la enseñanza secundaria. Y dado el rescate que exige, relativamente bajo, yo especularía que es alguien que vive de unos ingresos por debajo de la media. En términos de comunicados, necesitamos que la gente esté pendiente de un varón solo, en especial alguien desconocido, conduce una camioneta de modelo antiguo… —Hizo una pausa y miró a Quincy.

—Una furgoneta de carga —sugirió Quincy—. Un sujeto como este necesita un modelo barato de transporte que también tenga espacio para transportar a la víctima y que sirva también de alojamiento cuando el SNI salga a la caza de alguien. En estos casos vemos muchas furgonetas de carga usadas. Nada lujoso. Digamos un vehículo que se pudiera conseguir por uno o dos de los grandes. —Miró entonces a la sheriff Atkins—. Yo haría que su gente comprobara los campings. En esta época del año sería un lugar no demasiado caro y hasta cierto punto discreto en el que alojarse.

—Podemos hacerlo —dijo la sheriff—. Por supuesto, están pasando por alto lo obvio.

Kincaid arqueó una ceja.

—¿Qué es?

Atkins se encogió de hombros.

—Una redada de los sospechosos habituales. Los tipos que ya sabemos que son timadores avariciosos que no se lo pensarían dos veces a la hora de vender a sus propias madres, por no hablar ya de llevarse a una mujer de la calle. Usted mismo dijo que no se puede estar seguro de que este chico no sea de por aquí. A mí me parece que deberíamos sacudir unos cuantos árboles de la zona y ver qué cae.

—¿Y qué va a hacer? —preguntó Kincaid con sequedad—. ¿Ir de puerta en puerta y preguntarles a los chavales de siempre si han secuestrado a alguien en los últimos tiempos?

La sheriff Atkins ni siquiera parpadeó.

—Personalmente, creo que me pasaría un momento por sus propiedades, para ver si por casualidad observo alguna camioneta nueva o algún todoterreno que podría dejar a alguien con una deuda de diez de los grandes. Luego, quizá me diese a conocer, quizá pidiera

una visita guiada de la casa. Comprobaría las habitaciones, las dependencias anexas, vería si puedo hacerlos sudar un poco. Quién sabe, podría incluso dar con unos cuantos laboratorios de meta-anfetaminas más para que los procese nuestra excelente policía estatal.

El último comentario era una pulla contra los esfuerzos (o falta de ellos) que en esos momentos hacía la policía estatal para contener el creciente problema de metaanfetaminas que había en el condado. Kincaid se tomó el dardo con el mismo espíritu con el que se había lanzado.

—Me parece un buen plan —dijo el sargento con tono firme—. Pero yo recomendaría que su gente vaya en parejas y tome las debidas precauciones durante las visitas. Sorprenda a alguien con un rehén y las cosas se pueden complicar muy deprisa.

—Bueno, gracias, sargento. Intentaremos recordar cómo debemos hacer nuestro trabajo.

—Bien. —Kincaid volvió a aclararse la garganta y agitó los papeles—. Eso nos deja con un sondeo de los hoteles y moteles de la zona, y además hay que reconstruir los últimos pasos de la víctima. Quiero un perfil detallado de cada persona que Lorraine Conner ha visto en las últimas veinticuatro horas, además de todos los lugares en los que ha estado. Detective Grove, ¿por qué no se ocupa usted de eso? Determine cuántos agentes necesita y se los proporcionaré.

—Sí, señor. —Alane Grove se irguió de inmediato. Le habían asignado una tarea significativa y la joven resplandecía.

—Eso deja al detective Spector a cargo de los científicos. En cualquier momento deberían llegar tanto los de Huellas Latentes como dos forenses del laboratorio de Portland.

Todavía hay que procesar el coche, por no mencionar dos notas, un sobre, un recipiente de plástico y luego la pistola. Deberíamos sacar bastante información de todo eso. Lo que nos lleva a la última tarea inmediata, la relación con el Daily Sun. La buena noticia es que el propietario, Owen Van Wie, nos ha prometido cooperación absoluta. También le ha asignado a su mejor reportero, Adam Danicic, que trabaje con nosotros en la cobertura del caso.

El teniente Mosley asintió y cogió su bolígrafo.

—Habrá que celebrar una rueda de prensa en cuanto sea posible.

Es mejor que los medios de comunicación sepan los detalles por nosotros y no por especulaciones absurdas. Por supuesto, la primera pregunta va a ser. ¿Vamos a llamar al FBI?

A Kincaid no se le movió un pelo.

—No. No hay indicación de que la víctima haya cruzado la frontera del estado y no hay nada aquí de lo que no pueda encargarse nuestro laboratorio de Investigación Criminal. Como es natural, agradecemos la ayuda que nos prestan los investigadores locales y del condado.

—¡Ah, vaya! —dijo la sheriff Atkins.

Kincaid le lanzó una sonrisa igual de gentil.

Quincy, sin embargo, ya estaba harto.

—¿La última tarea inmediata? —preguntó con tono incrédulo—. ¿Y qué pasa con la tarea de rodear los terrenos de la feria? ¿Qué pasa con la obtención del dinero del rescate? ¿Qué pasa con la necesidad de ponerle un micrófono a una oficial del cuerpo? Las tareas que acaba de perfilar llevarán días. Nosotros tenemos dos horas.

Kincaid no lo miró. Mosley tampoco. La sala cayó de repente en un silencio expectante. Y, en medio de ese silencio, Quincy por fin cayó en la cuenta y dio un puñetazo en la mesa.

—Voy a pagar el dinero —dijo con dureza—. Maldita sea, no pueden impedirme que pague ese dinero.

—Señor Quincy…

—¡Es mi mujer! Y también una agente de la ley, ¿cómo se atreven…?

—Vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos para encontrar a su mujer.

—¡Salvo seguir las instrucciones de ese hombre!

—Tampoco las vamos a desatender. El teniente Mosley y yo lo hemos estado hablando; creo que lo más apropiado es abrir un diálogo a dos bandas…

—¡No! El riesgo es demasiado grande. No sabemos suficiente, no pienso permitirlo.

Kincaid volvió a quedarse callado, el teniente Mosley también.

Y entonces, Quincy terminó de entenderlo todo. Estaba tan satisfecho porque Kincaid le había permitido participar en la investigación que no se le había ocurrido preguntarse por los motivos de Kincaid. Por ejemplo, ¿de veras agradecía la ayuda de Quincy o solo quería mantener ocupado al antiguo investigador?

Cuando Quincy volvió a hablar, su voz ya no era colérica. Era engañosamente tranquila.

—¿Cuándo?

Kincaid le echó un vistazo al reloj.

—Supongo que la edición especial del Daily Sun está saliendo de imprenta en estos mismos momentos.

—¿Quién ha redactado el mensaje?

Kincaid no se inmutó.

—Yo.

—Usted no está cualificado. Llame al FBI. Pida un especialista en perfiles. Haga las cosas bien.

—Jamás pondría en peligro la vida de un rehén sin necesidad —dijo Kincaid con firmeza—. Nuestro mensaje es sencillo y claro. Desde luego que pagaremos el rescate, solo necesitamos más tiempo. Lo que nos favorece a todos, señor Quincy, incluyendo a Rainie.

—Todavía no lo entiende. Esto no es por el dinero, sargento detective Kincaid. Es por el poder, el deseo de tenerlo y ostentarlo sobre nuestras cabezas…

—Gracias, señor Quincy.

—Se equivoca en una sola palabra y es capaz de matarla por puro despecho.

—Gracias, señor Quincy.

—Tiene que llamar a un especialista…

—Ya está hecho, señor Quincy. Está hecho.

En medio del silencio que se produjo, Quincy sintió como si con esas palabras le dieran un puñetazo en el pecho, el aliento se le quedó atrapado en los pulmones. Sintió que se le disparaba el corazón, la adrenalina, la rabia y la angustia. Treinta años. Treinta años elaborando una base de conocimientos, afilando su instinto, labrándose la reputación de ser el mejor entre los mejores. Y cuando más importaba, cuando Rainie estaba ahí fuera, indefensa y vulnerable, cuando lo necesitaba…

Recogió sus cosas y salió por la puerta principal justo cuando los cielos se abrieron y una vez más empezó a llover.

Capítulo 14

Martes, 14:38, hora de la costa oeste

Shelly Atkins lo alcanzó en el aparcamiento. Salió corriendo detrás de él. Quincy se volvió en el último momento con los hombros encorvados y los labios apretados. No estaba de humor y no sentía la necesidad de disimular.

La sheriff se detuvo a cierta distancia. No habló de inmediato. Llovía a cántaros entre los dos y caían riachuelos del sombrero de Shelly que formaban charcos a sus pies.

—Una noche larga —dijo la sheriff al fin.

Quincy se encogió de hombros. Todos llevaban levantados desde la madrugada, no merecía la pena comentarlo.

»A la estatal le gusta hacer las cosas a su manera. —La sheriff lo intentó otra vez.

—Como siempre.

—He hablado con Luke Hayes esta mañana. Me ha hablado muy bien de su mujer. Como persona y como investigadora. Le sorprendió mucho enterarse de que había desaparecido. Dijo que preguntaría por ahí.

—Se lo agradezco.

—También dijo que usted trabajaba antes con la agencia, que esto se le daba bastante bien.

Quincy se limitó a encogerse de hombros otra vez.

»¿Cree que es de por aquí? —preguntó la mujer de repente. No había necesidad de especificar quién.

—Creo que el SNI conoce la zona —expuso Quincy con cautela—. Creo que o bien ha vivido aquí o al menos lo ha visitado las veces suficientes como para estar familiarizado con el terreno. Un secuestro supone una logística complicada, el SNI querría estar en un lugar en el que se siente cómodo.

—He leído en alguna parte —dijo Shelly— que en la mayor parte de los casos hay una conexión personal. Un socio de la empresa, un miembro de la familia, o, coño, hasta un prestamista, alguien que busca que le devuelvan lo que le deben.

—Rainie no jugaba, su socio soy yo y la única deuda que tenemos es la hipoteca. Aunque en estos tiempos con los bancos… quizá tampoco debería descartarlos, después de todo.

Llovía cada vez más, estaba empezando a caer un auténtico chaparrón pero la sheriff no parecía darse cuenta. Quincy ya se había pasado buena parte del día mojado y muerto de cansancio así que tampoco le daba mayor importancia. Se encontró pensando que quizá nunca deberían haberse mudado a Oregón. Quizá si él hubiera exigido que permanecieran en Nueva York, Rainie todavía estaría a salvo.

—Kincaid no está tan mal —comentó Shelly al fin.

—Tiene sus momentos.

—Y todos nosotros vamos a trabajar de verdad en esto.

—Se lo agradezco.

—Claro que, si yo fuera usted, no me creería todo lo que me dice la gente.

Quincy ladeó la cabeza y por fin miró a la sheriff con cierto interés.

»Yo preferiría preguntar por ahí —decía Shelly—. Me gustaría tener alguna idea para saber por dónde empezar.

—Sí —asintió Quincy en voz baja—. Eso estaría bien.

—Esta mañana uno de mis ayudantes ha estado haciendo algunas llamadas, comprobaciones de rutina en lugares que se sabe que

frecuentaba Rainie. Ya sabe, por si aparecía por arte de magia. Una de esas llamadas fue a la madre de acogida de Dougie Jones, Laura Carpenter. Según ella, en cuanto mencionó el nombre de Rainie, Dougie preguntó si había desaparecido. Dougie parecía pensar que Rainie era una mentirosa y según él los mentirosos reciben lo que se merecen.

—¿Qué más dijo Dougie?

—La señora Carpenter no tenía nada más que añadir. Claro que las palabras de Dougie quizá merezcan algún tipo de seguimiento. Aunque Dougie no se lleva muy bien con los uniformes. Ni con los hombres hechos y derechos, si a eso vamos.

—Entonces menos mal que mi hija viene de camino —dijo Quincy.

—Bueno, sí, no estaría mal. —Shelly Atkins esbozó por fin una sonrisa. Le quitó diez años de encima e hizo que Quincy se fijara de nuevo en sus ojos. Tenía unos ojos suaves y castaños. Era difícil imaginarse a una mujer con unos ojos como aquellos contando una mentira.

—¿Qué la trajo a Bakersville, sheriff Atkins? —se oyó preguntar Quincy.

—El empleo. Antes trabajaba en La Grande. En comparación, esto es todo un ascenso.

—¿Ya echa de menos los viejos tiempos, tan tranquilos ellos?

La mujer le sonrió.

—Ni en un millón de años.

Shelly volvió trotando al edificio de caza y pesca justo cuando un coche entraba en el aparcamiento. Quincy vio a Kimberly al volante y a Mac en el asiento del copiloto.

Quincy tenía un plan y ya tenía su propio equipo. También tenía una última cosa que Kincaid había olvidado cuando Quincy había salido como una tromba de la sala, su móvil. El secuestrador ya lo había llamado una vez. Quincy estaba dispuesto a apostar que volvería a hacerlo, y pronto.

Martes, 15:01, hora de la costa oeste

—Bueno, hay que reconocer que la declaración del policía estatal tampoco está tan mal —dijo Kimberly quince minutos después. Estaban sentados en el Café de Martha, a las afueras de la dudad. Siempre había sido uno de los sitios favoritos de Rainie, era adicta a la tarta de arándanos casera de Martha. Quincy había pedido un trozo, que permanecía sobre la mesa, intacto, como un monumento conmemorativo.

Kimberly empujó el Daily Sun por la mesa, hacia Quincy. El secuestro de Rainie era noticia de primera página, aunque no se revelaba ni su nombre ni su ocupación. Quincy pudo ver las señales de la influencia del policía por todas partes. Se habían ocultado hechos claves para evitar informar al secuestrador sobre cosas que quizá no supiera todavía. Y se habían incluido de forma deliberada ciertas informaciones, por ejemplo que se había visto a la víctima por última vez en un bar, en un intento de obtener información del público.

El artículo concluía con una declaración formal del OOP

—Estamos impacientes por colaborar con el secuestrador en este asunto —dijo el teniente Mosley—, para hacer todo lo que esté en nuestra mano a fin de garantizar el regreso de la víctima, sana y salva. Por desgracia, los nuevos requisitos federales bancarios no nos permiten cumplir las exigencias actuales del secuestrador en el margen de tiempo dado. Le rogamos al secuestrador que nos llame de inmediato, a un número dispuesto solo para su uso, para que podamos discutir este tema con él y encontrar un plan de pago satisfactorio. Una vez más, entendemos las exigencias del secuestrador y queremos ayudar, solo necesitamos un poco más de tiempo.

El número estaba al final del artículo, un teléfono de emergencia que seguro que conectaba directamente con el centro de operaciones, donde estaría esperando una grabadora y todo el grupo especial. A Quincy le pareció demasiado obvio. Tenía sus propias ideas y creía saber a qué número llamaría el SNI, y no era a ningún teléfono de emergencia controlado por la policía.

—Así que el secuestrador llama —dijo Kimberly— y tienen a un experto listo para negociar.

—Creo que tienen a Kincaid listo para negociar. Todavía no sé si llamaría experto al sargento.

—Pero no te parece ningún idiota.

—Admito que está un poco por encima del nivel de inteligencia

de un idiota.

—Ya veo que la rosa ha perdido su color —murmuró Mac. El joven se estaba zampando un enorme trozo de filete de pollo frito con aparente entusiasmo.

Al contrario que su novio, Kimberly había heredado la falta de apetito de su padre. Su ensalada de atún seguía donde la habían dejado, sin que su dueña le prestara mucha atención, igual que el tazón de sopa de su padre.

—¿Y la estrategia del policía estatal? —le preguntó Kimberly a su padre.

—Kincaid no creyó necesario compartir los detalles conmigo pero yo diría que va a ser el enfoque clásico: ganar tiempo para permitir que la policía avance en sus investigaciones y ponga a todos los patitos en fila. Si todo va según lo planeado, tendrían que encontrar a Rainie incluso antes de que se tenga que entregar el dinero.

—Nuevos requisitos federales bancarios. —Mac se terminó el último trozo de filete y apartó el plato—. Bonito toque, pero solo si el tipo no ha hecho los deberes.

—Ahora mismo Kincaid da por sentado que la formación académica del secuestrador es limitada. El tonto del pueblo, si queréis.

Mac esbozó una enorme sonrisa al oírlo.

—¿Y tú?

—Los mensajes son sencillos pero inteligentes. Puede que las notas sean cortas pero están bien escritas, sin faltas y correctamente redactadas. Algunos comportamientos han sido toscos pero también muy eficaces.

—La sencillez no tiene por qué ser equivalente a falta de cerebro —murmuró Kimberly.

—Exacto.

—Bueno, el tipo tuvo que hacer algo bien para raptar a una mujer como Rainie. No me la imagino picando cualquier anzuelo, ni cayendo sin luchar.

Quincy no dijo nada. El silencio se fue alargando y en medio de

ese silencio el antiguo federal oyó meses de peleas, discusiones y preocupaciones. No le había contado nada a Kimberly. No quería vulnerar la intimidad de Rainie. O quizá fuera que no quería admitir ante nadie, ni siquiera ante su hija, que su segundo matrimonio estaba fracasando.

Kimberly y Mac intercambiaron una mirada. Quincy la vio pero seguía siendo incapaz de hablar.

—¿De verdad estaba en un bar? —preguntó al fin Kimberly con tono suave.

—No lo sé. Todavía tenemos que reconstruir sus últimos movimientos.

—Papá, tú deberías conocer sus últimos movimientos.

—Supones que todavía estaba viviendo en casa.

—Oh, papá. —Kimberly estiró el brazo por encima de la mesa y le apretó la mano. Mac y ella intercambiaron otra mirada.

—Creo que voy al baño —anunció de repente Mac.

—No, no. —Quincy apartó la mano y con un ademán le quitó importancia a la preocupación de su hija y la obvia estratagema de Mac. Después se obligó a hablar con tono firme y práctico. Para un hombre que se había pasado la mayor parte de su vida disimulando, no era tan difícil, después de todo—. No es ningún secreto. Desde luego nada que la policía estatal de Oregón no sepa ya. Rainie y yo nos hemos separado. Fue la semana pasada. Yo esperaba que fuera algo temporal. Pensé que si me iba, eso la sacudiría lo suficiente como para que por fin dejara de beber.

—Oh, papá. —Kimberly parecía consternada otra vez. Al contrario que ella, Mac fue al grano.

—¿Cuándo?

—Empezó hace varios meses. Por lo menos que yo sepa. Nos llamaron para investigar un doble homicidio en agosto. En la escena se encontró a una madre y a su hija, una niña pequeña. Rainie lo ha estado pasando muy mal desde entonces.

—No es la primera vez que vais a una escena dolorosa —dijo Mac.

—Define dolorosa —lo desafió Quincy con un encogimiento de hombros—. Como profesional puedo darte varias teorías. Que por fin empezó a notar todo el peso de tantos casos, la gota que colmó el vaso, si quieres. Que el hecho de estar preparándose para adoptar un hijo la hizo más vulnerable a este caso en concreto, falta de compartimentación, si quieres. En realidad tampoco importa. Al final, da la sensación de que todos y cada uno de los miembros de los cuerpos de seguridad tienen algún caso que los afecta demasiado. Tú tuviste tu caso hace varios años, Mac. En agosto, Rainie encontró el suyo.

Mac desvió la mirada. No pensaba hacer ningún comentario sobre ese tema y los otros lo sabían.

—¿Y qué pasa con el niño que ibais a adoptar? —preguntó Kimberly—. Eso tuvo que darle a Rainie algo que esperar con ilusión.

—No pudo ser.

—Oh, papá —murmuró Kimberly otra vez.

—Como es natural, la separación me pone bajo una luz ligeramente diferente ante los ojos de la policía estatal —dijo Quincy con viveza—. El sargento Kincaid ha optado por compartir algunos detalles de la investigación conmigo pero es obvio que se ha guardado muchos más.

—Genial —murmuró Mac—. Como si no tuvieras bastantes cosas por las que preocuparte.

—Pero la buena noticia es —continuó Quincy— que al parecer he encontrado una aliada en la sheriff Shelly Atkins, la sucesor a de Luke Hayes. Fue la que me dio una pista. Al parecer, el crío con el que Rainie ha estado trabajando, Dougie Jones, comentó a primera hora de esta mañana que Rainie podría haber desaparecido. Llamó a Rainie mentirosa y dijo que los mentirosos reciben lo que se merecen.

—¿Crees que lo hizo un niño? —preguntó Kimberly con el ceño fruncido.

—Dougie tiene siete años, así que lo dudo. Claro que… —Quincy se encogió de hombros—. Es un niño conflictivo y confundido que ha llevado una vida confusa y conflictiva. Es bastante posible que sepa algo sobre lo que pasó.

—¿Y cuándo vamos a hablar con él? —dijo Mac de inmediato

mientras se levantaba de la mesa y pedía la cuenta con un gesto.

—Estaba pensando que podía entrevistarlo Kimberly. Lo antes posible.

—¿Yo? —Kimberly los miró a los dos.

—A Dougie no le gustan los polis ni los hombres.

Kimberly entrecerró los ojos.

—Y mientras yo hago el seguimiento de ese encantador niñito, ¿qué vais a hacer vosotros dos?

—Ir a los terrenos de la feria, por supuesto. Kincaid ha invertido mucho tiempo y energía pero también ha dado por sentado algo muy importante: que el SNI leería el artículo antes de las 16:00 horas.

—Ah, qué divertido —murmuró Mac, que ya había leído entre líneas.

—Justo lo que yo pensaba —dijo Quincy.

Capítulo 15

Martes, 15:09, hora de la costa oeste

—¿Crees en el amor verdadero?

La voz le llegaba desde muy lejos, acompañada por el estrépito de cazuelas y sartenes. Estaba soñando otra vez, pensó Rainie. Soñando con un vacío oscuro en el que atronaba una voz. Quizá el cielo fuera así.

El cielo olía a beicon, comprendió sin rastro de ironía. Y entonces la voz tronó otra vez.

—Mi madre creía en el amor verdadero. Creía en él cuando se metía en la cama con mi padre. Creía en él cuando le lavaba la ropa, le compraba el güisqui y le salían moretones por sus puñetazos. Es muy probable que amara a mi padre hasta cuando la mató de una paliza. Mi madre lo llamaba amor, mi padre lo llamaba obediencia. La verdad, yo creo que los dos eran una mierda.

Una mano le tocó el hombro. Rainie se estremeció, descubrió que estaba apoyada en posición bastante precaria al borde de una silla dura de madera y estuvo a punto de caerse.

—Relájate —dijo la voz con impaciencia—. Ya es hora de que te tranquilices. Tienes cosas que hacer.

Más sonidos, la persona (varón, está solo, seguramente entre los veintipocos y los treinta y pocos, por la voz) se movía por la habitación. La puerta de una nevera se abrió con el sonido de una ventosa y luego se cerró de golpe. Un crujido, un chisporroteo y después un nuevo olor llenó el aire. Huevos friéndose. Beicon y huevos. El desayuno.

Debía de ser por la mañana, pensó Rainie, pero ese cálculo no le pareció del todo acertado. Todavía con los ojos vendados y las manos atadas era difícil orientarse. La habían drogado y había perdido y recuperado la conciencia varias veces. Recordaba una luz blanca, movimiento, había escrito una nota. Todas esas cosas llevaban tiempo, seguro. ¿Pero cuánto tiempo?

Debería erguirse, despejarse. Pero era más fácil permanecer en su capullo, atada y a oscuras, echada en medio de Dios sabía dónde. Los cautivos no tenían que pensar. Los cautivos no tenían que sentir.

Se dio cuenta de una forma vaga de que la mordaza había desaparecido, aunque tenía la boca tan seca que no era más capaz de formar palabras sin la mordaza de lo que lo había sido con ella. Un momento después, decidió que podía mover los pies. Así que el hombre le había quitado la mordaza y le había desatado los pies. ¿Por qué? ¿Porque tenía cosas que hacer?

No podía ser por la mañana, decidió. Había dejado su casa poco después de la una de la madrugada. Tenía la sensación de que eso había sido por lo menos doce horas atrás. Su captor debía de haber vuelto a la cama. Eso tenía sentido. Después de pasarse la noche de farra, había vuelto a la cama y en esos momentos se estaba tomando un desayuno tardío, o un almuerzo temprano. Mediodía. Eso ya era otra cosa.

El hombre estaba fregando la sartén. El aire de la habitación sabía a humo teñido de grasa. Rainie tuvo una imagen mental de una habitación pequeña, aunque no sabía por qué. Una cocina diminuta en una casa cerrada. Bajo la grasa, creyó sentir el olor a sábanas sucias y le pareció que el aire estaba viciado, que no circulaba.

El chirrido de algo, una silla, que se arrastraba por el linóleo. El hombre se sentó con pesadez y Rainie sintió de repente un bocado de huevos apretado contra los labios.

—Come, pero poco a poco. Las drogas pueden revolverte el estómago. Vomita y te quedas sola. No pienso encargarme de guarradas así.

Solo el olor de los huevos ya hacía que el estómago le diera vueltas. Rainie se lamió los labios, intentó formar una palabra, tuvo que intentarlo otra vez.

—Agua —croó. Y luego, un poco más alto—. Agua.

Su voz le sonaba extraña incluso a ella. Dura, gutural, cruda. La voz de una víctima.

La silla volvió a rechinar. El hombre se había levantado y se movía. Rainie percibió su impaciencia en el golpe duro de una taza de plástico contra una encimera, la sacudida de un grifo que acababan de abrir.

Un momento después le metía la taza por los labios.

—Cuatro sorbos, después un poco de huevo y después más agua. Vamos, empieza a beber. No tengo todo el día.

Rainie hizo lo que le mandaban. En cierto sentido eso la sorprendió. Pero quizá no demasiado. ¿Cuánto tiempo llevaba ya sintiéndose indefensa? Había empezado mucho antes de que el secuestrador A la encontrara en el punto B. Llevaba sintiéndose superada e indefensa desde que había entrado en la casa de Astoria, desde que había bajado los ojos y había visto aquel cuerpo pequeño y sin vida. Desde que había sentido el terror que todavía invadía aquella habitación, desde que había comprendido lo que habían obligado a saber a aquella pequeña. Que no había nadie para ayudarla. Que nadie la salvaría. Y ese hombre se habría cernido sobre ella, grande y poderoso mientras le arrancaba el pijama y se preparaba para hacer lo que iba a hacer.

¿Quién habló de finales felices? El hombre había hecho lo que había querido y luego había colocado una almohada sobre la cara de Aurora Johnson, de cuatro años, y la había asfixiado. ¿Qué justicia había en eso? ¿Dónde estaba Dios?

Y Rainie, desde entonces, había sentido que se le escapaban las fuerzas. Las horas pasadas en Internet, buscando historias que sabía que no debería leer. Un niño de doce años que había violado y asesinado a una pequeña de tres. Un alud de lodo que había matado a una madre y a sus tres hijos pequeños después de que el marido

saliera un momento para comprarles helados a todos. Y luego estuvo el tsunami. Más de doscientas mil personas desaparecidas en un momento, una tercera parte de ellos, niños que no tuvieron ninguna oportunidad. Y tampoco era como si los supervivientes tuvieran mucha más suerte. Según los programas de actualidad, los traficantes de esclavos se habían apresurado a aprovecharse del caos para llevarse a los huérfanos y convertirlos en esclavos sexuales.

Todos aquellos niños venidos al mundo solo para llevar una vida llena de terror, miseria y sufrimiento.

¿Y qué podía hacer nadie? Por cada asesinato que Rainie ayudaba a investigar, ocurrían millones más. Y los autores ya no eran delincuentes amargados, con los dientes amarillentos y torcidos y ojos pequeños y brillantes. Eran encantadores maridos que vivían en zonas residenciales. Eran mamás que llevaban a sus hijos a los entrenamientos de fútbol. Eran los propios niños, de diez, once, doce años.

Por la cabeza de Rainie daban vueltas demasiadas cosas, cosas que no quería saber. Imágenes que la atormentaban. Preguntas que la acosaban. ¿Había muerto la pequeña Aurora sabiendo lo mucho que la había querido su madre, lo mucho que había luchado su madre hasta el amargo final? ¿O había muerto odiando a su madre por fallarle por completo?

—Otro bocado —le exigió su secuestrador.

Rainie abrió la boca y tragó como una niña buena, y luego, para gran sorpresa de ambos, vomitó por toda la mesa.

—¡Ah, Dios! —El hombre se levantó de un salto y la silla cayó con estrépito al suelo—. Qué asco, tío…

No parecía saber qué hacer. Rainie seguía sentada, un pedazo de carne impasible, que él lo solucionara. Sentía el sabor de la bilis en la boca. Un poco de agua estaría bien. Quizá zumo de naranja. Lo que fuera con tal de aliviar la garganta.

Y luego pensó en Quincy. Lo vio delante de ella con tanta claridad que intentó estirar las manos atadas. Rainie estaba en el estudio. Era por la noche, muy tarde. Su marido estaba en la puerta, con el albornoz verde oscuro anudado a la cintura.

—Ven a la cama —le dijo.

Pero Rainie no podía. Estaba leyendo otra de aquellas horribles historias y no podía apartar los ojos. Era una esponja que absorbía las penas del mundo y sentía que las últimas partículas de su ser se iban erosionando en silencio.

—Rainie, ¿qué estás buscando? —le había preguntado él en voz baja.

No tenía una respuesta para su marido y cuando volvió a levantar la cabeza, Quincy se había ido. Así que metió la mano en el archivador y sacó la cerveza.

—Mierda, mierda, mierda —gruñía su captor—. Hablo en serio. Ahh, por favor. —Agua corriendo en el fregadero. El sonido de una esponja que alguien estrujaba. Así que, después de todo, lo iba a limpiar él. La única alternativa que tenía era desatarle las manos y no podía hacer eso.

La idea la divirtió. Así que su captor también estaba indefenso, se había convertido en una víctima él solo. Rainie empezó a sonreír.

Un instante después, el hombre le dio una bofetada y Rainie se estrelló contra el suelo.

—Bórrate esa puñetera sonrisita de satisfacción de la cara —rugió—. ¡No te atrevas a sonreírme!

La mujer lo sintió irguiéndose sobre ella, la rabia del hombre era una presencia física que llenó de repente la habitación. En su mente, Rainie podía verlo con claridad. Los puños apretados. La mandíbula tensa. Quería hacerlo, golpearla, abofetearla una y otra vez. Pegarle como su padre había pegado a su madre. Pegarle, igual que una sarta interminable de novios sin rostro había golpeado a la madre de Rainie.

Lo que va siempre vuelve. Los niños que sufren hoy serán los monstruos que harán sufrir mañana.

Y después, incluso con la venda puesta, Rainie supo quién era su secuestrador. Se podía decir que lo conocía desde siempre. Era un trozo de sí misma, el pasado que volvía para perseguirla. En cuanto había abierto aquella primera cerveza tres meses antes, se había desplomado en el abismo y aquel hombre no era más que el diablo que llevaba toda la vida esperando para encontrarla.

El hombre la agarró por el cuello de la camisa. La levantó de un

tirón, le arrastró el hombro por el vómito y le untó aquel hedor insoportable en la ropa. Rainie se tambaleó, desequilibrada. El secuestrador la empujó otra vez y la parte trasera de las piernas de Rainie chocaron con algo bajo y duro. Una mesita de café, una silla. Poco importaba. No había sitio para moverse. No había espacio para escapar. Se quedó allí, de pie, resollando y sintiendo cómo avanzaba sobre ella.

—Tu marido te dejó, Lorraine —se burló el hombre.

Rainie no dijo nada, no lo entendía. ¿Cómo podía saberlo?

»¿Qué hiciste? ¿Andar de puta por ahí? ¿Te acostaste con su mejor amigo?

—N-n-no —susurró al fin. El corazón le palpitaba en el pecho. Era irónico, la cercanía física de aquel hombre no conseguía intimidarla pero sus preguntas la dejaban aterrorizada.

—¿Eres una fulana, Lorraine?

Ella levantó la barbilla y no respondió.

»Ya. Ya lo veo. Seguro que te follabas a medio pueblo. No le dejaste a tu marido más alternativa que salir corriendo con el rabo entre las piernas.

Rainie se sorprendió a sí misma. Reunió la poca humedad que le quedaba en la boca y escupió hacia el hombre.

Su captor le respondió cogiéndola por el pelo y echándole hacia atrás la cabeza de un tirón. Rainie no pudo contener el grito que se le escapó de la garganta.

—¿Te odia?

—N-n-no. —Por lo menos no creía que Quincy la odiara. Aún no.

—Escribiste la nota, sabes lo que quiero. ¿Va a pagar, Lorraine? ¿Tu marido va a soltar la pasta, diez de los grandes por su mierda de esposa, que es una puta?

—Sí. —Pronunció la palabra con más confianza. Quincy pagaría. Pagaría diez veces más, cien veces más. Y no solo porque era un hombre responsable o un antiguo agente del FBI, sino porque la quería de verdad, siempre la había amado. Esas habían sido las palabras que

había escrito en su nota. No «adiós», no «deja de mirarte el ombligo», no «deja de beber, gilipollas». Había escrito, su hombre era de pocas palabras, «te quiero». Y nada más.

—Espero por tu bien que estés diciendo la verdad —le decía su secuestrador—. Espero por tu bien que tu viejo suelte la pasta. Porque no busco ninguna compañera de piso, Lorraine. Dentro de una hora, o yo consigo la pasta, o tú conoces tu tumba antes de lo previsto. Así que no se te ocurra intentar nada. No intentes jugar conmigo.

La mano del hombre todavía estaba enredada en su pelo y utilizaba su melena como si fuera una cuerda, tirando de ella hacia la puerta.

»Eso del amor verdadero no existe —dijo otra vez el hombre—. Solo existe la belleza del dinero contante y sonante. Y ya es hora de que Quincy pague.

Capítulo 16

Martes, 15:32, hora de la costa oeste

Kimberly aparcó el coche, miró a su alrededor y luego lanzó un profundo suspiro. La lluvia por fin había amainado y se había convertido en una ligera bruma, pero no había forma de escapar, estaba a punto de destrozar sus zapatos favoritos.

Los finos pantalones negros de Kimberly y la camisa de seda entallada tenían mucho sentido en los veintitantos grados de Atlanta, Georgia. Pero el problema de salir disparada hacia el aeropuerto era que no había tenido tiempo de pasar por su casa. Así que había cogido la bolsa de lona de emergencia que guardaba en el maletero del coche. Contenía una cazadora azul marino del FBI, una muda de ropa interior, cepillo de dientes, pasta de dientes, un cepillo para el pelo y desodorante. Nada más.

En otras palabras, no tenía botas apropiadas para vadear un trecho de quince metros de barro. No tenía ropa informal, algo más adecuado para acercarse a un niño pequeño. No tenía un jersey para protegerse los brazos del frío. Podía ponerse la cazadora, pero dado que, según parecía, al sujeto no le gustaban las fuerzas de seguridad, quizá no fuera lo mejor llegar con una chaqueta con el logotipo del FBI.

No, iba demasiado bien vestida, con unos pantalones elegantes, una bonita camisa y un auténtico par de zapatos de impresión. Y

estaba a punto de ponerse a sufrir. Dios, tenía que encantarte ese trabajo porque si no…

Abrió la puerta del coche de alquiler y salió al encenagado camino de entrada. El tacón se le hundió de inmediato varios milímetros. Lo sacó y el barro hizo un gigantesco ruido de ventosa.

Intentó dar otro paso con el alma puesta en el intento y casi se muere del susto cuando le habló una voz desde el bosque.

—Esos zapatos son bonitos.

Kimberly se volvió hacia el sonido con una postura bastante precaria, un pie hundido delante y el otro hundido detrás. Debajo de un gigantesco abeto vio a un niño pequeño que la miraba. Tenía unos ojos castaños enormes, casi demasiado grandes para su rostro. El resto de su cuerpo era flaco y descarnado, la gran sudadera azul que llevaba y los vaqueros salpicados de barro casi le colgaban del fino cuerpo.

Cuando Kimberly lo miró, el niño metió las manos en los bolsillos y encorvó los hombros. Era obvio que ya llevaba fuera un rato. La sudadera que llevaba parecía empapada y el pelo mojado le caía en mechones oscuros y puntiagudos sobre la frente. Tenía una mancha de barro en una mejilla y agujas de pino pegadas a la ropa. Pero él no parecía notarlo, solo se limitaba a mirarla.

—Estos zapatos —dijo por fin Kimberly—, están bien. Están bien en la basura.

La joven hizo una mueca, levantó el pie delantero por segunda vez y se ganó una nueva ronda de protestas por parte del barro. A la mierda. Se quitó los dos zapatos y con ellos en la mano avanzó hacia el niño, descalza. El barro se le filtraba entre los dedos, casi le recordaba a aquella vez en Virginia… Era mejor no pensar en ello.

Kimberly fue avanzando como pudo y el niño lanzó una risita.

—No me digas que jamás has caminado descalzo por el barro —dijo Kimberly—. ¿Y no has chapoteado en los charcos? Oh, no has vivido hasta que has desfilado descalzo bajo la lluvia.

Dougie Jones, supuso la agente federal, picó el anzuelo. Se arrodilló y se afanó con los cordones de sus mugrientas zapatillas de deporte. Tenía unos dedos delgados que se movían con rapidez pero que tenían que luchar, sin embargo, con los nudos empapados, dándole tiempo a Kimberly para acercarse.

—¿Te ayudo? —le preguntó.

Dougie le presentó un pie sin decir nada.

Con el conjunto en un estado que iba mucho más allá de lo penoso, Kimberly se agachó en el suelo y se puso a desatar los cordones del niño.

—El otro pie.

El pequeño obedeció. La joven le quitó los dos zapatos y luego Dougie se quitó los calcetines con impaciencia. Eran calcetines blancos baratos, de los que tenían bandas de colores alrededor de la parte de arriba. Los talones estaban desgastados, los dedos tenían manchas del color de la nicotina. Hubo algo en el estado lamentable de aquellos calcetines que puso triste a Kimberly. Tampoco le parecía que fuera demasiado pedir comprarle al niño un par de calcetines nuevos.

—Eres Dougie Jones, ¿verdad?

El niño asintió con aire ausente.

»Hola —dijo ella con suavidad—. Yo me llamo Kimberly.

A Dougie no parecía importarle. Plantó los pies en el lodo. Meneó los dedos y observó el cieno que rezumaba alrededor de los deditos.

—Me gustan los escarabajos —dijo Dougie—. ¿Quieres ver uno?

Se metió la mano en el bolsillo. Kimberly era una agente del FBI cualificada así que consiguió arreglárselas para no gritar cuando el niño sacó un bicho negro gigante de los pantalones y se lo soltó a ella en medio del brazo. El bicho era enorme. Y rápido. Se le escabulló por el hombro y se le subió al pelo mojado que le colgaba sobre los hombros.

—Es un bicho estupendo —dijo Kimberly con voz débil mientras se quedaba muy quieta. Dougie siguió mirándola, observando, esperando, probándola.

El escarabajo llegó al cuello de la joven. Antes de rendirse al impulso de pegarle un tiro, Kimberly lo cogió con la mano izquierda. Las patitas húmedas se pusieron a agitarse frenéticas contra su puño y la agente dejó el escarabajo otra vez en el suelo.

—Es un escarabajo muy bonito, Dougie —dijo Kimberly—. Pero

su sitio no es tu bolsillo. El sitio de los escarabajos es fuera, en los bosques. En cautividad se mueren.

Dougie la miró a los ojos. Luego levantó el pie descalzo y aplastó a su mascota en el barro. Permaneció sobre el escarabajo mucho tiempo, con los ojos clavados en Kimberly, unos ojos grandes, desprovistos de emoción.

Kimberly creyó comprender de repente por qué podría había empezado a beber Rainie.

—¿Por qué estás pisando al escarabajo, Dougie? —preguntó Kimberly en voz baja.

—Porque quiero.

—El escarabajo podría morir.

El niño se encogió de hombros.

»Si tú no te preocupas por ese escarabajo, Dougie, ¿quién lo hará?

Dougie frunció el ceño, la pregunta parecía haberlo cogido desprevenido. Levantó el pie, casi con curiosidad. El escarabajo se revolvió en la huella vacía, buscando todavía algún modo de escapar.

Dougie observó el escarabajo durante un buen rato. Kimberly siguió agachada al lado del niño, hombro con hombro, en el barro.

—Te ha enviado servicios sociales —le dijo Dougie.

—No.

Dougie frunció el ceño.

—Te ha enviado servicios sociales —repitió el niño con más firmeza—. ¿Me vas a sacar de aquí? Porque no me importa. Podemos irnos. Irnos y ya está. ¿Dónde está la señora del traje morado?

—Dougie, soy amiga de Rainie. He venido a buscar a Rainie.

Dougie frunció el ceño. Encorvó los hombros y le dio la espalda a Kimberly.

—Ya no quiero hablar contigo.

—Siento oír eso.

—Bebe, sabes.

—¿Rainie bebe?

—Sí.

—¿La has visto beber?

—No. —Parecía muy convencido—. Pero lo sé. Dice que quiere ayudarme. Dice que es mi amiga. Pero es una borracha. Yo sé esas cosas.

—Ya veo. Dougie, ¿sabías que Rainie ha desaparecido?

El niño se encogió de hombros.

»Para mí es muy triste. Soy amiga de Rainie y me gustaría encontrarla.

Dougie la miró.

—Eres tonta.

La vehemencia de aquellas palabras cogió desprevenida a Kimberly, que se echó hacia atrás y estuvo a punto de perder el equilibrio, tuvo que sujetarse metiendo una mano en el barro.

—¿Por qué dices eso?

Pero Dougie no quiso responderle. Sacó el labio inferior, que se puso a temblar. Volvió a coger al escarabajo y esa vez se lo metió en la boca. La mejilla derecha se le abultó un poco, después la izquierda, el escarabajo continuaba luchando, desesperado, por su vida.

Kimberly ya no sabía qué hacer. Estaba claro que los preparadores de las clases de interrogatorios, en la Academia, jamás se habían encontrado a nadie como Dougie Jones.

La joven cogió un palo y empezó a hacer dibujos en el barro; le

parecía algo mejor que quedarse mirando los carrillos hinchados de Dougie, que no dejaban de moverse.

—Cuando era pequeña —dijo en voz baja—, mayor que tú pero aun así demasiado joven, murió mi hermana mayor. Después, un año más tarde, murió mi madre. De hecho, la asesinó, en su propia casa, el mismo hombre que mató a mi hermana. Persiguió a mi madre de habitación en habitación con un cuchillo. Vi la historia en las noticias. Vi fotos de la escena del crimen.

Kimberly hizo otro dibujo. No era una gran artista. Empezó con un cuadrado y luego lo convirtió en una casa bastante tosca. La puerta de la calle era demasiado pequeña, las ventanas demasiado grandes. Intentó dibujar un árbol delante, que de inmediato eclipsó la casita, dándole al dibujo un aire amenazador. Sabía que los niños que habían sido víctimas hacían con frecuencia dibujos oscuros, espeluznantes. Era su pasado. Quizá también el de Dougie.

—Ese mismo hombre, ese asesino, intentó venir a por mí después. Hui. Volé desde Nueva York a Portland, en Oregón, con la esperanza de escapar. Pero el hombre me siguió, Dougie. Me encontró. Me puso una pistola en la cabeza. Me describió con toda exactitud cómo iba a matarme, y, en mi mente, yo ya me veía muerta.

Kimberly levantó al fin la cabeza. Dougie la miraba fijamente, hechizado.

»Es duro perder a tu mamá —susurró la joven—. Te deja solo en el mundo. Y estar solo asusta. Estar solo es no saber lo que va a pasar después. Estar solo es no tener a nadie que te ayude. ¿Sabes por qué estoy viva todavía, Dougie? ¿Sabes por qué ese hombre no me mató?

Dougie negó con la cabeza poco a poco.

»Rainie —dijo Kimberly sin más—. Intercedió por mí, hizo que siguiera hablando, lo distrajo. Y con eso ganamos tiempo. Al final, fue él el que recibió el tiro, no yo. Rainie me salvó la vida, Dougie. Por eso es amiga mía.

Dougie le quitó el palo. Empezó a tachar el tosco dibujo y no paró hasta que ya no quedó más que tierra encharcada.

Después abrió la boca y se sacó el escarabajo sujetándolo entre el índice y el pulgar. Las patas del escarabajo seguían moviéndose. Dougie lo observó retorcerse.

—Los amigos no son perfectos —dijo Kimberly—. Los amigos cometen errores. Apuesto a que conoces a un montón de gente que ha cometido errores, Dougie. Apuesto a que conoces a un montón de gente que te ha decepcionado. Ojalá pudiera decirte que no va a volver a pasar, pero los errores forman parte de la vida.

—Stanley me pega —dijo Dougie de repente.

—¿Y Stanley es…?

—Mi padre de acogida. Me pega. Se lo dije a la señora de morado y ella se lo dijo a Rainie. Se supone que Rainie va a parar a Stanley, pero no lo ha hecho.

—Siento oír eso, Dougie. ¿Stanley te ha pegado hace poco?

—Sí.

—¿Tienes un cardenal?

Dougie negó con la cabeza.

—Puedes hacerles daño a los niños pequeños sin dejar cardenales. Stanley lo sabe.

A pesar de sí misma, Kimberly sintió un escalofrío. Miró hacia la casa, a treinta metros de donde ella estaba. El porche cubierto ensombrecía las ventanas. Unos abetos gigantes sumían toda la estructura en una penumbra más profunda. La casa era pequeña y oscura, gótico americano. Kimberly, desde luego, no querría vivir allí.

—Dougie, ¿Stanley ha mencionado el nombre de Rainie? ¿Te dijo él que había desaparecido?

—Yo no hablo con Stanley.

—¿Lo has visto a él y a Rainie pelearse alguna vez?

Dougie apretó los labios y soltó por fin al escarabajo, que se escabulló corriendo como un loco en busca de la roca más cercana.

»¿Quizá se hayan peleado hace poco? —continuó Kimberly—. ¿Stanley amenazó alguna vez con pegar a Rainie?

—Se suponía que Rainie tenía que venir a verme el jueves —dijo Dougie—. No vino. Fue a un bar.

—¿Quién te dijo eso, Dougie? ¿Cómo sabes que fue a un bar?

El niño se negó a responder otra vez, había apretado los labios y había levantado la cabeza con gesto desafiante. Pero esa vez, Kimberly creyó saber la respuesta. El niño tenía razón, Stanley sabía hacer daño sin dejar ninguna huella.

»Dougie —dijo Kimberly en voz baja—. Una última vez: ¿hay algo que te gustaría decirme?

—Espero que Rainie se muera —dijo Dougie, después echó a correr hacia una pequeña roca, recogió al escarabajo y salió corriendo hacia los bosques.

Capítulo 17

Martes, 15:53, hora de la costa oeste

Quincy y Mac aparcaron a una manzana de los terrenos de la feria, en la vieja casa de subastas rosa donde tiempo atrás se vendían las vacas de leche todos los martes por la mañana aunque ya llevaba años abandonada. Desde el interior del refugio del coche, Quincy le echó un vistazo al horizonte. En teoría todavía quedaban varias horas de luz. Pero las nubes de lluvia, gruesas y oscuras, nublaban el sol y sumían la tarde en los tonos grises y profundos del atardecer.

Abrió la puerta de golpe y salió, no dejaba de lloviznar. Después rodeó el coche para ir al maletero del sedán. Mac lo siguió.

Quincy se había pasado la mayor parte de su vida recibiendo llamadas de emergencia y teniendo que salir casi sin previo aviso, y era difícil romper con las viejas costumbres. El maletero de su sedán de lujo todavía contenía las herramientas básicas de cualquier especialista en perfiles curtido en mil batallas: una bolsa de lona con una muda de ropa; un par de viejas botas de montaña para poder llegar a los barrancos más profundos, vertederos preferidos por tantos asesinos; dos cámaras de fotos, una caja de guantes de látex, un traje de alto riesgo fino y blanco, bengalas de emergencia, linternas, un botiquín y, por supuesto, una caja de seguridad con armas de fuego: una escopeta, un rifle y un arma de apoyo del calibre 22, junto con media docena de cajas de munición.

Los dos hombres se prepararon sin decir nada. Quincy cogió el rifle; Mac la escopeta. Cada uno cogió una linterna. Mac cogió de su bolsa una cazadora con el logotipo GBI (Agencia de Investigación de Georgia, en inglés), y coronó el atuendo con una gorra de béisbol

reglamentaria. Quincy, sin embargo, seguía pareciendo un modelo de la marca Brook Brothers, con su trinchera color canela sin ningún tipo de identificación.

—Yo llevaría la identificación en un sitio bien visible —le aconsejó Quincy a Mac.

—¿Para que no me disparen como sospechoso de secuestro?

—Kimberly me despellejaría.

—Sabes, uno de estos días, deberíais intentar hacer una reunión familiar normal. Ir a hacer senderismo, ir de merienda, salir por ahí. Juntaros por alguna otra razón que no sea que haya alguien que está intentando mataros a uno.

—No funcionaría. Por si no lo has notado, ninguno hablamos mucho. —Quincy terminó de abrocharse el impermeable alrededor del rifle. Accesible pero no demasiado visible. La munición extra se la metió en los bolsillos. La linterna no la soltó.

Era obvio que a Mac no le hacía mucha gracia el conjunto neutro de Quincy.

—¿No tienes nada que diga FBI? ¿Ni siquiera una simple sudadera?

—La agencia lo consideraría publicidad engañosa. Además, la mayor parte de los agentes ya me han visto por ahí. No me van a confundir con un secuestrador. Es mucho más probable que me disparen porque crean que mi presencia demuestra que, después de todo, el que lo hizo fue el marido ausente.

—Guau, tú sí que sabes pasártelo bien.

La lluvia empezó a arreciar y golpeó la cara de Quincy. Este sonrió entre el diluvio.

—Eso es lo que dicen todas.

Los terrenos de la feria del condado de Bakersville eran sencillamente enormes. Quincy lo sabía, ya había estado allí durante los cálidos días de agosto para disfrutar de la encantadora feria del condado, con las norias, las carreras de caballos, los concursos de ganado y puesto tras puesto de helados, fríos y recién hechos. Pero en ese momento, agachado junto a una escultura descomunal de un

queso de Tillamook, se quedó mirando el extenso complejo y sintió que aquello empezaba a superarlo a toda velocidad.

En primer lugar estaban los campos, acres interminables de tierra plana y expuesta, dedicada a las atracciones y a los vendedores de diferentes productos o de algodón de azúcar. Luego estaban los edificios: el edificio principal de dos pisos, con su cúpula, flanqueado por dos enormes edificios, uno a cada lado y cada uno de ellos dividido en dos zonas diferentes, el auditorio y el centro de convenciones a la izquierda, y el edificio para el concurso juvenil de ganado y el concurso abierto a la derecha. Y eso solo en la entrada principal. Tras esas estructuras abovedadas se cernían las tribunas, la pista de carreras y los paddocks, la cuadra de ganado para los concursos de la 4-H, y la cuadra de caballos de la 4-H[2].

En esa época del año, en las instalaciones del concurso juvenil de ganado ponían las pistas de tenis cubiertas, y no estaban tan mal una vez que te acostumbrabas al abrumador hedor a estiércol. Otro de los edificios se había convertido en una pista de patinaje sobre ruedas, mientras que varias organizaciones alquilaban el auditorio para celebrar banquetes.

Pero los esfuerzos para darles a los terrenos de la feria una segunda oportunidad durante la temporada baja nunca habían sido demasiado intensos y los resultados eran obvios: las cuatro de la tarde de un martes y no había ni un solo coche en el aparcamiento.

La feria seguía siendo un espacio inmenso, vacío y lleno de ecos. Haría falta un equipo entero del SWAT[3] para garantizar la seguridad de las instalaciones. Quizá dos o tres. El secuestrador había elegido bien y, por primera vez, Quincy se sintió desfallecer.

¿Eran los años los que hacían envejecer a un hombre? ¿O solo que se iba dando cuenta de todas las cosas que no podía controlar? Que identificar a un depredador no siempre llevaba a que se hiciera justicia. Que incluso cuando los tribunales emitían al fin un veredicto de culpabilidad, eso no le devolvía la vida a un niño asesinado ni ayudaba a los padres a dormir mejor por la noche.

Lo único que Quincy quería era recuperar a su esposa. Quería estar en su salita, delante de un fuego bien caliente. Con Rainie leyendo un libro, acurrucada contra su pecho. Y él acariciándole el brazo, contemplando las llamas que se reflejaban en su largo cabello castaño. Los dos cómodos, sin hablar, igual que solo seis meses atrás.

Parecía tan poco lo que le pedía a la vida y sin embargo, lo cierto era que no sabía si volvería a disfrutarlo alguna vez. En el mundo de Quincy, la felicidad siempre había sido un lujo, nunca una garantía.

Mac lo estaba observando, esperando instrucciones, un plan de ataque.

—No veo señales de otros agentes —dijo Mac por fin.

—Eso solo significa que están haciendo su trabajo.

—¿Estás seguro de que ese tal Kincaid está aquí?

—Sería una negligencia por su parte no mandar al menos unos cuantos efectivos. Kincaid quizá sea agresivo en su forma de manejar el caso, pero no es tonto.

—¿Así que entramos, sin más?

—No. Si no nos dispara el secuestrador, probablemente lo harán los agentes de Kincaid. Están haciendo su trabajo, no la vamos a cagar ahora. —Quincy respiró hondo y examinó el inmenso espacio una vez más—. El edificio de la entrada principal está demasiado expuesto —murmuró—. El piso de arriba proporciona una vista de pájaro del piso de abajo, lo que hace que sea inútil. Los graneros también son grandes espacios abiertos, sin sitio para esconderse. Igual que el auditorio y el centro de convenciones. Esos sitios están hechos para ofrecer el máximo espacio de exhibición, no para ocultar a un secuestrador. Así que, ¿adónde iría ese hombre? Fue él el que escogió este espacio. ¿Por qué? ¿Qué es lo que le da lo que necesita?

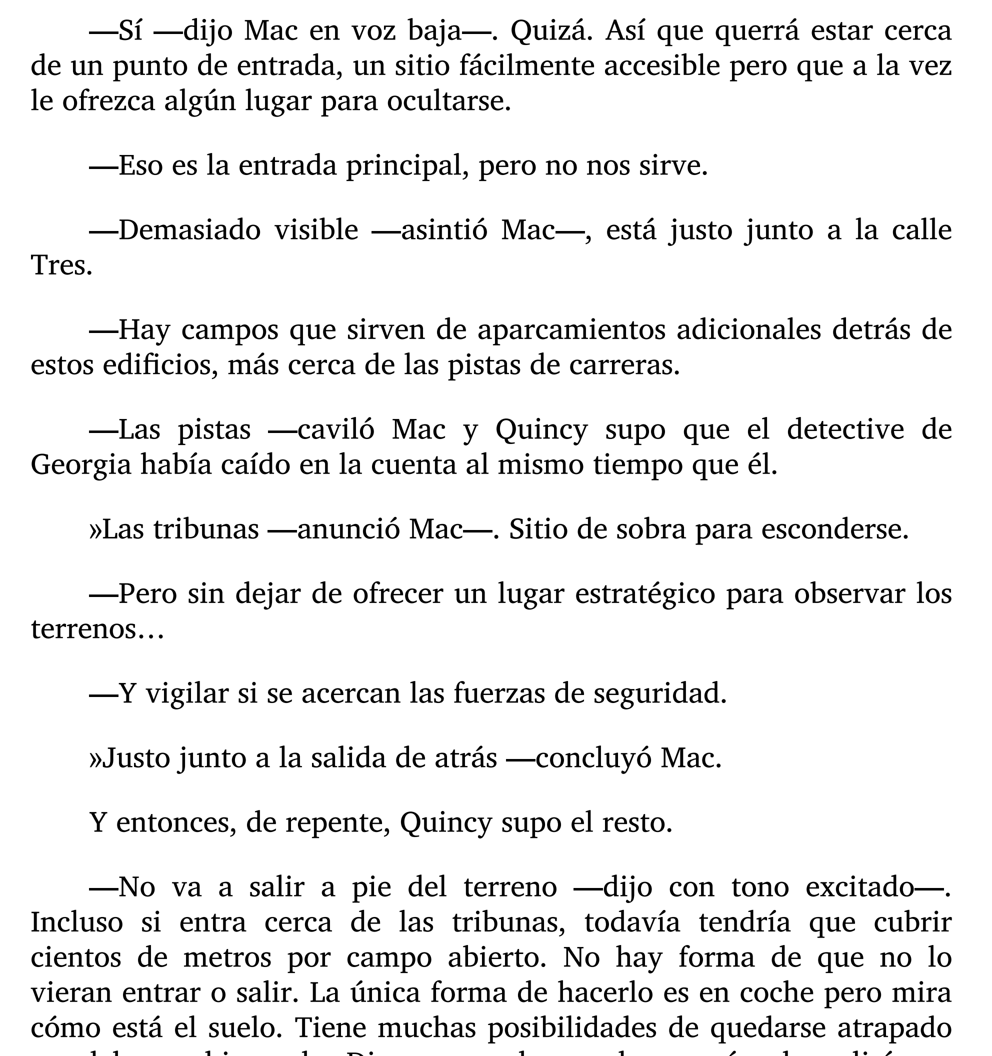
—Los terrenos son grandes, difíciles de cubrir.

—Pero eso es igual para todos. Cuanto más grande es, más tiempo va a llevarle entrar y salir.

Mac asentía, empezaba a comprender el hilo de los pensamientos del otro investigador.

—Al igual que nosotros, querrá ocultar su vehículo. Eso significa que tiene que entrar a pie, pero también tiene una rehén. Quizá pueda caminar por sus propios medios, si él la guía, o quizá… —Mac dudó un momento, no quería decirlo delante de Quincy, así que Quincy lo dijo por él.

—O quizá lleve un cuerpo.



—Sí —dijo Mac en voz baja—. Quizá. Así que querrá estar cerca de un punto de entrada, un sitio fácilmente accesible pero que a la vez le ofrezca algún lugar para ocultarse.

—Eso es la entrada principal, pero no nos sirve.

—Demasiado visible —asintió Mac—, está justo junto a la calle Tres.

—Hay campos que sirven de aparcamientos adicionales detrás de estos edificios, más cerca de las pistas de carreras.

—Las pistas —caviló Mac y Quincy supo que el detective de Georgia había caído en la cuenta al mismo tiempo que él.

»Las tribunas —anunció Mac—. Sitio de sobra para esconderse.

—Pero sin dejar de ofrecer un lugar estratégico para observar los terrenos…

—Y vigilar si se acercan las fuerzas de seguridad.

»Justo junto a la salida de atrás —concluyó Mac.

Y entonces, de repente, Quincy supo el resto.

—No va a salir a pie del terreno —dijo con tono excitado—. Incluso si entra cerca de las tribunas, todavía tendría que cubrir cientos de metros por campo abierto. No hay forma de que no lo vieran entrar o salir. La única forma de hacerlo es en coche pero mira cómo está el suelo. Tiene muchas posibilidades de quedarse atrapado en el barro; bien sabe Dios que es lo que le pasará a la policía en cuanto intenten darle caza.

Mac abrió mucho los ojos.

—Un todoterreno.

—Aparcado en los paddocks, donde nadie pueda verlo. Entra sin problemas, sale sin problemas.

—Si le añadimos un casco…

—Y lo único que podemos decir que hemos visto es la espalda de un hombre cubierto de barro que se aleja a toda velocidad.

—A la mierda las tribunas —declaró Mac—. Vámonos

directamente a los paddocks. Encontramos ese todoterreno y el sueño de diez mil dólares de don SNI es historia.

—Tú sí que sabes pasártelo bien —dijo Quincy.

—Ah —le tocó decir a Mac con tono modesto—. Eso es lo que dicen todas.

Martes, 15:58, hora de la costa oeste

Habían vuelto a ponerse en marcha. Al no estar drogada esa vez y tampoco metida en un maletero sino sentada en el asiento de atrás, Rainie estaba intentando prestar más atención.

Las carreteras estaban llenas de baches. Caminos de tierra que la lluvia había hecho desaparecer en parte, eso fue lo que supuso mientras el vehículo cabeceaba y rodaba durante kilómetros enteros. El estómago se le movía con el coche, todavía tenía el sabor de la bilis en la garganta y estaba desesperada por vomitar.

Lo que no era buena idea. Su captor le había cambiado la mordaza de algodón por cinta aislante. Si vomitaba, se arriesgaba a aspirar el contenido, que le llegaría a los pulmones, lo que a su vez llevaría a la asfixia. Básicamente, se ahogaría con su propio vómito. No era un pensamiento muy reconfortante.

El vehículo en sí olía un poco a ambientador de pino. Había esperado olor a tabaco, en su imaginación, su captor era fumador. Pero, pensándolo mejor, no recordaba que la ropa o el aliento del hombre oliera a nicotina. Fumar era un hábito difícil de esconder. Como beber. Que se lo dijeran a ella.

La última vez había supuesto que viajaba en el maletero de un coche pero tras considerarlo de nuevo, tuvo la sensación de que la trasladaban en un asiento más alto del que tendría cualquier coche, además, le costó creer que un sedán pudiera meterse por ese tipo de carreteras. Así que, después de todo, quizá el SNI conducía una camioneta o un monovolumen. Quizá la había metido en algún tipo de cajón para el equipo instalado en la parte de atrás. Los había visto en las numerosas camionetas que circulaban por el pueblo. Los chicos tenían que tener espacio para sus juguetes.

La camioneta encontró un bache, se alzó en el aire y cayó con un golpe seco, y el estómago de Rainie dio una sacudida peligrosa.

No pienses en comida, no pienses en el olor. Vamos, Rainie,

concéntrate. Y luego: Campos de flores amarillas. Arroyos suaves. Aquel mantra tenía décadas de antigüedad pero regresó a ella con tanta facilidad que era casi como si nunca se hubiera ido. Volvía a tener dieciséis años, indiferente e indefensa mientras el novio de su madre jadeaba sobre ella. Tenía veinticinco años, estaba borracha y un tipo le metía mano en la parte de atrás de un bar. Tenía treinta años, Quincy la acariciaba por primera vez y ella se daba cuenta de lo mucho que la aterrorizaba la promesa del amor.

Campos de flores amarillas. Arroyos suaves. Campos de flores amarillas. Arroyos suaves.

El vehículo hizo un brusco giro a la izquierda. Rainie cayó de lado, incapaz de incorporarse con las manos atadas por las muñecas. Golpes rítmicos, rápidos. Un camino de gravilla, quizá, o asfalto erosionado por los elementos.

La camioneta se detuvo de repente y los pies de Rainie se deslizaron del asiento y la mayor parte de su peso chocó contra el suelo. Intentó incorporarse deslizando el cuerpo, tenía que levantar primero las caderas y después los pies. Oyó que se abría la puerta del conductor y después se cerraba. El hombre iba a rodear el vehículo para llegar a la parte de atrás a recoger su premio.

Dale una patada, pensó de repente. Echada de lado, con los pies colocados delante de la puerta del pasajero, todo lo que tenía que hacer era doblar las rodillas para coger un poco de impulso y luego clavarle los pies en las tripas. El hombre caería al suelo y ella podría… ¿qué? ¿Salir a saltitos del coche como un conejo, con los tobillos atados, las muñecas atadas y la boca tapada con una cinta? Lo más probable era que se cayera boca abajo en el barro y se ahogara en un simple charco de agua.

Seguía queriendo hacerlo. Quería sentir la satisfacción de hundirle los pies en el bajo vientre, oír el gemido de sorpresa. La hacía sentirse pequeña e indefensa y lo odiaba por eso.

Se abrió la puerta y Rainie lanzó una patada, pero con retraso.

El secuestrador le cogió los pies con las manos y le apartó las piernas.

—Oh, por el amor de Dios, no tengo tiempo para tanta gilipollez. Levántate. Muévete.

Utilizó la cuerda que le ataba los tobillos para sacarla a rastras de

la parte posterior, como si fuera un trozo de carne. La cabeza de Rainie golpeó el estribo y el hombro se le clavó en el suelo encenagado quitándole la respiración. Se le dispararon de inmediato las aletas de la nariz y se le arqueó la espalda. Rainie luchó con desesperación por conseguir oxígeno y sus labios se tensaron contra la cinta aislante. No podía respirar, iba a morir.

Se revolvió por el suelo, aterrorizada, en pleno ataque de pánico. Su captor le dio una patada, la punta del pie del hombre se clavó en los riñones de Rainie.

—Que te levantes, te digo. ¡Muévete!

Rainie empezó a ver puntos negros delante de los ojos pero en el último momento, el secuestrador pareció entender sus apuros. Se agachó, la puso en pie de un tirón y le arrancó la cinta de la boca.

—Grita y te mato.

No gritó, no habría podido aunque hubiera querido. Engulló bocanadas gigantes de aire, maravillosas bocanadas de aire húmedo y lluvioso y las absorbió con todo el cuerpo. El aire le supo a brisa de la costa, a abetos y a estiércol de vaca. A hierba y a tierra. Y en ese instante, dio gracias por estar viva, qué patético.

Oyó un chirrido áspero. Era como si estuvieran sacando un cuchillo de una funda de cuero.

Se giró hacia el ruido, todavía un poco aturdida, un poco confusa.

—Lorraine —dijo su captor con un tono de voz que ella no había oído jamás—. Me temo que tengo malas noticias.

Rainie intentó echar a correr pero ya era demasiado tarde.

Capítulo 18

Martes, 16:03, hora de la costa oeste

El plan era acercarse a los paddocks de la feria, pero eso era más fácil decirlo que hacerlo. Mac y Quincy avanzaron con la espalda apretada contra el exterior de las cuadras de ganado y los ojos clavados en los campos envueltos en bruma gris, en busca de alguna señal de movimiento. La lluvia tamborileaba con fuerza sobre los tejados metálicos que se alzaban sobre ellos y de tanto en tanto los duchaban con grandes chaparrones de agua mientras los ensordecían

sin descanso con el ruido.

Quincy resbaló y Mac lo sostuvo. Recorrieron un metro más y luego fue Mac el que se escoró en el barro que les llegaba casi a los tobillos y los hundió a los dos. Se volvieron a levantar con cautela, resollando y empapados hasta los huesos.

—Tienes el lado izquierdo entero cubierto de barro —le dijo Mac.

—Suponiendo que sea barro —le respondió Quincy.

Mac captó la insinuación, después de todo estaban junto a una cuadra, e hizo una mueca.

Llegaron al extremo de la segunda cuadra y las cosas se pusieron más complicadas. No había forma de llegar a los paddocks sin cruzar cincuenta metros de campo abierto. La mirada de Quincy se dirigió a la parte superior de las tribunas en busca de algún posible francotirador. Los tejados parecían despejados.

Echaron a correr, cruzaron como tiros el espacio abierto y rodearon la valla metálica, después serpentearon entre una hilera de gradas metálicas hasta que por fin llegaron a los paddocks. Quincy se aplastó contra el edificio de madera seguido de inmediato por Mac.

El alero del tejado les ofreció un respiro temporal. Mac vio el agua que le chorreaba a Quincy por la cara y desaparecía bajo el cuello de la camisa. La ropa de aquel hombre maduro estaba moteada de salpicaduras de barro y las hebras plateadas de su cabello se habían hecho más pronunciadas con la humedad. Por un momento, Mac sintió una punzada de preocupación. Quincy ya había cumplido los cincuenta y el trabajo de campo era cosa de jóvenes. Pero entonces Quincy sonrió y Mac vio que bajo el estrés y el miedo, el tipo estaba encantado. Se podía sacar a un hombre de las fuerzas de seguridad pero no se podían sacar a las fuerzas de seguridad del hombre.

—¿Listo? —susurró Quincy.

—Vamos.

Entraron agachados y rápido; Mac delante con la escopeta, seguido por Quincy, que sujetaba el rifle en el hueco del codo. El cambio de entorno fue inmediato y lo distorsionó todo: pasaron de un pantano resbaladizo a un barro compacto; de un cielo ligeramente cubierto a una oscuridad profunda que lo invadía todo; del olor a pino húmedo y hierba recién cortada, al aroma acre de las virutas de

madera, el heno y el estiércol antiguo de caballo.

Mac se tomó un instante para echarle un vistazo al pasillo central, después se agachó y se metió dentro del primer establo, la adrenalina le azotaba las venas y le temblaban las manos que sujetaban la escopeta. Era difícil verlo todo en un espacio tan largo y oscuro. E incluso más difícil oír algo, dada la lluvia que golpeaba el tejado con un rugido ensordecedor.

Levantó la mano izquierda para hacerle una señal a Quincy y contó en silencio una-dos-tres.

Se levantó de golpe, le lanzó una segunda mirada al interior y luego volvió a desaparecer tras el refugio de la pared del establo.

Le indicó sus hallazgos a Quincy con una simple sacudida de la cabeza: nada. No había nadie en el pasillo, ningún todoterreno aparcado por arte de magia en medio de la cuadra. Tendrían que hacer un registro más metódico, metro por metro, establo por establo.

Una vez más Mac se puso en cabeza y se deslizó con sigilo por el pasillo central. Mantuvo la espalda agachada para pasar lo más desapercibido posible, sus pisadas era pequeñas y hábiles. Sujetó con firmeza la escopeta. Se concentró en respirar con regularidad y notó que poco a poco iba recuperando la serenidad.

Examinó el lado izquierdo, después el derecho.

Milímetro a milímetro, fila por fila y entonces…

Un movimiento. Mac lo percibió primero por el rabillo del ojo. Una persona que salía disparada del último establo y se lanzaba a la carrera hacia la puerta trasera.

—¡Alto! ¡Policía! —rugió Mac. Se irguió todo lo alto que era y apuntó a la figura con la escopeta mientras iba moviendo el dedo hacia el gatillo.

Justo en el instante en que otra voz alzaba la voz en la oscuridad que había dejado atrás.

—Un solo movimiento y su amigo está muerto.

Mac se giró en redondo y se encontró con un hombre negro y bien vestido que apuntaba con una 9 mm a la cabeza de Quincy. Mac seguía considerando, frenético, sus opciones cuando Quincy habló con

aire cansado.

—Kincaid.

Y el hombre de color respondió con el mismo tono descorazonado.

—Ahh, mierda.

Martes, 16:38, hora de la costa oeste

—Creo que está un poco disgustado —dijo Mac quince minutos después. A Quincy y a él los habían acompañado hasta la pista de patinaje que había en la parte delantera de la feria. El espacio era inmenso y estaba frío y lleno de ecos.

—Yo más bien diría molesto.

Casi al otro lado de la sala, Kincaid levantó la vista de su mini-reunión con el detective de la policía estatal, Ron Spector, y los miró furioso. Nada que Quincy y Mac no hubieran visto antes.

Mac tenía frío. Le castañeteaban los dientes, allí sentado en una dura silla plegable de metal, tenía la ropa empapada y la cara salpicada de barro. Quincy estaba en las mismas condiciones. Nadie les había ofrecido una toalla, por no hablar ya de una taza caliente de café. A Mac no le sorprendía. No era la primera vez que cruzaba los límites jurisdiccionales. Una vez había investigado un caso en Virginia. Era curioso, la policía estatal de Virginia tampoco se lo había tomado muy bien.

La puerta principal se abrió de golpe y apareció un tipo joven con el uniforme marrón de la policía arrastrando a un tío despeinado tras él. Mac y Quincy ya se habían puesto en pie cuando el ayudante de la sheriff lanzó al hombre a la pista de patinaje.

El hombre, vestido con una trinchera caqui y al que Mac reconoció de los paddocks, estaba cubierto de barro. De hecho, su estado se parecía mucho al de Mac y Quincy, lo que significaba que obviamente llevaba moviéndose por el terreno un buen rato. En ese momento dio un tropezón y parpadeó varias veces.

—¡P-p-prensa! —graznó después levantando las dos manos.

—Ahh, mierda —dijo Kincaid otra vez.

Cruzó el espacio que lo separaba del intruso y lo miró furioso desde su altura.

—¿Quién es usted?

—Adam Danicic. Daily Sun de Bakersville.

—Credenciales. —Kincaid estiró la manó. Un Danicic muy nervioso metió la mano dentro de la trinchera húmeda y sacó con cuidado una billetera. Se la tendió a Kincaid, que la abrió de golpe.

»Bueno, Adam Da-ni-cic, —Kincaid recalcó el apellido del reportero—, ¿qué cojones estaba haciendo en los establos?

El reportero se atrevió a esbozar una sonrisa.

—¿Conseguir una exclusiva?

—Por Dios. ¿Hay alguien en este edificio que se dedique a secuestrar? ¿Alguien, cualquiera? Porque hay un montón de personas ajenas a la policía estatal de Oregón en esta sala, ¡teniendo en cuenta que es un caso de la policía estatal de Oregón!

No se puede decir que el policía se luciera al decir eso y Kincaid pareció darse cuenta en cuanto pronunció aquellas palabras. El ayudante de la sheriff de Bakersville le lanzó al sargento de la policía estatal una mirada, gracias por nada, parecía decirle mientras Kincaid lanzaba un buen suspiro, se alejaba un par de metros y volvía a suspirar. Al final volvió a dirigirse al reportero.

»Según tengo entendido su papel es cooperar con nosotros. Sobre todo porque no creo que quiera que otro periódico se entere por fuentes confidenciales próximas a la policía estatal de Oregón que un reportero agresivo, egocéntrico e inexperto del Daily Sun ha puesto en peligro sin necesidad la vida de una mujer.

Danicic no dijo nada. Por lo menos tuvo el buen sentido de cerrar la boca y aceptar la bronca como un hombre.

»Bueno, yo diría que para trabajar en cooperación con nuestra agencia, tendría que notificarle sus actividades a nuestra agencia —continuó Kincaid.

—Yo investigo por mi cuenta y escribo por mi cuenta —dijo Danicic sin perder la compostura—. Eso es lo que hace un reportero. Lo que mi editor decida publicar es cosa suya.

—¿Está hablando en serio?

—Sí, señor.

Kincaid miró otra vez al joven reportero, las mejillas bien afeitadas, el cabello oscuro y cortado al cero, la trinchera conservadora.

—Desde luego no parece un liberal izquierdista.

—Noticias de la Fox —respondió de inmediato el reportero—. Mi objetivo es conseguir un contrato con ellos antes de cumplir los treinta. Seamos realistas, a los equipos de los telediarios no les vendrían mal unos cuantos jóvenes ambiciosos como yo.

—Tiene que estar de coña. Trabaja en un periódico de pueblo…

—Por algún sitio hay que empezar.

—Acaba de joder una investigación policial de primera línea.

—En realidad, no. Seamos francos, todos sabemos que está aquí solo por precaución y dado que todo indica que el secuestrador no ha aparecido, resulta que aquí no ha pasado nada. Bueno, lo que a mí me gustaría entender de verdad es la presencia de esos dos hombres que hay ahí. ¿Por qué dice esa cazadora GBI? ¿Eso no son las siglas en inglés de la agencia de investigación de Georgia? ¿Significa eso que en este caso están actuando diferentes agencias policiales que trabajan juntas en un grupo especial interestatal…?

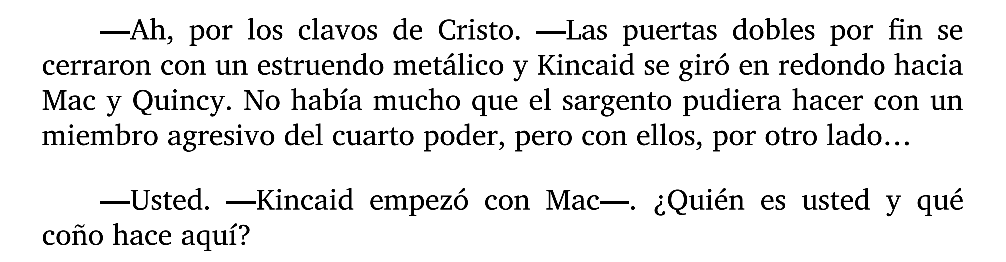
—Largo —dijo Kincaid con tono tenso.

—¿Puedo citar eso?

—¡Largo!

El ayudante de la sheriff de Bakersville, que llevaba un rato rezagado junto a la puerta y era obvio que estaba disfrutando con los apuros de Kincaid, se puso al fin en movimiento. Pero la venganza es un plato que se come frío y el ayudante se tomó su tiempo para sacar al reportero de la sala.

—Seguiré preguntando por ahí —les lanzó Danicic por encima del hombro—. Siempre hay alguien que quiere hablar con la prensa. Eh, quizá pueda conseguir una exclusiva con el propio secuestrador. ¿Lo han pensado alguna vez?



—Ah, por los clavos de Cristo. —Las puertas dobles por fin se cerraron con un estruendo metálico y Kincaid se giró en redondo hacia Mac y Quincy. No había mucho que el sargento pudiera hacer con un miembro agresivo del cuarto poder, pero con ellos, por otro lado…

—Usted. —Kincaid empezó con Mac—. ¿Quién es usted y qué coño hace aquí?

—Mac McCormack, detective. Agencia de investigación de Georgia.

—¿Agencia de investigación de Georgia? ¿Qué pasa, que se levantó esta mañana y se equivocó de salida?

—Estoy con él —le informó Mac con tranquilidad mientras señalaba a Quincy con un gesto de la cabeza—. Técnicamente hablando, estoy saliendo con su hija.

—La agente del FBI —completó Kincaid.

—Esa misma.

Kincaid entrecerró los ojos con expresión suspicaz.

—¿Y dónde está la chica, si puede saberse?

Mac se encogió de hombros.

—Yo no hago demasiadas preguntas. La chica tiene muy buena puntería.

Kincaid parecía a punto de ahogar a alguien con sus propias manos. Mac, a esas alturas, ya estaba acostumbrado. Al parecer, siempre que iba por ahí con Kimberly y su padre, alguien intentaba matarlo.

—Está usted hecho una mierda —le dijo Kincaid a Quincy.

—Y también llevo mucha encima.

—No sé lo que se cree que está haciendo pero no nos ayuda.

—Cierto. En realidad, pegarle un tiro a ese reportero habría sido mucho más satisfactorio.

—Sé que se considera usted un experto en estos asuntos, señor Quincy, pero también es un miembro de la familia.

Seguro que un hombre de su inteligencia se da cuenta de que no hay forma de que sea objetivo y actúe con lucidez en lo que a esta investigación se refiere.

—Para usted es un número —dijo Quincy sin alzar la voz—. Una estadística que pasa por su escritorio. Lo resuelve y su vida continúa. No lo resuelve y su vida continúa. No hay diferencia.

Kincaid se inclinó un poco. Mac esperaba que el sargento de la policía estatal se entregara a otra diatriba pero cuando habló, su voz sonó sorprendentemente solemne.

—Todos los casos en los que trabajó usted también eran estadísticas. ¿Significaba eso que dormía hasta tarde, se tomaba los fines de semana libres y se iba casa a cenar con su familia? Sí, ya me lo parecía. Tengo esposa, señor Quincy. Tengo un precioso niño de meses y no hay nada que me apetezca más que poner punto final a este caso e irme a casa con ellos. Venga, le damos ese montón de pasta, recuperamos a su esposa y terminamos por hoy. Así puedo darme una ducha caliente, vestirme con ropa seca y ponerme cómodo en mi butaca favorita con mi hijo en el regazo. A mí me suena muy bien. Venga, vamos.

—Fue usted el que se negó a pagar —dijo Quincy con tono firme —. Es usted el que está poniendo las cosas difíciles.

—¡Porque estoy intentando hacerlo bien, maldita sea! Porque lo he escuchado a usted, el experto, y lo que dijo. ¿Cuál fue su opinión profesional, señor Quincy? ¿Qué fue lo que me dijo mientras nos lo pasábamos en grande excavando en el cementerio? —Kincaid no esperó una respuesta sino que fue descontando con los dedos de la mano derecha—. Uno, este tipo de casos son casi siempre algo personal. Dos, la mayoría termina con el hallazgo del cadáver de la víctima. ¿Sabe por qué estoy alargando esto, señor Quincy? ¿Sabe por qué me estoy rompiendo los cuernos escribiéndole mensajes concretos a un secuestrador sin identificar cuando hasta yo sé que esto me supera? Porque me temo que en cuanto accedamos a pagar el rescate, Lorraine estará muerta. No estoy intentando volver a casa con mi mujer, señor Quincy. Estoy intentando salvar a la suya.

Quincy no respondió. Sus labios, sin embargo, permanecían apretados en una línea firme y obstinada.

»Si alargamos las cosas —dijo Kincaid con más calma—, el secuestrador tiene que mantenerla con vida para proporcionarnos

pruebas de que lo está. Y quizá, solo quizá, podamos encontrar al fin el vínculo que hay entre los dos. Tengo a los científicos trabajando en el coche y las notas. Tengo a gente muy buena reconstruyendo los últimos pasos de su mujer. Tenemos a la sheriff Atkins sacudiendo el árbol de delincuentes de la zona. Este caso todavía está en mantillas. Vamos a encontrar indicios, seguro.

—¿Alguna llamada al teléfono de emergencia?

—No.

—Pero dado que aquí no ha aparecido, supone que ha leído el periódico.

—Quizá necesita un poco de tiempo para pensar las cosas. Pasamos al plan B.

—¿Tiene un plan B?

—Sí, señor, lo tengo. Va a llamar y vamos a ser de lo más serviciales y cordiales. El juego es suyo, nosotros solo queremos seguir las instrucciones. Nos encantaría darle el dinero, solo necesitamos un poco de tiempo. Y luego —Kincaid respiró hondo—, vamos a sugerir una muestra de buena fe. Él nos proporciona otra prueba de que está viva y nosotros respondemos con un depósito. No el rescate entero, porque el banco necesita más tiempo, sino el primer par de miles, así sabrá que estamos cooperando.

Mac cerró los ojos. Él comprendió enseguida la insinuación apenas velada y Quincy también. El antiguo especialista en perfiles ya se había levantado.

—¿No piensa pagarle el rescate?

—Es un depósito…

—Lo está timando. Si nosotros lo vemos, él también lo verá.

—No si la situación se maneja bien…

—¿Quién la va a manejar? ¿Un detective estatal con exceso de trabajo que jamás ha negociado ni un puñetero trato en toda su vida?

Kincaid se puso rojo pero no se echó atrás.

—Se da la casualidad de que lo he arreglado para que nos manden a una negociadora profesional de nuestra unidad táctica.

Candi con i latina. Me han dicho que es brillante.

—Oh, Dios mío —dijo Quincy. Se sujetaba las sienes con las manos, no parecía ser capaz de asimilar la noticia.

—Este tipo de estrategia ya se ha llevado a cabo con éxito. En un caso en Gran Bretaña…

—Oh, Dios mío —dijo Quincy otra vez.

Kincaid siguió adelante como si no lo hubiera oído.

—Un delincuente amenazaba con envenenar comida para animales si ciertos fabricantes no hacían unos pagos bastante sustanciales. En lugar de pagarlo todo de inmediato, el grupo especial embaucó al delincuente haciendo una serie de pequeños depósitos en metálico. Como es natural, eso incrementó la cantidad de contactos que el extorsionador tuvo con las compañías afectadas, así como el número de veces que tuvo que aparecer para recibir el pago. Cogerlo fue solo cuestión de tiempo.

—Esto no es una extorsión cuyo objetivo son unas víctimas anónimas, sin rostro.

—Lo que hace que sea mucho mejor. Cuanto más tenga que hablar ese tipo con nosotros, más información revelará. No voy a alargar esto para siempre. El plan es un pago de buena fe de un par de miles, suponiendo que pueda mostrarnos una prueba de que está viva. Incluso lo consideraremos un incentivo, dado lo paciente que está siendo. Lo organizaremos para esta noche, con un encuentro para darle los diez mil enteros mañana por la tarde. Lo que significa que se puede largar con doce mil en lugar de con los diez originales.

—Quiere sacarle partido a su codicia —comentó Mac.

Kincaid le lanzó una mirada.

—Exacto.

Mac miró a Quincy. El especialista en perfiles tenía el rostro ceniciento. Se había sentado con aire cansado en la silla de metal y Mac se preguntó una vez más por el precio físico que debía de estar cobrándose aquella situación.

—Solo hay que presentarlo bien —dijo Kincaid con tono firme—. Hacemos que crea que sigue controlando la situación al tiempo que le

recompensamos sus esfuerzos. Hacemos que se centre en el beneficio futuro, no en el cambio de planes.

—Solo hay un problema —dijo Quincy.

—¿Qué? —preguntó Kincaid con cautela.

Un leve repiqueteo surgió de repente del bolsillo de Quincy.

—Dudo que el SNI sea tan estúpido como para llamar a su teléfono de emergencia.

Quincy sacó el teléfono, comprobó el número y después les enseñó a los dos la pantalla. El nombre de Rainie destellaba en el monitor.

—¿Para qué va a llamarlo a usted, sargento Kincaid, cuando es mucho más fácil llamarme a mí?

—Ahh, mierda. —Kincaid le hizo un gesto furioso al otro detective mientras Quincy abría su teléfono y se preparaba para hablar.

Capítulo 19

Martes, 17:05, hora de la costa oeste

La sheriff Shelly Atkins estaba cansada. Quería una taza humeante de chocolate caliente, una ducha caliente y meterse en la cama. Aunque no necesariamente por ese orden. No era la primera vez que trabajaba por la noche, sus padres dirigían una explotación ganadera en el este de Oregón y no se llevaba una granja sin quedarse algunas noches sin dormir. Pero las últimas dieciséis horas se habían cobrado su precio. Tenía las botas empapadas, los calcetines empapados. La camisa que vestía, la de repuesto. Cada vez que ponía la calefacción del coche, las ventanillas se le empañaban de toda la humedad que se evaporaba de su cuerpo.

Y las manos estaban empezando a dolerle, esa palpitación que le llegaba a los huesos y le penetraba en unas articulaciones maduras y maltratadas. Intentaba no frotarse los nudillos demasiado. No es que creyera que su ayudante, Dan Mitchell, lo fuera a notar. Dan llevaba de servicio desde las nueve de la noche anterior. Sentado en el asiento del pasajero, el joven ya estaba desplomado con los ojos a media asta. Si Shelly seguía conduciendo mucho más, el muchacho iba a quedarse sopa por completo.

La paga de un ayudante del sheriff no llegaba muy lejos por aquellos contornos. Al igual que unos cuantos miembros más de su personal, Dan también trabajaba a tiempo parcial en una explotación ganadera de la zona. Se encargaba del ordeñado vespertino antes de presentarse en el turno de noche. Shelly a veces se preguntaba cómo conseguía mantenerse despierto noche tras noche trabajando las horas que trabajaba pero no quería preguntar. Lo cierto era que Bakersville era, en general, una zona tranquila. Si sus ayudantes echaban alguna que otra siestecita de madrugada, nadie lo había notado ni se había quejado.

Tenía que empezar a pensar en su personal. Hasta ese momento había tenido a todo el mundo en pie y trabajando desde las tres de esa mañana, nada raro en un caso crítico como aquel, donde podría haber una vida en peligro. Sin embargo, el caso parecía estar ralentizándose, acomodándose. Kincaid había retrasado la entrega del rescate de las cuatro de la tarde y ella tenía la sensación de que, llegada la noche, el detective volvería a retrasarlo. Si la situación entraba en su segundo día, o incluso un tercero, Shelly no podía seguir teniendo a todos sus hombres trabajando veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Tanta falta de sueño terminaría convirtiéndolos en un puñado de zombis armados.

Los dividiría en dos turnos de doce horas, decidió. Enviaría a Dan, Marshall, y quizá a ella misma, a casa primero, eran los que más tiempo llevaban levantados. Claro que le costaba un poco imaginarse fuera del asunto doce horas enteras, pero tres o cuatro no le vendrían mal. Unas cuantas horas de sueño para recargar la materia gris y luego levantarse y volver a la carga.

Contuvo otro bostezo y giró a la izquierda por una carretera larga y serpenteante. A los del pueblo les gustaba decir que el condado de Tillamook existía gracias a tres cosas: el queso, los árboles y la brisa del océano. La fábrica de queso mantenía la prosperidad de las explotaciones ganaderas, los bosques del entorno mantenían ocupados a los madereros y las hermosas playas mantenían a los turistas por la zona, porque siempre volvían a por más. La gente se ocupaba de la tierra y la tierra se ocupaba de la gente, como decía su padre.

Pero como ocurría en cualquier comunidad, incluso en una famosa por sus pintorescos y ondulados pastos verdes, el condado también tenía su lado más sórdido. Shelly y Dan habían dejado atrás las explotaciones ganaderas pulcras y modernizadas, con sus graneros recién pintados, los tractores verdes y brillantes y los carteles de «Explotación Ganadera Galardonada». El camino que seguían

serpenteaba por exiguas carreteras rurales que pasaban junto a campings de caravanas y las otras explotaciones ganaderas, las pequeñas y mal equipadas, con graneros que daban la sensación de estar a punto de desintegrarse en cuanto llegara la próxima tormenta.

Shelly sabía la clase de personas que vivían allí. Los hombres con barba de varios días, altos y escuálidos, con las mejillas chupadas y las cinturas fofas producto de beberse la mayor parte de sus comidas porque su plato siempre era una lata de cerveza. Las mujeres estaban igual de delgadas y encorvadas, con el cabello ralo y cierta propensión a magullarse. Los niños se desplazaban en jaurías, casi siempre acompañados por uno o dos perros sarnosos. Ninguno de ellos confiaba en los extraños y todos ellos podían explicarte por qué no era culpa suya que su granja se estuviese hundiendo. El precio de la leche era bajo, el precio del ganado de leche era bajo. Demasiados créditos concedidos con demasiada facilidad por bancos codiciosos que lo único que querían era exprimir al cliente pequeño. El gobierno no hacía lo suficiente para ayudarlos y la comunidad prefería fingir que no existían.

Shelly ya se lo sabía todo. Había escuchado las mismas historias mientras crecía en La Grande. Como le gustaba señalar a su padre, los granjeros que triunfaban trabajaban más y hablaban menos, mientras que los demás granjeros nunca parecían tener mucho que hacer pero sí cosas de sobra que decir.

Las visitas como aquella seguían siendo la peor parte del trabajo de Shelly. Tener que entrar en cocinas desvencijadas con el linóleo desgastado y manchas de humedad en el techo. Intentar explicarle por segunda o tercera vez a una chica de veintidós años que parecía que tenía cuarenta, con su tercer bebé encaramado a la cadera, que sí que tenía opciones. Que no tenía que quedarse allí.

Saber que tendría que volver. Como seguramente había hecho el sheriff que la había precedido para ver a la madre de aquella chica tantos años atrás. La vida estaba llena de ciclos y cuantos más años cumplía Shelly, más le costaba creer que tenía todas las respuestas. Sus padres, desde luego, jamás habían sido ricos y bien sabía Dios que había habido largas temporadas en las que la cena diaria contenía bastantes más patatas que carne, pero jamás se había visto obligada a ver a su padre humillado. Jamás había visto a su madre ponerse maquillaje para tapar un golpe. Jamás había oído a sus padres echarle la culpa a nadie de sus apuros. Solo tenemos que trabajar un poco más, decía siempre su padre, así que eso era lo que Shelly y sus hermanos habían aprendido a hacer.

Torció por un camino de tierra, chocó con un bache y la llanta derecha giró con un sonido estridente en el barro; por un segundo, Shelly pensó que se había quedado atascada. Pero el monovolumen dio un tirón hacia delante y despertó a Dan con una sacudida de su sopor.

—¿Pero qué…?

Dan recuperó la compostura justo a tiempo de darse cuenta de que estaba sentado al lado de su jefa y se calló el resto de la frase. Shelly le sonrió.

—¿Un buen sueñecito?

—Lo siento.

—No pasa nada. Uno de los dos tendrá que estar fresco. Hemos llegado.

Aparcó delante de una granja pequeña con un agujero en el porche delantero del tamaño de un canto rodado. La propiedad podía presumir de tener cuatro camionetas, tres Chevys oxidados y lo que quizá hubiera sido en otro tiempo una cosechadora. Sin querer quedarse atrás, varios electrodomésticos competían también por el terreno: cocinas viejas, hornos, congeladores a la espera de que llegara el verano para tragarse a algún pobre crío incauto.

El dueño de aquella propiedad era Hal Jenkins. Había sido una granja en tiempos de su padre y, por lo que había oído Shelly, una granja bastante decente. Pequeña pero bien dirigida y con un buen equipamiento. Hal no había querido ser granjero. Había decidido que su vocación estaba en el mundo de los talleres de reparación de automóviles, de ahí los coches. Y no se le daba mal. No, lo que había hundido a Hal fue dedicarse a quitarles piezas de repuesto a los propietarios incautos y reciclarlas en los vehículos de otras personas, al tiempo que les cobraba el precio íntegro de la pieza, por supuesto. Un par de chavales del pueblo, a los que tampoco se les daban mal los motores, se habían dado cuenta.

Llamar a la poli no estaba muy bien visto por aquellos pagos; en lugar de eso le habían dado una paliza de muerte a Hal y después habían cogido un bate de béisbol y se habían encargado de la casa. La mayor parte de las ventanas del piso bajo todavía no se habían sustituido, de ahí las láminas de fibra vulcanizada clavadas en el exterior.

Después de pasar cuatro meses en el hospital, Hal decidió que quizá la industria automotora no fuera lo suyo y optó por dedicarse a la reparación de hornos. Pero en los electrodomésticos no hay tanto dinero. En esta época la gente se compra uno nuevo en lugar de reparar el viejo.

Cómo seguía ganándose la vida Hal era tema de debate. Shelly suponía que Hal por fin había comprendido el verdadero valor de tener una granja pequeña y apartada con cobertizos de sobra y pocos vecinos: un laboratorio de meta. El helicóptero del estado había dado alguna pasada varias veces pero todavía no había conseguido detectar las señales de calor que necesitaban para pedir una orden. Y, hasta ese momento, Hal no estaba por la labor de dejar que Shelly o alguno de sus ayudantes vagara por la propiedad sin más. Hal jamás sería ingeniero aeronáutico, pero, a su manera, era listo, sabía sobrevivir.

Shelly fue la primera en salir. Las botas se le hundieron en la ciénaga. Mierda, tendrían suerte si conseguían sacar la furgoneta. Dan salió un poco más despacio mientras le echaba un vistazo al reloj. Eso la molestó y le lanzó una mirada cargada de intención.

—No es momento de preocuparse por el ordeño vespertino, agente.

—Lo siento. —El joven se avergonzó al momento.

Oyeron una voz dentro de la casa. Era el saludo oficial de Hal Jenkins. Nada de abrir la puerta, ni siquiera una mirada por el cristal roto de una ventana.

—¿Qué? —bramó desde algún lugar del interior.

—Eh, Hal. Somos la sheriff Atkins y el ayudante Mitchell. Nos preguntábamos si podríamos disponer de un minuto de tu tiempo.

—No.

—Por el amor de Dios, Hal. Está lloviendo a cántaros y estamos cubiertos de barro. Lo menos que podrías hacer es ofrecernos una taza de café.

—No.

—Bueno, pues tengo malas noticias. Nuestra furgoneta está atascada… —Dan le lanzó una mirada sorprendida y ella lo hizo callar con la mano—. Me parece que vamos a tener que rebuscar entre ese

montón de aparatos y repuestos de coches para encontrar algo que nos saque de ahí. Pero no nos llevará más de un minuto, tranquilo.

La puerta se abrió de golpe y al fin apareció Hal con una barba de tres días, una camisa de franela verde oscuro y el par de vaqueros más lamentable que había visto Shelly jamás.

—No toquen na.

—Bueno, Hal, el caso es que no nos apetece quedarnos aquí todo el día. Venimos por un asunto policial.

Hal la miró con el ceño fruncido. Lo irónico era que seguía siendo un hombre joven y no estaría nada mal si decidiera asearse un poco y organizar su vida. Era alto, con el cabello oscuro y ondulado y la constitución atlética de un amante de la naturaleza. Tenía cierta reputación como tirador, un cazador que desollaba y cargaba con sus propios ciervos y que con frecuencia tenía que tirar de un animal muerto durante kilómetros enteros de bosque. Y si bien los chicos del pueblo le habían dado una buena paliza, a decir de todos, Hal se había resistido como una fiera. Habían arrestado a sus tres atacantes en la sala de urgencias; a dos les estaban poniendo puntos y el tercero tenía dos huesos rotos.

A Shelly no le parecía que Hal tuviera ningún problema para dominar a una mujer de uno sesenta y siete de altura. Y además, cuando estaba sobrio y la motivación era la adecuada, podía ser bastante astuto.

Shelly subió los escalones del porche delantero e intentó asomarse a la oscuridad con discreción. Quería ver si el bueno de Hal tenía la última edición del Daily Sun. Imposible saberlo. La luz era demasiado escasa y no se podía decir que Hal fuese un gran amo de casa, era difícil distinguir nada entre las imponentes pilas de basura que se acumulaban allí.

—¿Tiene una orden? —preguntó Hal.

—¿Tienes algo que esconder? —respondió Shelly sin alterarse.

—Pues sí, la mejor comida china del mundo. No quiero que se corra la voz. Así que si no le importa, sheriff, creo que voy a volver a mi cena.

—Y pensar que a mí siempre me pareciste más un hombre de pizzas. —Shelly se apoyó en la jamba de la puerta, invadió el espacio

de Hal y lo hizo retroceder un paso. Un minuto más y tendría el pie dentro de la puerta. Mejor aún, bloquearía por completo el campo de visión de Hal, lo que le daría a Dan más margen para echarle un vistazo al terreno.

Hal tosió tres veces sin molestarse en taparse la boca con la mano. Él también tenía una estrategia para ganar terreno. Shelly no cedió ni un milímetro aunque tendría que plantearse en serio la posibilidad de quemar esa ropa un poco más tarde.

—¿Necesitas jarabe para la tos? —le preguntó para pasar el rato —. Apuesto a que tienes un poco en casa.

—Apuesto a que lo tengo. Con tanta lluvia, cualquiera coge un resfriado.

—¿Así que por eso lo compras por litros?

Hal se limitó a sonreír. Algunos de los jarabes para la tos que se vendían sin receta contenían el compuesto químico pseudo-efedrina, necesario para hacer meta-anfetamina. La primera señal de que había un incremento en las actividades de los fabricantes de meta de una zona era la repentina escasez de jarabe para la tos en las farmacias locales, lo que convertía a los supermercados que tenían parafarmacia en un campo nuevo y muy interesante de la lucha contra la droga. En primer lugar, se les pidió a las tiendas que informaran sobre los pedidos grandes. Los químicos ilegales en ciernes se limitaron a empezar tacita a tacita en los mercados locales, comprando un frasco aquí, otro frasco allá…

A instancias de las fuerzas de seguridad, las tiendas dejaron de vender medicamentos sin receta, bueno, eso, sin receta. Si querías Sufaden para niños en Oregón, tenías que pedírselo en persona a un farmacéutico. Pero ni siquiera ese método era infalible, así que en el último asalto las grandes compañías farmacéuticas habían prometido producir jarabes para la tos sin pseudo-efedrina para esos mercados. El medicamento seguiría tratando el resfriado común pero sin poner en peligro a la mitad de la población adolescente.

Claro que todavía quedaban las farmacias por Internet, los viajes a Canadá para comprar medicamentos… Los delincuentes eran tontos, pero nunca tan increíblemente tontos como les gustaría a las fuerzas de seguridad.

—He oído que debes algún dinero —dijo Shelly intentando provocar algún sobresalto con un pequeño cebo.

—¿Yo? Qué va. Ni prestes ni pidas prestado.

—Vaya, Hal, ahora citas a Shakespeare. —Shelly agitó las pestañas.

Hal sonrió. No era una visión muy bonita, teniendo en cuenta lo que años de mascar tabaco le habían hecho a sus dientes.

—¿Shakespeare? Joder, mi viejo me dijo que eso lo escribió él. Hijo de puta, debería haber sabido que me mentía.

—Es más bien un plagio. Bueno, ¿y cuándo vas a arreglar esto?

—¿Pa qué? Un tío como yo siempre tiene a alguien por ahí que cree que le ha hecho algún mal. Ventanas nuevas, objetivos nuevos.

—¿Y les hiciste algún mal?

—Ah, sheriff, yo solo quiero terminarme mi comida china y reparar otra cocina. ¿Es que no puede uno ganarse la vida?

Shelly asintió y se mordió el interior del labio. Hal estaba impidiéndole ver la casa además de esquivar la conversación. Un tío con algo que ocultar, sin duda, claro que, por eso habían ido allí. Hal siempre tendría algo que ocultar y tenía razón en no molestarse en arreglar las ventanas.

—¿Y qué hay de tíos que quizá te hayan hecho algún mal a ti?

Era una nueva táctica. Hal frunció el ceño, arrugó una ceja e intentó descifrar el acertijo.

—¿Qué ha oído?

—He oído que hay tíos intentando ganarse algo de pasta rápida. Haciendo todo tipo de gilipolleces. Esa clase de cosas que atrae al pueblo a la policía del estado y muy pronto al FBI. Esa clase de cosa nos jode a todos el ambiente, ¿no te parece?

Hal por fin sumó dos y dos… y demostró que había leído la última edición del Daily Sun.

—El secuestro —murmuró.

—Sí, señor.

Para variar, la respuesta de Hal fue inmediata y directa.

—Ah, de eso nada. Yo no me meto en eso. Secuestrar a una mujer, pedir rescate. ¿Y todo por unos miserables diez de los grandes? Eso es una gilipollez. Pero si casi no soporto tener que acercarme a una cotorra el tiempo suficiente para follármela, como para encerrar a una en mi casa, y una mierda.

—Bueno, tienes un granero.

—Oh, Dios.

—Déjanos hacer una visita rápida. Después podemos quitarte de la lista de sospechosos y ahorrarte alguna visita del FBI.

—Siempre que el FBI se traiga la misma orden que usted, no tengo nada de lo que preocuparme. Hora de cenar…

Hal se dispuso a cerrar la puerta pero Shelly metió el pie en medio.

—Estamos hablando en serio —le dijo en voz baja—. No es la misma mierda de siempre, Hal. Una palabra, una insinuación de que la mujer anda por aquí y un juez nos dará permiso para poner este sitio patas arriba tablón por tablón. Olvídate de las ventanas, ni siquiera tendrás casa cuando hayamos terminado contigo.

—Yo no me dedico a eso.

—¿Sabes quién lo haría?

Hal se la quedó mirando. Shelly le devolvió la mirada.

»Todo lo que necesito es una insinuación…

—Está bien —dijo el otro de repente—. ¿Tiene un papel? Le daré una lista, joder.

Diez minutos después, Shelly y Dan volvían a subirse al monovolumen del departamento. El vehículo se había hundido y las llantas estaban atascadas. Hal los maldijo a los dos cuando volvió a salir de la casa. Cogió un martillo, arrancó las tablas de fibra de las ventanas y las utilizó como tablones gigantes detrás de cada rueda.

Consiguieron un poco de tracción y Hal quedó cubierto de barro. Lo último que vio Shelly fue a un hombre alto y malhumorado recogiendo tablas del suelo y preparándose para tapar las ventanas una vez más.

—¿Qué te parece?

—En el tercer granero de atrás hay señales de que se acaba de hacer bastante obra.

—¿Un buen sitio para meter a Rainie Conner?

—Podría ser, pero dado el tamaño y la ubicación, sacaría mucho más dinero con un laboratorio.

—Lo que yo pensaba. Un auténtico delincuente, desde luego, pero no nuestro delincuente.

Dan volvió a echarle otro vistazo al reloj.

»Las horas extra se pagan mejor que ordeñar, Dan.

—Ya, pero en días como este, echo de menos a las vacas.

Capítulo 20

Martes, 17:08, hora de la costa oeste

La voz del otro extremo del teléfono era una vez más apagada, sobrecogedora, mecanizada.

—No me gustan las multitudes.

—Yo también prefiero algo menos concurrido —dijo Quincy. Su mente se había disparado. Pensó que ojalá tuviera alguna nota delante de él, un análisis más concienzudo del caso. Se suponía que era alguien ajeno al problema, alguien que llegaba en avión para ese tipo de situaciones. Le entregaban un expediente que contenía nombres y fotos de personas que no significaban nada para él. Entonces podía diseccionar fríamente los hechos y esbozar puntos clave del mensaje antes de retirarse al fondo y observar a los que llevaban a cabo su estrategia.

Un especialista en perfiles estaba acostumbrado a trabajar después de cometido el delito, cuando el daño ya estaba hecho. Leía las notas de otras personas y determinaba las acciones de otras personas. Él no se implicaba. Digamos que nunca hablaba por teléfono con un SNI que había secuestrado a su mujer.

Quincy se sentó al borde de la silla de metal, en su voz había un temblor que no podía permitirse.

—No ha seguido mis instrucciones —entonó la voz.

—Quiero pagarle el dinero —dijo Quincy con tono seguro. Tranquiliza, no retes. Calma y luego coacciona—. Estoy intentando con todas mis fuerzas hacer lo que ha pedido. El banco, sin embargo, no podía darme tanto dinero en metálico de una sola vez. Hay leyes bancarias…

—Miente.

—Fui al banco…

—¡Miente! —La voz mecanizada se agudizó.

Quincy interrumpió su siguiente frase, empezaba a costarle respirar. Se había equivocado. El secuestrador sabía algo, tenía acceso a más información de la que habían anticipado.

—Usted no ha ido al banco —lo acusó el secuestrador.

Kincaid empezó a hacer gestos furiosos con la mano fingiendo que se llevaba un teléfono al oído. ¿Quería que Quincy dijera que había llamado al banco? Quincy negó con la cabeza. Demasiadas incógnitas. Quizá el secuestrador había vigilado el banco de Quincy. O quizá tenía un contacto en el interior, o peor aún, incluso trabajaba allí él mismo. No habían hecho los deberes y lo estaban pagando.

—Tengo dinero —dijo Quincy de repente—. En mi casa. De… actividades que preferiría no comentar.

La insinuación funcionó. La voz se rio con un sonido metálico.

»Pensé que sería suficiente —se apresuró a seguir Quincy—. Podría pagarle y nadie se enteraría. Pero cuando conté el dinero no era suficiente. Y temía que si aparecía con la mitad del dinero, usted se enfadase. No quiero que se enfade.

—Ha implicado a la policía.

—Yo no he implicado a la policía. El Daily Sun de Bakersville implicó a la policía después de recibir su nota. La policía vino luego a hablar conmigo. Estoy intentando trabajar con usted. Estoy dispuesto a hacer lo que me diga.

—¿Por qué?

La pregunta sorprendió a Quincy, interrumpió su concentración.

—Es mi mujer —se oyó decir.

—Usted la abandonó.

Quincy no supo qué responder. ¿Cómo sabía eso el SNI? ¿Se lo había dicho Rainie, había intentado usarlo como baza? A mí no quieres secuestrarme, la única familia que tengo es mi marido, del que estoy separada, y puedes apostarte el culo que no va a pagar para recuperarme.

O quizá el secuestrador no era ningún extraño, después de todo. Quizá fuera alguien que conocían los dos, un conocido, un amigo incluso. Quincy tuvo entonces una sospecha muy incómoda. Una sospecha que no le hacía ninguna gracia.

—¿Ama a su esposa? —entonó la voz mecanizada.

Quincy cerró los ojos. No era una buena pregunta. Sentía la amenaza que se ocultaba tras ella, la promesa de un dolor futuro.

—Rainie siempre ha sido una esposa maravillosa —dijo en voz baja—. Estábamos deseando adoptar un hijo juntos. Es un miembro muy activo de la comunidad. De hecho, lleva un tiempo trabajando para levantar un monumento en memoria de una niña de Astoria que fue asesinada este verano. ¿Quizá haya oído hablar de eso?

El SNI no picó.

—A su mujer le importa la gente —se burló la voz—. Es compasiva. Un orgullo para los suyos.

—Usted dice que no es un monstruo. Yo diría que esas cosas le importan. ¿Me permite hablar con Rainie? Póngala al teléfono. Demuestre que usted también hace cosas de buena fe.

—No ha pagado.

—Tengo dinero…

—No es suficiente.

—Conseguiré los diez mil…

—No es suficiente. Me desobedeció y será castigado. Soy un hombre de palabra.

El otro ya estaba colgando.

—Espere —dijo Quincy desesperado—. Ponga a Rainie al teléfono. Déjeme hablar con ella. Si sé que está bien, puedo conseguirle más dinero. Tengo bienes que puedo liquidar, dinero en el banco. Quiero a mi mujer, ¡estoy dispuesto a pagar!

—No existe eso del amor —entonó la voz—. Adiós.

Y después desapareció la voz. Partida terminada.

—¡JODER! —Quincy lanzó el teléfono al otro lado de la habitación. No era suficiente. Cogió la silla plegable de metal y la levantó por encima de su cabeza. Mac le sujetó el brazo izquierdo, Kincaid fue a cogerle el derecho. Quincy luchó contra los dos. Estaba cansado, tenía frío y estaba hasta arriba de barro y mierda de vaca. Todavía podía oír aquella horrible voz repicando en su cabeza. Sintió que las lágrimas le bañaban la cara.

Había fracasado. No había hecho suficientes preguntas, no había hecho bien los deberes. Debería haber retirado el dinero, o incluso parte del dinero si eso era lo que iban a decir. Era una precaución sencilla, solo por si alguien estaba prestando atención, pero había estado demasiado ocupado discutiendo con Kincaid, demasiado ocupado defendiendo su experiencia, demasiado ocupado diciéndose a sí mismo que todavía era brillante, y no había dado unos cuantos pasos básicos.

Era idiota y Rainie iba a sufrir por ello. Y su mujer sabría que le había fallado. Ella, más que nadie, entendería lo que iba a pasar cuando su secuestrador se acercara a ella con un cuchillo.

Lo tenían en el suelo. Fue vagamente consciente de la madera fría que le presionaba la mejilla, del peso de dos hombres que intentaban mantenerlo bajo control.

—Llamad al 911 —chillaba Kincaid—. ¡Traed un médico, rápido!

Imbécil, pensó Quincy. Era Rainie la que necesitaba ayuda.

Y luego fue curioso, pero el mundo se sumió en la oscuridad.

Martes, 17:43, hora de la costa oeste

Kimberly se dirigía al centro de mando del Departamento de Caza y Pesca cuando vio la ambulancia que salía del aparcamiento de los terrenos de la feria. Frenó de golpe, entró con un giro brusco en el camino de entrada circular y ya tenía medio cuerpo fuera del coche

antes de detenerlo siquiera. Una multitud de agentes uniformados vagaba por delante de las grandes puertas de metal que había a la izquierda. Entró con un empujón y buscó con frenesí alguna señal de Mac, de su padre o de Rainie.

—¿Qué ha pasado, qué ha pasado?

El primero en verla fue Mac, que se apresuró a rodearle la cintura con los brazos incluso antes de decir nada.

»¿Papá? ¿Papá? ¿Papá?

—Eh, eh, eh. Respira hondo. Tienes que tranquilizarte. Calma.

No podía calmarse. Su padre estaba en el suelo. Cubierto con mantas y la cara pálida y fantasmal, los dedos de los pies le apuntaban hacia arriba mientras un hombre maduro con un traje oscuro de funeral y un estetoscopio lo miraba sin agacharse. No podía ser. Por Dios, solo lo había dejado un momento.

—¿Qué coño ha pasado? —Su chillido resonó por todo aquel espacio vacío. Mac le cubrió la boca con la mano y la apretó contra su pecho, como si su sola presencia pudiera hacer que desapareciera aquella escena.

—Nena, nena, nena, no es tanto como parece. Tu padre ha tenido un ataque. Kincaid llamó a urgencias y luego la sheriff Atkins hizo venir a un médico, que está ahora con él.

—Pero la ambulancia acaba de irse. Si ha tenido un ataque, ¿no debería estar en la ambulancia? ¿No debería ir a un hospital? ¿No es eso lo que significa un ataque?

—Se negó a ir.

—Hijo de… Lo voy a matar.

—Tranquila. —Mac le frotó los brazos con una mano, con la otra todavía le envolvía con fuerza la cintura. Kimberly se dio cuenta de que estaba temblando, se sacudía como una hoja. Si Mac no la estuviera sujetando, se habría caído.

—Recibió una llamada —murmuró Mac por lo bajo, para que solo ella lo oyera—, del secuestrador. No fue muy bien. El SNI insinuó que ya que no se cumplió la demanda de rescate, va a castigar a Rainie.

—Oh, no.

—Tu padre se… disgustó. Cuando intentamos calmarle, estalló algo. Te lo juro, es como si se le hubiera fundido un plomo.

—¿El corazón?

—No lo sé, cielo. No soy médico. Pero, físicamente hablando, a tu padre no le vendría mal descansar un poco.

La joven asintió todavía apretada contra su pecho. Lo abrazó con tanta fuerza como él la abrazaba a ella, seguía sin poder quitarse de la cabeza la imagen de su padre tendido en el suelo, muy quieto.

—Jamás lo había visto tan viejo —susurró Kimberly.

—Lo sé.

—Rainie y él iban a tomarse las cosas con calma, a adoptar un hijo. Siempre pensé que mi padre tenía toda una nueva vida por delante.

—Lo sé, cielo.

—Oh, Mac —suspiró Kimberly—. Pobre papá. —Y luego, un instante después—. Pobre Rainie.

Martes, 18:04, hora de la costa oeste

El médico terminó al fin. A petición suya, Mac acercó el vehículo de Quincy. Kincaid y él ayudaron a Quincy a llegar al coche y lo instalaron en el asiento trasero, donde podía descansar un poco más cómodo. Kimberly intentó echarle una ojeada un par de veces pero en ambas ocasiones, Mac se la llevó de allí.

—No antes de hablar con el médico —le ordenó.

—Solo tienes miedo de que me ponga a gritarle.

—Sé que vas a gritarle. Pero no antes de hablar con el médico.

El médico al fin estaba disponible y a Kimberly ya le apetecía empezar a chillar.

—¿Ha sido un ataque al corazón? —Necesitaba saberlo.

—Tiene la tensión alta, el pulso es arrítmico y no presenta buen

color —le contó el médico—. Lo que me lleva a preocuparme por la posibilidad de un incidente cardíaco. Pero necesitaría llevar a cabo algunas pruebas antes de tomar ninguna medida.

—Entonces haga las pruebas.

—Su padre tendría que ingresar en el hospital.

Kimberly entrecerró los ojos.

—¿Sigue negándose a ir?

—Su padre cree que es un simple ataque de ansiedad, cosa que, para que conste, también es una posibilidad.

—¿Así que mi padre es ahora doctor en medicina?

—Su padre es un hombre con opiniones muy definidas.

—¿Le ha quitado alguien el arma? Porque si no tiene su pistola, eso me convierte en el único miembro de la familia que está armado, en cuyo caso creo que las cosas se deberían hacer a mi manera.

El médico dio un discreto paso atrás.

—Algo que se debería tener en cuenta son los antecedentes familiares. ¿Sabe si alguno de sus abuelos tenía algún problema cardíaco?

—La madre de mi padre murió joven. Cáncer, creo. Y mi abuelo… —La joven dudó un momento—. Alzheimer —dijo al fin. Se acercaba bastante.

—¿Y sus padres, sus bisabuelos?

—No lo sé.

El médico reflexionó un momento.

—En mi opinión profesional, la medida más segura sería trasladarlo de inmediato al hospital para realizar una serie de pruebas. Pero si el paciente se niega en redondo… —El médico puso los ojos en blanco—. Recomendaría al menos mucho descanso, una ducha caliente, ropa seca y ningún esfuerzo excesivo en las próximas cuarenta y ocho horas.

—Ya, claro. —Kimberly miró a su alrededor y suspiró con fuerza

—. ¿Sabe por qué están aquí todos esos agentes de policía?

—Tengo entendido que es un momento muy difícil.

—Mientras su mujer siga desaparecida, no habrá forma de que consiga que se relaje en casa.

—Entonces, pónganlo más cómodo. Ropa seca, sopa caliente, unas horas de descanso. Si se queja de indigestión, llame al 911 de inmediato. Y, señorita Quincy, yo no lo perdería de vista.

El médico guardó sus cosas y Kimberly se acercó al coche. Su padre tenía los ojos cerrados pero la joven no creyó ni por un momento que estuviera durmiendo. Se deslizó en el asiento de atrás, puso los pies de su padre en su regazo y le frotó los tobillos. Después estudió su rostro y sintió algún alivio al ver al menos un indicio rosado que comenzaba a surgir bajo el tono ceniciento.

—Vamos a seguir intentándolo —dijo en voz baja. Y luego—: Rainie sabe que la quieres, papá.

Quincy abrió por fin los ojos.

—No, cariño, ese ha sido siempre el problema. Jamás me ha creído del todo.

Kimberly se inclinó y abrazó a su padre y, por una vez en su vida, este no se apartó.

Martes, 19:04, hora de la costa oeste

La nota llegó una hora más tarde. El reportero del Daily Sun, Adam Danicic, afirmó que había vadeado el kilómetro que lo separaba de su coche y había descubierto la bolsa sellada de plástico en el parabrisas.

En aras de la cooperación, le aseguró a Kincaid por teléfono, iba a llevarles el paquete de inmediato. Que fotocopiaría la nota primero, supuso Kincaid, quedaba implícito.

Cuando lo sacaron, el paquete parecía tener dos partes: una nota fina envuelta en un plástico y una bolsa más grande, como para un congelador, con cierre hermético y algo oscuro y siniestro dentro que tenía cierta tendencia a contraerse. Ambos objetos estaban cubiertos de gotas de agua, lo que hacía difícil adivinar el interior.

—Abriremos antes la nota —dijo Kincaid al fin. Se encontraba a la cabecera de la mesa de conferencias del centro de operaciones, con la sheriff Atkins a su lado y Quincy, Kimberly y Mac en la esquina. Desde su ataque, Quincy había permanecido muy callado. Kincaid sabía que eso a él le ponía las cosas más fáciles pero seguía sintiéndose mal por el pobre diablo. Tampoco es que Hallmark hiciera tarjetas para ese tipo de cosas pero Kincaid estaba empezando a apreciar de verdad al antiguo federal. Y coño, por supuesto que estaba muy preocupado por lo que podría pasarle a la mujer de aquel hombre.

Kincaid sacó un par de guantes de látex y quitó con cuidado el envoltorio de plástico de la nota. El papel del interior se había doblado dos veces para formar un cuadrado. Estaba húmedo y manchado de tinta a pesar de la capa protectora. Kincaid tuvo que tratar el papel con cuidado para evitar rasgarlo.

Una vez desdoblada la nota, Kincaid hizo los honores y la leyó en voz alta:

Estimado Miembro de la Prensa y Otros Agentes de la Ley:

Les facilité unas instrucciones muy sencillas. Les prometí que si hacían lo que les pedía, nadie saldría herido.

Decidieron incumplir mis órdenes. Decidieron desafiar mi autoridad. Decidieron soltar al monstruo y las consecuencias caerán sobre sus cabezas.

El rescate es ahora de 20 000 dólares. En metálico. Pronto entenderán por qué. Mañana. 10:00 horas. El agente debe ser una mujer. Denle a ella el teléfono de Quincy. La llamaré con instrucciones desde allí.

Desobedézcanme otra vez y las cosas solo se pondrán peor.

Como ven, soy un hombre de palabra.

Atentamente,

Nathan Leopold.

—¿Leopold? —inquirió Kincaid.

La sheriff negó con la cabeza. Quincy también.

—Puedo buscar el nombre en Internet —dijo Kimberly, pero no tocó el ordenador. Se había quedado mirando al segundo objeto, la bolsa de plástico con cierre hermético. Rodaba de un lado a otro, moviéndose sola.

Kincaid miró con intención al periodista, que seguía rezagándose en la habitación.

—¿Ha tocado usted esto? —Señaló la bolsa que se mecía en la mesa.

—No —dijo Danicic.

—Hablo muy en serio. ¿La abrió en algún momento, intentó siquiera echar un vistazo?

Danicic se ruborizó. Levantó la barbilla y el ataque pareció

ofenderle, después lo estropeó todo al hablar.

—Bueno, lo pensé. Pero la bolsa, bueno, como que se retorció…

—¿Se retorció?

—Sí, se retorció. Se lo juro por Dios. Después de eso decidí que era mejor dejar el asunto en manos de profesionales.

Kincaid levantó una ceja y por primera vez notó la posición de Danicic, era el que más cerca estaba de la puerta. Era obvio que el principal reportero de investigación del Daily Sun no pensaba correr ningún riesgo.

Kincaid suspiró hondo y fue a coger la bolsa. Tras él se oyó un nítido chasquido cuando la sheriff Atkins desabrochó el botón de la pistolera. Kincaid hizo una pausa.

—¿Sabe lo que se está moviendo ahí dentro? —preguntó la sheriff.

—No, pero me gustaría poder seguir usando los dos pulgares.

—Muy bien, pues no le daré a los pulgares, pero los meñiques, por otro lado…

Kincaid cogió la bolsa de plástico salpicada de lluvia. La hizo rodar varias veces entre sus dedos. La sustancia del interior era gruesa y estaba enroscada. No le gustaba la sensación que percibía.

—Si lo oye sisear siquiera —le murmuró a Shelly—, me da igual lo que les pase a mis pulgares. Reviéntele la puñetera cabeza. Dispárele.

—Recibido.

—Debería haberme hecho contable.

Kincaid abrió de un tirón la bolsa y echó el contenido sobre la mesa. Una cuerda gruesa y húmeda aterrizó en la mesa con un golpecito seco, atada por un lado y suelta por el otro. Kincaid esperó casi con frenesí a que ocurriera algo. Un siseo, un mordisco, un chasquido. Nada. El rollo oscuro se quedó allí tirado, sin más.

—Es pelo —anunció la sheriff Atkins al mirar por encima del hombro del policía—. Cabello humano.

Quincy ya se había levantado de la silla para acercarse más. Un vistazo al suntuoso color castaño y Kincaid vio la respuesta a su pregunta en el rostro del hombre maduro.

—El cabello de Rainie —dijo Quincy en voz baja—. Se lo ha cortado. Y miren los extremos. Lo rebanó con un cuchillo.

Quincy empujó con el dedo el extremo atado de la melena húmeda, justo cuando algo salía disparado de debajo.

Kincaid se apartó de un salto. La sheriff lanzó un chillido. El bichito negro cruzó la mesa como un rayo y se enterró de inmediato entre un fajo de papeles.

—¿Qué coño es eso? —quiso saber Kincaid.

En la esquina de la sala, Kimberly emitió un suave gemido.

—Oh, Dougie.

Capítulo 21

Martes, 19:32, hora de la costa oeste

El sonido del goteo del agua despertó a Rainie. La cabeza se le cayó hacia atrás, se sobresaltó, como si se acabara de despertar de un profundo sueño y al momento se golpeó la cabeza contra una viga de madera. Hizo una mueca y el dolor de toda su larga lista de lesiones volvió al ataque.

Estaba en un sitio nuevo. El mismo vacío negro e interminable, por supuesto, pero con un olor acre diferente. Tierra húmeda, hongos, descomposición. No era el olor de las perdices que se comen al final de los cuentos.

Tenía las manos atadas todavía por delante, los tobillos atados, la venda apretándole con fuerza los ojos. La buena noticia era que la boca seguía libre, sin mordaza ni cinta aislante. Podía tragar, mover la lengua, pequeños lujos que la gente que no estaba secuestrada no sabía apreciar. Por un momento sintió la tentación de levantar la cabeza y gritar pero no le pareció que le quedaran fuerzas suficientes. Y después se le ocurrió otra cosa. ¿Por qué no le había puesto otra mordaza? Quizá porque ya no importaba mucho que gritara. Quizá estaba más sola que nunca.

El suelo que tenía debajo estaba húmedo. Empezó a temblar y

entonces se dio cuenta de que tenía mucho frío. La humedad se le había colado por la ropa y le había atravesado la piel. Se había enroscado sobre sí misma en un intento inconsciente de conservar el calor, pero no era suficiente. Le castañeteaban los dientes, lo que aumentaba las palpitaciones que sentía en la cabeza. Le temblaban los brazos y le escocían todavía más los cortes y magulladuras que tenía.

Un sótano, pensó. Un lugar frío, húmedo, donde meses enteros de lluvia seguían colándose por las paredes y se acumulaban en el suelo. Un lugar cargado, en el ambiente el olor a plantas en estado de putrefacción y ropa sucia. Un lugar cerrado y olvidado, donde gruesas arañas tejían obras de arte de encaje pegajoso e iban a morir animalitos pequeños.

Intentó incorporarse y fracasó. Bajo la venda, estaba casi segura de que el ojo izquierdo se le había hinchado y no lo podría abrir. Un inventario posterior reveló un labio partido, golpes en la cabeza y una cascada de cortes que le empezaban en el cuello e iban bajando, algunos poco profundos, otros más peligrosos, y todos en un número demasiado elevado para ponerse a contarlos. Estaba mareada por la pérdida de sangre, o la falta de comida, en realidad no importaba. Ya era oficial, estaba magullada y apaleada, y las costillas le latían de una forma peligrosa cada vez que intentaba respirar hondo.

Y estaba congelándose, literalmente. No soportaba el tacto de su propia piel, fría y pegajosa, como un cuerpo recién sacado de la nevera de la morgue. Necesitaba encontrar algún lugar seco. Necesitaba ropa limpia, montones de mantas y un fuego cálido y chisporroteante. Se calentaría las manos cerca de las llamas. Se recostaría y recordaría los días en los que todavía podía acurrucarse contra el pecho de Quincy y sentir las manos de su marido acariciándole el pelo.

Fue el recuerdo de ese pelo lo que acabó con ella. Empezó a sollozar, oleadas gigantes y rotas de dolor que le agravaron el dolor de las costillas y el vacío que tenía en el estómago. Lloró y llegó a una conclusión inevitable. Las cosas no le iban nada bien. De hecho, si no cambiaba algo pronto, era muy probable que muriese.

Era irónico, a veces hacían falta cosas pequeñas para ver la imagen de conjunto. Era irónico pero había hecho falta que la esquilaran para que por fin empezara a sentir miedo.

Al principio no se había dado cuenta de lo que su captor quería hacer. Oyó el chirrido del cuchillo. Sintió la mano del hombre

enredarse en la cola de su pelo. Le tiró la cabeza hacia atrás y en lo primero que pensó Rainie fue en protegerse la garganta. Sus manos trabadas volaron, frenéticas, hacia la clavícula y por su mente pasaron como un rayo imágenes de muchas fotos de escenas de crímenes, fotos en las que alguien había tallado sonrisas macabras en gargantas blancas.

El hombre empezó a serrarle el cabello y entonces ocurrió algo extraño: Rainie se volvió loca.

Podía soportar las manos atadas. Podía acostumbrarse a los pies inmovilizados, a la venda que oscurecía su visión, a la mordaza que le arrebataba toda la humedad de la boca. Pero no soportaba la idea de perder su cabello. Era su única vanidad, lo único bello que tenía. ¿Cómo iba Quincy a quererla otra vez si ya no tenía pelo?

Había lanzado el codo hacia atrás. El hombre no se lo esperaba así que Rainie tuvo suerte y lo golpeó con fuerza en las costillas. El secuestrador emitió un sonido raro, apagado, un hombre que se atraganta con su propio aliento. Después, con un gesto salvaje, le arrancó el último mechón de cabello.

—¿Qué coño estás haciendo? —chilló el tipo—. Tengo un cuchillo de caza en la mano, por el amor de Dios. ¡Estate quieta!

Rainie no se quedó quieta. Cargó con todas sus fuerzas y cogió al secuestrador de lleno. El hombre cayó a tierra y ella también. Y después estaban rodando por el barro, ella retorciéndose como un gusano con los miembros atados, él sacudiéndose de un lado a otro como un rinoceronte caído. Rainie fue vagamente consciente de haber chillado, un grito profundo y primitivo de rabia, dolor y odio. Pero de su garganta no surgió ningún sonido. Incluso sin la cinta aislante que le sellaba los labios, su rabia permanecía encerrada en lo más profundo de su pecho.

No le había mentido en lo del cuchillo. La primera vez que le cortó el brazo, quizá fuera un accidente. La segunda vez, los dos supieron que lo había hecho adrede y, sin embargo, ella seguía sin poder parar.

Lo odiaba. Lo odiaba con una fuerza que era doce veces más grande que ella, con una furia que le habían grabado en los huesos durante décadas. Lo odiaba por el padre que nunca había conocido. Lo odiaba por cada vez que uno de los novios de su madre le había abierto la mejilla de un tortazo. Lo odiaba por Lucas, que la había

forzado cuando ella era demasiado joven para defenderse y demasiado pobre, una basura blanca a la que nadie creería. Lo odiaba por Aurora Johnson, porque los niños no deberían tener que conocer jamás aquella cantidad de terror y dolor.

Y lo odiaba por Quincy, sobre todo por Quincy, porque se suponía que Quincy iba a salvarla. En el fondo de su corazón siempre había creído que, de algún modo, en algún momento, Quincy la salvaría. Así era como funcionaban las cosas. Ella era una mujer vehemente, enfadada, autodestructiva. Pero Quincy era su roca. Era un hombre que esperaba, que mantenía el rumbo. La amaba. Incluso cuando trataba mal a todo el mundo, incluso cuando apenas era capaz de soportarse a sí misma, Quincy seguía queriéndola.

Era lo único bueno que le había pasado en su vida.

Consiguió de algún modo encaramarse al cuerpo de su captor. Este estaba de espaldas, incapaz de asirse al barro resbaladizo. Si pudiera mantenerlo allí tirado, si pudiera mantenerlo tan preso e inmovilizado como ella se sentía…

El secuestrador le hizo otro corte en el brazo. Rainie siguió a ciegas la dirección del dolor y lo golpeó en vano con los puños atados. Y entonces sus dedos encontraron la muñeca del hombre. Le clavó los pulgares en la suave colección de nervios y tendones que tenía en la base de la palma de la mano y de inmediato se vio recompensada con un profundo siseo.

—¡Te voy a matar, hostia! —rugió el hombre.

—¡Entonces hazlo! —le gritó ella también.

El hombre levantó de golpe las caderas y la tiró al barro. Rainie se mantuvo aferrada a la muñeca masculina, con los pulgares clavados como si fuera un pitbull.

—¡Puta!

Rainie notó que el hombre intentaba levantarse. Arremetió contra él, le acertó en el tobillo y el secuestrador cayó al suelo.

Empezó a golpearla con la mano izquierda, le aporreaba la cabeza y los hombros con el puño. A Rainie no le importaba. Lo tenía demasiado cerca y los puñetazos carecían de impulso, así que siguió apretándole la muñeca, visualizando los dedos que se abrían, el cuchillo que se caía…

El puño masculino le golpeó las costillas. Rainie jadeó y el secuestrador pareció darse cuenta de la ventaja que tenía y utilizó dos dedos para clavárselos en el riñón. Un nuevo dolor atravesó la zona lumbar de Rainie, acompañada por una sensación caliente entre las piernas. Se había orinado encima. Aquel hombre la había reducido al estado de un animal que se meaba encima, aterrorizado, al intentar escapar.

Que lo jodan. Le soltó la muñeca y le clavó los dientes en el antebrazo.

—¡¡Aghhhh!! —dijo su captor. Rainie sacudió la cabeza de un lado a otro, imaginándose cada perro salvaje que había visto en su vida. Quería llegar al hueso, quería saborear la sangre. Siguió mordiéndole el antebrazo, hundiendo los dientes.

»Hija de… —El secuestrador seguía sin poder utilizar el cuchillo que tenía en la mano derecha y con la izquierda no podía golpearla con la fuerza suficiente como para apartarla. Estaba ganando, pensó Rainie, y en su delirio se vio a sí misma arrancándole el brazo y escupiendo la mano. Cuando le preguntasen cómo se las había arreglado para escaparse de su captor armado mientras estaba atada y con los ojos vendados, ella respondería:

—Me lo imaginé como si fuera un filete bien jugoso.

El hombre le dio un golpe en el riñón e intentó aporrearle el bazo. La había rodeado con las piernas, se alzaba hacia ella e intentaba clavarla en el barro. Rainie utilizó las manos para repelerlo, para no perder su valiosa postura, tenía medio cuerpo encima de él y los dientes hundidos en su antebrazo.

Rainie luchó, odió y se encolerizó. Pero su captor reaccionó por fin.

Le cogió la nariz, apretó y con eso se terminó todo. Si seguía mordiendo se asfixiaba. Si dejaba de morder, la acuchillaban.

Era irónico, hasta ese momento, ni la propia Rainie se había dado cuenta de las ganas que tenía de vivir.

Pensó de nuevo en Aurora Johnson. Pensó en todas las niñas que nunca habían tenido una oportunidad. Y pensó, por primera vez en mucho tiempo, en la hija de Quincy, Mandy.

«Lo siento», pensó Rainie, salvo que ya no les pedía disculpas a

las víctimas, le pedía disculpas a Quincy. Porque su marido ya había perdido demasiado y le hubiera gustado ahorrarle ese nuevo dolor.

Rainie soltó al secuestrador. El brazo del hombre se desgarró y el tipo chilló, en parte de alivio, en parte para maldecir. Después le dio un puñetazo en el ojo.

La fuerza del golpe la arrojó hacia atrás. Cayó al suelo y rodó por el barro. Le explotó la cuenca del ojo. Tras la venda se produjo un despliegue milagroso de luces blancas y brillantes.

Y entonces lo oyó alzarse bajo la lluvia, levantarse del barro. Se dirigió a ella con un par de zancadas firmes. Rainie tuvo la imagen mental de una bestia grande y pesada, quizá la Criatura de la Laguna Negra.

«Te quiero, Quincy», pensó.

Y entonces su secuestrador levantó el cuchillo y le aplastó la cabeza con el mango.

Rainie se obligó a estirarse sobre el suelo húmedo y se levantó. Los músculos magullados protestaron con un espasmo. No podía ponerse recta, le dolían demasiado las costillas. Se encorvó y se movió como una vieja, arrastrando los pies atados por la habitación.

Tocó la pared con los dedos y los quitó de inmediato. Fría, pegajosa, cemento húmedo sin duda. Eligió una dirección diferente y utilizó aquellos pasitos arrastrados para hacer un mapa de sus dominios. Una vez chocó contra una estructura dura de madera y el dolor le atravesó las pantorrillas. Una investigación posterior reveló un banco de trabajo, pero desprovisto de herramientas. Después se enredó con una telaraña y al retroceder se enredó con otra. Algo grande y peludo le rozó la mejilla, Rainie a duras penas consiguió evitar el grito.

Al otro lado de la habitación encontró unas escaleras de madera. Usando las manos, contó más de diez escalones antes de que el resto quedara fuera de su alcance. Probablemente llevaran a una puerta. En su estado actual, sin embargo, no confiaba en sí misma lo suficiente para subirlos y además, no dudó ni por un momento que la única salida estaría cerrada con llave y bloqueada. Regresó al banco de trabajo. La polvorienta superficie de madera estaba tibia comparada con el suelo. Levantó los pies, se hizo una bola y se dijo que estaba en la playa.

Le dolía la garganta. Tosió y eso hizo que le dolieran las costillas. Se preguntó qué estaría haciendo Quincy en ese momento. Decidió que lo más probable era que estuviese volviendo loco al detective encargado del caso, lo que al menos la hizo sonreír.

Movió las manos por el banco de trabajo. Con un dedo trazó las únicas palabras que necesitaba saber su marido: «Yo también te quiero».

Entonces oyó un sonido encima de su cabeza. Una puerta que se abría. Pasos en las escaleras.

Se irguió, intentó bajarse del banco de trabajo, intentó prepararse para defenderse.

Hubo un golpe seco y suave, seguido de inmediato por un gemido.

—Te he traído algo —dijo el hombre; después sus pasos volvieron a subir las escaleras. La puerta se cerró de golpe y Rainie oyó el sonido de la cerradura. Después, el silencio.

—¿Hola? —probó Rainie.

Cruzó poco a poco el espacio que la separaba de las escaleras, con las manos tanteando el espacio que tenía delante y los dedos estirados en la oscuridad. Encontró el cuerpo al pie de los escalones, enroscado en el suelo como lo había estado ella no mucho antes. Un cuerpo más pequeño de lo que esperaba, envuelto en unos vaqueros mojados y una sudadera más mojada todavía.

Movió los dedos y encontró el verdugón de la nuca y luego descubrió la cara.

—Oh, no. Oh, no.

Cogió al niño y lo apoyó en su regazo. Meció la forma inmóvil, apretada contra su cuerpo, y acarició la mejilla fría, deseando transmitir un poco del calor de su cuerpo frío al organismo del niño.

—Todo irá bien, todo irá bien —murmuró una y otra vez. Pero ya no sabía a quién estaba intentando convencer, si era a ella misma o a Dougie Jones.

Capítulo 22

Martes, 20:20, hora de la costa oeste

Quincy estaba sentado solo en una esquina del centro de mando. Tenía una manta en el regazo y una taza de café cargado en las manos. Delante de él, los agentes zumbaban alrededor de la mesa de conferencias con los pasos vivos de las personas que tienen trabajo importante que hacer y muy poco tiempo para hacerlo. Kincaid y la sheriff Atkins estaban en medio de un acalorado debate, los dos parecían cansados y tensos. Mac estaba hablando por el móvil y de vez en cuando le echaba un vistazo a Quincy como la diligente niñera que había prometido ser. Kimberly había salido a hacer un recado a petición personal de Quincy; su hija se había ido pero solo después de haberle hecho jurar a Mac por lo más sagrado que no perdería de vista a Quincy ni un solo momento.

Cuando Mac lo miró por tercera vez, Quincy no pudo resistir la tentación de levantar la mano a modo de saludo. Todavía no he conseguido espicharla. Por favor, continúa.

De modo que así iba a ser, pensó, cuando la adicta al trabajo que tenía por hija lo metiera en un asilo. Le dio otro largo sorbo al café que sostenía y fingió que no le temblaba la mano.

Al contrario de lo que opinaba su hija, no le parecía que fuera a caerse muerto todavía. No sentía ninguna tensión en el pecho, no le cosquilleaban las extremidades, no tenía calambres en el estómago. Solo estaba cansado. Completamente agotado. Había llegado a esa fase que está mucho más allá del estrés.

Ya no solo echaba de menos a Rainie. Aquello no solo era preocupación, inquietud y dolor, comenzaba a sentir que la estaba dejando ir, sin prisa pero también sin pausa. Estaba encerrando en algún lugar los pequeños detalles, el color gris franela de sus ojos, esa forma ágil y rápida que tenía de cruzar la habitación, una mujer que no hacía ningún esfuerzo por parecer sexy y sin embargo conseguía capturar la atención de todos los varones que la rodeaban.

La primera vez que había visto a Rainie había sido por una cuestión profesional. Ella era ayudante de la sheriff en Bakersville y trabajaba como oficial principal en su primer caso importante, un tiroteo en la escuela de Bakersville. El sospechoso número uno era el hijo del sheriff, lo que por supuesto sometía a todo el departamento a una enorme presión.

Quincy había entrado como Pedro por su casa, (un agente federal,

un experto en masacres que hacía un proyecto de investigación especial sobre tiroteos en colegios), y esperando que lo recibieran con los brazos abiertos. Era muy posible que en ese momento tuviera un ego muy grande, que incluso se mostrara engreído.

Rainie se había burlado de su cargo, había ridiculizado sus credenciales y después había dicho unas cosas muy poco halagadoras sobre su corbata. Y eso había acabado con el super agente especial Quincy. Otras personas se enamoraban con cenas a la luz de las velas y paseos por la playa. Quincy se enamoró sentado al otro lado del escritorio de una ayudante de sheriff de pueblo a la que le gustaba partir lápices del número dos cuando se enfurecía.

Todavía le regalaba una caja de lápices cada San Valentín. Y ella se reía y los desparramaba sobre la mesa como una niña contenta.

—Ya no tengo que romper lápices —lo provocaba—. Estoy casada con el hombre perfecto.

Los lápices quedaban colocados sobre su mesa. Antes o después, Quincy los encontraba hechos pedazos por todo el suelo. Porque el matrimonio era eso, una colección de todas esas pequeñas cosas que desde fuera nunca se entenderían. Lápices del número dos para ella, corbatas republicanas para él. Rainie todavía tenía debilidad por Bon Jovi, él prefería el jazz.

Tenían su sistema. No era para todo el mundo pero, hasta muy poco antes, con ellos funcionaba.

¿Lo odiaría su mujer cuando llegara el final? ¿Lo culparía por fracasar en su último caso? ¿O lo entendería? Todo el mundo tenía que perder alguna vez, incluso el que había sido el mejor entre los mejores en Quantico.

No era el pasado lo que te destrozaba, pensó Quincy. Era el futuro vacío, la interminable serie de días en los que faltaban todas las personas que más te importaban.

Mac se acercó. Se agachó delante de Quincy y juntó las manos en las rodillas.

—Háblame de Astoria —le pidió Mac.

Y para gran sorpresa suya, Quincy lo hizo.

Martes, 20:41, hora de la costa oeste

La negociadora llegó veinte minutos después. Las puertas de la sala de conferencias se abrieron de golpe y entró con paso firme una mujer guapísima, asombrosa. Kincaid levantó la cabeza. Mac se giró. Como la mayor parte de los hombres que estaban en la sala.

Candi, con i latina, resultó ser una mujer hispana de más de uno ochenta de altura con una melena salvaje de cabello de color azabache que le añadía casi un centímetro más. Vestía unos vaqueros ceñidos, una camisa roja apretada y una cazadora corta de cuero negro. A la mierda el trabajo policial, esa mujer debería estar en una pasarela de París.

—Candi Rodríguez —anunció a modo de presentación. Después, sin esperar respuesta—: ¿Es este el teléfono? ¿Han comprobado el sistema? Porque déjenme decirles que estas grabadoras nunca funcionan tan bien como les prometieron. Voy a necesitar un resumen de todo lo que sabemos del sujeto en estos momentos. Edad, ocupación, intereses, etnia. Si lo sabemos, o lo sospechamos, lo quiero delante de mí en puntos claros y nítidos. También voy a necesitar agua de sobra y espacio suficiente para moverme. Me gusta pasear mientras hablo. Me ayuda a pensar.

Estaba paseándose en ese momento. El resto de la sala seguía mirándola con la boca abierta.

Quincy tomó otro sorbo de café. Se preguntó lo que haría Kimberly si estuviera allí. ¿Disparar primero y preguntar después? ¿O quizá se limitaría a encararse con la otra hembra alfa de la jauría, más exótica que ella, y derribarla? Los hombres siempre podían organizar una partida rápida de dardos, o quizá apostar a ver quién bebía más cerveza en el bar del pueblo. Con las mujeres siempre era mucho más complicado.

—¿Qué? —preguntó Candi con i latina, claramente exasperada—. Me dijeron que me diera prisa, el tiempo corre, bla, bla, bla. ¿Por qué coño creen que acabo de volar por esas montañas a casi ciento cuarenta por hora? Ya estoy aquí. En marcha.

Kincaid se decidió por fin a carraspear.

—Sargento detective Kincaid —se presentó—. Se han producido algunas novedades.

—¿Tiene una copia?

—No hemos tenido tiempo de escribir un informe.

—Bueno, pues entonces será mejor que empiece a hablar, sargento Kincaid, porque puede apostar el culo a que yo no sé leer el pensamiento.

Quincy tomó otro sorbo de café, sobre todo para ocultar la sonrisa.

Kincaid repasó las conclusiones. El intento fracasado de retrasar la entrega del dinero con un artículo en el periódico. La subsiguiente nota dejada por el secuestrador en el parabrisas del coche de un reportero del pueblo.

Los agentes se habían puesto en contacto de inmediato con Laura y Stanley Carpenter, los padres de acogida de Dougie Jones. La última vez que Laura había visto al niño había sido a las 16:30, cuando había entrado pidiendo un refresco. Nadie había visto a Dougie desde entonces. Los ayudantes de la sheriff estaban peinando los bosques. Era su segunda operación de búsqueda en quince horas y estaban bastante seguros de que los resultados serían los mismos.

—¿Así que ahora tiene retenidos a una mujer y a un niño? —resumió Candi.

—Esa es nuestra actual suposición.

—¿Y qué relación hay entre Lorraine Conner y Douglas Jones?

—Rainie —intervino entonces Quincy—. Rainie y Dougie. Si utiliza sus nombres completos, ese hombre sabrá que es una persona ajena al asunto.

Candi le lanzó una mirada.

—¿Y usted es?

—El marido separado.

Le tocaba a Kincaid recibir la mirada sorprendida.

—¿Y usted lo deja andar por el centro de mando? —preguntó la negociadora.

—Coño, pero si la mitad del tiempo hasta le dejo dirigir el caso. Es un especialista en perfiles, un federal retirado.

—Vaya, vaya, menuda fiestecita han montado aquí. ¿Qué más no me han contado todavía?

—Rainie estaba actuando como abogada de Dougie —interpuso Quincy—. Lleva un par de meses trabajando con el niño, visitándolo al menos una o dos veces por semana.

—¿Y quién lo sabía? —Candi con i latina no era solo una cara bonita.

—Cualquiera involucrado en la situación, los funcionarios del juzgado, los servicios sociales, amigos y familiares de los Carpenter. Claro que, con lo que a la gente le gusta hablar, es probable que eso signifique la mayor parte del pueblo.

—¿Así que es alguien de aquí?

Kincaid abrió la boca, ya había fruncido el ceño, pero en el último momento pareció cambiar de opinión. Seguía sin estar de acuerdo con Quincy sobre ese punto pero quizá estaba empezando a convencerse.

—Sí —dijo Quincy con firmeza—. Creo que es de por aquí.

—¿Así que es algo personal?

—El secuestrador tiene relación con Rainie y/o Dougie —respondió Quincy—. Pero sigue siendo una posibilidad que esa relación sea unilateral.

Candi frunció el ceño.

—¿Un acosador?

—Eso creo yo. Rainie es una persona muy reservada. Su círculo de amigos es pequeño y muy leal. Dudo que alguno de ellos se volviera contra ella. Es muy posible, sin embargo, que alguien de la periferia, una cara que para ella solo forma parte del paisaje de cada día, se haya tomado un interés mayor.

Kincaid emitió un pequeño carraspeo. El sargento no se decidía a abandonar del todo la teoría de un crimen entre absolutos desconocidos pero a Quincy no le cabía la menor duda. El sujeto había cogido el arma de Rainie. Luego le había cortado el pelo y por último había raptado a Dougie Jones. Un desconocido jamás habría conocido tres formas perfectas de hacerle daño a su mujer.

Quincy le echó un vistazo discreto al reloj. Kimberly ya habría llegado a su destino. Bien.

—Así que estamos hablando de alguien de por aquí que conoce a las víctimas —dijo Candi—. Eso lo reduce a qué, ¿tres, cuatro mil sospechosos?

Shelly Atkins intervino al fin.

—Eh, yo puedo hacer algo mejor que eso. Tengo una lista.

—¿De veras?

—Preparada por un pequeño delincuente muy ambicioso dispuesto a chivarse de los demás —admitió la sheriff—. Pero creo que podemos utilizarla.

—Desde luego. Necesito saber algo único sobre cada nombre de esa lista. Algo personal que no lo sepa todo el mundo. En la jerga de las negociaciones, lo llamamos el cebo.

—Si el que llama reacciona…

—Entonces su lista quizá sea mejor de lo que cree, sheriff.

Shelly parecía realmente impresionada y emitió un pequeño gruñido para agradecer el piropo, quizá Candi con i latina era algo más que una gran melena.

—Usted está suponiendo que va a hablar con el sujeto —dijo Quincy con tono suave—. No va a llamar hasta mañana a las diez de la mañana, y entonces, luces, cámara y acción, sin más. Llama a este teléfono y le da las instrucciones a la agente para la entrega del dinero. No creo que haya tiempo para renegociar el trato.

—¿No cree que pueda hacer yo la entrega del dinero?

—Creo que es mi hija la que va a hacer la entrega del dinero.

—¿Su hija? —Kincaid recibió el dardo de una nueva mirada.

El sargento se encogió de hombros.

—Agente del FBI.

—¿Es negociadora?

—Es rápida —dijo Quincy.

—¿Pero es negociadora?

—Ha dado clases.

Candi con i latina puso los ojos en blanco.

—Le voy a decir una cosa, orgulloso papá. Su hija quizá sea el cuerpo pero yo sigo siendo la boca. Ustedes han tenido todo el día para hacerlo a su manera y quizá yo sea la primera pero voy a decir eso de Guau, menuda cagada.

Kincaid empezó a protestar, Quincy también pero Candi se limitó a levantar la mano para hacerlos callar a los dos.

»En menos de veinticuatro horas no solo han fracasado a la hora de negociar la liberación del primer rehén, sino que han provocado el secuestro de un segundo. Bueno, quizá ustedes no hayan ido a la misma academia de policía que yo, pero nosotros eso lo considerábamos un mal día, malo de verdad. Pero, oye, al menos han hecho una cosa bien.

—¿La llamamos a usted? —dijo Kincaid con sequedad.

La joven le lanzó una sonrisa deslumbrante.

—Exacto, sargento. Y ahora, si me disculpan, voy a buscar un poco de agua.

Candi con i latina salió sin prisas de la sala y dejó un mar de silencio aturdido a su paso. Mac fue el primero en recuperarse.

—Veinte pavos a que Kimberly le da una patada en el culo antes de mañana a las cinco de la tarde.

Los agentes se reunieron a su alrededor. Nadie iba a desperdiciar una ocasión como aquella.

Capítulo 23

Martes, 19:53, hora de la costa oeste

Ya estaba fuera, en el porche cubierto, cuando aparcó; seguro que había oído el coche de alquiler gimoteando como una furia al trepar por el camino de entrada. La lluvia caía a cántaros por el tejado a dos aguas del porche y abría una profunda trinchera en el suelo empapado. Luke Hayes no parecía notarlo. Permanecía en los escalones con un polo de manga corta y los brazos bien fornidos cruzados sobre un torso igual de fornido, inmune, al parecer, a los

elementos. Después de tantos años, pensó Kimberly, el antiguo sheriff de Bakersville todavía sabía cómo causar impresión.

La joven se tomó su tiempo para salir del coche. Ya estaba muerta de frío, mojada y llena de barro. Vadear un metro más de camino encharcado ya le daba igual. Pero no sabía cómo plantear aquella conversación y abrirse camino entre el barro le permitió ganar unos minutos valiosísimos para reunir el valor necesario.

Ya no quedaba ninguna duda, se había cargado los tacones. Y lo más probable era que los pantalones también. Después de eso, tendría que acercarse a Wal-Mart a comprar algo de ropa. Dada su predilección por la ropa de Ann Taylor, a Mac le entraría un ataque de risa. No le importaba, en esos momentos lo único que le exigía a su atavío era que fuera calentito y que estuviese seco. Por favor, que pudiera encontrar algo que estuviera calentito y seco.

—Eh —exclamó Luke a modo de saludo.

—Qué hay. —Hacía casi una década que Kimberly conocía a Luke. Era un viejo amigo de Rainie y en una ocasión había ayudado a salvar la vida de Quincy. Bajo el apartado de cosas que jamás le contaría a su padre, Kimberly recordó que, de cría, había estado loquita por aquel hombre. Ah, cuántas noches se había dormido soñando con aquellos ojos azules, cómo le molaban aquellos ojos, y aquel cuerpo duro y musculoso, y aquellas manos toscas llenas de callos. No cabía duda, a Luke Hayes no se le daban nada mal las mujeres.

Kimberly no quería tener aquella conversación.

Luke se apartó de la barandilla.

—Entra, cielo. Acabo de poner la cafetera.

—¿Seguro que no te importa? Estoy calada hasta los huesos y cubierta de barro…

—Y yo que pensaba que estarías deseando aprovechar la oportunidad de inspeccionar mi casa. —Luke sostuvo la puerta abierta con expresión sombría—. Entra, Kimberly. Tengo café.

La joven se ruborizó y siguió a Luke al interior de la casa. Era un rancho pequeño, de dos dormitorios, con una gran sala común y una cocina diminuta. Una buena casa para un tío solo. Sorprendentemente limpia pero también repleta de señales de que allí vivía alguien que se

acababa de divorciar. El mobiliario andrajoso sacado del garaje de algún amigo. Una cocina abastecida sobre todo de productos de papel. No había cuadros en las paredes ni personalidad en la habitación.

No era más que una estación de paso, un sitio para que un tío recuperara el aliento y se planteara qué hacer a continuación.

Luke le sirvió un poco de café. La taza de cartón estaba caliente así que la metió dentro de otra antes de decidir que con eso bastaría.

—¿Leche o azúcar, o eres como tu viejo?

—Lo prefiero solo —admitió Kimberly con una sonrisa.

Luke le sonrió a su vez. A punto de cumplir los cuarenta, seguía siendo un tipo atractivo. Unos ojos azules asombrosamente brillantes enmarcados por líneas de expresión. Constitución esbelta y musculosa. Un rostro de facciones marcadas y duras.

Rainie había descrito en cierta ocasión a Luke como el ancla del departamento del sheriff de Bakersville. Ella podía ser vehemente y temperamental, con tendencia a sufrir pequeños ataques de ira. Al contrario que Luke, que era capaz de hacer bajar la mirada al mismísimo diablo. Había algo en el modo que tenía de moverse, algo en la calma serena de su mirada. Siempre parecía dominar la situación, incluso cuando no la dominaba, como habían comprendido todos después.

—Bonito lugar —dijo Kimberly al fin.

—Lo odio.

—Bueno, una lata de pintura no le vendría mal, la verdad.

—A mí me van más las cabañas de troncos. Me pasé cuatro años construyendo nuestro hogar. Ella siempre me dijo que era demasiado masculina. Pero ya ves, la que se quedó con esa casa cuando nos divorciamos fue ella.

Ella era Deanna Winters, una antigua operadora de la central del departamento del sheriff. Luke y ella se habían casado dos años antes, terminando así por fin con el reinado de Luke como el soltero más cotizado del pueblo. Diez meses atrás, Luke había sorprendido a Deanna en flagrante delito con uno de los ayudantes del sheriff. Los había echado a los dos de la casa. Literalmente. Los había sacado por la puerta en pelotas. Los numeritos no habían dejado de empeorar a

partir de ahí.

Luke pidió el divorcio. Deanna le respondió con alegatos de maltrato conyugal. Él afirmó que ella le había sido infiel desde el principio. Ella contraatacó diciendo que su marido tuvo la precaución y con conocimiento de causa, de ocultarle que era estéril, negándole por tanto, y de forma deliberada, la posibilidad de tener hijos.

Dada la cantidad de atención pública que estaban despertando, Luke había decidido dejar el cargo de sheriff. Deanna fue de inmediato a llorarle al juez porque Luke estaba intentando reducir sus ingresos para no pagarle la pensión que le correspondía.

Kimberly no conocía todos los detalles pero en aquella guerra de despecho y voluntades, Luke, al parecer, había sido el primero en rendirse. Consiguió el divorcio. Deanna se quedó con todo lo que había poseído su ex. Al menos, como le gustaba murmurar a la gente a espaldas de ambos, no habían tenido hijos.

—Podríamos ir a la sala —le sugería Luke—, pero debería advertírtelo, el sofá está sin muelles y la butaca es capaz de dejar inválido a cualquier hombre adulto.

—¿Entonces qué, te sientas en el suelo?

—Me paseo. He averiguado que mientras me mantengo en movimiento, no me da por romper cosas.

Kimberly arqueó una ceja. Luke se encogió de hombros, cogió el café y entró en la salita.

»Estás aquí por lo de Rainie —dijo dándole la espalda.

—Sí.

—Quincy quiere saber si estoy implicado.

—Se preguntaba si habías oído algo…

—Y una mierda. Quincy es un cabrón muy suspicaz. Siempre lo ha sido y siempre lo será. Dado lo que hace, tampoco me extraña. —Luke tomó asiento al borde de la mesita de café—. Pero se equivoca con Rainie y conmigo.

—¿Por qué se equivoca, Luke?

—Jamás hubo nada entre nosotros, ni siquiera nos lo planteamos.

Estamos muy unidos, por supuesto, pero no de esa manera. Para mí es más bien la hermana que nunca he tenido.

—El divorcio ha sido duro —murmuró Kimberly.

—A mí me lo vas a decir.

—Deanna te dejó limpio.

—Ya veo que los cotillas siguen tan ocupados como siempre. ¿Y qué? ¿Tengo unos cuantos apuros económicos así que decido raptar a una compañera? Dile a tu padre que esa forma de pensar es paranoica hasta para él. Me casé con la mujer equivocada. Eso no significa que sea un tipo que comete según qué equivocaciones.

Kimberly por fin cruzó el espacio que la separaba del antiguo sheriff y se agachó para poder estudiar a Luke de frente. De cerca, la joven pudo ver las líneas nuevas que arrugaban su rostro, la palidez enfermiza que provocaban demasiadas noches sin dormir. Era un hombre que lo estaba pasando mal. Pero llevaba la cabeza alta y los hombros erguidos.

—Lo siento mucho —le dijo Kimberly en voz baja.

Luke se encogió de hombros.

—Acaso no lo sentimos todos.

—Luke, ¿sabías que Rainie había vuelto a beber?

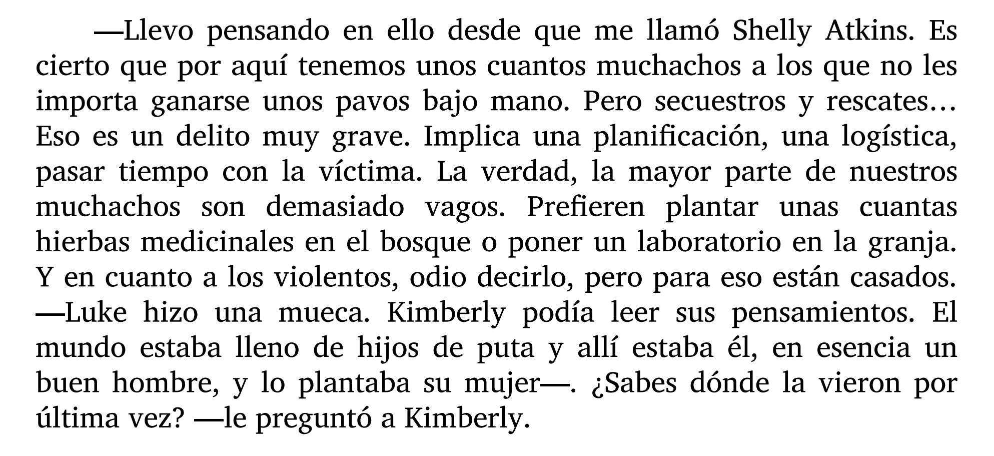
—Sí, sí que lo sabía. —Luke suspiró y tomó un sorbo de café—. Llamé a Quincy por lo del arresto por conducir borracha. Lo que no le dije fue que era la segunda vez. Enterré el primero con la esperanza de que se pusiera en tratamiento. Después, cuando me demostró que había sido un error… Hice lo que sabía que debería haber hecho desde el principio. No ha vuelto a hablarme desde entonces.

—Oh, Luke.

—Rainie es fuerte. Se recuperará. Al menos eso es lo que prefiero decirme.

—¿Tienes idea de lo que pudo pasar anoche? ¿Quién podría habérsela llevado?

Hayes negó con la cabeza.



—Llevo pensando en ello desde que me llamó Shelly Atkins. Es cierto que por aquí tenemos unos cuantos muchachos a los que no les importa ganarse unos pavos bajo mano. Pero secuestros y rescates… Eso es un delito muy grave. Implica una planificación, una logística, pasar tiempo con la víctima. La verdad, la mayor parte de nuestros muchachos son demasiado vagos. Prefieren plantar unas cuantas hierbas medicinales en el bosque o poner un laboratorio en la granja. Y en cuanto a los violentos, odio decirlo, pero para eso están casados. —Luke hizo una mueca. Kimberly podía leer sus pensamientos. El mundo estaba lleno de hijos de puta y allí estaba él, en esencia un buen hombre, y lo plantaba su mujer—. ¿Sabes dónde la vieron por última vez? —le preguntó a Kimberly.

—Todavía no. Estamos trabajando en ello, por supuesto.

—Si fue en un bar…

—Quién sabe con quién podría haberse encontrado, incluyendo a alguien de fuera del pueblo —terminó Kimberly por él.

—Exacto. Claro que a Rainie le gustaba conducir, sobre todo cuando estaba disgustada. Quizá no fue a ningún sitio concreto. En cuyo caso…

—Volvemos a que pudo haber sido cualquiera. —Kimberly se irguió y estiró las piernas—. Seré sincera contigo, Luke, no creemos que fuera un desconocido que no la conocía de nada.

Luke frunció el ceño, se levantó de la mesita de café y la miró con curiosidad.

—Pero pensé, cuando Shelly llamó… Dijo que la nota la habían enviado antes del secuestro en sí, que el hombre básicamente ya había decidido llevarse a una mujer antes de atrapar a Rainie.

—Eso era lo que parecía en un principio. Pero ha habido algunas novedades desde entonces. El SNI se ha llevado a una segunda persona…

—¿A quién?

—Dougie Jones.

—¿A Dougie Jones?

—¿Cuántas personas que no fueran del pueblo podrían hacer esa

conexión? Y envió una muestra muy personal con la noticia.

Kimberly vio que Luke se preparaba para lo peor, el hombre tensó los músculos del estómago y apretó la mandíbula, como si estuviera a punto de recibir un golpe. Si estaba actuando era bueno, muy bueno.

—El SNI le cortó el pelo a Rainie —dijo.

—¡No!

Kimberly asintió con gesto pensativo.

—Si este tipo hubiera visto demasiadas películas, se diría que iría a por un dedo, o quizá una oreja. El pelo es casi demasiado inocuo. Salvo…

—Que Rainie tiene un pelo precioso —terminó Luke en voz baja.

—Su única vanidad. Parece algo demasiado íntimo.

—Ah, Dios. —Luke volvió a sentarse de golpe en la mesa. El café se le derramó por el borde de la taza y le salpicó los tejanos pero él no pareció notarlo—. Así que estáis buscando a un hombre, seguramente alguien del pueblo. Alguien que está intentando hacer dinero rápido…

—No necesariamente. Quincy cree que el rescate puede que sea algo secundario. El objetivo del SNI no es llegar a una conclusión, recibir el dinero, sino el proceso en sí y la sensación de control que le da sobre Rainie y las fuerzas de seguridad.

Luke cerró los ojos. Suspiró con fuerza y cuando los abrió otra vez, miró a Kimberly como si hubiera envejecido varios años.

—Entonces Quincy está pasando por alto lo más obvio.

—¿Lo más obvio?

—Estáis buscando a un hombre que conoce a Rainie. Alguien con una razón personal para hacerle daño a ella y al departamento del sheriff de Bakersville.

—¿Al departamento del sheriff?

—Ah, sí, de eso no cabe duda. Habéis estado contemplando cambios recientes en la vida de Rainie y el más obvio es que ha vuelto a beber. Y eso ha desviado vuestra atención, os ha hecho dirigir la vista hacia los bares de mala muerte y los desconocidos borrachos.

¿Pero cuál es el otro cambio importante? Rainie y Quincy han regresado a Bakersville. Rainie ha vuelto a casa y ahora está metida en un lío.

Kimberly sacudió la cabeza.

—Sigo sin entenderlo.

—¿No te contó nunca que mató a un hombre? —El tono de Luke era sereno.

—Oh, no…

—A Lucas Bensen se le consideró desaparecido durante casi quince años. Hace solo ocho que Rainie confesó que lo había matado cuando tenía dieciséis años y que había enterrado el cuerpo. Oficialmente, el caso fue a juicio y a Rainie la declararon inocente debido a las circunstancias atenuantes; Lucas había violado a Rainie y luego le había disparado a su madre cuando intentó intervenir. Como es natural, cuando Rainie volvió a ver a Lucas cerniéndose ante su puerta, disparó primero y preguntó después.

—He oído la historia. Sigue sin ser algo de lo que le resulte fácil hablar.

—El caso es que Rainie confesó, Rainie entregó el cuerpo y luego Rainie se fue del pueblo.

—¿Y crees que ahora que ha vuelto, Lucas se ha levantado de su tumba?

Luke la miró con una expresión curiosa.

—Lucas no, por supuesto. ¿Pero no te lo dijo Rainie? El tipo tenía un hijo.

Capítulo 24

Martes, 20:26, hora de la costa oeste

Shelly Atkins odiaba el café. Y eso no era algo que se admitiera con facilidad entre los miembros de las fuerzas de seguridad. Vigilancias, noches largas, madrugones, el café malo y amargo era siempre la bebida elegida. La verdad, no era lo mismo cuando sacabas la caja de infusiones.

Shelly no podía permitirse el lujo de parecer diferente. Era una

mujer que estaba al mando en un mundo dominado por hombres. La buena / mala noticia era que al menos no era guapa. Tenía los hombros anchos, unos brazos musculosos y las piernas fornidas. Podía arar un campo, revolver una tinaja de mantequilla y levantar un ternero a pulso. Por aquellos pagos, los hombres respetaban ese tipo de cosas.

Pero seguía sin tener madera de esposa. O quizá era que no había conocido al hombre adecuado. ¿Quién sabía? Pero Shelly había dedicado su juventud a la granja. Sus años adultos se los guardaba para sí.

En ese momento dejaba el centro de mando de la sala de conferencias y salía al vestíbulo. A esas horas de la noche, el edificio estaba desierto, los funcionarios del Departamento de Caza y Pesca habían terminado por ese día. Se metió en una esquina dominada por un trozo de un tronco y un perchero de cuernas bellamente montado. Allí rebuscó en el bolsillo del pecho el paquete de manzanilla, lo echó en la taza de agua caliente, volvió a poner la tapa, arrancó la etiqueta que le colgaba a la bolsa y nadie tenía por qué enterarse de nada.

Todo el mundo tenía sus pequeños secretos, pensó Shelly con ironía, y luego un tanto triste al pensar que el suyo solo llegaba a una bolsa de manzanilla. Tenía casi cincuenta años, por el amor de Dios. Muy pronto iba tener que tomar la determinación de largarse a París y acostarse con un pintor, aunque solo fuera para evitar terminar siendo una vieja aburrida. Quizá en París la consideraran exótica. Las mujeres de allí eran tan pálidas, como fantasmas. Seguro que en la Orilla Izquierda tenía que haber algún pintor que disfrutaría del reto de pintar a la última representante de una raza en vías de extinción, la quintaesencia de la esposa del granjero americano. Se ataría un arado en la espalda y posaría desnuda.

Eso le daría algo que recordar durante todas las noches insomnes que le quedaban por delante. Yo, Shelly Atkins, en una ocasión bebí de la copa de la vida. Yo, Shelly Atkins, durante al menos un momento, me sentí bella.

—Me pregunto en qué piensa.

La voz de Quincy surgió de la nada.

—¡Hostia! —exclamó Shelly. Apartó de un tirón la taza de té del cuerpo para que al menos solo salpicara el suelo. Se le disparó el corazón y tuvo que respirar hondo varias veces para que las manos le

dejaran de temblar.

—Perdón —dijo Quincy con tono arrepentido. Entró en el campo de visión de la sheriff y esta se dio cuenta de que la había seguido al salir de la sala de conferencias. Tenía mejor aspecto que una hora antes. Había recuperado la serenidad, el color comenzaba a invadirle las mejillas y caminaba erguido. Mierda, estaba francamente guapo, y no era un pensamiento que a Shelly le apeteciera tener en esos momentos.

Shelly sabía más de Quincy de lo que a él le hubiera gustado. La sheriff era una especie de adicta a los crímenes reales y cuando le había llegado el rumor de que había un auténtico especialista en perfiles retirado viviendo en su comunidad, como es natural, se había dedicado a averiguar todo lo que había podido sobre aquel hombre. Casos espantosos, historias fascinantes. Se había pasado las últimas semanas intentando reunir el valor necesario para acercarse a él. Le encantaría oírlo hablar de su trabajo, consultarlo en los casos importantes. Pero no sabía cómo presentarse sin parecer una especie de admiradora barata del FBI. Cosa que quizá era.

A decir verdad, Shelly en realidad no quería irse a París pero vendería su alma por asistir a la Academia Nacional para agentes de policía que había en Quantico. Ojalá el departamento del sheriff de Bakersville tuviera esos recursos…

Shelly lanzó un profundo suspiro. Lo suyo era un caso perdido; después de todo, no habría ninguna historia decente que contar en el asilo.

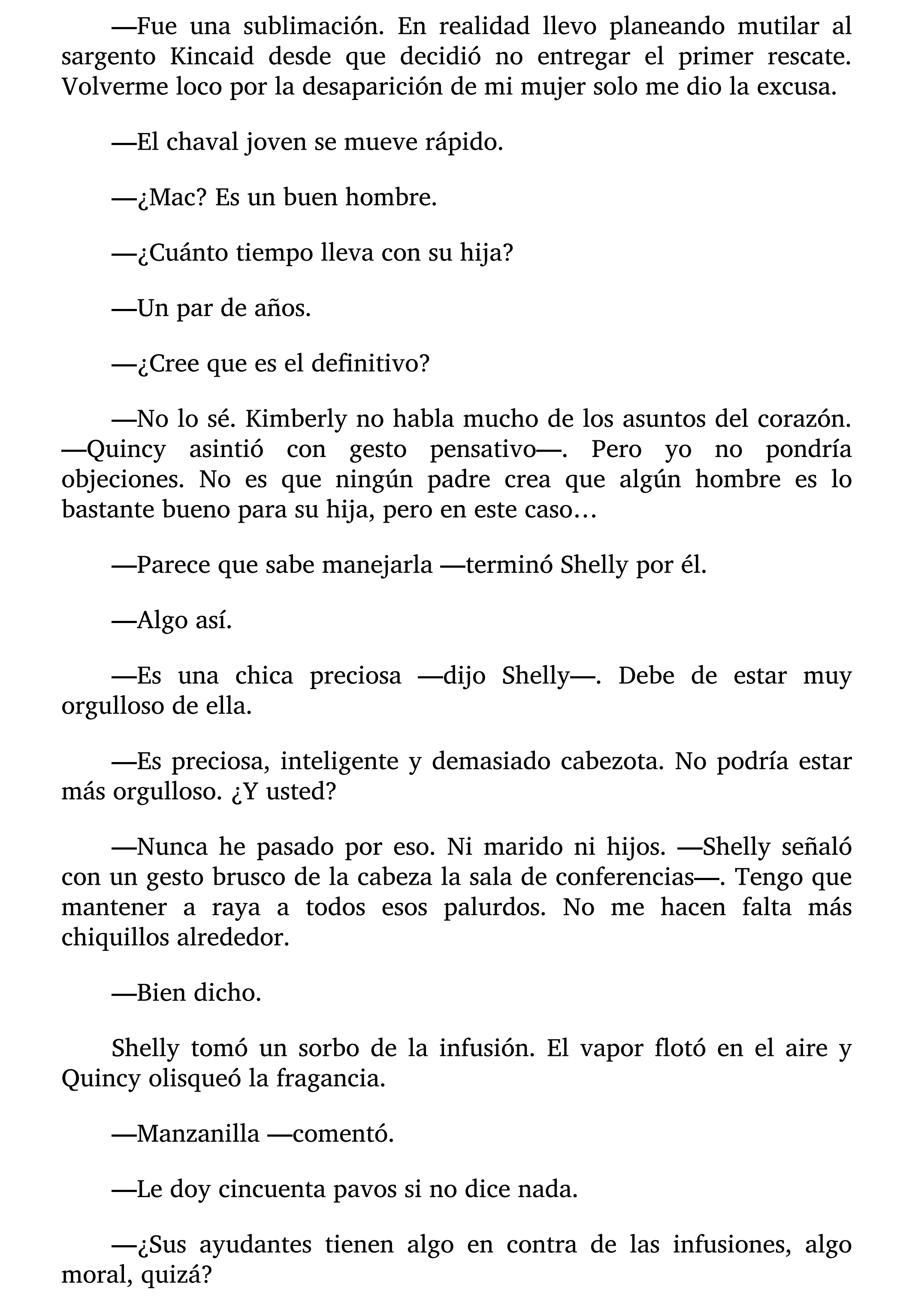
—¿Cómo se encuentra? —preguntó con brusquedad. Quincy estaba de pie, a su lado. Alto, delgado, distinguido, con una veta plateada cruzándole el cabello oscuro. Olía a lluvia, barro y abetos, era un anuncio andante de la vida en plena naturaleza. Shelly pensó que ojalá pudiera dejar de notar ese tipo de cosas.

—Al parecer no lo bastante bien para que la gente deje de hacerme esa pregunta —respondió Quincy con tono seco.

—Nos ha dado un buen susto. Jamás he visto a un hombre derrumbarse así.

—¿Cuándo llegó usted?

—Justo cuando cogió la silla plegable de metal mientras intentaba despedazar a Kincaid.



—Fue una sublimación. En realidad llevo planeando mutilar al sargento Kincaid desde que decidió no entregar el primer rescate. Volverme loco por la desaparición de mi mujer solo me dio la excusa.

—El chaval joven se mueve rápido.

—¿Mac? Es un buen hombre.

—¿Cuánto tiempo lleva con su hija?

—Un par de años.

—¿Cree que es el definitivo?

—No lo sé. Kimberly no habla mucho de los asuntos del corazón. —Quincy asintió con gesto pensativo—. Pero yo no pondría objeciones. No es que ningún padre crea que algún hombre es lo bastante bueno para su hija, pero en este caso…

—Parece que sabe manejarla —terminó Shelly por él.

—Algo así.

—Es una chica preciosa —dijo Shelly—. Debe de estar muy orgulloso de ella.

—Es preciosa, inteligente y demasiado cabezota. No podría estar más orgulloso. ¿Y usted?

—Nunca he pasado por eso. Ni marido ni hijos. —Shelly señaló con un gesto brusco de la cabeza la sala de conferencias—. Tengo que mantener a raya a todos esos palurdos. No me hacen falta más chiquillos alrededor.

—Bien dicho.

Shelly tomó un sorbo de la infusión. El vapor flotó en el aire y Quincy olisqueó la fragancia.

—Manzanilla —comentó.

—Le doy cincuenta pavos si no dice nada.

—¿Sus ayudantes tienen algo en contra de las infusiones, algo moral, quizá?

Shelly frunció el ceño.

—Hombres. Ya sabe lo que pasa.

Quincy sonrió. El gesto le iluminó la cara y le arrugó los ojos. La sheriff sintió la sonrisa del federal en el pecho, y lo único que consiguió fue sentirse veinte veces más tonta.

—Sí que lo sé —dijo Quincy.

Shelly le dio la espalda y estudió las cuernas, el tronco del árbol, el polvo que se acumulaba en los bordes de los objetos exhibidos. Mierda, no se le daban bien esas cosas, nunca se le habían dado bien. Esa era la verdadera razón por la que Shelly seguía soltera: juraba por Dios que ella solo sabía hablar de trabajo.

—He buscado el nombre de Nathan Leopold —dijo.

—¿Y?

—Igual que los otros. Un caso de secuestro famoso de los años veinte. Leopold era un niño rico que se creía una especie de genio del crimen. Convenció a su amigo Richard Loeb, también un niño rico y malcriado, para raptar y asesinar a un crío de catorce años para ver lo que era. Los dos redactaron una nota de rescate pero, al igual que en los otros casos, nunca pensaron devolver vivo al chico. Después de que la policía descubriera el cuerpo, Leopold se metió en la investigación. De todos modos, a los polis no les llevó mucho tiempo descubrir la verdad. Para empezar, al listo de Nathan se le habían caído los lentes cerca del cuerpo. Resultó que solo se habían hecho tres monturas como esa en todos los Estados Unidos. Ah, aquellos buenos tiempos antes de que todo saliera en serie de LensCrafters.

—Un crimen en comandita —caviló Quincy sin alzar la voz—, con elementos de un asesinato cometido por la emoción del momento.

—Sí, pero está claro que Leopold fue el instigador, el cómplice alfa, no hay duda. Las similitudes que veo entre los nombres dados por nuestro tipo es que todos ellos son de casos famosos y ninguno de los secuestradores pensaba devolver al rehén con vida. —En el último momento, Shelly se dio cuenta de lo franca que había sido—. Lo siento —murmuró con torpeza y de inmediato tomó un sorbo de la infusión.

—No tiene que disculparse.

—Es solo… Es su mujer. No me imagino lo duro que debe de ser esto.

—Dudo que sea fácil alguna vez.

—Podría irse a casa, ya sabe, dormir un poco. Nosotros podemos ocuparnos de esto.

—Si se fuera a casa, sheriff Atkins…

—Shelly, llámeme Shelly.

—Si se fuera a casa, Shelly, ¿podría dormir?

—Seguramente no.

—Es más fácil estar aquí. Es incluso más fácil comentar teorías sobre qué clase de psicópata se ha llevado a mi esposa. Al menos estoy haciendo algo. Y quizá, si me mantengo ocupado, no me vuelva loco pensando en todo lo que debería haber hecho antes. Las señales de las que no hice caso, las conversaciones que no tuve, los síntomas que no reconocí. Ya sabe, todo aquello en lo que seguramente le fallé a mi mujer.

—Si hubiera ido, si hubiera dicho, si hubiera hecho —murmuró Shelly.

—Rainie es alcohólica —dijo Quincy de repente—. Y sin embargo, desde que la conozco, jamás ha asistido a una reunión de Alcohólicos Anónimos. Si le preguntara por ello, diría, «Fui alcohólica». Suena muy franco, muy honesto, y sin embargo…

—Habla en pasado.

—Como si se hubiera curado por arte de magia, como si ya no tuviera nada que ver con su vida. Lo que, por supuesto…

—Solo sirve para negar los hechos.

—Nunca la presioné. Nunca le pregunté nada. Rainie siempre me acusaba de querer arreglarla. Yo no estaba de acuerdo, por supuesto, pero quizá solo porque yo tampoco quería reconocerlo. Porque, ¿de qué otro modo podía aceptar sus palabras con tanta facilidad, como si hubiera estado rota pero ya estuviera arreglada? La psique humana no es tan sencilla. Superar una adicción no es tan fácil.

Shelly no sabía qué decir. Bebió un poco más de infusión.

»Lo siento —dijo Quincy de repente.

—¿Por qué? —Shelly se giró, estaba confusa de verdad.

—Por hablar tanto. No era mi intención sacar a pasear la lengua. Lo siento. Sabe… usted sabe escuchar.

Shelly se encogió de hombros y tomó otro sorbo de manzanilla. Sí, era la historia de su vida. Sabía escuchar.

»Se supone que debo decirle que el sargento Kincaid va a celebrar una reunión informativa a las 21:00 horas —dijo Quincy—. Por favor, esté preparada.

—¿Para informar de qué? —bufó Shelly—. ¿Que mis ayudantes todavía no han encontrado a Dougie Jones? ¿Que todavía no sabemos quién raptó a su mujer? Mierda, ojalá tuviera algo que preparar de verdad.

—No creo que el sargento quiera la reunión para recapitular lo que no hemos hecho.

—Bueno, alabado sea Dios.

—Creo que quiere usar la reunión para discutir lo que va a pasar a continuación.

—Que sería…

—La entrega del dinero a las 10:00 de la mañana. Se acabó lo de seguir perdiendo el tiempo. Hemos intentado hacer las cosas al modo de Kincaid. Ahora vamos a dejar que sea el SNI el que lleve la voz cantante.

—Ah, mierda —dijo Shelly con tono cansado.

—La frase del día.

Shelly recuperó la compostura y, aunque un poco tarde, intentó recordar que aquel hombre era el marido de la víctima y no le vendría mal que la sheriff del pueblo le ofreciera algo más que unas cuantas palabras malsonantes.

—Estamos trabajando duro —lo animó la sheriff—. Vamos a encontrarla. Todo irá bien.

Quincy se limitó a sonreír otra vez.

—La primera regla de este negocio, Shelly —murmuró Quincy

después sin alzar la voz—, es que no haga promesas que no puede cumplir.

Capítulo 25

Martes, 20:33, hora de la costa oeste

Kimberly tenía una última parada que hacer antes de regresar al centro de mando. Luke le hizo el favor de buscar el nombre y la dirección y a partir de ahí se encargó ella.

Bakersville no tenía muchos complejos de apartamentos y los que había no estaban en el mejor de los estados. Ese edificio en concreto parecía hundirse en los cimientos y la segunda planta se inclinaba de forma peligrosa sobre la primera. El inmueble daba la sensación de haber sido un motel barato en otro tiempo: el aparcamiento con el asfalto agrietado, el deprimente amago de parque infantil donde todavía quedaban las barras de unos columpios, aunque sin columpios, un estanque que se había rellenado a toda prisa con tierra. Cuando Kimberly aparcó, sus faros iluminaron la pintura blanca descascarillada y las contraventanas rojas torcidas. Aquella propiedad no tenía mucho de hogar.

Comprobó los números de las puertas hasta que encontró el 16. Llamó sin brusquedad. La cortina que había en la ventana, al lado de la puerta, se retiró y se asomó una mujer joven.

Kimberly le enseñó la placa.

—Me llamo Kimberly Quincy, FBI. Tengo unas preguntas que hacerle sobre Dougie Jones.

Ya no necesitó más. La cortina volvió a su sitio y la puerta se abrió de golpe.

Peggy Ann Boyd parecía tener la edad de Kimberly más o menos, con el cabello largo y oscuro sujeto en una cola de caballo. A esa hora de la noche, llevaba la cara sin maquillar y había cambiado el traje por un par de pantalones grises de chándal y una sudadera negra y naranja que proclamaba con orgullo, ¡Adelante Castores! Lo que significaba que la joven o bien había estudiado en la Universidad Estatal de Oregón o era una admiradora de su programa de fútbol americano. Sin un equipo profesional que llamar propio, los oriundos de Oregón se tomaban el fútbol universitario muy en serio.

—Siento molestarla tan tarde —dijo Kimberly al entrar en el

apartamento. El estudio de una sola habitación le confirmó lo que ya había supuesto, un motel convertido en apartamentos para alquilar. Una moqueta marrón apagada y cortinas de flores doradas. Y al lado del baño una pared trasera que solo podía jactarse de una cocina pequeña con una encimera. Kimberly no pudo evitar pensar que si alguien podía beneficiarse de diez de los grandes, esa sería Peggy Ann Boyd.

—¿Qué ha hecho Dougie esta vez? —preguntó la trabajadora social con gesto cansado.

—No es lo que ha hecho. Es dónde puede estar.

—¿Se ha escapado?

—Ha desaparecido.

Peggy Ann se sentó con pesadez al borde de la cama de matrimonio. Lo que dejaba una silla en la habitación. La joven le señaló con un gesto la vieja butaca orejera y Kimberly se sentó.

—Al menos no ha quemado nada esta vez —dijo Peggy Ann con ironía—. A su manera, es un progreso.

—¿Hasta qué punto conoce a Dougie?

Peggy Ann sonrió, lo que no mermó la tensión de su rostro.

—No creo que nadie conozca de verdad a Dougie. Yo lo he intentado. Otros lo han intentado. Pero si alguna vez alguien ha sabido resistirse, ese ha sido él. Oh, ese pobre niño. Le juro que ya no sé qué hacer con él.

—Tengo entendido que ya ha pasado por cuatro hogares diferentes, que estuvo incluso en un correccional. Le confieso que, dado su historial de robos e incendios provocados, me sorprende que fuera capaz de colocarlo otra vez. Me sorprende que lo intentara siquiera.

Peggy Ann no respondió de inmediato. Se retorcía las manos en el regazo, las movía de un lado al otro, como si se estuviera midiendo los dedos.

—Como agente federal, usted debe de trabajar en un montón de casos —dijo de repente.

—Sí.

—Algunos son solo trabajo, estoy segura. Hace lo que se supone que tiene que hacer, sigue los pasos.

—Claro.

—Dougie no era un trabajo más para mí. No era un expediente más. Quería… Sigo queriendo hacerlo bien. Sí, tiene problemas. Sí, con él las cosas son complicadas. Pero… Pero debería haber visto a Dougie Jones hace cuatro años. Dougie Jones hace cuatro años era un niño estupendo, un niño muy querido.

Kimberly frunció el ceño, confusa. No había visto el expediente de Dougie, tendría que esperar hasta por la mañana para solicitar esos documentos por la vía oficial. Pero según lo que había podido reconstruir, Dougie no había entrado en el sistema hasta tres años antes.

—¿Cómo conoció a Dougie? —preguntó con cuidado.

—Conozco a Dougie desde el día en que nació.

Kimberly abrió mucho los ojos.

—No será usted… Eso no sería apropiado…

Peggy Ann se echó a reír.

—No soy su madre, ni siquiera pariente suya. Soy su vecina. Dougie nació en este complejo de apartamentos, justo aquí. Apartamento 22. Allí fue donde Dougie empezó su vida.

—¿Usted conocía a sus padres?

—Sí y no. —Peggy Ann se encogió de hombros—. Me cruzaba con la madre de vez en cuando. Recogíamos el correo a la vez o quizá yo llegaba con el coche mientras ella estaba descargando la compra, ese tipo de cosas. Primero sonríes, después dices hola y a la tercera o cuarta vez, no es tan raro tener una conversación o dos.

»Era muy joven, la típica madre soltera. Se había enamorado locamente del padre de Dougie. Por desgracia, él no se había enamorado tan locamente de ella. La historia de siempre. Por lo que pude adivinar, la chica no tenía familia en la zona. El estado proporcionaba los recursos y ella se había matriculado en un

programa que tenemos para ayudar a las madres solteras a sacarse el bachillerato. Lo lleva la iglesia episcopaliana. Las señoras atienden a los niños en una guardería y dan clases a las madres. El estado contribuye con un pequeño estipendio por cada día que asisten las chicas. No es mucho pero el programa ha tenido algunos éxitos. Parecía que Gaby, la madre de Dougie, podría convertirse en una de las mejores historias.

—¿Ni drogas, ni alcohol, ni otros hombres?

—No, no; por lo que yo veía, llevaba una vida muy tranquila. Yo pasaba por su piso de vez en cuando, no como parte de mi trabajo, sino como vecina. Yo crecí con una madre soltera y sé lo difícil que es. A veces incluso vigilaba a Dougie durante una hora o dos mientras Gaby se acercaba a la tienda, ese tipo de cosas. Era un niño muy precoz. No es fácil para un niño de un año o dos vivir en un apartamento, sobre todo en uno tan pequeño como este. No le voy a decir que fuera un angelito cuando su madre vivía, aquello no era magia. Fue un maestro de la evasión desde que cumplió los dos años. Creo que todos los vecinos lo descubrimos fuera del apartamento en alguna ocasión y lo volvimos a llevar a casa.

»Pero era un niño querido y bien atendido. Ropa limpia, bien alimentado. Su madre le compraba toda clase de juguetes en los mercadillos. Incluso le encontró un triciclo cuando cumplió los tres años. Gaby se había volcado por completo en su hijo. Quería conseguir una vida mejor para los dos.

—¿Y qué pasó?

—Murió. Un atropello con fuga, una noche, cuando regresaba a pie de la tienda. Dougie se había ido a la cama y ella había salido un momento a comprar leche. Jamás apareció ningún pariente para reclamarlo. Quedó bajo la tutela del Estado y me dieron a mí su expediente.

—¿Pensó alguna vez en adoptarlo usted?

—¿Yo? —Peggy Ann alzó una ceja—. Estoy soltera y trabajo para el gobierno en un empleo que apenas me da para pagar la renta y que es muy probable que me deje quemada antes de cumplir los treinta y cinco. ¿Qué podría ofrecerle yo a Dougie Jones? Se merecía una familia. Así que eso fue lo que le busqué.

—Los primeros padres de acogida.

—Los Donaldson son buena gente. En el mundo de los servicios sociales, los consideramos los Mercedes-Benz de los padres de acogida. Un buen matrimonio, un hogar bonito, un estilo de vida de clase media, cómodo. Les conté la historia de Dougie y a la señora Donaldson le faltó tiempo para rellenar los papeles y llevárselo a casa. Era un niño que había tenido un buen comienzo. Lo habían querido mucho, estaba unido a su madre, tenía más potencial que el noventa por ciento de los críos que veo pasar por mi mesa. Y allí había unas personas listas para seguir donde lo había dejado su madre. Esta historia debería haber tenido un final feliz, señorita…

—Kimberly, llámeme Kimberly.

—Bueno, debería haber tenido un final feliz. Hasta la fecha sigo sin saber por qué no lo tuvo.

—El niño les quemó el garaje.

—Solo después de destrozarles la mayor parte de los muebles, hacer jirones las sábanas y hacer agujeros del tamaño de pelotas de baloncesto en su dormitorio. El garaje fue la gota que colmó el vaso. Ya no sabían qué hacer con él. La señora Donaldson me dijo que le tenía auténtico miedo.

—¿A Dougie?

—A Dougie.

—Pero usted le encontró otro hogar.

Peggy esbozó una débil sonrisa.

—Hay dinero en los niños que van a hogares de acogida. Siempre que haya dinero, puedo encontrarles otro hogar. —Ah.

—Sí. La situación no es perfecta y los resultados son predecibles. Pero para que conste, tiré de algunos hilos para que Dougie dispusiera de atención psicológica después de que quemara su segundo hogar. El estado ponía el dinero y yo busqué un psicólogo de la zona especializado en niños. Por desgracia, la tercera madre de acogida de Dougie no lo llevó a las citas con el médico. Tenía cinco críos que atender y tener que llevarlo tres veces a la semana a la consulta era demasiado para ella. Y sí, Dougie explotó, y sí, ella lo echó a patadas, y sí, empezamos la rueda otra vez. Y otra, y otra.

»Dougie es un niño muy enfadado. Ojalá pudiera decirle por qué.

Ojalá pudiera decirle cómo podemos arreglarlo. Todo lo que sé con seguridad es que Dougie está muy, muy resentido. Con el mundo, con el sistema de hogares de acogida, e incluso conmigo. Y ahora mismo, según los expertos, prefiere estar enfadado a sentir que le quieren.

—Lo conocí esta tarde —dijo Kimberly.

Peggy Ann arqueó una ceja.

—Bueno, al menos usted parece estar de una pieza.

—Estaba jugando con un escarabajo bajo la lluvia, disfrutando del barro. Pensé que podía hablar con él sobre Rainie Conner. Pero en cuanto mencioné su nombre, se puso furioso.

—¿En serio? Lo último que supe fue que era una de las pocas personas que Dougie toleraba.

Kimberly ladeó la cabeza.

—¿No lo sabe?

—¿Qué?

—Han secuestrado a Rainie.

—Oh, no.

—Nos preocupa que Dougie pueda saber algo sobre ello.

—¿Un secuestro? Solo tiene siete años. Es decir, si le hubiera quemado la casa, lo entendería. ¿Pero un secuestro?

—Según Laura Carpenter, Dougie sabía que Rainie había desaparecido antes de que se lo contaran.

—Eso no tiene sentido.

—Y por eso fui a verlo.

—¿Y le dio alguna explicación?

—No, pero me dio la impresión… El modo de decir algunas cosas no me pareció propio de un niño de siete años. Parecía un niño repitiendo algo que le había dicho un adulto.

Le tocó entonces a Peggy Ann fruncir el ceño.

—¿Cree que quizá conoce a la persona que raptó a Rainie?

—Todavía no estoy segura. Pero lo que sí creo es que sabe algo. ¿Se le ocurre algún otro amigo que pueda tener, algún buen amigo? ¿Alguien a quien le hiciera confidencias?

—Yo no me involucro en el día a día. Tendría que preguntarle a Laura.

—No es nada personal pero no me parece que Laura Carpenter esté muy unida a Dougie.

—¿Quizá Stanley?

—Todavía no lo conozco. —Kimberly se quedó callada un momento—. ¿Qué hay de las acusaciones de maltrato que hizo Dougie?

Peggy Ann suspiró.

—¿Extraoficialmente?

—Extraoficialmente.

—Si pensara que Dougie corre algún peligro de verdad, lo sacaría de esa casa en un abrir y cerrar de ojos. No tengo ningún sitio al que llevarlo, claro, pero ya encontraría algo. He hecho el seguimiento de Stanley y Laura Carpenter y no he dado con nadie que diga nada malo de ellos, lo que sí me encontré fue con media docena de muchachos del equipo de fútbol del instituto que juraron que el señor Carpenter los ayudó a cambiar su vida por completo. Y he visitado a Dougie muchas veces. Jamás he visto ninguna magulladura en él, nada que sugiera violencia. Y dado su pasado conflictivo…

—Cree que está mintiendo.

—Creo que el enfoque de Stanley Carpenter, amor y disciplina, a Dougie le parece una declaración de guerra. Pero puede que sea también la única esperanza que le queda a Dougie.

—¿Sabe si Rainie había llegado a alguna conclusión?

—No he visto ningún informe.

—¿Rumores?

Peggy Ann frunció el ceño y después negó con la cabeza.

—Tampoco he oído ningún rumor. Lo último que supe fue que seguía investigando.

Kimberly asintió y se recostó en la silla. Quincy había insinuado que Rainie estaba empezando a pensar que el caso de Dougie tenía posibilidades. Pero cuando había hablado con Laura Carpenter, esta no parecía saber nada del tema, y Peggy Ann tampoco. La verdadera cuestión, en opinión de Kimberly, no era las conclusiones a las que había llegado Rainie sino lo que otros pensaban que eran esas conclusiones. Pero, por lo que parecía, Rainie se había mostrada muy reservada.

Kimberly suspiró, frunció el ceño e intentó pensar cuál era el mejor camino a seguir a continuación.

—¿Dougie iba a la escuela?

—A primero.

—¿Puede darme el nombre de su profesor o profesora? Quizá sepa algo.

Peggy Ann se levantó y se acercó a la mesa, que, según vio Kimberly, también cumplía la función de escritorio.

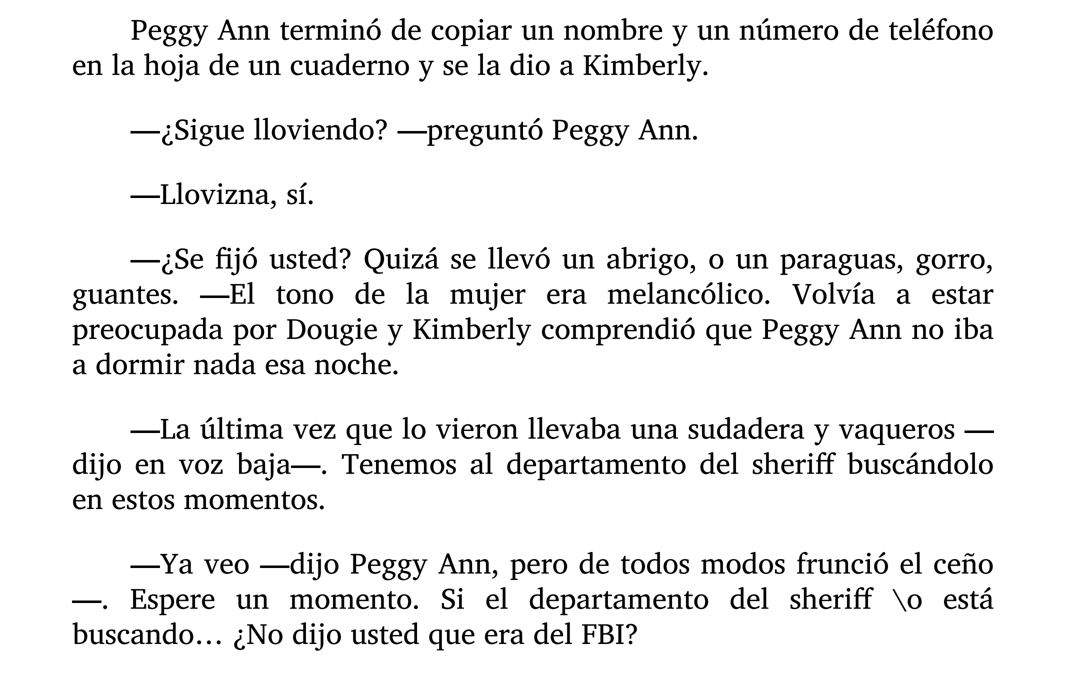
—Es la señora Karen Gibbons. Estoy segura de que no le importará que la llame. Pero que conste que Dougie no es precisamente el ojito derecho de la maestra.

—Ya me lo imaginaba. ¿Y qué hay de algún psicólogo? Ahora que está con los Carpenter, ¿acude a las citas?

—No que yo sepa, pero, una vez más, Laura podría decirle algo más.

Kimberly había hablado un momento con Laura después de su encuentro con Dougie. Por lo que la federal había visto, Laura no sabía nada. De veras, en serio que no sabía nada, cosa que a Kimberly le había parecido un rasgo muy interesante en una madre de acogida. Era como si Stanley hubiera querido acoger a un niño, Stanley hubiera diseñado un programa para acoger a un niño y Stanley hubiera acogido al fin a un niño. Como si Laura solo pasara por allí.

Kimberly no había visto ningún signo exterior de magulladuras, pero en su opinión personal, Laura encajaba con el perfil de mujer maltratada. Se preguntó si Rainie había pensado lo mismo.



Peggy Ann terminó de copiar un nombre y un número de teléfono en la hoja de un cuaderno y se la dio a Kimberly.

—¿Sigue lloviendo? —preguntó Peggy Ann.

—Llovizna, sí.

—¿Se fijó usted? Quizá se llevó un abrigo, o un paraguas, gorro, guantes. —El tono de la mujer era melancólico. Volvía a estar preocupada por Dougie y Kimberly comprendió que Peggy Ann no iba a dormir nada esa noche.

—La última vez que lo vieron llevaba una sudadera y vaqueros —dijo en voz baja—. Tenemos al departamento del sheriff buscándolo en estos momentos.

—Ya veo —dijo Peggy Ann, pero de todos modos frunció el ceño—. Espere un momento. Si el departamento del sheriff \o está buscando… ¿No dijo usted que era del FBI?

—En realidad no pensamos que se haya perdido —dijo Kimberly con toda la amabilidad que pudo—. Creemos que es posible que lo hayan secuestrado.

Peggy Ann se metió la mano en la boca.

—Oh, no.

Kimberly se levantó del sillón.

—Si se le ocurre alguien más con quien yo pueda hablar…

—La avisaré de inmediato.

—Y si por alguna razón supiese algo de Dougie…

—La avisaré de inmediato.

Kimberly estaba en la puerta. Peggy Ann seguía de pie en medio de la habitación. Parecía desesperada, con los hombros hundidos en aquella sudadera demasiado grande para ella y unos cuantos mechones de cabello oscuro enredados alrededor de la cara pálida.

—Peggy Ann, si conseguimos ponernos en contacto con Dougie —preguntó Kimberly de repente—, ¿se le ocurre algo que le podamos decir, algo o alguien que pudiera captar su atención? ¿Tiene algún juguete favorito o un amigo invisible? ¿Quizá algún recuerdo de su madre?

Peggy Ann esbozó una sonrisa triste.

—¿Qué cree que utilizó para encender el fuego en el garaje de los Donaldson? Reunió todas sus cosas personales, su ropa, sus juguetes, las fotos de su madre, y les prendió fuego. Hasta el último objeto. No queda ni un solo retrato de su madre.

Kimberly no sabía qué decir.

Peggy Ann sonrió con melancolía.

—Espero por su propio bien que Dougie tenga una caja de cerillas esta noche.

—¿Por qué?

—¿Ha comprobado el termostato? Está bajando de los cinco grados. Y si ya está mojado y tiene frío…

No hacía falta decir el resto.

—Estamos haciendo todo lo que podemos —repitió Kimberly.

Pero Peggy Ann no se dejó engañar.

—Y sin embargo, cuando se trata de Dougie Jones, todo lo que podemos nunca es suficiente.

Capítulo 26

Martes, 21:01, hora de la costa oeste

Kincaid dio comienzo a la reunión informativa del grupo especial haciendo que Shelly Atkins hablara primero. Fue una indirecta sutil pero eficaz contra el departamento del sheriff de Bakersville puesto que Shelly ya había admitido que no tenía nada nuevo que decir.

—Iremos uno por uno —anunció Kincaid a las nueve en punto—. Ponemos a todo el mundo al día sobre cómo van nuestros esfuerzos individuales y después discutimos el protocolo para el intercambio de mañana. Shelly, ¿qué tiene?

Shelly, que estaba sentada enfrente de Kincaid, parpadeó sorprendida. Se quedó mirando al detective Spector, sentado a la derecha de Kincaid, y luego a la negociadora en casos de rehenes, Candi Rodríguez, sentada a la izquierda del sargento. Al fin suspiró, reconocía una emboscada cuando la veía, y no se achicó.

Kimberly entró en la sala de conferencias justo cuando Shelly se levantaba para hacer su informe. La joven se deslizó a toda prisa en la silla que Quincy le había reservado entre él y Mac mientras se secaba la lluvia de la cara con la mano. Solo quedaba otro asiento libre, el de la detective de la policía estatal Alane Grove. Al parecer Kincaid no estaba de humor ni siquiera para esperar a su propia gente. El sargento hizo un gesto con la mano y Shelly empezó a hablar.

Con toda la discreción que pudo, Kimberly le dio un ligero codazo al brazo de su padre y garabateó un resumen rápido en el bloc de notas amarillo que tenía delante Quincy. Escribió: «Luke Hayes = no. El hijo de Lucas Bensen???».

Quincy se quedó mirando la nota durante un buen rato.

—Bueno, según lo acordado en la última reunión —decía Shelly con aspereza—, el departamento del sheriff ha llevado a cabo dos tareas principales. Una, hemos estado comprobando las coartadas de los delincuentes de la zona además de hacerle la pascua a unos cuantos. Dos, hemos estado involucrados en la búsqueda de Douglas Jones, de siete años. En cuanto a nuestra primera misión, elaboramos una lista de veintisiete personas de interés. Hasta este momento hemos visitado en persona a doce de esos individuos. A ocho los hemos descartado definitivamente por tener coartada. A tres los hemos trasladado a la categoría de poco probables. Uno sigue siendo una persona de interés, así como los otros quince, a los que esperamos visitar en breve.

»Bueno, durante una de esas visitas el individuo en cuestión nos

ofreció una lista de nombres de personas que pensó que podrían estar dispuestas a raptar a una mujer para cobrar un rescate. Varios de esos nombres ya estaban en nuestra lista. Pero surgieron tres más que he añadido a la columna de personas de interés, lo que nos lleva a un total de diecinueve varones de la zona.

La sheriff miró a Kincaid por encima de la mesa y carraspeó.

»Seré sincera. Dado lo tardío de la hora y todas las demás responsabilidades que tiene mi gente, dudo que podamos despachar diecinueve nombres antes de las diez de la mañana. Seguiremos trabajando en ello hasta medianoche y luego voy a empezar a mandar a mis agentes a casa en turnos de cinco horas, para que todo el mundo pueda dormir un poco por lo menos antes de empezar por la mañana. De los nombres que no hayamos despachado, que supongo que serán una docena, elaboraré yo pequeños perfiles para la señorita Candi. Y sí, utilizaré esquemas de puntos.

Shelly le lanzó a la negociadora una sonrisa irónica y Candi respondió con la más dulce de sus sonrisas.

»Bueno, en cuanto a Dougie, tengo a tres de mis ayudantes coordinando los esfuerzos con el equipo de salvamento de la zona así como con los bomberos, además de una docena de voluntarios, más o menos. Seguirán trabajando unas cuantas horas más pero los bosques que rodean la residencia de los Carpenter ya se han registrado bastante a fondo. O bien Dougie se ha escondido y no quiere que lo encuentren, o ha desaparecido, secuestrado como sospechamos.

—¿Ha hablado con los padres de acogida? —preguntó Kincaid.

—Yo no pero uno de mis ayudantes sí.

—¿Y?

Shelly se encogió de hombros.

—¿Y qué? Por su parte, Stanley Carpenter cree que Dougie se ha escapado. Según él, Dougie sigue siendo un bribón, dispuesto a hacer lo que sea para evitar responsabilizarse de sus acciones. Claro que lo último que supimos fue que Dougie alegaba que Stanley lo maltrataba. La persona que está a cargo de solucionar todo eso es Rainie Conner, que es nuestra primera víctima de secuestro y no me parece que podamos llamarla para preguntarle. ¿Creo que Stanley está diciendo la verdad? No tengo ni puta idea. ¿Creo que Dougie ha sido secuestrado o que ha huido por voluntad propia? No tengo ni puta idea. En las

últimas cuarenta horas solo he dormido cuatro. Solo me alegro de seguir en pie.

Kincaid parpadeó un momento.

—De acuerdo —dijo el sargento—. ¿Entró usted en la casa?

—No, la visita la hizo el ayudante Mitchell. Los Carpenter están cooperando. Las coartadas de Stanley (trabajó todo el día, entrenamiento de fútbol por la noche), se sostienen, las dos. Laura se pasó el día en casa, sola, así que es un poco más difícil explicar lo que hizo. Al ayudante Mitchell le permitieron recorrer la casa y ver la habitación del crío. No hay casi nada, solo un colchón y una sábana. La ventana está clavada al marco y la puerta se cierra con llave desde fuera, lo que incomodó un poco a Mitchell. Pero bueno, según Stanley, Dougie tiene un buen historial. Al parecer acostumbra a salir sin permiso de las casas de acogida para prender fuego a las cosas, cosa que concuerda con lo que nosotros hemos oído.

—Me gustaría enviar allí al laboratorio de Investigación Criminal, a ver lo que pueden encontrar.

Shelly se encogió de hombros.

—Podemos intentarlo. Creo que Mitchell les diría que no hay mucho que registrar en la habitación de Dougie. No hay escritorio, ni libros, ni tocador, ni cajón de los juguetes. Durante su somera inspección ni siquiera descubrió una papelera. No sé. Quizá convertir la habitación de un niño en una celda sea la única solución. Por eso yo prefiero los caballos.

—¿El ayudante Mitchell habló con Laura Carpenter? —intervino Kimberly.

Shelly se volvió hacia ella.

—Estaba presente cuando entró en la casa pero me dio la sensación de que el que más habló fue Stanley.

—¿Y eso le pareció extraño al ayudante Mitchell?

—¿Está preguntando si Stanley dirige su casa con puño de hierro?

—Hoy he conocido a Laura Carpenter. Me… preocupó su aparente falta de implicación en la vida del niño que había acogido.

Shelly lo pensó un momento.

—Mitchell no comentó nada pero podría hacer un seguimiento con él.

—¿Tiene algún ayudante que considere experto en casos de maltrato doméstico? ¿O quizá algún agente que usted considere que se le da bien hablar con mujeres maltratadas?

—Lo tengo.

—Yo enviaría a esa persona para hacer el seguimiento, a ver si puede hablar a solas con Laura. Stanley no va a decirle nada. Pero quizá, si recurrimos a Laura…

Shelly estaba asintiendo.

—Eso tiene sentido. Considérelo hecho.

Kincaid carraspeó y hurgó en los papeles que tenía delante. Después de todo, la reunión era suya.

—Bueno, Kimberly. Al parecer ha tenido usted una tarde muy atareada. ¿Hay algo que quisiera compartir con el grupo especial?

—Simplemente me limité a hacer un seguimiento del caso de Dougie Jones —dijo Kimberly con naturalidad. No tenía intención de mencionar su visita a Luke Hayes y sabía que su padre no querría que lo hiciera—. Le hice una visita a su trabajadora social, Peggy Ann Boyd, que en realidad era la vecina de Dougie cuando nació. Según ella, Dougie siempre ha sido un niño muy precoz pero al menos durante los primeros cuatro años de su vida, fue un niño muy querido. Por desgracia, su madre murió en un accidente, un atropello con fuga. Cuando no lo reclamó ningún familiar, el niño quedó bajo la custodia del Estado y empezaron sus aventuras con varios padres de acogida. Ella insiste en que, en el fondo, Dougie sigue siendo un buen crío. Pero ahora mismo está muy enfadado y, según sus propias palabras, necesita esa rabia más de lo que necesita que lo quieran.

—En otras palabras, nada que no supiéramos ya.

—Le pregunté si había alguna forma de llegar a Dougie. Un recuerdo especial al que pudiera tenerle cariño, un peluche, una mantita, lo que fuera. Según ella, Dougie destruyó todas sus cosas personales durante el primer incendio que provocó en el garaje de sus padres de acogida, incluyendo todas y cada una de las fotos de su

madre.

—Oh, Dios —murmuró Shelly desde su extremo de la mesa mientras los demás agentes cambiaban de postura, incómodos.

—Creo que Dougie todavía quiere mucho a su madre —dijo Kimberly en voz baja—. Creo que si alguien explotara esa información de la forma adecuada, podría manipular incluso a un niño tan duro y suspicaz como él. Digamos que podría atraerlo hacia su vehículo o incluso convencerlo para que fuera a dar un paseo.

—Es decir, que usted piensa que lo han secuestrado —declaró Kincaid con franqueza.

—Antes, incluso con la nota de rescate y el escarabajo… Quizá Dougie solo tenga siete años pero según todos los indicios es rápido, fuerte y no confía en absoluto en los desconocidos, no es la clase de niño al que alguien se pueda llevar sin más. ¿Entonces cómo es que nuestro tipo se largó con ese crío sin que nadie se diese cuenta? Al principio, esa idea me inquietó. Pero ahora… Empiezo a entender cómo pudo hacerse.

—¿Cree que Dougie es la segunda víctima de secuestro —preguntó Kincaid con calma—, o ha considerado la posibilidad de que fuera cómplice?

—Siete años es un poco joven para considerarlo cómplice.

—Ya sabe a lo que me refiero.

Kimberly dudó un momento. Sabía a lo que se refería el sargento y no era una idea agradable pero había que tomarla en cuenta.

—Es posible que Dougie esté ayudando a la persona que se llevó a Rainie —dijo después de un momento—. Está enfadado, aislado y no es más que un niño. Está claro que eso lo convertiría en un buen objetivo para una coacción.

—Me gustaría que todos mantuviéramos la mente abierta cuando se trata de Dougie Jones —dijo Kincaid con viveza—. Hay dos piezas de este rompecabezas que siguen inquietándome. Una, que Dougie Jones parecía saber que Rainie había desaparecido antes que nadie. Quizá no sea más que una simple coincidencia, quizá preguntó si la estaban buscando porque quería que desapareciera. Como bien ha dicho la sheriff Atkins con tanta elocuencia, nadie tiene ni puta idea cuando se trata de críos. Sin embargo, eso me lleva al segundo punto.

Cada vez parece estar más claro que Rainie era el objetivo. Y aún más, que quien quiera que se la llevase sabía mucho sobre ella y su vida. Bueno, según el señor Quincy, Rainie era una persona reservada con un círculo de amigos muy pequeño. Así que ¿quién podría haberse enterado de tantas cosas sobre ella sin que el radar de Rainie lo captase? Estoy empezando a preguntarme si no encajan esas dos piezas. Alguien lo sabía todo sobre Rainie porque se lo contó Dougie Jones. Y Dougie Jones sabía que Rainie había desaparecido porque…

—Ayudó a tenderle una trampa —terminó Quincy en voz baja.

Kincaid asintió.

—En estos momentos no es más que una teoría, por supuesto, pero no podemos descartarla. De ahí mi deseo de registrar la habitación de Dougie.

—Su habitación no —dijo Kimberly de repente, entrecerrando los ojos—. En el mundo de Dougie, es obvio que esa casa la controla Stanley, es terreno enemigo. En plena naturaleza, en los bosques, ahí es donde Dougie se siente más cómodo. Si quisiera un sitio para meter sus tesoros, una roca especial, por ejemplo, o su colección de escarabajos o, quién sabe, alguna nota de un amigo nuevo, ahí es donde estaría. En una lata metida en un árbol o enterrada bajo una roca. Ya saben, un sitio secreto pero accesible para un niño de siete años.

—A dedicar más tiempo a la madre naturaleza —dijo Shelly sin expresión.

—Quizá sus ayudantes, dado que ya están allí, registrando el terreno… —sugirió Kincaid.

—Y calándose hasta los huesos. —Shelly puso los ojos en blanco —. Me pondré a trabajar para conseguir la orden. Lo más probable es que no vaya a estar por ahí, a la vista de todos.

Suspiró, tomó nota en el bloc que tenía delante y la reunión continuó.

El detective Ron Spector, de la policía estatal tenía noticias de los dos forenses que habían llegado del laboratorio de Investigación Criminal de Portland, que, mira qué curioso, estaba ubicado en Clackamas.

—Son buenas y malas noticias —les informó Spector—. Al coche

ya lo están llevando al laboratorio para procesarlo durante la noche. Sin salir todavía de la escena hicieron un examen somero del interior con luces de alta intensidad. La buena noticia es que no hay señales de sangre y además descubrieron la huella de la suela de un zapato en el pedal del freno, así como una gran variedad de fibras, rastros… Así que anticipan que habrá pruebas de sobra que procesar, queda por ver si alguna resulta útil. La mala noticia es que esta lluvia nos está matando. No habrá nada concluyente hasta que el coche se seque pero los científicos no son muy optimistas en lo que se refiere a poder recuperar algo del exterior del vehículo. No hace falta decir que intentar recuperar algún rastro de los alrededores del vehículo también se considera una causa perdida.

»Huellas latentes también planea pasar mucho tiempo con el vehículo esta noche. Para ir más rápidos tomaron las huellas del retrovisor, la manija interior de la puerta y el cambio de marchas, que son los sitios donde es más probable que se consigan resultados. El espejo les brindó una huella de pulgar completa. La están comparando en estos momentos con las de la víctima y su familia. —El detective le echó un vistazo a Quincy, carraspeó y luego continuó.

»La primera nota ya ha llegado al laboratorio. Está haciendo un recorrido rápido por Huellas Latentes y ADN antes de que DC, documentos cuestionables, le eche mano. Aquí la mala noticia es que ese ADN en concreto va a llevar un tiempo, además resulta que tenemos un montón de trabajo interno en este momento. Estamos hablando de semanas, si no son meses, para que se emita el informe definitivo, no va a ser para mañana a las diez.

Spector le echó un vistazo a Kincaid. El sargento encargado del caso se encogió de hombros. Ni siquiera merecía la pena apuntar que era un caso de máxima prioridad. Todos eran casos de máxima prioridad.

—Y por último, también se han tomado las huellas del arma de la víctima y el arma se ha enviado al laboratorio. Una de las forenses, Beth, ya está de camino. Será ella la que busque rastros esta noche y luego os envíe a balística. Tienen un informe que va a tener que rellenar —Spector se dirigió con un gesto a Quincy—, sobre los hábitos de su mujer con el arma. ¿La limpia siempre después de dispararla…? Les ayudará a determinar si el arma se ha disparado recientemente.

—Siempre la limpia —respondió Quincy—. Y nadie la ha disparado recientemente. Lo habríamos notado por el olor.

Spector se encogió de hombros. El laboratorio tenía que hacer su trabajo y no era el detective el que iba a discutírselo.

—En conclusión, hay cosas de sobra que procesar. Por desgracia, buena parte son pruebas circunstanciales. La escena del crimen principal, la cuneta donde es muy probable que se llevaran a la víctima, ha sido destruida por los elementos. Y claro que podemos mandar a los científicos a los bosques donde vive Dougie Jones, pero creo que les dirán lo mismo que yo. Los rastros no aguantan en esas condiciones. Es un hecho.

Kincaid asintió con gesto sombrío, el informe del detective no les decía nada que no supieran ya. En un caso como aquel, sin sospechoso y con un margen de tiempo de trece horas antes del siguiente contacto, ya se suponía que los resultados de cualquier prueba llegarían demasiado tarde para serles de utilidad. Esa información la aprovecharía más tarde el fiscal que elaborara el caso para llevarlo a juicio. Lo que les quedaba por determinar a Kincaid y a la fuerza especial era el tipo de juicio que sería, ¿por secuestro o por asesinato?

Kincaid se aclaró la garganta y se volvió hacia Mac para que les diese las novedades sobre el proceso de consecución del dinero del rescate cuando se abrió de golpe la puerta de la sala de conferencias y Alane Grove entró como una tromba en la habitación, sacudiendo el paraguas y obviamente tensa.

—Siento llegar tarde —anunció sin aliento—, pero tengo noticias.

Kincaid levantó una ceja y miró a su joven detective.

—Bueno, la escuchamos, por supuesto.

La joven apenas esperó a escuchar la invitación, tiró el paraguas húmedo en cualquier parte y empezó a quitarse la gabardina a toda prisa.

—He estado reconstruyendo las últimas veinticuatro horas de Lorraine Conner. No fue a ningún bar, que yo sepa, lo que supongo que es buena señal, pero descubrí otra cosa. Tenía una cita con el médico a las tres de la tarde de ayer.

La joven miró directamente a Quincy, Kimberly también. Su padre negó poco a poco con la cabeza. Era obvio que no tenía ni idea de a dónde llevaba todo eso.

—Era una cita de seguimiento. Como es natural, el médico no

quería hablar de ello, la confidencialidad entre médico y paciente y todo eso. Pero en cuanto dije que había desaparecido, el médico se preocupó mucho. Al parecer, le recetó a Rainie un medicamento que empezó a tomar hace tres meses. La cita de hoy era para ajustar la dosis. Es una medicación para contener la ansiedad…

—Oh, no —susurró Quincy.

—Paxil —anunció la detective Grove con tono vivo—. ¿Ha oído hablar de él?

—Oh, no.

—Exacto. Según el médico, no es un fármaco que se pueda dejar de un día para otro, hay que ir dejándolo poco a poco. Hasta ayer, Rainie estaba tomando 62 mg al día, que es la dosis más alta. Según el médico, tiene que seguir tomándolo o los síntomas del síndrome de abstinencia serán bastante desagradables: confusión, dolores de cabeza, náuseas, hipomanía, molestias sensoriales. Algunas personas han comentado que son incapaces de levantarse, tienen la sensación de que se les disparan corrientes eléctricas continuas por el cerebro. No tiene muy buena pinta.

Kimberly volvía a mirar a su padre. Quincy seguía sacudiendo la cabeza, cazado por sorpresa, perplejo. Así que, después de todo, Rainie había encontrado una nueva forma de hacerle daño a su marido. Había buscado ayuda, pero no lo había buscado a él.

—Tengo la lista del contenido del bolso de la víctima que se encontró en el vehículo —decía la detective Grove—. No hay nada sobre un frasco de medicación. Pero entonces me puse a pensar. ¿Y si la víctima no quería que nadie supiera que estaba tomando antidepresivos? La gente es bastante susceptible con estas cosas, ya saben. Así que pensé, ¿cuál es el lugar más lógico para esconder unas pastillas y que siempre pueda tenerlas consigo pero sin que nadie sospeche nada? Y las encontré. Dentro del bote de aspirinas que llevaba en el bolso.

El tono de la detective era triunfante.

»Las conté todas. El número encaja con la receta que hizo el médico. Así que, por lo que yo calculo, la víctima tomó su dosis ayer por la mañana pero no ha tomado ninguna más desde entonces. Lo que significa…

—Que tenemos que encontrarla —dijo Quincy con tono tenso.

—Pues sí. O, al parecer, perderá la cabeza.

Capítulo 27

Martes, 21:38, hora de la costa oeste

No podía quedarse dormida. No iba a quedarse dormida. Bajo ninguna circunstancia debía dormirse.

Rainie se obligó a permanecer atenta, hiper alerta. Se concentró en el sonido del agua que chorreaba por las paredes del sótano, en el cuerpo pequeño de Dougie, apretado contra su costado, en el olor a moho que le llenaba la nariz. Estaba congelada, se estremecía con espasmos periódicos que le tiraban del cuerpo dolorido y le castañeteaban los dientes. Utilizó la incomodidad para mantenerse alerta. Le daba algo que sentir, perdida en un mundo negro en el que no veía nada.

Hubiera querido sacar a Dougie del suelo húmedo. Pero con los pies y las manos atadas era imposible manipular el cuerpo inconsciente del niño y subirlo a la mesa seca. En lugar de eso, había hecho todo lo que había podido para arrastrarlo a él y arrastrarse ella por los primeros escalones. El borde duro de las escaleras de madera se le clavó en las costillas magulladas y le cortó la circulación de varias partes del cuerpo. Rainie desarrolló una rutina, cambiaba de posición primero la pierna izquierda, luego la derecha, luego daba pisotones con los pies atados. El movimiento trajo calor y con el calor volvió la esperanza. Así que siguió moviéndose.

Rainie había trabajado en cierta ocasión en un caso en el que habían abandonado a una niña pequeña en una cueva subterránea. Sabía por esa experiencia que una persona podía morir de frío a diez grados. Solo hacía falta ropa mojada y un frío constante.

Tanto ella como Dougie estaban calados hasta los huesos.

Y tenía la sensación de que en el sótano no se llegaba a los diez grados, hacía bastante más frío.

Qué irónico, cuántas noches eternas había sufrido durante los últimos cuatro meses, noches en las que en su mente se disparaban pensamientos que no sabía controlar. Se había quedado dormida solo para sufrir horribles pesadillas. Había despertado con una sensación de ansiedad desplazada que muchas veces era todavía peor que los sueños.

Había visto desde fuera cómo se erosionaba. De ser una mujer casada relativamente feliz con un trabajo que le suponía un desafío, había pasado a ser un manojo de nervios que iba por la vida con los hombros encorvados, que no podía concentrarse, que no podía dormir y que había perdido la esperanza. Había desarrollado un temperamento explosivo que la asustaba incluso a ella.

Siempre que pensaba en Astoria o en los últimos momentos de terror de Aurora Johnson, se volvía loca de rabia, sentía la ira que se le clavaba en el cráneo como una bestia salvaje, desesperada por escapar. Y cuando terminaron el perfil, cuando el detective que llevaba el caso lo leyó y dijo, «Eh, yo conozco a este tipo», ni siquiera entonces cambiaron las cosas. El encargado del mantenimiento llevaba la coartada incorporada. Pues claro que sus huellas estaban en el apartamento, se encargaba del mantenimiento del piso. Por supuesto que había sangre en sus zapatos, había descubierto los cuerpos.

Quincy diseñó una estrategia para el interrogatorio. Aquel joven de veintiún años de pelo ralo que no había llegado a terminar el instituto se pasó cuatro horas consecutivas encogiéndose de hombros y afirmando: «Yo no sé na de eso».

Y así siguieron las cosas. Trabajaron, se machacaron, buscaron detalles con frenesí. Y los gritos de socorro de Aurora Johnson quedaron una vez más sin respuesta.

Se suponía que los profesionales eran capaces de enfrentarse a ese tipo de cosas. Se suponía que tenían que encogerse de hombros, enterrarlo, como al parecer podía hacer Quincy. «No se puede ganar siempre. El sujeto la cagará antes o después». Lo que implicaba otra madre masacrada, por supuesto, y otra niña aterrorizada.

Rainie era incapaz de encontrar ese nivel de aceptación en su interior. Soñaba con el apartamento ensangrentado, noche tras noche. A veces incluso fantaseaba con la posibilidad de visitar al encargado de mantenimiento en persona. Sabía cómo funcionaba la ciencia forense. Como cualquier agente de la ley, se había pasado bastante tiempo reflexionando sobre el crimen perfecto. Se encargaría del asunto de una forma muy íntima y personal. Se aseguraría de que lo que le había ocurrido a la pequeña Aurora Johnson jamás volviera a pasar.

Salvo que, claro está, el encargado de mantenimiento solo era la punta del iceberg. Empezó a seguir otros casos de una forma obsesiva: niños secuestrados, casos de abusos, historias de la guerra de Irak.

Esperaba hasta que Quincy salía y luego se escabullía en busca del ordenador, como una ladrona. Y buscaba en Google: tres niños muertos de inanición. Otra búsqueda: casa de los horrores. Otra búsqueda: violación de un bebé.

Era asombrosa la cantidad de horrores que aparecían en la pantalla. Se quedaba allí sentada, durante horas seguidas, sin dejar de leer un momento mientras le caían las lágrimas. Tanto dolor y sufrimiento. Tanta injusticia. El mundo era un lugar miserable y cruel y no había nada que pudiera hacer una mujer como ella para marcar la diferencia. ¿Cómo podía haber tantos niños gritando sin que nadie respondiera a sus gritos?

Y entonces oía el crujido de las llantas de Quincy en el camino de entrada. Cerraba a toda prisa las ventanas de la pantalla y se frotaba las mejillas.

—Solo estaba mirando mi correo —le decía a su marido cuando este aparecía en el vestíbulo, oliendo a lluvia y abetos. Y él asentía y se iba al dormitorio de ambos mientras ella se quedaba allí sentada, con las manos juntas y la cabeza baja, preguntándose como era capaz de mentirle a alguien al que amaba de verdad.

Y entonces sentía que la oscuridad crecía en su interior, una bestia que vivía y respiraba y la aislaba del resto de la civilización, la aislaba de su propio mando. Seguía con su horrenda búsqueda y no le contaba nada a Quincy. No lo entendería. Nadie lo entendería.

Había sido un alivio cuando al fin había tomado aquella primera copa.

Era idiota, lo sabía. Su cruz era tener que vivir tanto dentro como fuera de su cuerpo. Se movía, funcionaba, sentía. También tenía una parte objetiva que no tenía problemas en criticar sus propias acciones.

Aurora Johnson estaba muerta. ¿Cómo iba a cambiar eso el hecho de que Rainie bebiera, Rainie mintiera o Rainie se derrumbara? Los días buenos, cuando la niebla se retiraba de su cerebro, cuando las manos le temblaban menos y podía pensar con más claridad, comprendía que estaba haciendo lo peor que podía hacer. Uno de esos días, cuando Quincy se encerró en su oficina a trabajar en sus memorias, incluso llamó para pedir cita con un médico.

Y para gran asombro suyo, acudió a la cita dos semanas después, aunque la noche anterior había conseguido dormir y en el desayuno había comido unos bocados de huevo, así que quizá ya había pasado

lo peor y estaba comenzando a recuperar la cordura, después de todo. Ese tipo de cosas iban y venían, ¿no? En una ocasión había sido fuerte, volvería a serlo. Eh, ella era Rainie. No había forma de acabar con ella.

Fue al médico, un caballero anciano y amable que parecía recién salido de una serie de televisión. Le dijo que tenía un trastorno de ansiedad y le dio una receta. Rainie llevó la receta en el bolso durante dos semanas más antes de ir a la farmacia. Luego fue al baño de señoras y por razones que ni ella misma fue capaz de explicar, echó las pastillas en un frasco de aspirinas tras quedarse con una en la palma de la mano. Después se quedó mirando aquella pastilla durante mucho rato.

Quizá debería haberle dicho al médico lo de las cervezas que consumía al día. Era muy probable que lo de la bebida cambiara las cosas.

Se tomó la pastilla. Esperaba dormir como un bebé. Y cuando se despertó de golpe a las tres de la mañana con la cabeza llena de los gritos silenciosos de Aurora Johnson, se fue directamente a la ducha para que Quincy no la viera hacerse una bola diminuta y llorar de pura frustración.

Tomó más pastillas. Bebió más cerveza. Dejó que la oscuridad se hinchara en su interior y se entregó a ella, resignada, aceptándola.

Mientras su mejor amigo la paraba por conducir bebida. Mientras su marido le preguntaba una y otra vez si estaba bien. Mientras su pequeño pupilo se daba cuenta de que le había mentido y huía de ella para esconderse en los bosques.

Era asombroso lo que uno podía hacerse a sí mismo. Cuántas mentiras podías contarte. Hasta qué punto podías herirte. Podías tener todo lo que siempre habías querido: un marido cariñoso, un buen trabajo, una casa hermosa, y aun así no era suficiente.

Rainie se torturaba. Y después se apartaba un poco, se miraba desde fuera y se veía caer.

Hasta que se encontró allí, atada y amordazada en un sótano, con el pelo cortado a machetazos y un niño de siete años inconsciente a sus pies. Su demonio interior debería estar rugiendo de aprobación. «¿Ves? El mundo es un sitio horrible y no hay nada que tú puedas hacer».

Pero en lugar de eso y por primera vez en meses, su mente no decía nada.

Sí, era cierto, tenía náuseas. Le palpitaba la cabeza. Tenía un extraño cosquilleo subiéndole y bajándole por la pierna izquierda. Pero, en general, estaba centrada, decidida. En algún lugar de allí arriba había un hombre. Un hombre que la había secuestrado a ella y le había hecho daño a Dougie.

Y Rainie pensaba hacerle pagar por eso.

En la oscuridad, los labios de Rainie esbozaron una sonrisa. La antigua Rainie había vuelto y por fin, con cierta tristeza, lo entendió. Quincy solo le había dado alguien a quien amar. Al parecer, necesitaba más alguien a quien odiar.

Martes, 22:15, hora de la costa oeste

—Me estás tocando.

La voz de Dougie sacó a Rainie de su ensueño. Se juró que no se había quedado traspuesta. Bueno, quizá solo durante un segundo.

—Eres una pervertida y voy a chivarme.

Rainie se estiró en la oscuridad. Un dolor frío, como una cuchillada, le atravesó la cadera izquierda, como una descarga eléctrica. Hizo una mueca, se apartó un poco del cuerpo de Dougie e intentó estirar las piernas.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te duele la cabeza? —preguntó.

—¿Dónde estamos? No veo. ¡No me gusta este juego!

—No es un juego, Dougie. Alguien me ha secuestrado. Y esa misma persona también te ha secuestrado a ti.

—Eres una mentirosa —dijo Dougie muy enfadado—. Mentira, mentira, mentira. ¡Voy a decírselo a la señorita Boyd! No eres más que una borracha. ¡Quiero irme a casa!

—Sí, Dougie. Yo también.

Con la conciencia llegó el frío. Rainie levantó las manos por instinto para frotarse los brazos, pero volvieron a impedírselo las ataduras. Ojalá pudiera ver. Ojalá pudiera sentir los dedos. Se le ocurrió que la voz de Dougie parecía normal, sin trabas, lo que

significaba que no estaba amordazado. Se atrevió a ser optimista.

—Dougie, yo tengo una venda en los ojos. ¿Tú tienes una venda en los ojos?

—Sí. —El niño todavía parecía huraño.

—¿Y las muñecas y los tobillos? ¿Estás atado?

—S-sí. —Aquello era más bien un hipido. Dougie estaba empezando a ser consciente de lo que lo rodeaba y con esa conciencia llegaba el miedo.

Rainie se obligó a parecer tranquila.

—Dougie, ¿viste a la persona que te cogió? ¿Sabes quién ha hecho esto?

El niño se quedó callado un rato.

—Luz blanca —dijo al fin.

—Conmigo también. Creo que está usando una especie de destello cegador, seguido por una droga, quizá cloroformo. Quizá sientas el estómago revuelto. No pasa nada si necesitas vomitar. Solo avísame y te sacaremos de las escaleras.

—No me caes bien —dijo Dougie.

Rainie no se molestó en contestar a esa declaración. Dougie llevaba semanas diciéndoselo desde un miércoles por la noche que se suponía que tenía que ir a verlo pero terminó en un bar. Le había llevado meses ganarse la confianza de aquel niño y la había perdido en menos de cuatro horas. «Esta es tu vida, —pensó Rainie y no era la primera vez—, y esta es tu vida con el alcohol».

—Dougie —le dijo con cautela—. Voy a estirar los brazos, a ver si puedo desatarte las muñecas. Yo tampoco veo nada así que quédate quieto un segundo mientras busco.

El niño no respondió pero tampoco se movió. Algo es algo, supuso Rainie. Se inclinó sobre él y notó que temblaba y luego ponía rígido el cuerpo para evitar los estremecimientos. Tenía la sudadera húmeda, lo que le arrebataba un calor precioso. Rainie juró que si conseguía salir de aquel sótano, jamás volvería a salir bajo la lluvia.

Los dedos femeninos encontraron al fin los brazos atados del

pequeño. Le exploró las muñecas y luego maldijo por lo bajo. El hombre había utilizado ataduras de plástico duro. La única forma de quitarlas sería con algo afilado, quizá unas tijeras. Hijo de puta.

—No puedo —dijo Rainie al fin—. Lo siento, Dougie. Necesitamos una herramienta especial.

Dougie se limitó a sorber por la nariz.

»Déjame probar con la venda de los ojos. Quizá con eso lo consiga.

Dougie giró la cabeza. Rainie encontró el nudo. La venda tenía más posibilidades, era una simple tira de tela de algodón. Pero el nudo estaba muy apretado y Rainie tenía los dedos entumecidos. Tuvo que tirar de él una y otra vez, de vez en cuando le tiraba a Dougie del pelo y le hacía soltar un gruñido.

Al final no consiguió dominar el nudo. Pero con tanto tirón, la tela gastada se ensanchó y Dougie sorprendió a los dos quitándose la venda de la cabeza.

—¡Sigue oscuro! —dijo el niño, sorprendido.

—Creo que estamos en un sótano. ¿Ves alguna ventana?

El pequeño se quedó callado un momento.

—Arriba —dijo al fin—. Hay dos. Pero yo no soy tan alto.

Rainie creyó saber a qué se refería el pequeño. Dos tragaluces altos, probablemente colocados por encima de los cimientos. Al menos eso permitiría la entrada de un poco de luz natural. Cualquier cosa tenía que ser mejor que aquella oscuridad interminable.

—Dougie, ¿crees que podrías intentar quitarme a mí la venda?

El niño no respondió de inmediato. ¿Resentido, enfadado? ¿Seguía pensando en todo aquello en lo que Rainie le había fallado? No podía volver atrás. De eso al menos estaba segura.

Y por fin sintió los dedos del niño. Le subieron por el brazo, por el cuello y luego el niño se quedó quieto.

—¿Dónde está tu pelo?

Rainie no quería asustar a un niño pequeño, pero, al mismo

tiempo, necesitaba tener un aliado, lo que significaba que necesitaba que el niño odiara al secuestrador más de lo que estaba enfadado con ella.

Le respondió con la verdad.

—Me lo cortó él. En realidad lo serró, con un cuchillo.

El pequeño dudó un momento. Rainie se preguntó si estaba procesando el resto de la información que debían de haberle dado sus dedos. La sensación pegajosa de aquella piel en la que los cortes cruzados seguían sangrando y rezumando. La zona tibia e hinchada alrededor del hombro, donde algo se había torcido de una forma espantosa.

—Intenta quitarme la venda —le ordenó en voz baja—. Empezaremos por recuperar los ojos y luego ya veremos lo que podemos hacer con los pies.

El niño se puso a trabajar en la venda. Tenía unos dedos más pequeños y hábiles. Incluso con las muñecas atadas le quitó la venda en un santiamén. Después, sin esperar a nada más, comprobaron los tobillos. Por fortuna no era un cierre relámpago sino tiras de algodón de las de toda la vida. Como Dougie ya había demostrado que era el más hábil, lo intentó él primero.

En cuanto se desprendieron de las ataduras y las piernas de Rainie se separaron de golpe, la mujer sintió una explosión de impulsos eléctricos por las piernas. Le temblaron los dedos de los pies y la pierna izquierda tuvo un espasmo. Durante treinta segundos apretó los dientes de dolor a medida que las terminaciones nerviosas se iban llenando de sangre y se despertaban con una llamarada. Le apetecía gritar, golpear algo con la mano abierta por pura frustración. Pero sobre todo quería matar al hijo de puta que estaba arriba.

Y después pasó lo peor y la dejó temblorosa, con las piernas de goma, como si acabara de escalar el Everest en lugar de soportar una ronda de espasmos musculares.

Intentó respirar hondo, tranquilizarse y por primera vez se dio cuenta de lo mucho que le dolía la cabeza, del zumbido bajo que le llenaba los oídos. Se había saltado al menos una dosis de su medicación. No se hacía ilusiones sobre lo que iba a pasar a continuación.

Bajó al último escalón y se puso a trabajar en las ataduras de

Dougie. Sus ojos todavía estaban acostumbrándose a la oscuridad; los dos tragaluces dejaban entrar un fulgor lejano, quizá el de la luz del techo de un patio. Era suficiente para permitir que el paisaje de su prisión pasara de una negrura absoluta a ciertos tonos de gris. Los zapatos de Dougie se convirtieron en una silueta oscura que contrastaba con un fondo más claro. Buscó un poco con los dedos entumecidos hasta que encontró el nudo y empezó a pellizcarlo y dar tirones.

—No se te da muy bien —dijo Dougie.

—Lo sé.

—Tengo hambre.

—¿Has traído algo de comer? —le preguntó Rainie.

Lo sintió fruncir el ceño en la oscuridad.

—No.

—Entonces no tenemos nada que comer.

—Me quitó el escarabajo —dijo Dougie y, por primera vez, pareció enfadado—. ¡Me robó mi mascota!

—Dougie, ¿te acuerdas de que los adultos siempre te están diciendo que no hay que pegar? ¿No se muerde, no se araña, tienes que jugar bien?

—Sí.

—Este hombre es la excepción. Si tienes la oportunidad, vete a por él como puedas. —El nudo se aflojó por fin. La tela cayó y Dougie dio unas cuantas patadas con aire triunfante.

Ya podían utilizar los pies, los ojos y la boca. No estaba mal para un día de trabajo.

Rainie recogió los trozos sueltos de tela. Todavía no sabía cómo iba a usarlos pero el que guarda, encuentra.

Y entonces vio, en medio de la oscuridad, que Dougie se llevaba las muñecas a la boca y empezaba a morder las tiras de plástico. En teoría, no debería ser nada fácil romper con los dientes la dura banda de plástico pero Rainie no quería desalentar al niño. Se levantó sola e intentó caminar un poco para deshacerse de las extrañas sensaciones

que todavía le recorrían el costado como una pelota de ping-pong.

Era un placer dar un paso de verdad. Se sentía fuerte, casi humana. Aparte del dolor de cabeza, el de las costillas y el de los brazos. Entonces le empezaron a castañetear otra vez los dientes y le recordaron el frío que la entumecía.

Observó el tramo de escaleras. Vio un rayo de luz bajo la puerta. Así que todavía seguía despierto, moviéndose por allí, haciendo lo que hicieran los secuestradores.

—Eh, colega —le dijo a Dougie—. Tengo un plan.

Capítulo 28

Martes, 22:03, hora de la costa oeste

Poco después de las diez el grupo especial se dispersó. Shelly Atkins se reunió por separado con sus ayudantes para coordinar los turnos de noche. Los detectives de la policía estatal se fueron a algún hotel en busca de habitaciones. La gente estaba cansada y crispada, agotada pero alerta. Todos intentarían dormir al menos unas horas. Quizá la mitad lo consiguiera.

Quincy estaba un poco mareado, con ese extraño estado eufórico que precede al derrumbamiento físico absoluto. La buena noticia era que no sentía ninguna tirantez en el pecho ni tenía revuelto el estómago.

Pero la mala era que su mente se había disparado, los pensamientos rebotaban y se alternaban entre la turbulenta infancia de Dougie Jones, las sospechas de Luke Hayes y lo acertado de la decisión de implicar a su propia hija en la entrega del rescate. Pensó en Astoria, en el modo que tenía de trabajar el grupo especial, en silencio, tomándose las cosas muy en serio y sin embargo no había forma de ver resultados. Recordó el día en que había vuelto a su casa el mes anterior y se había encontrado a Rainie leyendo delante de la chimenea, se había detenido un momento para admirar la curva del cuello de su mujer, inclinada sobre la novela.

Había momentos en los que Quincy pensaba que ojalá pudiera detener el tiempo. Le gustaría estirar la mano como un gran director de orquesta cósmico y decir, «Alto. Que permanezca este momento. Por favor, que este momento dure solo un rato más».

Le gustaría alargar esos primeros momentos de la mañana,

cuando podía contemplar a Rainie dormida, con el cabello derramado por la almohada, el borrón de las pestañas sobre las mejillas. Una vez despierta, Rainie era todo ángulos duros, pasos rápidos y sacudidas. Se movía al hablar, se movía al comer, se movía, se movía sin parar. Pues claro que él admiraba esa energía, esa actitud, esa elegancia ágil y felina. Pero la prefería por las mañanas. Le gustaba saber que era la única persona que veía a esa Rainie, suave, quieta, vulnerable.

Se sentía avergonzado. Como si durante todo aquel tiempo hubiera estado durmiendo con una mujer pero nunca la hubiera visto de verdad. Lo mal que lo estaba pasando, aquella necesidad desesperada, lo mucho que la estaba quemando su trabajo, el trabajo de los dos, poco a poco, hasta que necesitó una pastilla para terminar el día y una copa para aguantar la noche.

Pero bajo la vergüenza había una creciente sensación de furia. Porque su mujer estaba rota y él no podía arreglarla y eso lo dejaba con una sensación de impotencia tal, maldita fuera, y una sensación de debilidad tal, maldita fuera, que volvía a enfadarse con Rainie otra vez. ¿Por qué no podía ser una mujer más dura? Se encontró pensando él precisamente, el profesional cualificado. ¿Por qué coño no podía coger al toro por los cuernos?

Él también había estado en la escena del crimen. Había tenido que mirar el cuerpo de aquella niña. Y había visto a Amanda y a Kimberly y había sentido lo que siente cualquier padre cuando se da cuenta de que ha llegado demasiado tarde, que ya no puede proteger a su pequeña, que ningún padre es tan omnipotente como su hijo cree.

El mundo estaba lleno de mierda. Y el único modo que conocía Quincy de enfrentarse a ella era seguir sacándola a paladas. Era lo que hacía y, en otro tiempo, lo que también había hecho Rainie. Entonces eran un equipo. Se suponía que cada uno le daba fuerzas al otro.

Pero su fuerza no era suficiente para ella. Su amor no le había bastado. La había abrazado cada noche y, a pesar de todo, se había roto.

Quincy sintió una presión insoportable que se le iba acumulando en la cabeza. Y, solo por un instante, quiso abrir la boca y gritar.

Pero en lugar de eso captó la mirada de Kincaid desde el otro lado de la mesa, sacó sus notas, se enderezó la corbata y se preparó para lo que tenían que hacer a continuación.

Martes, 22:32, hora de la costa oeste

—Déjenme que sea el primero en decir que sé que esto es de lo más irregular —empezó a decir Kincaid—. Pero dadas las restricciones de tiempo, el señor Quincy y yo estuvimos de acuerdo en que lo más oportuno era que fuera él el que realizara el perfil de este caso. Como es natural, cualquier buen abogado defensor les pondrá inconvenientes a los documentos generados por el marido de la víctima pero eso no cambia el hecho de que necesitamos que un psicólogo experto diseñe una estrategia para la charla de mañana por la mañana. Dada su experiencia con los casos en los que se exige rescate, el señor Quincy está cualificado para ese papel y lo que es mejor aún, está disponible.

Kincaid señaló con un gesto a Quincy, que recibió la abrumadora presentación del detective de la policía estatal con un ligero asentimiento.

—Me conmueve usted.

—Pues debería. El fiscal del condado de Tillamook se va a oler en cualquier momento lo de esta reunión y va a entrar como un toro a arrancarme la cabeza. Vamos a disfrutar de la luna de miel mientras dure.

Quincy asintió otra vez y cogió su bloc de notas amarillo. Enfrente de él estaban Kincaid, Candi y Kimberly. Mac había salido al vestíbulo, donde estaba utilizando el portátil de Kimberly para buscar a la familia de Lucas Bensen, aunque no era que a Quincy le apeteciera mucho contar la noticia todavía.

Aparte de ellos, no había ningún otro detective de la policía estatal presente, ni ningún miembro del departamento del sheriff de Bakersville. La reunión era solo para aquellos que debían conocer los detalles: Kincaid como jefe del grupo especial, Quincy como experto en psicología, Candi Rodríguez como negociadora y Kimberly como la agente que se encargaría de hacer la entrega del dinero. Kimberly y Kincaid parecían atentos, como requería la ocasión. Candi, por otro lado, parecía a punto de bostezar en cualquier momento.

—Cuando se trata de hacer un perfil en casos en los que se exige rescate, las cosas cambian mucho —dijo Quincy a modo de presentación—. En un caso de asesinato tradicional, buena parte de la información psicológica se deriva del asesinato en sí, los datos clave incluyen cómo se asesinó a la víctima, el estado del cuerpo, la ubicación del cuerpo, el método más probable que se utilizó para raptarla, el perfil de la víctima… Y, en general, cuando se llama a

alguien como yo, suele haber varias escenas del crimen que analizar, lo que significa que tenemos muchos datos que podemos tomar en consideración. Este caso, por el contrario, nos proporciona una cantidad muy limitada de información. Hemos identificado a la víctima pero no el modo en que la raptó. Tenemos una ubicación geográfica del secuestro pero ni idea de dónde retiene a la víctima o en qué condiciones puede estar. Ni siquiera tenemos pruebas forenses que nos ayuden a comprender el modo en que la raptó, dadas las condiciones extremas del tiempo. Lo que sí tenemos son cinco mensajes diferentes del sujeto y eso es lo que he utilizado como base de mi análisis.

Quincy sacó las fotocopias de las tres notas de rescate más las transcripciones de las dos llamadas de teléfono y extendió delante de él las cinco hojas de papel. Las habían llamado Mensaje 1 a 5 y estaban presentadas en el mismo orden en el que se habían producido. Tantos años y, en el fondo, Quincy seguía siendo un burócrata.

—Hay varias cosas que hay que tener en cuenta cuando se analiza este tipo de mensajes. En primer lugar, el método de comunicación. En este caso, el sujeto está utilizando tanto correspondencia escrita como llamadas telefónicas para iniciar el contacto. El hecho de que tienda tanto la mano indica claramente que quiere que le escuchen. De hecho, en las dos ocasiones en las que no respondimos a sus cartas con la suficiente rapidez, recurrió al teléfono. El diálogo es muy importante para esta persona. Quiere sentirse vinculado a la investigación; es más, quiere saber que controla la investigación. El control es la motivación primordial del sujeto, como veremos una y otra vez.

»La segunda consideración clave que hay que tener en cuenta cuando analizamos estos mensajes es que el sujeto inició el contacto a través de la prensa. Su primera carta está encabezada, “Estimado director”, la tercera carta, entregada directamente a un reportero veterano, se dirige al «miembro de la prensa y otros agentes de la ley». Está claro que el sujeto quiere llamar la atención. En la primera conversación que tuvo conmigo, llegó al punto de confesar que la fama era uno de sus objetivos.

—Fama, fortuna y una buena tarta de manzana —murmuró Kincaid.

—Exacto. Creo que la tarta de manzana es una referencia al sueño americano y toda la frase, «Lo que todo el mundo quiere: fama, fortuna y una buena tarta de manzana», es una observación bastante

irónica sobre la obsesión que tiene América con las celebridades. Así que ahora sabemos dos cosas sobre este individuo: Quiere tener el control y ansia que reconozcan su mérito.

»Ambos rasgos se confirman todavía más cuando examinamos el contenido de las cartas. Se refiere a las reglas en numerosas ocasiones. Nosotros, la policía, debemos seguir sus reglas. Si hacemos lo que dice, a la víctima no le ocurrirá nada. Si no le hacemos caso, la víctima será castigada. Como es obvio, cuando nos desviamos de las órdenes que dio en su segunda carta, respondió raptando a una segunda víctima y aumentando la cantidad del rescate. Es importante observar que castigó a la fuerza especial llevándose a una segunda víctima, no matando a la primera. ¿Por qué? Porque al matar a la primera víctima el sujeto se quedaría sin control. Sin un rehén que penda sobre nuestras cabezas, no le queda ninguna baza. No estoy diciendo que el sujeto no vaya a matar, de hecho, creo que hay una probabilidad muy alta de que se ponga violento, como pronto comentaremos. Pero a corto plazo, sin embargo, su deseo de manipular a la policía supera su sed de sangre. Pero si empieza a tener la sensación de que ha perdido el control —la mirada de Quincy se clavó con intención en Candi—, esa ecuación podría cambiar al instante.

»El elemento de control —continuó Quincy—, vuelve a confirmarse con la exigencia de que sea una agente, una mujer, la que entregue el dinero; a la mayor parte de los hombres las mujeres les parecen menos amenazantes. Y, por último, también con las víctimas que ha elegido. Nuestro sujeto no ha raptado al alcalde ni a un líder empresarial, objetivos lógicos si su objetivo principal fuera el dinero. Secuestró a una mujer que estaba sola y después a un niño de siete años. Nuestro sujeto necesita ser el amo del juego, así que, como es lógico, ha elegido víctimas que, según su percepción, son mucho más débiles que él.

»Los otros datos clave de las cartas son los nombres que ha elegido para firmar. Como ya hemos comentado, los tres alias son secuestradores cuyos delitos les proporcionaron al instante una gran notoriedad. En pocas palabras, esos hombres recibieron el reconocimiento que ansia nuestro sujeto y por tanto los ha escogido como modelos.

»Hay una tercera serie de consideraciones que se nos ocurren al revisar el contenido de estas cartas: las cartas están bien redactadas, el formato y la gramática son formales y correctos. Los encabezamientos también revelan que es muy consciente de los procedimientos

policiales. Si bien la primera carta se dirige al director, la segunda se dirige solo a la policía; es obvio que nuestro sujeto anticipó que se llamaría a unos detectives para que se encargaran del caso. Y lo que es más revelador, la tercera carta se dirige tanto a la prensa como a los miembros del grupo especial. Una vez más, estamos hablando de alguien que ha hecho los deberes. Ha anticipado que se formará un equipo entero para trabajar en este caso y que la prensa va a cooperar con ese cuerpo de investigación.

»Y por último, y esto entra un poco más dentro del campo de la teoría, creo que hay muchos indicios que señalan que el sujeto tiene al menos un conocimiento básico de la ciencia forense. La única letra manuscrita que ha utilizado pertenecía a la primera víctima. Todas las cartas se escribieron en papel normal blanco. La primera carta, la única que se envió por correo, se metió dentro de un sobre con cinta auto-adhesiva y el sello también era auto-adhesivo, lo que elimina la necesidad de aplicar saliva y, por supuesto, de dejar rastros de ADN. Creo que no es una coincidencia que el rapto se produjera durante una fuerte tormenta. Creo que el sujeto está utilizando de forma consciente el tiempo para cubrir sus huellas, no cabe duda de que se anticipa a los elementos en todos sus mensajes, los protege con plástico, etc., etc. Y el último detalle que debemos tomar en cuenta, en las dos llamadas telefónicas que me ha hecho, el sujeto ha utilizado un aparato para distorsionar la voz. Una vez más, está claro que ha pensado bien las cosas.

—¿Ha investigado? —preguntó Kimberly—. ¿O es experiencia?

—Ha investigado —afirmó Quincy—. Si fuera fruto de la experiencia, veríamos más detalles todavía en las notas y las llamadas. Hay suficiente tosquedad como para revelar a alguien que está en la cuna de su carrera delictiva. Pero no confundan la inexperiencia con estupidez. El sujeto se ha tomado muchas molestias para estar preparado. Y, como alguien que se ve a sí mismo como el amo del juego, está haciendo todo lo que está en su mano para permanecer un paso por delante de la policía.

Quincy respiró hondo.

»Todo lo cual me lleva al siguiente perfil: Estamos buscando a un varón blanco de entre veinticinco y treinta y cinco años, la edad media que vemos en los depredadores al comienzo de su carrera delictiva. De una inteligencia por encima de la media, fue a la universidad pero no se licenció. Se expresa muy bien y es muy posible que tenga una relación estable con una mujer que es guapa pero

sumisa, no es un hombre que pueda tolerar que su pareja lo desafíe. El sujeto pertenece a un nivel socioeconómico bajo pero se considera por encima de sus vecinos; puede que viva en una caravana, en un camping, pero no se considera la típica basura blanca. El sujeto tiene alguna relación con Rainie Conner pero he de advertir que no se utilice eso como herramienta de investigación, ya que esa relación puede que solo exista en su cabeza.

—Un acosador —afirmó Kincaid.

—Exacto. El sujeto es muy pulcro y va bien arreglado. Las apariencias son muy importantes para él. A primera vista, sus vecinos afirmarán que es elegante, atractivo y que tiene aspiraciones. Pero al rascar un poco se revela una pauta: nunca termina de llegar. Por ejemplo, entró en la universidad pero entonces ocurrió algo, digamos que murió uno de sus padres, que lo obligó a dejarlo. Tenía un gran trabajo pero ocurrió algo, la compañía se declaró en quiebra, por ejemplo, y lo dejaron en el paro. A nuestro brillante sujeto le iba de maravilla hasta que algo que no pudo controlar lo hizo fracasar. El pasado nunca es culpa suya y el futuro siempre es una oportunidad a punto de ocurrir. Hace poco se ha producido otro más de esos cambios importantes que se dan en su vida. Dado el elemento pecuniario del rescate, yo diría que ha perdido su trabajo. Estadísticamente hablando, sin embargo, un embarazo, el nacimiento de un hijo y el final de una relación larga suelen ser también inductores de un comportamiento delictivo.

—Se parece un poco a Stanley Carpenter —dijo Kincaid—. Terminó el instituto, tiene un trabajo manual, una mujer sumisa. Físicamente ejerce el control y quizá esté un pelín estresado con la llegada de su hijo de acogida.

—No me importaría hurgar un poco más en la coartada de Stanley —asintió Quincy—. Pero es un poco mayor de lo que me gustaría y tiene un estilo de vida más estable, lleva ya mucho tiempo con el mismo trabajo y la misma mujer y vive en la misma casa de siempre. El sujeto que estamos buscando es menos maduro en el plano emocional. Aspira a un estilo de vida mucho más deslumbrante que el de Stanley Carpenter, si bien no posee la constancia necesaria para alcanzar ese sueño.

»A la gente que lo rodea le cae bien este hombre pero puede que no confíen en él. Los más avezados percibirán en él el alma de un timador. De hecho, es probable que haya hecho una serie de tratos financieros un poco turbios, si es que no fueron timos absolutos. Pero

lo que este hombre quiere de verdad no es estafar, en realidad se está vendiendo a sí mismo, una imagen de sí mismo. Se está esforzando mucho, muchísimo para que nadie vea el monstruo que lleva dentro.

—Las notas —dijo Kincaid—. No hace más que afirmar que no es un monstruo.

—Exacto. Y ese es el indicio más importante de estas cartas. Desde el primer momento, el sujeto se ha desvivido por aseverar que no es ningún pervertido, que no es un monstruo. Afirma que es por dinero. ¿Pero dónde está el dinero en estos mensajes? La mayor parte de los secuestradores incluyen instrucciones largas y detalladas sobre la entrega del rescate. El valor de los billetes, cómo deben empaquetarse. Fantasean con el pago y esa anticipación se transmite a todo lo que hacen.

»Este sujeto no. Sus comunicaciones giran alrededor de dos cosas, no soy un monstruo pero deben obedecerme, o me convertiré en un monstruo y haré cosas horribles. Será culpa suya.

—Está buscando un chivo expiatorio —dijo Kimberly sin aliento.

—Es un psicópata —dijo Quincy con tono firme—. Sabe que es algo que lleva dentro. Le atraen asesinos como el Zorro y Nathan Leopold. No creo que haya matado todavía, y si lo ha hecho, lo más probable es que fuera accidental. Pero fantasea con dar muerte a alguien. Quiere sentirse poderoso, ¿y hay algo más omnipotente que quitarle la vida a otra persona?

—Perdonarle la vida a otra persona —murmuró Candi.

Quincy esbozó una sonrisa débil.

—Touché. Pero no es eso lo que empuja a nuestro sujeto. Sus impulsos ya son oscuros y violentos. Secuestrar a una mujer, mantenerla atada y amordazada, es el primer paso de su fantasía. Quizá se haya dicho a sí mismo que es por el dinero. Quizá se haya convencido de que realmente es para pedir un rescate. Pero hay muchas formas de hacer dinero. Desde una perspectiva psicológica, ¿para qué raptar a un ser humano? Es más, ¿por qué una mujer? Hay algo más en todo esto, aunque él no pueda admitirlo todavía.

—¡Cree que está muerta! —dijo Kincaid, pasmado.

—No. Todavía no. —La voz de Quincy había bajado un tono. Tomó una bocanada de aire para tranquilizarse. Si seguía

manteniendo la objetividad, si pensaba en una víctima sin nombre, podía trabajar. Pero si en cualquier momento recordaba que era su mujer, se derrumbaría.

»El sujeto quiere que se lo pongamos fácil —dijo en voz baja—. Quiere que le demos una excusa, cualquier excusa, para hacer lo que quiere hacer en realidad mientras le echa la culpa a otra persona. Así es como funciona. Él ejerce el control siempre pero la culpa nunca es suya.

»Cuando llame mañana —Quincy miró a Kimberly—, va a darte una larga lista de instrucciones. La logística será complicada, casi imposible de seguir. Usted —su mirada se dirigió a Candi— se encontrará en la incómoda posición de intentar que aclare sus exigencias mientras gana tiempo. El hombre se enfadará muy rápido. Nos acusará de infringir las normas por no hacer lo que dice. Se mostrará abiertamente hostil y amenazará con matar a las dos víctimas. No le damos alternativa.

Candi ya no parecía tan aburrida.

—Mierda.

—Pase lo que pase, debe hacerle creer que Kimberly está haciendo lo que le ha pedido. Jamás debe insinuar que sus órdenes son demasiado difíciles, demasiado rápidas o demasiado inconvenientes. Por supuesto, al mismo tiempo tendrá que hacerle repetir las cosas una y otra vez porque es muy probable que Kimberly se pierda y/o se confunda.

—¿Puedo ofrecerle más dinero? Ya sabe, una recompensa por su paciencia.

Quincy lo pensó un momento.

—No, no es dinero lo que quiere. Es fama, reconocimiento. Titulares, eso es lo que necesitamos.

—¿Adam Danicic? —preguntó Kincaid frunciendo el ceño.

—No, el sujeto ya se ha puesto en contacto con Danicic, no le daríamos nada que no pudiera conseguir por sí mismo. Necesitamos a alguien más importante, quizá un periodista de investigación o un columnista popular de The Oregonian. Alguien cuyo nombre sea reconocible de inmediato y por el que pueda hacerse pasar sin problemas el teniente Mosley.

—¿Cómo, que no quiere al periodista de verdad aquí? —El rostro de Kincaid era ilegible.

—Ese será nuestro cebo. Tenemos un periodista muy importante en la sala, ha venido nada menos que hasta Bakersville para hablar en persona con el sujeto. Es la gran oportunidad del SNI para dejar constancia de lo que quiere. Para contarle a todo el mundo su historia. Y, por supuesto, para demostrar que no es un monstruo dejando que el periodista hable directamente con las dos víctimas.

Kimberly empezó a asentir.

—Podría funcionar. Revaloriza a Rainie y a Dougie como rehenes. Y él consigue manipular a la policía además de conseguir más atención.

—Eso no garantiza nada, por supuesto. Recuerden que nuestro sujeto solo ansia llamar la atención. Le da igual si es positiva o negativa.

—¿Cree que podría hacerles daño con un periodista al teléfono? —preguntó Kincaid con intención.

Quincy solo pudo encogerse de hombros.

—Por ahí hay asesinos en serie que mandan trofeos de sus víctimas a los periódicos de la zona. Bienvenido a la era de los medios de comunicación. Aquí sí que se trata de fama, fortuna y una buena tarta de manzana.

—Próximamente en sus pantallas, el nuevo reality show —murmuró Kincaid.

—No les demos ideas a los ejecutivos de las cadenas.

Quincy recogió sus apuntes y volvió a meterlos en su bloc de notas. Volvió a ver el nombre de Lucas Bensen pero no dijo nada.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Candi.

Kincaid cerró su carpeta con un golpe seco.

—Ahora —respondió el jefe de la investigación—, vamos a dormir un poco.

Capítulo 29

Martes, 22:43, hora de la costa oeste

Mac y Kimberly se pasaron por el Wal-Mart en busca de ropa seca. Por desgracia, el hipermercado ya había cerrado. Se dieron una vuelta por las calles oscuras de Bakersville una última vez antes de rendirse y dirigirse al hotelito rural en el que Quincy les había reservado una habitación. Kimberly quería que su padre los acompañara pero, como es natural, este se negó.

Después de la reunión con Kincaid, los tres se habían dirigido al coche de alquiler para celebrar su propia reunión de equipo. La lluvia se había aplacado y convertido en una bruma densa que ya no notaba ninguno de los tres.

Mac había hecho algunos progresos en la investigación sobre Lucas Bensen. Había encontrado artículos sobre el juicio de Rainie que confirmaban que la víctima había dejado un hijo, Andrew Bensen; al niño lo estaba criando su abuela materna, Eleanor Chastain. No había muchos datos sobre la madre de Andrew, pero, al parecer, Sandy Bensen había muerto antes de la desaparición de Lucas, lo que quería decir que Andrew se había pasado la mayor parte de su vida con su abuela. Era curioso, pero ni Eleanor ni Andrew habían aparecido en el juicio de Rainie.

Al escribir «Eleanor Chastain» en Google había encontrado varios números de teléfono de varios estados diferentes, así como mapas para llegar a todas esas casas, cortesía de Map-Quest. Internet seguía siendo el amigo favorito de cualquier investigador. Claro que a los pervertidos también les encantaba.

Mac había elegido dos números de teléfono, uno en Eugene, Oregón y el otro en Seattle, Washington. Dio en el clavo, sin embargo, con el primero, en Eugene. Eleanor le había parecido agradablemente sorprendida al recibir noticias de un antiguo amigo de su nieto que intentaba localizar a Andrew. No, no podía ayudarlo. La última vez que había visto a Andrew había sido cuando el muchacho había salido de estampida con el coche después de robarle el equipo de música.

Había oído rumores de que se había alistado en el ejército y esperaba que estuviera en Bagdad. Quizá el ejército pudiera sacar por fin algo bueno de aquel muchacho. Entretanto, si Mac lo encontraba, ¿podría recordarle a Andrew, por favor, que todavía le debía a su abuela quinientos pavos? Gracias. Y eso era todo lo que había conseguido sacarle a Eleanor Chastain.

Por lo poco que Mac sabía, Andrew Bensen tendría casi veintiocho años, una edad que encajaba con el perfil. Los pequeños robos también encajaban pero no parecía que Bensen se hubiera molestado siquiera en intentar ir a la universidad. La verdadera pregunta seguía siendo, ¿estaba al menos en el país?

Mac había dejado varios recados en las oficinas de reclutamiento de Portland. Pero lo más probable era que no supiera nada de ellos hasta por la mañana.

Y con eso se terminó la reunión familiar. Ya era tarde y la idea de irse a dormir era tan buena como cualquier otra. Todos tenían que levantarse al amanecer y el día siguiente sería muy largo.

Kimberly intentó una vez más que su padre los acompañara. Y una vez más, su padre rehusó.

Estaba agotado, dijo Quincy, necesitaba estar solo un rato, nada más. Iba a volver a casa para meterse directamente en la cama.

Kimberly no lo creyó ni por un momento. ¿Dormir? ¿Su padre? En ese momento seguro que estaba vagando de una habitación a otra, torturándose con lo que podría haber sido y no fue.

Igual que ella, supuso, si no tuviera a Mac a su lado, con su mano envolviéndole la suya mientras se dirigían al hotel en amigable silencio.

Una vez en la habitación (bonitos muebles de cerezo, odioso papel pintado de flores), Kimberly se puso a colocar la ropa mojada en los toalleros. Mac sacó una camiseta vieja de su bolsa y la joven se metió en aquella sudadera demasiado grande mientras le aplicaba el secador a su guardarropa, que solo se podía lavar en seco. Puso el secador al máximo, cerró la puerta del baño y calentó el diminuto espacio hasta unos cincuenta grados. La sensación era maravillosa. El sudor le salpicaba el labio superior y los brazos se le iban relajando con una cadencia rítmica.

Cuando salió del baño descubrió a Mac despatarrado encima de la cama de dos diez, vestido solo con unos boxers de cuadros y esa mirada entornada que ella conocía tan bien. A pesar de lo tarde que era y todo lo ocurrido durante el día, Kimberly sintió un cosquilleo muy conocido en el vientre. Ese era el lado bueno de una relación en la que no se veían lo suficiente: Mac solo tenía que entrar en una habitación para que Kimberly estuviera lista para hacerlo en ese mismo instante. Y su novio todavía no se había quejado.

Cruzó el espacio que la separaba de la cama, consciente de los ojos del policía sobre su cuerpo y de la mirada que se detenía en su cuello pálido, en sus hombros anchos, en sus pechos pequeños y redondos.

—Bonita habitación —dijo Kimberly.

—Si te gusta la cretona.

—Si no me falla la memoria, no nos ha ido nada mal con la cretona.

—Cierto.

La joven trepó a la cama, el cuello de la enorme camiseta se abrió lo suficiente para revelar que debajo no llevaba nada.

—Ha sido un día muy largo —murmuró Mac.

—Así es.

—Y triste.

—Pues sí.

—Lo entendería si necesitaras hablar de ello.

—¿Hablar? ¿Es que no te acuerdas? Soy hija de mi padre. —Kimberly ya estaba trepando sobre él.

El pecho del joven era amplio y cálido. A Kimberly le gustaba la sensación de aquella piel bajo la palma de su mano, le gustaba rozarla con la mejilla. Le acarició el cuello con la nariz y disfrutó del aroma de su novio. Jabón, loción para después del afeitado, sudor. Kimberly pensó que debería ducharse, y él también. En ese sentido, siempre habían sido muy considerados el uno con el otro; una vez más, amantes de fin de semana que podían permitirse el lujo de ser perfectos. Pero en ese momento no quería soltarlo. Necesitaba sentir los planos duros de aquel cuerpo apretados contra los suyos. Quería oír el corazón de Mac bramando en su oído. Quería saborear la sal de su piel y sentir que su novio contenía de repente el aliento.

Estaba cansada. La tristeza inundaba lo más hondo de su ser, un lugar difícil de descifrar y casi imposible de alcanzar. Se había pasado buena parte de su vida en compañía de la muerte. Primero había tenido que compartir a su padre con unos casos que parecían

necesitarlo más de lo que lo necesitarían jamás sus hijas. Después, las primeras incursiones en su despacho para bajar a hurtadillas sus libros de texto y mirar todas las fotos. Comprender con trece años, cuando su propio cuerpo comenzaba a brotar y madurar, lo que un par de alicates podían hacerle a un pecho humano. A los quince estaba leyendo todos los modos en los que el comportamiento sexual desviado podía convertirse en un comportamiento violento, sádico y cruel.

Se empapó de estudios de casos, historias de depravación, resúmenes de los peores horrores cometidos contra mujeres y niños. No sabía cómo hacer para que su padre entrara en su mundo así que la niña se metió de lleno en el de su padre. Si esas víctimas eran los tiranos de su padre, ella también aprendería a luchar por ellas.

A tiempo para enfrentarse a la muerte de su hermana, al asesinato de su madre, a tiempo para encontrarse en la habitación de un hotel con el arma de un loco rozándole la sien. De niña, la violencia le había arrebatado a su padre. Llegada a la edad adulta, esa misma violencia se lo devolvía.

Y después había seguido los pasos de su padre, había entrado en el FBI como él y contaba los días que le faltaban para estar cualificada para poder elaborar perfiles, para… ¿para qué? ¿Para poder desperdiciar su matrimonio, abandonar a sus hijos y convertirse en una isla perdida en el interior de su propia alma?

Besó a Mac con más fuerza. Las manos de su novio se enredaban en su cabello, sentía su erección, cálida y dura contra sus muslos. Se apretó contra él. Mac le cogió las caderas con las manos.

—Shhh —le susurró el joven en los labios—. Shhh.

La joven agente no se había dado cuenta de que estaba llorando, que la calidez que sentía eran sus propias lágrimas deslizándose por sus mejillas y cayendo sobre el pecho de su novio. Kimberly las besó también, siguió el camino de la lluvia por la clavícula del joven y saboreó la sal de su piel.

Y después se encontró echada de espaldas, con Mac inclinándose sobre ella, con todo el peso apoyado en las rodillas y sus manos, imposiblemente dulces, subiéndole la camiseta y deslizándosela por la cabeza.

—Ahora —le pidió Kimberly con urgencia—. ¡Ya!

Pero su novio no obedeció. Por mucho que ella intentara cogerlo por los hombros y rodearle la cintura con las piernas, Mac era un modelo de autocontrol. Le acarició el lóbulo de la oreja, le susurró en el cuello hasta que la más deliciosa carne de gallina invadió todo el cuerpo de la joven y fue tan consciente de las sensaciones que se despertaban en su piel que pensó que se pondría a gritar si aquellas manos no la acariciaban otra vez.

La cabeza de Mac rozó su pecho, el rastrojo de sus mejillas le arañó con suavidad el pezón, seguido por la presión balsámica de sus labios. Kimberly tenía un cuerpo de atleta, era delgada, con las caderas estrechas y poco pecho. Pero su novio la hacía sentirse voluptuosa, sus manos grandes y morenas le recorrieron el pecho blanco y la seda de su cabello le hizo cosquillas en el vientre.

Por fin se apiadó de ella, acomodó las caderas entre las piernas de su novia y comenzó a mecer su gran cuerpo sobre el de ella.

Kimberly abrió los ojos en el último momento y observó a su amante, que había echado la cabeza hacia atrás y apretaba los dientes mientras se perdía en el placer de su cuerpo. Y la joven sintió, en medio de su propio éxtasis, de su propia tristeza, un momento de ternura insoportable y cogió la cara de Mac con las manos. Deseó que se corriera en ese mismo instante, quería ver el momento cuando invadiera sus rasgos. Necesitaba que aquel hombre encontrara un alivio. Necesitaba saber que había hecho feliz al menos a aquella persona.

Y entonces se rompió la presa. La presión insoportable que había estado acumulándose en el interior de Kimberly llegó a su límite y se hizo añicos. La joven empezó a caerse, a hundirse, sin dejar de envolver el cuerpo de Mac con los brazos y las piernas y, al menos por un momento, fue suficiente.

Martes, 23:28, hora de la costa oeste

—¿Sabes?, sería capaz de atarte si pensara que podía funcionar —le dijo Mac un poco más tarde—. Me daría golpes en el pecho, me pondría a hacer posturitas viriles y contaría con que hicieras lo que se te ordena, como le corresponde a cualquier mujer débil y sumisa que se precie.

Kimberly le dio un puñetazo en el hombro.

»¡Au!

—Eso por lo de débil. Sigo pensando en cómo castigarte por lo de sumisa.

El joven rodó encima de ella y la sujetó contra el colchón sorprendiéndola con unos movimientos repentinos.

—Soy más grande —le dijo en voz baja—. Y soy más fuerte. Pero sé cuándo me he encontrado con la horma de mi zapato, Kimberly. Y respeto que necesites ayudar a tu padre. Entiendo que necesites hacer lo que tienes que hacer, incluso si eso te pone en peligro.

Kimberly no supo qué responder. La habitación estaba oscura, las ventanas cerradas. Lo que le ahorraba sentirse demasiado expuesta, pero también le brindaba la misma protección a Mac. La joven solo veía el brillo de los ojos de su novio en la oscuridad. Pero sobre todo sentía el peso de lo que Mac no decía, de todos los miedos que ninguno de los dos comentaría jamás. Como todas las cosas que podían ir mal al día siguiente, o quizá al próximo, o incluso el día después.

Ninguno de los dos temía por sí mismo, pero tampoco sabían cómo evitar el miedo que sentían por el otro.

Mac se levantó de la cama y su novia contempló la silueta de su cuerpo, sombras sobre sombras mientras el joven hurgaba en su bolsa de lona.

Un momento después, lo tenía de vuelta.

—¿Otra ronda? —preguntó Kimberly un poco sorprendida. Pero lo que Mac le deslizó en la palma de la mano no era un condón. Era una cajita cuadrada. Una cajita para una joya.

Al principio Kimberly no entendió nada.

—Lo tenía todo planeado —le dijo su novio, un poco violento—. Había reservado un restaurante especial en Savannah. Hasta te había comprado un vestido. Íbamos a salir, el camarero nos iba a traer champán y delante de la orquesta, del personal y de los demás clientes, me iba a poner de rodillas y hacerlo como Dios manda.

»Pero está visto que no vamos a llegar a Savannah. Y la verdad, cuanto más tiempo paso contigo, más empiezo a pensar que tengo suerte de estar en un hotelito rural en medio del país de la leche. Mucho me temo que tu familia no ha nacido con estrella.

El joven se pasó una mano por el pelo, estaba más nervioso de lo que Kimberly lo había visto jamás.

»Así que lo que estoy intentando decir, por supuesto, lo que quiero decir… Mierda. —Volvió a bajarse de la cama, hincó una rodilla en tierra y le cogió una mano—. Kimberly Quincy, ¿quieres casarte conmigo?

—Pero estoy desnuda —dijo ella como una idiota.

—Ya lo sé. Forma parte de la estrategia. Desnuda, no puedes echar a correr.

—Por alguna razón, siempre pensé que iría vestida cuando llegara este momento.

—Cierto pero, si te sirve de consuelo, a mí no me importa.

—Y también estoy cansada y quisquillosa.

—Eso tampoco me importa.

—No te importa en absoluto, ¿verdad?

—Ay nena, te quiero quisquillosa, hostil, armada y peligrosa, y de cualquier modo que pueda tenerte a mi lado. De hecho, ya he empezado a recoger apuestas para ver cuánto tardas en darle una patada en el culo a Candi Rodríguez.

—La verdad es que no me cae nada bien —dijo Kimberly al instante.

—Esa es mi chica.

Mac estiró el brazo y encendió la lamparita de la mesilla de noche. Y luego, con unas manos que temblaban casi tanto como las de ella, abrió poco a poco la caja que todavía se acurrucaba en la palma de la mano de Kimberly.

El anillo era antiguo, un diseño de época hecho con diamantes pequeños y platino. Nada demasiado atrevido, nada espectacular. Kimberly pensó que era el anillo más bonito que había visto jamás.

—Era de mi abuela —dijo Mac en voz baja—. Si no te gusta, siempre podemos alterarlo…

—¡No!

—¿No, no quieres casarte conmigo? —El joven parecía un poco aterrado.

—¡No! Quiero decir, sí. Sí, sí que quiero casarme contigo; ¡y no, ni se te ocurra tocar ese anillo! Bueno, en realidad, sí, toca ese anillo pero para ponérmelo, so tonto. Pónmelo en el dedo.

Mac se lo puso y los dos se quedaron allí sentados, desnudos, admirando el anillo durante un buen rato.

—Es precioso —susurró Kimberly.

—Tú eres lo más precioso del mundo para mí, Kimberly. Joder, te quiero tanto que me muero de miedo.

—Yo también tengo miedo.

—Entonces nos lo tomaremos con calma. Yo solo… Solo quería darte el anillo esta noche.

—Te quiero, Mac —dijo la joven con tono solemne, después se inclinó y lo abrazó hasta que le dolió. Y tras eso los dos se quedaron mirando el anillo que seguía brillando en el dedo femenino y lo entendieron.

—No puedo llevarlo mañana —susurró Kimberly.

—Lo sé.

La joven levantó la cabeza y comprendió de nuevo las palabras que no se iban a pronunciar.

—Abrázame, Mac.

El joven policía la cogió entre sus brazos. Después, Kimberly se quitó el anillo y, sin decir nada, lo devolvió a su caja.

Capítulo 30

Martes, 23:42, hora de la costa oeste

Quincy no podía dormir. Vagó por toda la casa, se paseó por cada habitación, como si con eso pudiera volver a capturar el aroma de su mujer; se sentó en esta silla, bebió de esa taza, se sentó ante aquel escritorio. Pero no funcionaba. El espacio se cernía sobre él, la casa era demasiado grande, estaba demasiado oscura y vacía. A cada sitio que iba, todo le recordaba que Rainie ya no estaba allí.

Fue a su estudio y examinó las notas que había hecho Mac sobre Andrew Bensen. Si aquel hombre tenía unos veintiocho años, cuando desapareció su padre no sabría casi ni andar. Era difícil saber cómo habría afectado algo así a un niño. Por un lado, se había visto obligado a crecer sin padres. Por otro, dado el estilo de vida que llevaba Lucas Bensen, nadie había denunciado su desaparición. Al parecer, ni siquiera sus amigos lo habían echado de menos.

Como es natural, veintitantos años más tarde, Andrew ya se habría enterado de toda la historia. Que Lucas había violado a la hija de dieciséis años de su novia. Que había matado a su novia cuando la mujer se había enfrentado con él al enterarse. Que después había regresado a la casa, era de suponer que para atacar otra vez a Rainie, salvo que la joven le había pegado un tiro y había enterrado su cuerpo bajo el patio trasero para que nadie supiese lo que había hecho.

La historia de Rainie había convencido a un jurado popular. Pero ¿cómo se habría tomado Andrew la noticia? Su abuela y él no habían asistido al juicio. Quizá eso era lo que Lucas Bensen significaba para ellos.

Quincy no sabía qué pensar.

Después le dejó un mensaje a una vieja amiga de Quantico. Los oficiales militares de Mac no le devolverían la llamada hasta las nueve de la mañana, hora de la costa oeste. Al contrario que Glenda Rodean, a la que le gustaba estar en su oficina a las ocho en punto, hora de la costa este, lo que significaba que Quincy podía contar con una llamada alrededor de las cinco. Dada la situación, esas cuatro horas de margen no les vendrían nada mal.

La última llamada que hizo fue local. No eran horas de llamar, desde cualquier punto de vista social, pero a Quincy le dio igual.

El antiguo detective de la policía estatal Abe Sanders cogió el teléfono al primer tono. Quincy tenía la sensación de que Sanders no dormía muy bien últimamente. Lo que no dejaba de ser irónico porque Sanders había dejado la policía para llevar una vida más tranquila.

—¿Qué coño va a pasar en Astoria? —le había dicho Sanders a Rainie y a Quincy dos años atrás, durante una cena, cuando anunció que iba a aceptar un trabajo en aquella pintoresca ciudad costera—. Unos cuantos allanamientos, algún trapicheo de drogas y alguna que otra fechoría entre turistas. No encontraría nada mejor aunque me mudara a Bakersville.

Esa noche habían brindado por él y por su encantadora esposa. En aquellos tiempos la vida era mejor para todos.

—¿Qué? —decía Sanders, era la voz de un hombre exigente, siempre alerta.

—¿Duermes con el teléfono en la mano o es que ni siquiera te molestas en irte a la cama?

—Estaba viendo las noticias. —Al oír la voz de Quincy, Sanders pareció relajarse. Quincy no se molestó en mencionar que el telediario de la noche había terminado quince minutos antes.

—Me apetecía saber algo de nuestro encargado de mantenimiento favorito —dijo Quincy.

—Qué gracioso, esta es la segunda llamada que recibo hoy para preguntar por Duncan. La primera la hizo un viejo colega de la policía estatal, Kincaid. ¿Supongo que no lo conoces?

—De hecho, estamos trabajando juntos.

—Un caso de secuestro, ¿no? ¿Ya os ha llamado a Rainie y a ti? Guau, el negocio de la lotería debe de ir viento en popa si el Estado puede permitirse contratar asesores así de rápido. En mis tiempos no había ni para papel higiénico.

Sanders se refería al hecho de que, por primera vez en la historia de la agencia, a la policía del estado por fin le habían asignado un presupuesto público, procedente nada menos que de la Lotería Estatal de Oregón. La legislación era una buena noticia para la policía del estado y fuente de chistes para el público en general. Todo el mundo bromeaba diciendo que los agentes de tráfico iban a empezar a regalar participaciones con cada multa por exceso de velocidad. Lo que fuera con tal de conseguir pasta.

Lo que a Quincy le parecía más relevante era que Kincaid había llamado a Sanders pero se había negado a darle ningún detalle del caso en cuestión. Qué típico de un agente de la ley, cruzaba los límites jurisdiccionales pero no llegaba a revelar nada. Durante un momento, Quincy los odió a todos.

—Se me ocurrió llamarte en persona —le dijo por fin a Sanders.

—Bueno, pues te voy a decir lo mismo que le dije a él. Seguimos sin tener nada. Que nosotros sepamos, el bueno de Duncan se pasa el día en su casa rascándose los huevos y luego aparece en casa de su madre para cenar. La señora todavía lo llama su niño. Los vecinos no lo soportan.

—¿Está bajo vigilancia?

—Formalmente no, pero tengo efectivos suficientes para que los chicos pasen por allí de vez en cuando. No podemos justificar cada segundo del día pero conocemos una gran parte.

—¿Y hoy?

—Un día más en el hogar de los Duncan.

—¿Y esta noche?

—No lo tengo controlado esta noche. —La voz de Sanders se hizo cauta—. ¿Debería?

—Está a punto de pasar algo —dijo Quincy sin extenderse—. La próxima comunicación con el sujeto está programada para las diez de la mañana. Si Duncan está implicado, eso significa que tendrá que ocuparse de algunos asuntos esta noche o mañana a primera hora. Es decir, sería útil poder dar cuenta de las actividades de Duncan durante las próximas veinticuatro horas. Aunque solo sea para eliminarlo como sospechoso.

—Podría arreglarlo.

—Lo consideraría un favor personal.

—Venga, no te me pongas sensiblero ahora. Pero admito, Quincy, que no lo entiendo. ¿Crees que Duncan ha secuestrado a una mujer por dinero? Venga, viste la escena del crimen. Si Duncan consigue quedarse a solas con una mujer, no es dinero lo que tiene en mente.

Quincy debería decírselo de una vez. No sabía por qué no se lo decía. Pero en ese momento, sentado en la oscuridad de su estudio, con los ojos clavados en la foto de su hija, no pudo articular la frase «Rainie ha desaparecido». Ya no le quedaban fuerzas para escuchar esas palabras en voz alta.

—Gracias —se limitó a decir Quincy. Colgó el teléfono y se quedó sentado y solo en la oscuridad.

Después fue al dormitorio, con las sábanas arrugadas y la pila de ropa desechada por Rainie. Empezó por la esquina y lo fue tirando todo en la cama, metódicamente. Los tejanos viejos, la ropa interior sucia, los calcetines usados, le daba igual. Cubrió la cama con la colada sucia de Rainie.

Después se quedó en la puerta y empezó a desnudarse. La americana húmeda, la camisa arrugada, la corbata lacia. Se desprendió del uniforme de investigador prenda por prenda, hasta que ya solo quedó el hombre. Quincy acostumbraba a meter la ropa en la cesta de la ropa sucia o devolverla a su percha. Esa noche dejó todas las prendas en un montón caótico, la piel que se había quitado.

Después cruzó la habitación y se metió completamente desnudo entre el montón de ropa de Rainie.

Rodó entre las sábanas. Sintió la suavidad de las sudaderas de algodón, de los pijamas de franela, de la ropa interior de satén. Su mano encontró el edredón y se enrolló en una envoltura de tela, desesperado por oler el aroma de su mujer, por sentirla apretada contra su piel.

Había desaparecido. Raptada, atada, desarmada, con el pelo cortado a machetazos y Dios sabría qué más. Solo, en medio del silencio de la habitación que habían compartido en otro tiempo, Quincy sintió que al fin lo alcanzaba la enormidad de lo que estaba pasando. Su mente era un revoltijo de imágenes: Rainie la primera vez que le sonrió; Rainie con el ronroneo de un gato contento después de

hacer el amor. Rainie llorando cuando él se puso de rodillas y le pidió la mano. Rainie y la mirada suave y fascinada de sus ojos el día que llegó la foto de la hija que estaban a punto de adoptar.

Rainie feliz y Rainie triste. Rainie negándolo todo con furia cuando él la acusó de haber empezado a beber. Rainie con ese aspecto desolado cuando se acercaba a la ventana después de una de sus pesadillas y él decidía respetar su intimidad fingiendo dormir.

Y en ese momento se arrepintió de todo. Se arrepintió de haberle dado espacio a su mujer. Se arrepintió de no haberla encerrado en aquella puñetera habitación con él y no haberla obligado a contarle todo lo que le pasaba por la cabeza.

La había querido, la había adorado y había confiado en ella.

Y en ese momento, al ver las cosas en perspectiva, se dio cuenta de que, a pesar de todo, no había sido suficiente.

El amor no lo arreglaba todo. El amor no curaba todas las heridas. El amor no garantizaba que no fueras a sentirte solo.

Tenía la sudadera de Rainie en las manos. Aquella vieja sudadera del FBI que le había confiscado a él para ponérsela en casa. Se la llevó a la cara e inhaló una profunda bocanada de aire en busca del aroma de Rainie.

Después reunió todas sus fuerzas. Canalizó toda su angustia y con toda la fuerza de voluntad que podía reunir un hombre, se centró en un único pensamiento: «Rainie, por favor, tienes que estar a salvo».

Pero cuando abrió los ojos, la habitación seguía oscura y el aire todavía era frío. Y no había nada en la cama que pudiera devolverle la sensación de tener a su mujer con él.

Capítulo 31

Miércoles, 00:03, hora de la costa oeste

—¿Ves esa luz de ahí arriba? —le dijo Rainie a Dougie—. Vamos a romperla.

—¿A romperla?

—A escacharrarla en mil pedacitos.

—Vale —dijo Dougie.

La luz en cuestión eran dos largos tubos fluorescentes encerrados tras una rejilla abierta de metal. La rejilla estaba montada justo encima de la puerta del sótano, apenas visible bajo el halo resplandeciente de la puerta. Por lo que Rainie veía, era la única luz del sótano. Si la rompían, a su captor no le quedaría más remedio que unirse a ellos en la oscuridad.

A Rainie le gustaba la idea. Quería que el hombre bajara a oscuras esas escaleras. Quería verlo tropezarse por su fétida y húmeda prisión, que tropezase con el banco de trabajo y resbalase en el suelo húmedo de cemento. Quería reducirlo a su mismo nivel, lo deseaba con una rabia animal que la hacía inmune a la palpitación que sentía en las sienes, a las extrañas y dolorosas corrientes que le atravesaban el costado izquierdo y a las punzadas de hambre que le provocaban calambres en el estómago.

Un problema: no podían alcanzar la luz, estaba muy alta. Una solución: bastaría con colar por la rejilla de metal cualquier roca vieja o algún escombro. Dougie y ella habían tirado unas cuantas piedras en sus tiempos. Podían conseguirlo.

Así que Dougie y ella empezaron a buscar en los charcos que cubrían el suelo. En el mundo de Dougie, buscar rocas siempre era una gran idea.

Dougie había renunciado a soltarse las muñecas. Morderlas no funcionaba y tampoco frotar las tiras de plástico contra la esquina del banco de trabajo de madera. Así que trabajó como Rainie, con la espalda doblada y las manos colgando delante de él.

Rainie lo notaba temblar de frío y su cuerpo también respondía con un castañeteo de dientes. Ya no sentía los dedos de los pies ni de los de las manos. La nariz se le había entumecido y, poco a poco, estaba perdiendo el resto de la cara. La temperatura básica de su cuerpo seguía bajando. Y también la de Dougie. Pronto empezarían a sentir una gran pesadez en las piernas, se les cerrarían los ojos. Sería muy fácil sentarse en las escaleras, sin hacer nada, o quizá enroscarse en el banco de trabajo.

El corazón, agotado, ralentizaría el ritmo. Sus sistemas se apagarían, circularía menos sangre, que transportaría menos oxígeno, y todo se acabaría. Cerrarían los ojos y nunca tendrían que volver a preocuparse por nada más.

Sería una muerte muy tranquila, pensó de repente Rainie, lo que

solo hizo que se sintiera asqueada consigo misma. Si iba a morir, por lo menos quería intentar llevarse a Supergilipollas con ella. Empezó a dar patadas y agitar los dedos de las manos y después, por puro impulso, dobló los brazos hacia arriba y barritó como un elefante.

Dougie lanzó una risita.

Así que Rainie barritó otra vez.

—¡Soy el rey elefante! —gritó Dougie, y salió disparado por el suelo del sótano, salpicó agua por todas partes y emitió un furioso rugido de elefante. Rainie lo imitó. Chocaron contra la pared, barritaron juntos otra vez y luego dieron la vuelta y corrieron en dirección contraria. A Rainie le palpitaban los pulmones y el corazón le martilleaba en el pecho.

Hacía días que no se sentía tan bien.

Después se detuvieron, jadeando. Ser un elefante era mucho más duro de lo que parecía y no les proporcionaba munición, así que volvieron a pasar los dedos por los charcos que cubrían el suelo del sótano, en busca de rocas.

—¿Cómo tienes la cabeza? —preguntó Rainie; el momento parecía el más adecuado, al menos Dougie parecía odiarla un poco menos.

Dougie se limitó a encogerse de hombros. Esa era su respuesta a la mayor parte de las cosas. En una de sus salidas, se había caído de metro y medio de altura mientras trepaba a un árbol. Rainie había corrido junto a él de inmediato esperando encontrarse con lágrimas, o, al menos, un hipido contenido con valentía. Pero Dougie se había limitado a sacudirse un poco el barro, las hojas y la sangre, y después había vuelto al árbol. Rainie lo había visto hacer lo mismo muchas otras veces.

Dougie parecía indiferente al reino físico. El dolor, el frío, el calor, el hambre. No había nada que lo inquietara. Cuando Rainie se lo había mencionado a Quincy, este había desenterrado un estudio que explicaba que algunos niños, en situaciones de maltrato crónico, aprendían a desconectarse de sus propios cuerpos. Era una forma de enfrentarse a la situación, le había dicho Quincy. Sus maltratadores les pegaban y los niños no sentían nada, literalmente.

Esa fue la primera vez que Rainie empezó a preguntarse por Stanley Carpenter, a pensar que quizá Dougie estuviera diciendo la

verdad, después de todo. Pero la falta de pruebas físicas seguía siendo un enigma. Si Stanley pegaba a su hijo de acogida, ¿Dougie no debería tener algún cardenal?

Unas semanas antes, sin embargo, había encontrado una sorprendente respuesta a aquel acertijo. Fue poco después de que Dougie empezara a odiarla de verdad.

—No encuentro ninguna roca —le dijo al niño en ese momento—. ¿Y tú?

—Tampoco. —En vista del fracaso, Dougie empezó a chapotear por el suelo mojado. Así se distraía y, con un poco de suerte, no perdía calor.

—Qué raro —murmuró Rainie—. Es un sótano, yo diría que tendríamos que encontrar todo tipo de cacharros. Herramientas viejas, juguetes antiguos, restos olvidados. Supongo que nuestro amigo se ha dedicado a limpiar la casa.

Dougie dejó de chapotear y a pesar de la penumbra, Rainie lo vio fruncir el ceño.

»Dougie —le dijo en voz baja—, sabes que yo antes era policía, ¿no? Estoy preparada para afrontar este tipo de situaciones. Voy a conseguir que salgamos de aquí.

—Estás herida.

—No hace falta pelo para escapar de un sótano —dijo Rainie con ligereza.

La mirada de Dougie bajó hasta los brazos de la mujer. El niño había sentido los cortes y no le había costado entender lo ocurrido.

»Vamos a hacer lo siguiente —declaró Rainie con viveza—. Vamos a romper esas bombillas. Después, vamos a aporrear esa puerta, a aporrearla como locos y a pedir comida, agua y ropa caliente. Vamos a armar tal jaleo que no le quedará más remedio que abrir la puerta. Y entonces vamos a jugar un poco al escondite.

—No me gusta el escondite.

—Pero es un gran juego, Dougie. El hombre va a venir a buscarnos y nosotros vamos a huir de él. Seremos fantasmas, vamos a revolotear de un sitio a otro, más rápidos que el ojo. Antes de que se

dé cuenta, tú subirás como un tiro por las escaleras, bum, bum, bum. Y cuando llegues arriba, quiero que corras tan rápido como puedas. Sales de esta casa y vas a llamar al primer vecino que encuentres. Luego todo lo que tienes que hacer es pedirles que llamen a la policía, y a partir de ahí ya se encargan ellos.

Dougie no era idiota.

—Si yo fuera ese hombre, me traería una pistola —afirmó—. Seguro, me traía una pistola. Y quizá una serpiente.

—El hombre y su pistola, y la serpiente, son problema mío, Dougie. Tú, solo quiero que te centres en correr escaleras arriba.

—Me gustan las serpientes.

—Muy bien, haremos un trato. Si trae una serpiente, te encargas tú de ella. Pero si trae una pistola, entonces corres a las escaleras. ¿Lo juras?

Dougie consideró la oferta y al final asintió. Se escupió en las palmas de las manos y se las frotó. Rainie se escupió en las palmas de las manos y se las frotó. Después se estrecharon las manos, esa era la versión de Dougie de una promesa solemne. Ya lo habían hecho una vez, cuando Dougie se había ofrecido a enseñarle su escondrijo de tesoros secretos y ella había jurado que jamás le contaría a nadie dónde estaba.

Rainie todavía recordaba aquella tarde. La bruma gris que envolvía los árboles cubiertos de musgo. El roble viejo y retorcido con un nudo hueco del tamaño justo para que cupiera una maletita como las que llevan los niños al colegio con la comida, esta de metal. La expresión impasible del rostro de Dougie cuando sacó la foto medio quemada de su madre, el rosario cubierto de hollín.

—Mi mamá está muerta —había dicho Dougie, la única vez que había hablado de ella en presencia de Rainie—. Así que vivo con otras familias. Hasta que quemo cosas. A la gente no le gusta.

—¿Por qué le prendiste fuego a la foto de tu madre, Dougie? Creo que eso la pondría muy triste.

—Mi madre está muerta —repitió Dougie como si Rainie no lo hubiera entendido—. La gente muerta no siente nada. La gente muerta no se pone triste.

Entonces miró a Rainie a los ojos y rasgó la foto de su madre por la mitad. Rainie entendió el mensaje, en el mundo de Dougie, los que tenían suerte eran los muertos. Pero estaba dispuesta a apostar que si se escabullía sin que nadie la viera e iba a mirar el tesoro del niño unos días más tarde, encontraría los trozos pegados de la maltratada fotografía. Porque Dougie todavía pertenecía al mundo de los vivos y todavía sentía las cosas, por mucho que lo odiara.

Dougie y ella regresaron a la escalera. Sin munición para lanzarle a la luz, a Rainie solo se le ocurría una cosa.

—Dougie, si te subes a mis hombros, ¿crees que podrías alcanzar esas bombillas?

Los ojos de Dougie se iluminaron en la oscuridad.

—¡Sí!

—Vamos a coger las tiras de algodón —decidió Rainie—, y vamos a envolverte las manos con ellas. Te subes a mis hombros y luego, con los puños, a ver si puedes romper las bombillas o sacarlas de ahí.

—¡Sí!

Claro que sin poder usar las manos, lo de subirse a Dougie a los hombros era más fácil decirlo que hacerlo. Dougie se colocó en el último escalón y Rainie se puso tres escalones más abajo. El niño separó las piernas. Rainie se inclinó hacia delante y se lo fue encaramando a los hombros.

Después se fue irguiendo muy despacio. Con los codos doblados podía sujetarle los tobillos. Las muñecas atadas, sin embargo, limitaban sus movimientos, con lo que le resultaba imposible contrarrestar todos los movimientos del niño. Tuvo una imagen de Dougie echándose demasiado hacia atrás y los dos cayéndose por las escaleras.

Rainie estuvo a punto de decir algo pero en el último momento se contuvo. Dougie era impredecible en el mejor de los casos, no quería darle ninguna idea.

El pequeño se removió un poco de un lado a otro sobre los hombros de la mujer, intentaba ponerse cómodo.

—Vale —exclamó después.

Rainie terminó de subir las escaleras con mucho cuidado.

—¿Y bien? —le preguntó Rainie al niño sin aliento, le dolía el cuello y le temblaban las rodillas.

—¡Puedo tocarlas! —le contó Dougie con tono triunfante.

—Entonces, adelante.

Rainie sintió que el niño se estiraba, su cuerpo se alzaba hacia el vacío negro que tenía encima. Por un momento dejó de sentir el peso de Dougie sobre los hombros y comprendió que el niño debía de estar colgando de la rejilla de metal. Oyó un crujido y luego flotó por el aire un montón de polvo. Rainie se mordió el labio para contener el estornudo.

—Está… pegado —jadeó Dougie.

—Entonces rompe los fluorescentes. Aplástalos con los dedos. No tiene que ser una obra de arte. Pero Dougie… date prisa.

Volvía a tener aquella sensación extraña y dolorosa en el lado izquierdo, como si unas corrientes eléctricas estuvieran jugando al ping-pong como locas por su pierna. La rodilla izquierda sufrió un espasmo y, por un momento, Rainie temió que se le doblara y le fallara la pierna entera. Apretó los dientes y luchó contra el dolor. Solo por esa vez, por el amor de Dios. Solo una vez…

Sintió una humedad en los brazos. Las cuchilladas se habían abierto y había empezado a sangrar.

Y entonces oyó el tintineo ligero del vidrio al romperse.

—¡Los tengo! —Dougie le pegó un puñetazo al primer fluorescente y luego al segundo.

—Oh, gracias a Dios. —Rainie bajó con cuidado un escalón, después otro, se derrumbó hacia delante y depositó al niño en el rellano—. ¡Buen trabajo! Ahora solo tenemos que…

La puerta del sótano se abrió y Rainie notó de repente una luz deslumbradora que rodeaba como un halo a una figura vestida de negro. La investigadora entrecerró los ojos por instinto y levantó los brazos para protegerse los ojos.

—¡La madre que los parió! —dijo el hombre.

Y Rainie se oyó gritar.

—¡Dougie, corre!

Por su parte, ella se lanzó escaleras arribas y sus hombros chocaron con la puerta justo cuando el hombre se recuperaba del susto y se movía para cerrarla de golpe. Durante un momento agónico, Rainie quedó suspendida sobre el último escalón, inclinada hacia delante de forma precaria mientras el peso de la puerta la contenía. Tenía los ojos cerrados, las retinas le ardían por la brillantez repentina después de pasar tanto tiempo en la oscuridad. Sintió un movimiento contra las piernas, Dougie, que se encaramaba como podía.

El peso que contenía la puerta desapareció de repente y Rainie cayó hacia delante con un tropezón.

La luz desapareció con la misma rapidez que había llegado. El hombre apagó el interruptor y huyó por el pasillo.

—Dougie —llamó Rainie con tono urgente. Pero no hubo respuesta.

Rainie fue tanteando por el muro mientras intentaba orientarse. Cuando abrió los ojos, su visión estaba tachonada de puntos blancos.

Nada de luces, pensó. A esas alturas del juego, la luz no era su amiga.

Así que una vez más abrazó la oscuridad y empezó a distinguir la forma rectangular de una ventana y dos electrodomésticos cuadrados. Una lavadora y una secadora, decidió. Estaba en un lavadero diminuto, con una puerta que llevaba al sótano. ¿Y Dougie?

Aguzó el oído pero siguió sin distinguir un solo sonido. Todo lo que podía hacer era rezar para que el niño recordara el plan, para que recordara que tenía que salir disparado por la puerta de la casa. Era joven, rápido, tenía recursos. Si conseguía salir de la casa, todo iría bien.

Rainie se movió por la habitación y encontró otra puerta. Cerrada con llave. Buscó el cerrojo pero no lo encontró. No sabía lo que eso significaba.

Solo quedaba una salida, y era por el pasillo.

Se puso de rodillas y empezó a gatear.

Una de esas cocinas como la de los barcos, decidió. Estrecha, con una ventana larga sobre el fregadero. No brillaba la luna. Rainie solo oía el tamborileo firme de la lluvia. Al arrastrarse junto al fogón, vislumbró un reloj digital y por un momento se quedó sorprendida. Las 12:30. ¿Llevaba un día desaparecida? ¿O dos?

Necesitaba llamar a Quincy. Decirle que se encontraba bien. Que saldría de aquella.

Y entonces se le ocurrió. Lo que necesitaba era un cuchillo.

Abrió de un tirón el armario más cercano, hurgó con las manos entre el contenido de vidrio y de inmediato se clavó en ella un haz de luz.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Qué te parece?

Rainie se volvió poco a poco, rodeando con las manos la única arma que pudo encontrar. Estaba mirando directamente el haz de una linterna. Tras él consiguió distinguir la silueta oscura del hombre. El secuestrador sujetaba a Dougie, que no dejaba de retorcerse.

—Ya te lo había dicho yo, chico. —El hombre alargaba las palabras sin alzar la voz—. Esta tía no es más que una borracha.

Fue entonces cuando Rainie siguió el haz de luz y descubrió que se había tropezado con el mueble bar y en ese preciso instante rodeaba con la mano una botella de Jim Beam.

Rainie tragó saliva. No sabía qué decir. Había sido casualidad, salvo que, en alguna pequeña parte de su cerebro, le aterrorizaba pensar que quizá no lo fuera.

Entonces sujetó mejor la botella.

—Suéltalo —le dijo al hombre con aspereza.

—No creo que estés en posición de negociar.

—Pues claro que sí. —Rainie levantó la botella y la lanzó. La botella se estrelló contra la linterna y Rainie escuchó el rugido de cólera del hombre. Saboreó el güisqui que le salpicó los labios y la verdad era que estaba dulce y la verdad era que ella quería más.

Se lanzó hacia delante, agarró la figura sorprendida de Dougie y echó a correr hacia la puerta. Consiguió dar dos pasos antes de que el

pie del hombre le golpeara la rodilla izquierda. Rainie se estrelló contra el suelo y sintió que algo se retorcía y después se rasgaba. Buscó con frenesí por todo el suelo, con las manos, buscaba un arma, un sitio al que agarrarse, lo que fuera. Solo encontró trozos de cristal.

—¡Dougie, corre!

Pero una vez más, todo acabó incluso antes de empezar. El hombre sujetó a Dougie por los brazos y lo detuvo en seco. Dougie protestó como un salvaje y se puso a golpear a su atacante. Pero solo pesaba treinta kilos, no podía competir con un adulto.

—¡Que me sueltes! —aulló Dougie.

El hombre le dio una bofetada a Dougie en la mejilla y el niño se derrumbó. Y ya solo quedó el hombre, sonriéndole a Rainie desde su altura.

La ex policía se puso a cuatro patas como pudo. No sabía por qué. Tenía la rodilla destrozada, sus días de corredora se habían acabado. Pero todavía podía arrastrarse. Levantó la cabeza y se lanzó hacia delante.

El hombre le dio una patada en la barbilla.

Y Rainie cayó como una piedra, con el sabor de la sangre y el alcohol en la boca. «Levántate, levántate, —pensó frenética—. Haz algo».

Pero la cabeza le pesaba demasiado. La pierna le palpitaba. Ya no le quedaban fuerzas.

El hombre se arrodilló a su lado.

—Rainie —le susurró al oído—. Esto lo voy a disfrutar mucho, muchísimo.

Después la levantó de un tirón y el dolor atravesó la pierna de Rainie. Pero esta tuvo un último pensamiento que la hizo sonreír: era ella la que se iba a reír la última, después de todo.

Después se cayó redonda y dejó al hombre furioso y completamente solo.

Capítulo 32

Miércoles, 04:28, hora de la costa oeste

Quincy había puesto el despertador para las cinco. Pero se levantó a las cuatro y media, se puso unos pantalones cortos de nilón, una camiseta de corredor y una chaqueta ligera, después se lanzó a correr. Corrió cuatro kilómetros y medio por la sinuosa carretera que rodeaba la casa donde vivían Rainie y él. La lluvia le golpeaba la cara, le bajaba por las mejillas y le salpicaba las piernas.

Le dolían los costados. Le rugía el estómago. Corrió por la carretera vacía, dobló todas las curvas. Asustó a dos ciervos, que respondieron a su chaqueta amarilla y brillante metiéndose de golpe en el bosque.

Llegó a la marca de los cuatro kilómetros y medio, dio media vuelta y regresó, trotando colina arriba y haciendo que le ardieran las piernas.

A las cinco y cuarto de la mañana estaba de regreso en casa, metido en la ducha.

Cinco y media, la supervisora Glenda Rodman, agente especial, le devolvió la llamada. Era una agente con experiencia, tan reservada y cargada de trabajo como Quincy, así que tampoco se molestó con banalidades.

Andrew Bensen se había alistado en el ejército tres años atrás y había servido uno en Irak. Habían vuelto a llamar a su unidad seis meses atrás pero él no se había presentado, en ese momento lo consideraban ausente sin permiso. Glenda ya había hablado con un contacto que tenía en el Pentágono, no tenían pistas.

Andrew medía uno noventa, pelo castaño, ojos castaños. En el hombro izquierdo lucía un tatuaje que decía «Helicóptero Americano». Estaba encantado con su Harley y se sabía que frecuentaba los bares de moteros. Su expediente militar siempre había estado limpio, sin llegar a ser impresionante, antes de que lo declararan ausente sin permiso. Con sus compañeros se llevaba bien, a sus oficiales les parecía rápido y colaborador. El paso por Irak no le había sentado demasiado bien. Al menos un oficial había apuntado que Bensen mostraba señales de sufrir un trastorno de estrés post-traumático. Bensen, sin embargo, jamás se había puesto en contacto con la oficina de veteranos que le correspondía.

Y eso era todo lo que podía decirle sobre el soldado Andrew Bensen.

Quincy le agradeció a Glenda que le hubiera dedicado su tiempo,

colgó el teléfono y se vistió. Traje azul marino, una camisa blanca y almidonada, una corbata de Jerry García, roja, naranja y turquesa. Rainie se la había regalado en broma una Navidad. Quincy se la ponía siempre que tenía la sensación de que necesitaba suerte.

Cinco cuarenta y cinco de la mañana, puso rumbo a la sala del grupo especial.

Kincaid ya estaba allí.

Kimberly ya estaba levantada a las cinco. Se duchó durante lo que le pareció una hora pero que probablemente solo fueron cinco minutos. Ya tenía los hombros tensos y el cuerpo le bombeaba adrenalina sin saber muy bien por qué. Le apetecía salir a correr. Decidió ahorrar esa energía para después, cuando más la iba a necesitar.

A las cinco y veinte tiró a Mac de la cama. El joven aterrizó en el suelo con un «Ahh» y siguió negándose a abrir los ojos. Kimberly se decidió por un enfoque infalible y le hizo cosquillas. ¿Quién le iba a decir que un hombre adulto podía tener tantas cosquillas bajo la barbilla?

Lo que, por supuesto, llevó a que un ansioso Mac empezara a meterle mano. La joven lo apartó de un manotazo y lo mandó a la ducha.

Sola en la habitación, se sentó al borde de la cama y contempló una vez más el anillo de compromiso. Se lo puso y lo admiró bajo la luz. Pensó en su madre, que no había vivido para ver ese día. Y en su hermana mayor, Mandy.

Después cerró la caja del anillo, lo escondió en la bolsa de lona y guardó la ropa.

A las seis menos diez, Mac y ella pagaban la cuenta y cargaban el coche. Mac nunca estaba en su mejor momento por la mañana, así que condujo ella. Acababan de cerrar las puertas cuando su novio empezó a hablar.

—He estado pensando en el caso de Astoria —dijo Mac—. El doble asesinato de agosto.

—El caso que afectó tanto a Rainie.

—Exacto. Me preguntaba si ha sido coincidencia que secuestraran

a Rainie después de trabajar en un caso tan perturbador.

—A menos que el hecho de que estuviera tan afectada la convirtiera en un objetivo más vulnerable.

—Es posible. Ayer le hice unas preguntas a tu padre.

—¿Y?

—Y creen que saben quién lo hizo. Las víctimas vivían en un dúplex y del mantenimiento se encargaba un chaval del pueblo llamado Charlie Duncan. Duncan tiene veintiún años y no terminó el instituto. Tiene fama de ser muy hábil con las manos aunque al parecer lo de la higiene personal no es lo suyo. Vive solo en un estudio de otro complejo de apartamentos propiedad del mismo casero. Los vecinos lo consideran una persona callada aunque un poco espeluznante. Le da por aparecer sin avisar en los apartamentos de las inquilinas y entra con su llave maestra. El casero dijo que lleva algún tiempo trabajando con Duncan para mejorar sus técnicas de comunicación.

Kimberly puso los ojos en blanco.

»Te cuento —dijo Mac—. Las huellas de Duncan estaban por toda la escena del crimen. Y también sus pisadas ensangrentadas. Pero tiene la coartada perfecta porque es el encargado de mantenimiento. Por supuesto que hay huellas suyas en el apartamento y fue él el que llamó a la policía, contó que había descubierto los cuerpos cuando se acercó a cambiar una bombilla.

—¿A cambiar una bombilla? ¿Porque una madre joven y soltera es tan inútil que tiene que llamar al encargado de mantenimiento para que le arregle una bombilla?

—El tipo no es ninguna lumbrera —admitió Mac—, pero se las apaña. Lo que hace que me pregunte, por supuesto, si no habrá avanzado en su carretera delictiva.

—No encaja en el perfil —dijo Kimberly de inmediato.

—Es de clase socioeconómica baja y tiene relación con Rainie.

—Porque supones que sabe que Rainie está involucrada en la investigación.

—A Duncan le gusta dejarse caer por el dúplex, ¿recuerdas?

Incluyendo una aparición un día que Rainie y Quincy estaban allí, revisando la escena del crimen. Les hizo todo tipo de preguntas sobre la investigación, incluyendo qué papel tenían ellos en ella.

—Como si se lo fueran a contar.

—No hizo falta. Su trabajo queda implícito en el hecho de que estuvieran en el apartamento. Además, Rainie es muy guapa, lo que capta la atención de cualquier hombre.

Kimberly le lanzó una mirada.

—Pero tú eres más bonita todavía —dijo su novio de inmediato.

—Así me gusta.

—Mira, vale que Duncan no encaja del todo. Según Quincy, estamos buscando la típica basura blanca estancada en la fase anal. Es obvio que Duncan no está estancado en la fase anal y, socialmente hablando, es demasiado corto como para enrollarse con una tía. Pero, con todo, el tío es listo. Al parecer se va a ir de rositas después de matar a dos personas. Quizá no deberíamos subestimarlo.

—El asesinato de la niña te está afectando —dijo Kimberly en voz baja.

—La madre luchó como una tigresa. Debía de saber lo que iba a hacer ese hombre.

—Este mundo es una mierda —murmuró Kimberly.

—Quincy diseñó una estrategia para entrevistarlo. Intentaron engañar a Duncan para que dijera lo que había hecho. No funcionó. Instalaron cámaras ante las tumbas. Nada. La única esperanza que les queda es que el tío se lo confiese a alguien. Por desgracia, la única persona con la que Duncan se ve es su madre y al parecer, la señora cree que su hijo es capaz de caminar sobre las aguas.

—Solo han pasado unos meses —dijo Kimberly con tono filosófico —. A estas alturas todavía están procesando las pruebas. Nunca se sabe lo que puede aparecer.

—¿Qué importancia tendría? —gruñó Mac—. ¿Cabellos, fibras? Su trabajo sigue explicándolo todo. Lo único que serviría sería que una cámara lo hubiera pillado con las manos en la masa. Si el apartamento tuviera cámaras de seguridad o, coño, incluso una de esas cámaras

niñera que se meten en un osito de peluche.

—¿No hubo tanta suerte?

—No hubo tanta suerte.

Estaban entrando en el aparcamiento del Departamento de Caza y Pesca, la mente de Kimberly ya empezaba a repasar el día que tenían por delante.

—A menos… —dijo Mac de repente.

—¿A menos qué?

Los demás agentes comenzaban a llegar también al aparcamiento. Vieron al oficial de la oficina de prensa, el teniente Mosley, y a la sheriff Atkins, los dos dirigiéndose con paso vivo a la sala de conferencias.

—Empieza el espectáculo —murmuró Mac.

Salieron del coche y se prepararon para el día que les esperaba.

Miércoles, 07:02, hora de la costa oeste

La reunión informativa que celebró Kincaid fue corta y simple. Revisaron los veinte mil dólares que había conseguido Mac, y que reposaban, una vez inventariados, en una bolsa de lona, en pulcros montones. Revisaron el equipo electrónico, incluyendo el GPS que llevaría puesto Kimberly así como el equipo de vigilancia que se utilizaría para seguirla. La sheriff Atkins y Mac estarían dentro de la furgoneta blanca camuflada que se encargaría de seguir los pasos de Kimberly. Su trabajo sería no perder de vista a Kimberly en ningún momento. Kincaid, el teniente Mosley y Quincy permanecerían en el centro de operaciones, trabajando con Candi en la llamada de teléfono. Su trabajo sería mantener al SNI tranquilo y procurar que no dejara de hablar.

La sheriff confirmó que no habían encontrado a Dougie Jones por arte de magia durante la noche. Sus ayudantes también habían reducido la lista de personas de interés a una docena justa.

Candi recogió un perfil de cada persona, con su esquema de puntos y todo, y el teniente Mosley le proporcionó una bandeja llena de botellas de agua. Mosley parecía más alerta que todos ellos juntos, con el pelo cortado al uno, el uniforme de la policía estatal recién

planchado y la expresión lista para enfrentarse a las cámaras. Había llegado con una docena de ejemplares del Daily Sun de Bakersville, la edición matinal anunciaba la noticia del secuestro a bombo y platillo y en primera plana: «SE TEME QUE UN NIÑO DEL PUEBLO HAYA SIDO SECUESTRADO. La policía sigue buscando a la mujer desaparecida». Al lado del titular había dos fotografías, un primer plano de Rainie y un retrato escolar de Dougie.

Quincy sintió un escalofrío al ver la granulada foto de carné de su mujer, una ampliación de proporciones gigantescas, en la primera plana del periódico. Sentía que los ojos de Rainie le devolvían la mirada.

La historia de Adam Danicic ocupaba tres páginas. Incluía el nombre de Rainie, su descripción y varios detalles sobre el descubrimiento del coche. Mencionaba al grupo especial, el deseo de sus miembros de cooperar con el secuestrador y el temor de que también se hubiera secuestrado a un niño de la zona. Y después, para consternación de Quincy, Danicic incluía trozos del pasado de Rainie, incluyendo su antiguo cargo en el departamento del sheriff de Bakersville y el hecho de que poco antes la habían declarado inocente de matar a Lucas Bensen cuando tenía dieciséis años.

—¿Y cuáles eran las partes de esta historia que podíamos controlar? —preguntó Quincy con ironía después de leer por encima el artículo.

—No podían mencionar los mapas ni las pruebas de que estaba viva —respondió Mosley muy serio mientras iba descontando con los dedos—. Ah, y Danicic tuvo la amabilidad de no mencionar que es muy probable que a Dougie Jones lo hayan secuestrado porque nosotros la cagamos. Hay que reconocerle eso.

—Pues ha vendido a Rainie sin mayores problemas.

—No podíamos impedirle que utilizara su nombre. Y al incluir el nombre completo…

—Todo lo demás solo hay que buscarlo por Internet —murmuró Quincy.

—Danicic no es idiota. El hecho de que la víctima sea una antigua agente de la ley con un pasado conflictivo convierte esto en una gran historia. Por otro lado, no cuenta que había empezado a defender a Dougie, con lo que nos hace un pequeño favor.

—Una de cal y otra de arena.

—Es un juego —dijo Mosley con un encogimiento de hombres—. Y los medios de comunicación son los mejores jugadores que hay. Y hablando de eso… —El busca que llevaba en la cintura el OOP se disparaba por sexta vez en los últimos treinta minutos. Mosley le echó un vistazo a la pantalla e hizo una mueca—. Vamos a tener que hablar de celebrar una rueda de prensa esta misma mañana. El teletipo de la Asociación de Prensa ha recogido la historia y si nos fiamos de mi busca, todo el mundo quiere un trozo del pastel.

—No hasta después de la entrega del dinero —dijo Kincaid de inmediato.

—Podrían venirnos bien —insistió Mosley—. Podemos pasarles el perfil que ha desarrollado el señor Quincy. Que el público empiece a buscar a nuestro hombre.

—Y asustar al SNI para que piense que lo van a coger en cualquier momento, así que más le vale matar a las dos víctimas para ocultar su rastro.

—Cuanto más tiempo tardemos en dar la rueda de prensa, más se pondrán ellos a hurgar. Y cuantas más cosas descubran ellos solos, menos puedo negociar yo.

—No hasta después de la entrega del dinero —repitió Kincaid. Y eso puso fin a la discusión.

Ocho de la mañana. El grupo entero iba de un lado para otro, volvían a leer los mensajes del SNI y, en general, terminaban poniéndose frenéticos.

A las nueve Mac recibió una llamada en el móvil. La oficina de reclutamiento del ejército de Portland confirmaba que tenían un expediente del soldado Andrew Bensen, considerado en ese momento como ausente sin permiso.

Quincy le pasó la información a Kincaid y este se puso a despotricar durante unos veinte minutos, cómo se atrevía Quincy a obstaculizar una investigación oficial de la policía reteniendo de forma deliberada una pista vital, por no mencionar la importancia de la confianza en una investigación multi jurisdicional. La sheriff Atkins emitió un boletín de búsqueda y captura para un hombre que encajara con la descripción de Bensen. El teniente Mosley murmuré algo sobre la cantidad de miembros de la prensa que vigilaban las radios de la

policía y refunfuñó que acababan de añadir más leña al fuego.

Y luego casi todos se fueron a sus rincones a echar pestes en paz.

El teléfono de Quincy permanecía en medio de la mesa de la sala de conferencias. Estaba conectado a un altavoz y todas las llamadas entrantes se estaban grabando y rastreando, aunque tampoco es que eso ofreciera muchas esperanzas de localizar el origen de la llamada. Las señales de los móviles rebotan de una torre a otra al azar, lo que hace que sea casi imposible rastrear la señal. Pero ellos seguían los pasos de rigor, porque, a veces, eso es lo único que puede hacer el grupo especial.

Nueve cincuenta y nueve de la mañana.

Sonó el teléfono.

Candi se puso los auriculares.

El teniente Mosley apretó el botón de Grabar.

Y empezó la fiesta.

Capítulo 33

Miércoles, 10:01, hora de la costa oeste

—Soy la oficial Candi. ¿En qué puedo ayudarlo, señor?

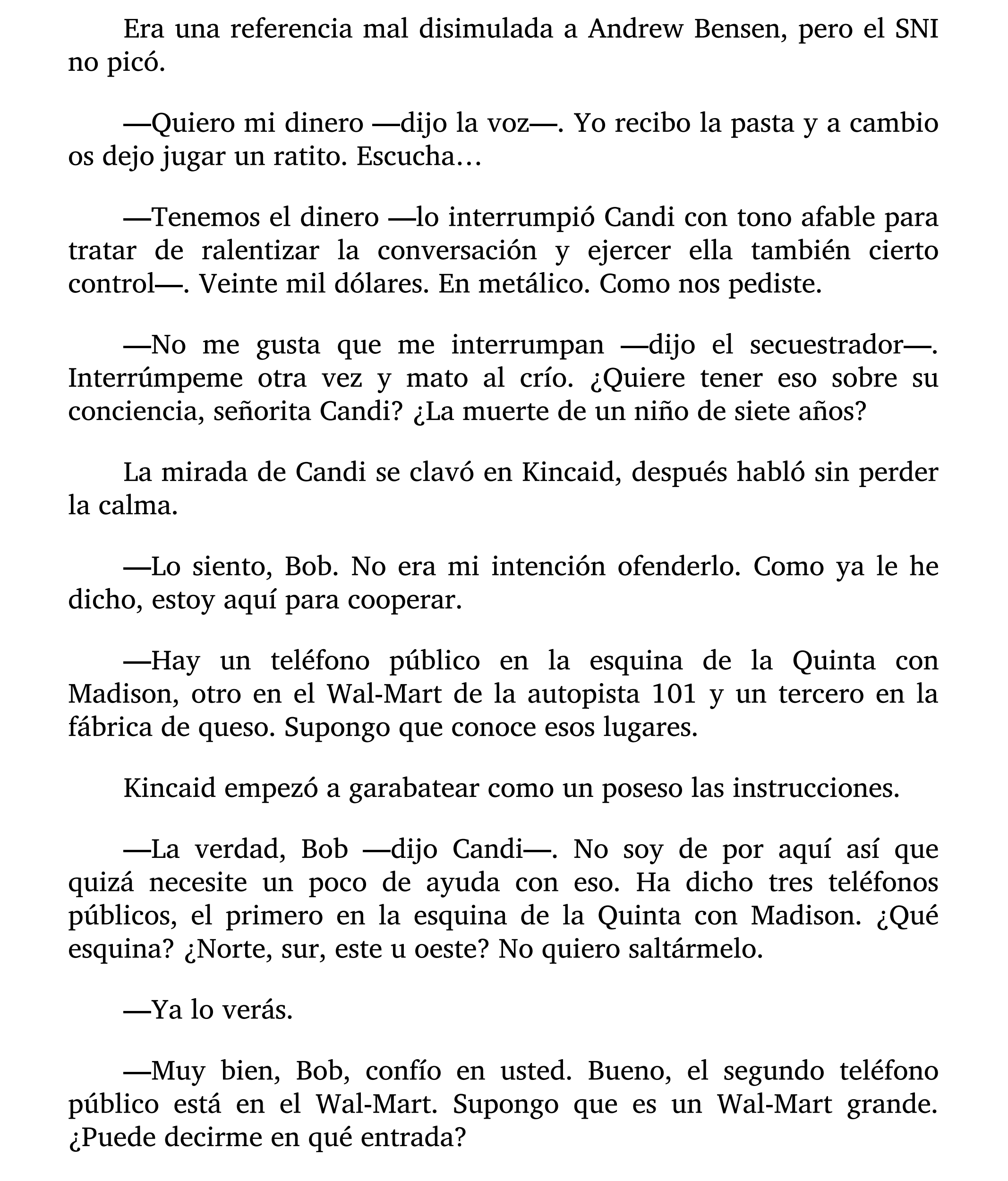
El sonido de una carcajada metálica llenó la habitación.

—Pareces una telefonista de la revista Time-Life. ¿Y luego qué, me regalan una suscripción con los veinte mil?

—Usted pidió una agente, señor, una mujer, y como ve, nuestro objetivo es complacerlo. —La voz de Candi era relajada, una simple chica de barrio hablando de naderías. El enfoque era justo lo que habían discutido y de inmediato puso a Quincy nervioso. Se levantó y se puso a pasear en un pequeño círculo al tiempo que Candi continuaba—. Bueno, personalmente, a mí siempre me gusta saber con quién estoy hablando. Como ya le he dicho, yo me llamo Candi. ¿Y usted?

—Puedes llamarme Bob.

—Con que Bob, ¿eh? Y a mí que me sonabas más a Andy.



Era una referencia mal disimulada a Andrew Bensen, pero el SNI no picó.

—Quiero mi dinero —dijo la voz—. Yo recibo la pasta y a cambio os dejo jugar un ratito. Escucha…

—Tenemos el dinero —lo interrumpió Candi con tono afable para tratar de ralentizar la conversación y ejercer ella también cierto control—. Veinte mil dólares. En metálico. Como nos pediste.

—No me gusta que me interrumpan —dijo el secuestrador—. Interrúmpeme otra vez y mato al crío. ¿Quiere tener eso sobre su conciencia, señorita Candi? ¿La muerte de un niño de siete años?

La mirada de Candi se clavó en Kincaid, después habló sin perder la calma.

—Lo siento, Bob. No era mi intención ofenderlo. Como ya le he dicho, estoy aquí para cooperar.

—Hay un teléfono público en la esquina de la Quinta con Madison, otro en el Wal-Mart de la autopista 101 y un tercero en la fábrica de queso. Supongo que conoce esos lugares.

Kincaid empezó a garabatear como un poseso las instrucciones.

—La verdad, Bob —dijo Candi—. No soy de por aquí así que quizá necesite un poco de ayuda con eso. Ha dicho tres teléfonos públicos, el primero en la esquina de la Quinta con Madison. ¿Qué esquina? ¿Norte, sur, este u oeste? No quiero saltármelo.

—Ya lo verás.

—Muy bien, Bob, confío en usted. Bueno, el segundo teléfono público está en el Wal-Mart. Supongo que es un Wal-Mart grande. ¿Puede decirme en qué entrada?

—A la izquierda —admitió el hombre—, según llega.

—De acuerdo ¿y el tercer teléfono de la fábrica de queso?

—Justo delante.

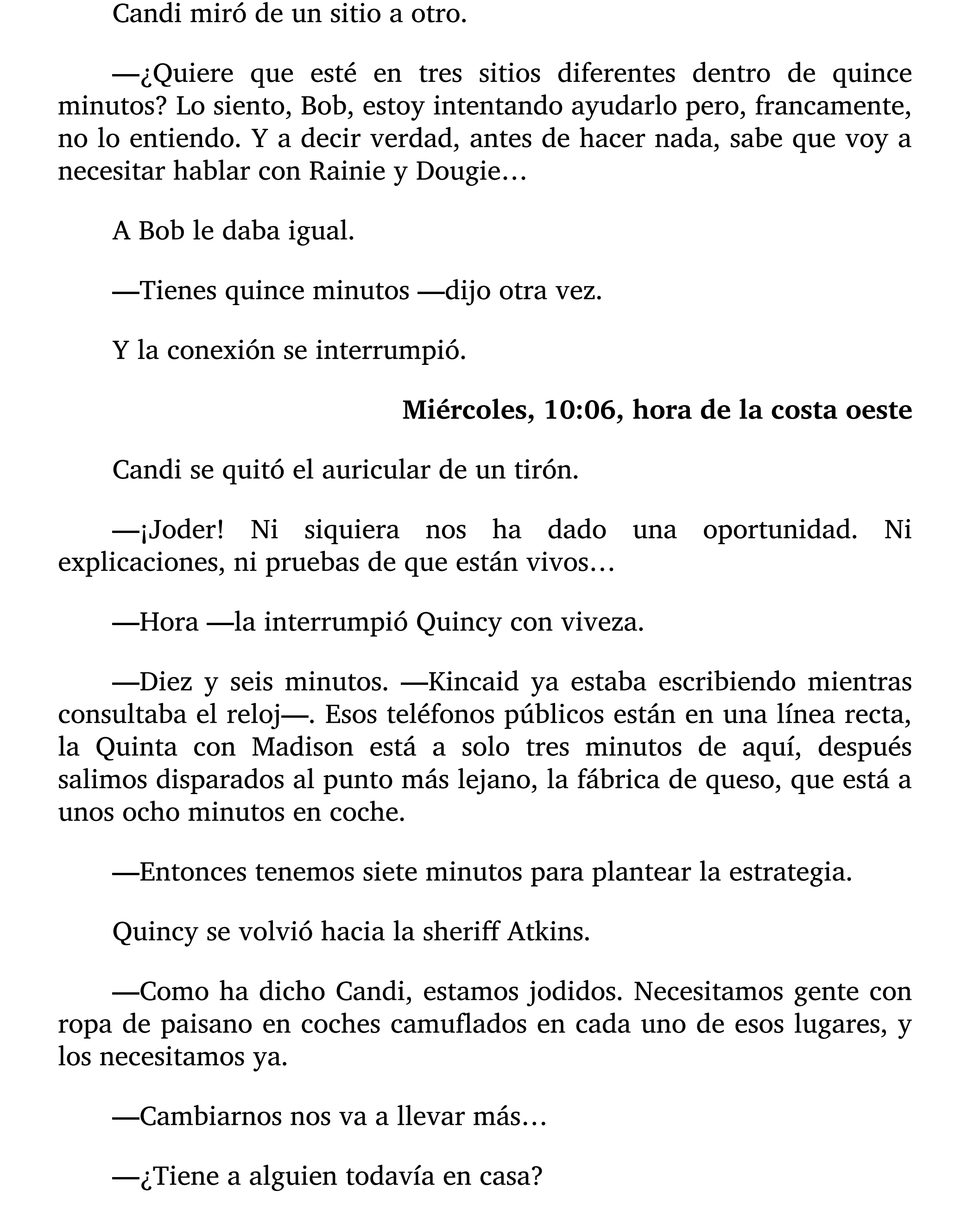
—Gracias, Bob, le agradezco que me aclarara las cosas. Así que estamos hablando de tres teléfonos públicos: uno en la intersección de la Quinta con Madison, uno en la entrada de la izquierda de Wal-Mart y uno justo delante de la fábrica de queso. ¿Son esos los teléfonos a los

que se refiere?

—Vete allí.

—¿Perdón? No le he oído bien.

—Tienes quince minutos.



Candi miró de un sitio a otro.

—¿Quiere que esté en tres sitios diferentes dentro de quince minutos? Lo siento, Bob, estoy intentando ayudarlo pero, francamente, no lo entiendo. Y a decir verdad, antes de hacer nada, sabe que voy a necesitar hablar con Rainie y Dougie…

A Bob le daba igual.

—Tienes quince minutos —dijo otra vez.

Y la conexión se interrumpió.

Miércoles, 10:06, hora de la costa oeste

Candi se quitó el auricular de un tirón.

—¡Joder! Ni siquiera nos ha dado una oportunidad. Ni explicaciones, ni pruebas de que están vivos…

—Hora —la interrumpió Quincy con viveza.

—Diez y seis minutos. —Kincaid ya estaba escribiendo mientras consultaba el reloj—. Esos teléfonos públicos están en una línea recta, la Quinta con Madison está a solo tres minutos de aquí, después salimos disparados al punto más lejano, la fábrica de queso, que está a unos ocho minutos en coche.

—Entonces tenemos siete minutos para plantear la estrategia.

Quincy se volvió hacia la sheriff Atkins.

—Como ha dicho Candi, estamos jodidos. Necesitamos gente con ropa de paisano en coches camuflados en cada uno de esos lugares, y los necesitamos ya.

—Cambiarnos nos va a llevar más…

—¿Tiene a alguien todavía en casa?

—A cinco…

—Entonces saque a los tres más cercanos de la cama y que vayan en sus vehículos particulares a esos lugares ahora mismo.

—¿Pero qué digo…?

—¡¡Ya!!

Shelly abrió mucho los ojos, se sacó el walkie-talkie del cinturón y salió al vestíbulo para ponerse en contacto con la central.

—Vamos a necesitar audio en esos teléfonos públicos. —Kincaid ya estaba pensando en voz alta—. Es imposible que los podamos pinchar en quince minutos. El walkie-talkie. Kimberly puede sujetarlo junto al teléfono cuando llame y transmitirnos la conversación a los demás. Después podemos aconsejarla por un segundo canal que instalaremos en el auricular que lleve en la oreja. —Después sacudió la cabeza—. No lo entiendo. ¿Se supone que tiene que ir corriendo de teléfono en teléfono? No tiene ningún sentido.

—Va a hacer que sea imposible —murmuró Kimberly—. Está buscando una excusa para matar.

—Enviamos a tres agentes —dijo Quincy con tono rotundo—. Una a cada teléfono público. La que reciba la llamada, se encarga a partir de ahí.

—Solo tenemos un GPS —protestó el teniente Mosley.

—Entonces tenemos un treinta y tres por ciento de posibilidades de utilizarlo. Y si no, lo hacemos a la antigua. Seguimos a la agente con la que se haya puesto en contacto por tierra y aire.

—Porque desde luego el helicóptero le va a pasar desapercibido —comentó Kincaid con tono seco.

—Entonces por tierra. Pero no podemos dejar ningún teléfono sin cubrir, es demasiado peligroso.

Kincaid parecía haber llegado a la misma conclusión.

—Dividimos el dinero, eso le da a cada agente la oportunidad de negociar el pago. Por supuesto, ahora vamos a necesitar dos bolsas más de lona.

—Las tengo —anunció Mac—. Solo denme sesenta segundos para

sacar nuestra ropa y son suyas. —Y después salió corriendo al aparcamiento.

—Yo cubro el teléfono de la Quinta con Madison —dijo Kincaid descontando las ubicaciones con los dedos—. El detective Spector puede ir a Wal-Mart. Kimberly se ocupará de la fábrica de queso de Tillamook. Eso nos deja a la sheriff Atkins para encargarse del personal de tierra y a usted —Kincaid señaló con la cabeza a Quincy— para coordinar aquí la estrategia de comunicación.

—No.

—Usted no se va a ocupar de la entrega del dinero… —empezó a decir Kincaid.

—Y usted tampoco, ni Spector. —La mirada de Quincy se clavó en la detective Grove y después en Kimberly—. La primera petición del SNI sigue en pie, los agentes tienen que ser mujeres. Cualquier otra persona solo conseguirá cabrearlo.

—Iré yo —dijo Candi poniéndose de pie.

Kincaid la miró de repente.

—No sea idiota. Usted es negociadora…

—Es una llamada…

—Para después entregar el dinero. Y eso es caminar, no hablar. Usted se va quedar aquí sentada, va a escuchar la conversación y va a aconsejar a las otras sobre lo que deben decir.

—Necesitan tres mujeres —le contestó Candi—. Y yo solo veo otras dos aquí.

—Sabía que debería haberme puesto más tetas —interpuso Shelly Atkins desde la puerta.

—Por nosotros no se moleste —le dijo Kincaid con sequedad—. Usted va a la Quinta con Madison, la detective Grove se ocupa del Wal-Mart y Kimberly cubre la fábrica de queso. —Después miró el reloj—. Se acabaron nuestros siete minutos, chicos. En marcha.

Miércoles, 10:13, hora de la costa oeste

Desde el punto de vista de Kimberly, se había pasado las dos últimas horas de brazos cruzados y de repente todo empezaba a pasar

a la vez. Mac estaba metiendo el dinero en las bolsas de lona. Un ayudante de la sheriff le estaba lanzando un walkie-talkie. Después, la sheriff Atkins le gritaba a Mitchell que se ocupara de la furgoneta de vigilancia mientras Candi rugía por la habitación diciéndole a todo el mundo que recordaran que tenían que mantener la calma.

Mac sacó a Kimberly a toda prisa de la sala, ella era la que tenía que ir más lejos así que era la que peor iba de tiempo.

La última imagen que se llevó de su padre fue la de Quincy inclinado sobre el hombro de Candi desplegando los mapas del condado de Tillamook.

Y en un instante Kimberly se encontró en su coche de alquiler mientras Mac le ponía el móvil en la mano.

—Vamos a estar justo delante de ti. Dame treinta segundos y te llamo.

El joven fue a cerrar la puerta de golpe pero se detuvo, se inclinó y le dio un beso fiero, lleno de intensidad. Después Mitchell le gritó que cargara la furgoneta y todos se pusieron en marcha.

Kimberly apenas había salido del aparcamiento cuando le sonó el móvil.

—Te tenemos en la pantalla así que el GPS funciona —anunció Mac desde el interior de la camioneta blanca camuflada.

—Recibido. —Kimberly sujetaba el volante con demasiada fuerza. Se obligó a soltar un poco las manos y se recordó que debía utilizar el corto trayecto para respirar hondo y tranquilizarse. Quincy les había dicho que las cosas se iban a complicar y eso solo era el comienzo.

—Vas a tener que repetir todo lo que dice el SNI —le decía Mac por el móvil—. Los walkie-talkies pueden distorsionar el sonido; puede resultarnos difícil seguir la llamada.

—Lo sé.

—Si recibes la llamada, quiero que nos hagas una señal. Llévate la mano a la espalda y muéstranos dos dedos. Así sabremos que es la nuestra.

—Dos dedos.

—No dejes que te ponga nerviosa. Si quiere su dinero, va a tener que cooperar.

—He ido a las mismas reuniones que tú, Mac.

—Si no puede darnos pruebas de que están vivos, no vas a ninguna parte, Kimberly. Y hablo en serio. No hay garantías de que podamos rastrear tus pasos y no hay garantías de que este tipo no vaya a intentar coger a otro rehén. Si no puedes hablar directamente con Rainie para saber que está bien… —Mac dejó que el resto de la idea hablara por sí misma—. No te pongas en peligro sin necesidad —dijo en voz más baja—. Protege lo que le queda a tu padre.

Habían llegado al cruce. La furgoneta puso el intermitente y giró a la izquierda. Kimberly siguió recto. Ella iría por las carreteras secundarias mientras Mac y el ayudante Mitchell daban un rodeo por delante. Eso le permitiría a Kimberly llegar la primera y sin que hubiera señales de escolta policial.

En caso de que el hombre estuviera vigilando. En caso de que el hombre estuviera esperando.

—En cuanto sepamos qué teléfono recibe la llamada —decía Mac—, nos encontramos allí. Wal-Mart solo está a unos minutos de la fábrica de queso así que hay muchas posibilidades de que todavía te podamos poner a ti en juego o incluso de que podamos pasar el GPS.

—De acuerdo.

—No sé mucho de la detective Grove, no sé si tiene mucha experiencia. Creo que sería mejor que pudieras encargarte tú. Ya sabes, no solo porque eres tú la que tienes el GPS.

—Entendido.

Ya hacía tiempo que la furgoneta se había perdido de vista. Mac seguía su camino; Kimberly, el suyo.

—Tengo que irme —le dijo la joven.

—Kimberly…

—No pasa nada, Mac. Todo va a ir bien.

Kimberly colgó y se metió el móvil en el bolsillo de la chaqueta. Respiró hondo por última vez para tranquilizarse…

Y apareció delante de ella la fábrica de queso de Tillamook.

Dos minutos para la cuenta atrás. Kimberly aparcó el coche, se bajó de un salto y corrió al teléfono público.

—Suena —le rogó por lo bajo—. Por favor, suena, solo te pido eso.

Miércoles, 10:21, hora de la costa oeste

Shelly no encontraba el puñetero teléfono público. Estaba rodeando la manzana, estirando el cuello como una lunática. Solo llevaba unos meses en el pueblo, todavía estaba aprendiendo a orientarse. Además, qué coño, ¿quién utilizaba teléfonos públicos a aquellas alturas? Daba la sensación de que todo el mundo se había comprado un móvil, hasta los críos de nueve años.

Joder. Estaba perdiendo demasiado tiempo dando vueltas con el coche. Se metió en la calle Madison y aparcó en un sitio prohibido, estaba demasiado frenética para que le importara. No había señales de ningún vehículo de apoyo, a menos que ella viera.

Parecía que de momento, al menos, Shelly estaba sola.

Shelly bajó corriendo por la calle Quinta, sentía el peso del cinturón en las caderas y la carga de siete mil dólares en metálico colgados al hombro. Le sudaban las palmas de las manos y le costaba respirar. Jamás había estado en una situación parecida y a veces daba igual que fueras la sheriff, la jefe, la líder de la manada. No saber era no saber.

Si Rainie y Dougie sobrevivían a aquel día, se acabó. Shelly se iba a París.

Llegó a la esquina, seguía sin haber señales del puñetero teléfono. ¿Un truco que el bueno de Bob se había sacado de la manga para separar al grupo especial? Volvió a colgarse la bolsa de lona al hombro y consideró sus opciones.

Y entonces, justo cuando ya empezaba a hiperventilar, se le ocurrió. Las puertas de cristal que llevaban a la cafetería.

Shelly las abrió de un tirón y descubrió un único teléfono.

—Por favor, Dios —murmuró Shelly Atkins por lo bajo—, que no sea yo.

Miércoles 10:23, hora de la costa oeste

Alane Grove no perdió la calma. El aparcamiento del Wal-Mart estaba atestado y tenía una distribución pésima para un supermercado de ese tamaño. La joven entró y casi de inmediato la bloqueó un monovolumen que esperaba para aparcar.

La detective contó con impaciencia hasta veinte y por fin vio que el monovolumen estaba aparcando y solo para que Alane se encontrara de cara con otra madre agobiada y tres críos a su alrededor. Cada niño salió disparado en una dirección diferente mientras la madre se quedaba plantada en medio del aparcamiento y chillaba para que volvieran.

Los niños no parecían demasiado impresionados con la rabieta de su madre. Esquivaron dos coches y una camioneta monstruosa antes de que al fin los acorralaran en la parte de atrás de una furgoneta.

Pasaron dos minutos más con una lentitud agónica pero Alane encontró al fin un sitio para aparcar.

Salió del coche intentando no parecer demasiado agitada. Era consciente de que quizá la estaban observando. Consciente de que era una policía joven y mujer, y que ya empezaba con dos puntos en contra.

Pero era una buena detective. Se había unido al cuerpo después de servir cuatro años en el ejército, en la reserva. Podía soportar la presión. Al menos eso era lo que se decía.

Se colgó la bolsa de lona del hombro, comprobó que tenía el walkie-talkie en un sitio accesible, en el bolsillo delantero de la chaqueta, y se dirigió al supermercado. Encontró los teléfonos públicos delante de la entrada principal del gran comercio cuadrado. Dos teléfonos. Ya había un hombre con una camisa rasgada de franela hablando por uno.

Alane estuvo a punto de detenerse delante del teléfono que quedaba disponible, concentrada en su tarea pero en el último momento, su cerebro puso la directa. Pasó junto al primer teléfono y observó la altura del hombre, la constitución enjuta, el barro en las botas de trabajo. Le echó un vistazo a la gruesa camisa de franela abierta, perfecta para ocultar un arma. La joven entró directamente en el comercio y envió por radio la descripción.

Kincaid le prometió que los refuerzos ya estaban en camino.

Mantén la calma, no traiciones nada.

Alane volvió a salir por las puertas de cristal, como si estuviera buscando un carrito. Pero cuando miró fuera, el hombre había desaparecido.

Salió al exterior e inspeccionó el aparcamiento, pero no vio al hombre por ningún sitio, lo que no tenía mucho sentido. El aparcamiento era un gran espacio abierto. Uno no se desvanecía así como así.

Se le puso de punta el vello de la nuca. Había llegado el momento. Estaba pasando algo, empezaba la función.

Diecisiete minutos después de la primera llamada, la detective Alane Grove se encontraba en el exterior del Wal-Mart, lista para entrar en acción.

No volvió a notar la presencia del hombre hasta que ya fue demasiado tarde.

Miércoles, 10:32, hora de la costa oeste

Silencio. Silencio. Silencio.

Quincy permanecía en medio de la sala de conferencias, donde solo quedaban Candi, el teniente Mosley y Kincaid. La negociadora se paseaba de un lado a otro de la sala. Kincaid rellenaba papeleo. El teniente Mosley salió por fin al vestíbulo para ocuparse de su hiperactivo busca.

Pasaron quince minutos. Veinte minutos. Treinta minutos.

Y solo se oía el silencio en las ondas.

—¡Qué coño está pasando! —preguntó Quincy al fin.

Pero nadie tenía la respuesta.

Capítulo 34

Miércoles, 10:12, hora de la costa oeste

Estaba flotando. Era un sentimiento curioso. Un sentimiento teñido de una maravillosa sensación de ingravidez y, a la vez, de una sensación más aplastante de miedo. Quizá no estaba flotando, después de todo. Quizá estaba cayéndose, hundiéndose, precipitándose hacia el

fondo de un abismo oscuro.

Sentía el viento en el pelo, el frío en la cara.

Abrió los brazos.

Y despertó.

Dougie fue el primero en hablar.

—¿Rainie?

—¿Dougie?

La habitación estaba oscura. La detective no era capaz de orientarse. Había cambiado algo pero no conseguía averiguar qué. Al otro lado de la habitación, Rainie oyó el susurro de unas ropas, Dougie, que se acercaba a ella.

—No estás muerta —dijo el niño.

—No. —Rainie se pasó la lengua por los labios, intentó encontrar un poco de humedad con la que aliviarse la garganta reseca. Tenía la lengua hinchada por la sed, y la boca llena de grietas y dolorida. Parpadeó pero no apareció nada enfrente de ella, ni siquiera algún tono gris. Quizá se había quedado ciega.

—¿Dónde? —consiguió decir con la voz ronca.

—Es una habitación —le contó Dougie—. Te dejé la cama. Pensé que a ti te hacía más falta.

—Oscuro.

—Tapó las ventanas con tablones. He intentado quitar la madera pero necesito una herramienta. ¿Tienes alguna herramienta?

El tono de Dougie era esperanzado. El niño ya sabía la respuesta, por supuesto, pero a veces costaba no hacer la pregunta.

»Tengo comida —dijo Dougie un poco más animado—. Galletas saladas. Queso. Te he guardado un trozo.

—Agua —croó Rainie.

La voz de Dougie bajó un tono.

—Me bebí el agua —dijo muy despacio.

—Oh, Dougie…

Rainie no pudo reunir saliva suficiente para seguir hablando. Así que se limitó a estirar la mano y revolverle el cabello. A modo de respuesta, el niño apretó la mejilla contra su pierna. La caricia le provocó una punzada de dolor por todo el cuerpo pero Rainie no protestó. Era increíblemente agradable sentir la presencia del pequeño en medio de aquella oscuridad implacable. Saber que ninguno de los dos estaba solo.

—Le dije que teníamos frío —dijo Dougie con la voz ahogada—. Le dije que el sótano estaba muy húmedo y que no pensábamos quedarnos allí más.

—Qué… valiente.

—Se rio de mí. Dijo que no le importaba una puta mierda si nos congelábamos.

—Dougie…

—¡Lo dijo él! Yo solo repito lo que dijo él. Que no le importaba una puta mierda.

Rainie puso los ojos en blanco. Era obvio que Dougie estaba aprovechando al máximo la oportunidad de decir palabrotas. Pero eso la hizo sonreír. Hablaba como un niño de siete años. Hablaba, de momento al menos, como un niño normal.

—Pero no nos metió en el sótano —dijo Dougie entonces, perplejo —. Me llevó por el pasillo y me metió en esta habitación. Al principio no me gustó. Le chillé que me dejara salir. Tenía… tenía miedo. —El niño murmuró la última palabra, lo que hizo que fuera difícil de entender—. Pero luego volvió contigo. Y me dio unas mantas. Y tomé un poco de queso con galletas saladas. Y agua —otra palabra farfullada—. Pero solo un poquito. Te juro que no era mucho. Y te guardé una galleta. ¿No quieres una galleta?

Rainie notó que el pequeño le metía la galleta entre los dedos y aceptó el regalo, no quería ofenderlo. Pero no creyó que pudiera comérsela, no le quedaba saliva suficiente en la boca.

—¿Hace cuánto? —le preguntó a Dougie.

—No sé. Es que… Creo que me quedé dormido.

Rainie asintió y miró a su alrededor para intentar orientarse un poco. Estaba increíblemente oscuro, aquella habitación era más oscura que el sótano. Le pareció que el secuestrador no solo había tapado las ventanas con tablones sino que también lo había pintado todo de negro. ¿Por qué? ¿Privación sensorial? ¿Otro modo de controlar a sus rehenes?

¿Y por qué en esa habitación, si tenía el sótano? A menos que hubiera comprendido lo que significaban las palabras de Dougie. En el sótano había demasiada humedad y hacía demasiado frío, se corría el riesgo de sufrir una hipotermia.

Quizá no podía permitirse el lujo de que murieran todavía.

Esa idea le dio nuevo vigor. Si los necesitaba vivos, tenían más poder del que pensaban. Podían permitirse seguir peleando. De hecho, mejor sería que empezaran a unir esfuerzos de inmediato y que lucharan con todas sus fuerzas, antes de que cambiara la ecuación.

Rainie se sentó en la cama y de repente, sin saber cómo, un arpón de dolor abrasador le atravesó el costado izquierdo y se le clavó en la sien izquierda. Gritó sin poder contenerse, cayó hacia atrás y se agarró la cabeza con las manos atadas. La punzada de dolor desapareció con la misma rapidez con la que llegó, salvo que a partir de entonces, Rainie fue consciente de demasiadas cosas. Extraños cosquilleos que le subían y bajaban por los miembros. Un dolor intenso y constante que le inflamaba la rodilla izquierda. La agudizada sensación de que le estaban aplastando la cabeza en un torno insoportable.

—¿Rainie? —preguntó Dougie con temor.

—Perdón… Me moví… mal.

—Te dejó K.O. Yo lo vi. Tenía una cosa en la mano, te la puso en el cuello y apretó el gatillo. Tu cuerpo empezó a hacer luz, como en la tele.

—Dame… un momento. Dougie…

Pero antes de que pudiera terminar, la puerta se abrió de golpe y una luz blanca y brillante inundó la habitación. Rainie levantó los brazos para protegerse los ojos. Dougie se encogió a su lado.

—He oído que estabas despierta —anunció el hombre—.

Excelente. Levántate. Tenemos trabajo que hacer.

Rainie intentó moverse, intentó apartarse del hombre, ponerse en pie, resistirse de algún modo. Pero sus músculos no respondían a las órdenes del cerebro. Las piernas no se le movían, las caderas permanecían inmóviles, los hombros se negaban a girar. Se quedó echada, indefensa, mientras la silueta oscura entraba en la habitación y cogía a Dougie por el brazo.

—Tú primero. Esta no se va a ninguna parte.

Dougie gritó aterrorizado, agitó los pies y se golpeó con la cama. Rainie intentó sujetarle las manos, intentó atraerlo hacia ella, como si eso fuera a servir para algo. El hombre lo apartó de un tirón y se lo echó al hombro sin mayores problemas.

Dougie volvió a chillar y aquel sonido destrozó a Rainie. «Maldita sea, haz algo, —se ordenó—. ¡Sal de esta puta cama!». Luchó por levantarse del colchón, le rogaba a su cuerpo que se moviese.

—¡No, no, no! —Dougie chillaba pasillo abajo.

Rainie siguió clavada a la cama con las lágrimas rodándole por la cara. «No, no. Por favor, muévete. Oh, maldita sea, maldita sea. Rainie, miserable pedazo de mierda, ¿cómo puedes ser tan débil?». Oyó que se abría una puerta, después se cerraba y después ya no oyó nada más.

Pasó algún tiempo. Rainie no supo cuánto. La pierna izquierda le temblaba de forma incontrolable. La presión no dejaba de aumentarle en las sienes y presionarle los ojos.

Y entonces volvió el hombre. Rainie escuchó sus pasos duros y rápidos aporreando el suelo de la habitación. El secuestrador le cogió las muñecas atadas y la sacó de la cama. Rainie se dejó caer en el suelo como un pez muerto y allí se quedó, tirada, demasiado aturdida para moverse.

—Levántate —le ordenó el hombre—. Si te crees que te voy a bajar yo por las escaleras, vas lista, ¡y una mierda!

—Agua. —Era una mujer patética, vencida, un animal herido que suplica piedad. ¿Cómo era posible que alguien como ella llegara a hablar así?

—Oh, confía en mí, muy pronto tendrás agua de sobra.

La levantó de un tirón. La rodilla izquierda de Rainie no soportaba su peso. En cuanto el secuestrador la soltó, la detective volvió a derrumbarse. Al hombre no le hizo mucha gracia. Le dio una patada en las costillas y luego se quedó allí de pie, con las manos en las caderas.

—Rainie, no tengo tiempo para esta mierda.

«Golpéalo, —pensó la mujer—. Muérdele las rótulas». Pero permaneció encogida en posición fetal. No sabía que una cabeza podía doler tanto como la suya sin llegar a explotar.

—Oh, por el amor de Dios. —El hombre le dio otra patada pero ella siguió inmóvil.

El secuestrador se cabreó y se cebó con ella como si fuera un perro apaleado.

Pero no le sirvió de nada. Rainie no podía levantarse y eso no lo iba a cambiar ni todo el maltrato físico del mundo. El hombre pareció llegar al fin a la misma conclusión. Dejó de darle patadas y lanzó un profundo suspiro.

—Sabes, ya son demasiadas molestias por el puñetero dinero.

Se agachó y le pasó el brazo alrededor las muñecas atadas.

»La próxima vez, a la mierda las pruebas de que están vivos. Lo primero que hago es matarlos y punto. Paso de tener que arrastrarlos, darles de comer, alojarlos, soportar sus absurdos intentos de escapar. La verdad, Rainie, te has convertido en una auténtica molestia. Entiendo por qué se fue de casa tu marido. Eres una puta incompetente.

El secuestrador la sujetó por los brazos y empezó a arrastrarla pasillo abajo. Rainie se quedó quieta, como un peso muerto. A mitad de camino, el hombre empezó a resollar. Se detuvo, sin aliento, y la maldijo. Un cuerpo humano es un bulto grande e incómodo, no es fácil tirar de él. Si iba a matarla, por lo menos que le costase un buen esfuerzo.

El hombre la sujetó por las axilas, cogió aire y reanudó su laborioso viaje pasillo abajo. Entraron en la cocina. Tiró de ella para doblar la esquina y pasaron junto a la larga fila de armarios. En el último momento, Rainie dobló la pierna lo suficiente para que el pie se le enganchara en la esquina del mueble. El secuestrador respondió

dándole una bofetada en la sien.

Después volvieron a ponerse en marcha.

Rainie comprendió a dónde iban. Volvían al sótano. A la oscuridad. Al frío que te calaba hasta los huesos. La detective se plantó, más desesperada que nunca, arqueó la espalda, intentó retorcerse y soltarse. No quería que la devolvieran a aquel hoyo. La iba a tirar por las escaleras y luego iba a cerrar la puerta con cerrojo.

Y nadie volvería a verlos con vida, ni a ella ni a Dougie.

—No, no, no. —No sabía que había empezado a gemir hasta que oyó su propia voz.

—¡Cierra la boca! —le advirtió el hombre.

Pasaron junto al último armario y Rainie se aferró al tirador, desesperada.

»¡Me estás cabreando mucho, Lorraine!

Pero no quería soltarse, no podía soltarse. Estaba débil, magullada y sufría delirios por la falta de medicación. Pero tenía un pensamiento lúcido: no los había matado la noche anterior, lo que solo podía significar que todavía los necesitaba. Así que tenía que seguir luchando, oponer resistencia por última vez antes de que dejaran de ser útiles y los abandonara por completo.

—Voy a ir a por la pistola eléctrica —rugió el hombre—. No me obligues a hacerlo, Rainie.

—¡Agua, agua, agua!

El secuestrador le cogió los dedos y se los apartó de un tirón del pomo de la puerta. El movimiento arrancó una de las uñas de Rainie. La detective aulló de dolor, después el secuestrador abrió de par en par la puerta del sótano y la empujó hacia el primer escalón.

—Yo empezaría a caminar —le dijo—, porque si no, va a ser una caída muy larga.

Le dio un empujón y Rainie apenas tuvo tiempo para sujetarse a la barandilla de madera y utilizarla para frenar el impulso que llevaba cuando se precipitó con violencia por las escaleras y aterrizó al final en un charco.

—¡Déjame salir! —gritó Dougie entre las sombras—. ¡No quiero seguir jugando!

La voz del pequeño terminó en un chillido agudo.

—Eh, Rainie —se burló el hombre desde la cima de las escaleras —. Disfruta de tu querida agua.

El secuestrador se echó a reír, después cerró la puerta de golpe y Rainie oyó el chasquido del cerrojo que bloqueaba la puerta.

Dougie empezó a chillar otra vez, un grito salvaje y ultrajado.

—¡No, no, no, no, no!

Rainie se habría unido a él si le hubieran quedado fuerzas.

»¡No, no, no, no, no!

Fue pasando un segundo tras otro y Dougie se fue callando al fin. Los dos asimilaron la oscuridad.

Y fue entonces cuando, por primera vez, Rainie fue consciente del nuevo sonido. Bajo, constante, una vibración. Un siseo en la oscuridad.

Rainie entendió al fin la broma del hombre. Y comprendió la pregunta que debería haberle hecho a Dougie nada más despertar, ¿por qué le había dado aquel hombre el queso y las galletas? ¿Qué había hecho Dougie para ganarse ese regalo?

—Dougie —dijo sin alzar mucho la voz—. Tienes que decirme la verdad, ¿ese hombre te ha sacado alguna foto?

—Lo siento —dijo el niño de inmediato, lo que ya era respuesta suficiente.

Rainie cerró los ojos.

—Dougie, ¿tenías un periódico en la mano?

—¡Tenía mi foto en primera plana! Y la tuya también —añadió después.

—Dougie, tienes que subirte a algún sitio. ¿Puedes buscar el banco de trabajo? Súbete a eso.

—¡No puedo! ¡Estoy atado a una cañería! ¡No puedo moverme!

—Oh, no. —Rainie intentó ponerse de pie de algún modo, buscar a Dougie en la oscuridad. Pero las piernas no la obedecían, su cuerpo no quería cooperar. Se quedó tirada en el suelo frío, sintiendo el agua que le subía por la mejilla.

El siseo había cobrado fuerza y empezaba a ir acompañado de un borboteo.

El hombre había reventado una tubería. Estaba inundando el sótano. Ya tenía la prueba de que estaban vivos.

Así que los había metido allí para dejarlos morir.

Capítulo 35

Miércoles, 10:41, hora de la costa oeste

El teniente Mosley se había pasado veinte años de su vida con el uniforme de la policía estatal. Dos décadas empezando cada día con pantalones de color azul marino, una camisa gris de manga corta y un cinturón reglamentario negro de charol.

Conducía un coche patrulla, actualizado en esos momentos con una estrella dorada que cruzaba un fondo azul marino. Trabajaba en la última encarnación de la oficina de Portland, en realidad era una antigua oficina de correos metida en plena calle comercial; la última vez que un delincuente sexual al que estaban fichando intentó salir por patas, habían tenido que perseguirlo junto a un restaurante familiar y habían entrado detrás de él en un tienda de todo a un dólar. Esas cosas resultaban aterradoras en su momento, un delincuente sexual confeso que salía disparado por una zona pública llena de niños pequeños, pero, al fin y al cabo, y una vez que el criminal estaba por fin entre rejas, era una buena historia para contar a los amigos.

Durante su carrera, el teniente Mosley calculaba que había trabajado en cientos de accidentes de tráfico y había puesto miles de multas. Había aprendido de primera mano lo que un coche a toda velocidad podía hacerle a un chaval de dieciséis años además de a una familia de cinco miembros. Después había servido cinco años en una brigada especial que luchaba contra las bandas, más o menos cuando las bandas violentas de Los Ángeles se habían dedicado a importar su particular estilo a la zona de Portland y les habían enseñado a los niños de nueve años a machacarse con bates de béisbol. Al final se había pasado cinco años en la lucha contra las drogas, observando la

creciente epidemia de crack que envolvía manzanas enteras en una oleada de adicciones y deterioro.

Cuando dos años atrás el puesto de jefe de la oficina de prensa había quedado vacante, Mosley decidió que estaba listo para un cambio de aires. Y quizá otros agentes pensaran que estaba tomando el camino más fácil, que había empezado a disfrutar de sus años de jubilación por adelantado, pero a esas alturas de la película, Mosley sabía que ya había cumplido. Había recorrido autopistas enteras, había pateado las calles. Había ganado batallas y había perdido peleas. Tenía una idea bastante clara de hasta dónde podían llegar las fuerzas de seguridad y lo mucho o lo poco que podían hacer.

En términos más coloquiales, creía haberlo visto todo. Y, sin embargo, jamás había visto nada parecido a lo que estaba viendo en esos momentos.

Mosley se apartó por fin del pequeño televisor que los agentes de Caza y Pesca tenían puesto a todo volumen en el mostrador principal y metió la cabeza en la sala de conferencias.

—Eh —les dijo a Kincaid y Quincy—, tienen que ver esto.

Miércoles, 10:45, hora de la costa oeste

Adam Danicic estaba celebrando una rueda de prensa. Vestido de forma impecable con un traje gris marengo, una camisa rosa y una corbata de satén de un tono rosa más oscuro, Danicic parecía estar imitando a Regis Philbin[4] en medio del césped de una casa blanca y pequeña, con las manos cruzadas delante y una expresión dolorosamente sincera en el rostro.

Llenaba el patio una amplia variedad de reporteros, cámaras y vecinos pasmados.

—Después de darle muchas vueltas —declaraba Danicic ante el público reunido—, he decidido que tengo la obligación de presentarme como civil y no como miembro de la prensa, para dar cuenta de lo que sé sobre los trágicos secuestros de una mujer y un niño aquí mismo, en Bakersville. Como reportero, me sentí honrado y emocionado, como es natural, cuando me encargaron cubrir los secuestros para el Daily Sun de Bakersville, así como la subsiguiente investigación. De hecho, estuve levantado casi toda la noche trabajando en la historia que se ha publicado esta mañana en la primera página del Sun.

»Creo, sin embargo, que un periodista tiene la obligación moral de ser un espectador objetivo de la historia, que debe mantenerse al margen de los acontecimientos. Pero cuanto más trabajaba en mi historia, más claro veía que ya no soy un espectador objetivo. De hecho, hace solo unos minutos he recibido una nueva información que me coloca en el corazón de la investigación. Así pues, creo que debo renunciar a mi puesto como periodista en esta historia y revelar todo lo que sé con la esperanza de que eso lleve al descubrimiento de Lorraine Conner y Douglas Jones, de siete años.

—¿De qué coño está hablando? —le preguntó Kincaid al teniente Mosley.

—¿Quién sabe? —dijo el agente de la oficina de prensa con tono neutro—. Pero están a punto de jodernos.

—Todo empezó ayer por la mañana —continuaba Danicic con gesto sociable, agitaba los brazos e intentaba sacarle partido al público que tenía delante—, cuando el Daily Sun recibió una carta aterradora dirigida al redactor de la columna de opinión. Esa carta declaraba que en esta comunidad alguien había secuestrado a una mujer pero que la víctima no sufriría ningún daño siempre que hiciéramos lo que pida el secuestrador.

Danicic se dispuso después a relatar los acontecimientos del día anterior, hasta el más doloroso detalle. El trato que había hecho el Daily Sun para cooperar con las fuerzas de seguridad y su grupo especial.

—Porque un periódico local es, por definición, parte de la comunidad, y por tanto debe mostrar contención y compasión cuando

otro miembro de la comunidad se encuentra en peligro.

El intento de renegociar la entrega del dinero.

»Una jugada desesperada por parte de un grupo especial desesperado, luchando contra el despiadado redoble del tiempo.

La inesperada represalia que había tomado el secuestrador contra Douglas Jones y la carta que había dejado en el parabrisas del coche de Danicic.

»Comencé a comprender entonces que en medio de los acontecimientos que se estaban sucediendo, cabía la posibilidad de que acudieran a mí para que realizase un papel inesperado y muy poco habitual.

»Pero hasta esa mañana, —les aseguró Danicic a sus compañeros de la prensa—, no había comprendido con claridad cuál podría ser ese papel. —Tras enviarle su historia por correo electrónico directamente a Owen Van Wie, el propietario del Daily Sun, Danicic por fin había podido echar la cabezadita que tanto necesitaba. Pero solo para que lo despertase el timbre de la puerta, donde descubrió un sobre, dirigido a él, esperándolo en la entrada.

—Ah, mierda —gruñó Kincaid.

—Deberíamos haberlo encerrado ayer por la noche —asintió el teniente Mosley.

Quincy seguía estudiando la pantalla.

—Esta nota estaba escrita a máquina pero era parecida, en el tono y el contenido, a las otras cartas que he tenido el privilegio de ver —contó Danicic—. No me cabe duda de su autenticidad ni de que es obra del propio secuestrador. En esta nota, el secuestrador reitera su deseo de entregar a Lorraine Conner y a Douglas Jones a cambio de veinte mil dólares. El autor de la nota, sin embargo, declara que ya no confía en el grupo especial de la policía y piensa que y a no puede trabajar con ellos. Indica que si este asunto no se arregla en un breve plazo de tiempo, tendrá que creer que no le queda más alternativa que matar a las dos víctimas. Como prueba de su petición, incluye esto.

Danicic levantó una foto. La cámara de la emisora local la enfocó. La imagen era oscura y estaba distorsionada. En el medio aparecía la cara de un niño pequeño pero el flash había decolorado la cara del pequeño, haciendo que los rasgos concretos fueran más difíciles de

distinguir. El niño tenía algo en la mano.

»Esta foto muestra con claridad a Dougie Jones. Observen los dedos del niño, señalan la fecha de la parte superior de la primera página del periódico de esta mañana y posa junto a su propia foto del Daily Sun. Creo que también pueden distinguir el rostro de la mujer que yace detrás de Dougie. Creo que esa mujer es Rainie Conner pero será la policía la que tenga que determinar eso.

»Debo decir que recibir esta foto y esta nota me ha afectado muchísimo. Mi primer impulso, por supuesto, fue llamar a las autoridades, como he hecho con todos los mensajes que he recibido. Pero el tono de esta nota me hizo vacilar un momento. No hace falta que diga que me aflige saber que el secuestrador cree que ya no puede cooperar con las fuerzas de seguridad. Tras haber visto de primera mano lo que puede provocar esa clase de desconfianza (el rapto de otra víctima, un niño pequeño, solo ayer por la tarde), me preocupa lo que eso significa tanto para Dougie como para Rainie. Así pues, he tomado una decisión muy difícil. He decidido que debo ocuparme de esta nota de un modo diferente.

»Se la traigo a ustedes, el público. Me presento aquí, en estos instantes, con la esperanza de que mi mensaje llegue ala persona que retiene a Rainie Conner y a Dougie Jones. Y le ofrezco mis servicios como negociador. —Danicic se giró un poco para mirar directamente a la cámara.

»Señor Zorro —dijo con tono solemne—. A continuación le daré mi número de móvil. Le animo a que me llamea cualquier hora. Y le prometo hacer todo lo que esté en mi mano para conseguir que reciba sus veinte mil dólares. Todo lo que le pido es que no haga daño a Dougie Jones ni a Rainie Conner. No haga que unas víctimas inocentes paguen por los errores de las fuerzas de seguridad.

Danicic recitó de un tirón su número de teléfono. Unos cuantos de sus vecinos empezaron a aplaudir.

En el vestíbulo principal del Departamento de Caza y Pesca, Kincaid sacudió la cabeza, como si intentara despertar de una pesadilla especialmente temible.

El primero en recuperarse fue Mosley.

—Tenemos que celebrar una rueda de prensa de inmediato. Haremos una declaración oficial diciendo que estamos en contacto con el secuestrador y que estamos trabajando con él para cumplir sus

exigencias. Tenemos que decir que si bien agradecemos cualquier ayuda que pueda proporcionarnos el público, es crucial que les den a las fuerzas de seguridad tiempo y espacio para solucionar un caso tan delicado como este. Deberíamos mencionar también que hemos traído un negociador profesional, eso aumentará la confianza del público.

—Vamos a recoger a Danicic —decidió Kincaid—. Lo quiero a él y a esa nota en la oficina de Tillamook ya. Llamen al laboratorio y que un científico de DC suba aquí a analizar la nota, así como algún experto en fotos. Y quiero a Danicic metido en una sala de interrogatorios. Si el SNI acepta esa absurda oferta, no quiero enterarme de los detalles por la CNN.

Mosley asintió. Los dos hombres se volvieron hacia Quincy, que seguía con los ojos clavados en la pantalla de la televisión.

—Está muy callado —dijo Kincaid. Después entrecerró los ojos—. No creerá que deberíamos trabajar con él, ¿verdad?

—¿Qué? No, no. No es eso. Solo intentaba ver el futuro.

—Pues buena suerte.

—Llamó a las diez —dijo Quincy de repente—. El SNI cumplió la promesa que hizo en la carta de ayer y parecía estarse preparando para la entrega del dinero enviando a tres agentes a tres teléfonos públicos diferentes. Pero al mismo tiempo estaba haciendo eso, estaba dejando una nota en la puerta del señor Danicic, afirmando que no podía trabajar con el grupo especial. ¿Por qué?

Kincaid se encogió de hombros.

—Para confundir. Para sacarnos de nuestras casillas. Para reírse una vez más a nuestra costa.

—Cierto. Pero esa no es forma de hacerse rico, desde luego. Ni siquiera se ha puesto en contacto con los teléfonos públicos.

—Usted mismo lo ha dicho. Su principal motivación no es el dinero.

—Está jugando.

—Es un hijo de puta —asintió Kincaid.

—Pero todos los juegos se terminan en algún momento.

—En teoría.

—Entonces, ¿hacia dónde se dirige este juego, sargento? ¿Qué es lo que no vemos?

Kincaid no tenía respuesta para eso. Se encogió de hombros justo cuando apareció Candi en la puerta.

—Hay movimiento —les contó.

—¿El SNI se ha puesto en contacto con alguien? —Kincaid ya estaba corriendo hacia la sala de conferencias.

—No, pero el agente Blaney acaba de llamar por radio. Está en el Wal-Mart. Y no hay ni rastro de la detective Grove.

—¿Qué? —Kincaid se detuvo en seco.

—Ha buscado dentro y fuera del supermercado —le informó Candi—. Por lo que él ve, Alane ha desaparecido.

Capítulo 36

Miércoles, 11:13, hora de la costa oeste

Kimberly se paseaba delante del teléfono público cuando su walkie-talkie cobró vida con un crujido. Era Mac.

—Tenemos un problema en el Wal-Mart. Tenemos que reunimos allí, ya.

—¿Algún contacto con el secuestrador? —Kimberly se alejó con una sacudida del teléfono y cruzó el aparcamiento a la carrera, la adrenalina volvía a ahogarla.

—Más bien parece que la detective Grove ha desaparecido.

—¿Qué dices?

—Exacto.

Kimberly encontró su coche y se dirigió al Wal-Mart.

Miércoles, 11:18, hora de la costa oeste

Una multitud de curiosos se había reunido ya en el exterior del Wal-Mart y bloqueaba el acceso. El ayudante Mitchell hizo silbar la

sirena oculta de la furgoneta de vigilancia tres veces y el gentío se apartó de mala gana.

Kimberly iba detrás de la furgoneta. Contó media docena de coches patrulla y tres coches de policía camuflados que atascaban la parte delantera del aparcamiento. Todavía no habían llegado los periodistas pero cuando levantó los ojos distinguió el primer helicóptero de noticias en el aire. La situación no estaba a punto de convertirse en un circo mediático, ya lo era.

El ayudante Mitchell aparcó la furgoneta en medio de un carril y Kimberly siguió su ejemplo. Cuando salió del coche, la joven vio que el ayudante de la sheriff estiraba el cuello y señalaba el helicóptero.

—¿Es eso lo que creo que es? —le preguntaba a Mac.

—Sí, señor.

—Ah, mierda, no es justo. ¡La mayoría ni siquiera hemos tenido oportunidad de ducharnos!

Mac y Kimberly intercambiaron una mirada. Tiraron de los brazos del cansado ayudante y lo condujeron a la puerta del establecimiento. La sheriff Atkins ya estaba allí, en un corrillo con el teniente Mosley y una mujer fornida que llevaba un vestido floreado rojo. Según su placa de identificación, Dorothy era la gerente del hipermercado.

—Sí, tenemos cámaras por todo el establecimiento. Por supuesto que pueden comprobar las cintas. Pero no sé qué pudo haber pasado. Es decir, son las once de la mañana. Nadie dijo nada de que estuviera pasando algo raro o que alguien se comportara de modo extraño. —Dorothy se balanceaba de un lado a otro sumergiendo su vestido rojo en oleadas de angustia.

—Entiendo —la consoló Shelly—. Pero eso es lo bueno que tienen las cámaras de seguridad. Nunca se distraen, ni siquiera un día normal y corriente. —La sheriff los vio llegar y les hizo una seña—. Ayudante Mitchell, esta es Dorothy Watson. Dorothy va a llevarlo a la oficina para enseñarle las cintas de seguridad. Quiero que compruebe todas las grabaciones a partir de las nueve cuarenta y cinco de esta mañana, hasta las diez y media. Preste atención sobre todo a las imágenes de los teléfonos públicos. Quiero saber cuándo llegó la detective Grove y si hay alguna forma de ver a dónde se fue. ¿Entendido?

Mitchell asintió. Todavía estaba pendiente del helicóptero de las noticias mientras se tiraba con gesto nervioso del cuello de la camisa.

Era obvio que no estaba listo para empezar a disfrutar de sus quince minutos de gloria. A veces era muy duro ser poli.

Cuando Dorothy y Mitchell volvieron a desaparecer en el interior de la tienda, Shelly puso al día a Mac y Kimberly.

—No sabemos nada de nada —dijo la sheriff con franqueza—. La detective Grove llegó a su hora. Llamó por radio a Kincaid para darle la descripción de un hombre que estaba hablando por uno de los teléfonos públicos. Kincaid le dijo que los refuerzos iban de camino. Y eso fue lo último que supimos de Alane Grove.

—¿A qué hora llamó a Kincaid? —preguntó Kimberly.

—El sargento lo apuntó a las diez y veintiocho.

—¿Y los refuerzos llegaron?

—Bueno, ahí están las malas noticias. A Kincaid le llevó diez minutos encontrar un agente disponible y el agente Blaney tardó otros diez minutos en mover el culo hasta aquí. Al llegar, Blaney no vio a Alane por ningún sitio, ni tampoco al caballero de fuera, así que aparcó el coche patrulla y entró. Es un supermercado muy grande. Lo recorrió durante otros quince minutos antes de empezar a ponerse nervioso.

»En ese momento volvió a llamar por radio al grupo especial. Kincaid le dijo que iniciara el cierre total del local. Blaney localizó a la gerente e hizo que Dorothy cerrara el supermercado. Reunieron a los empleados y a los clientes a la entrada. Después, Blaney y Dorothy hicieron un registro concienzudo de cada pasillo, incluyendo la sala del personal, los servicios, el almacén, y el resto de las instalaciones. No hay señal de la detective Grove por ninguna parte.

—¿Y su coche?

—Todavía en el aparcamiento.

—Mierda.

—Es la pesadilla de cualquier encargado de relaciones públicas —intervino el teniente Mosley—. Danicic acaba de celebrar una rueda de prensa para informar de que fue nuestra ineptitud lo que provocó el secuestro de Dougie Jones. Si se corre la voz de que el sujeto ahora se dedica a llevarse a miembros del grupo especial a plena luz del día…

—Estoy segura de que la detective Grove tampoco está encantada con la situación —estalló Kimberly—. Vamos a no perder la perspectiva, ¿de acuerdo?

—Los medios de comunicación controlan la perspectiva, es todo lo que intento decir. El SNI le está sacando partido a los medios y nosotros no estamos haciendo nada. ¿A cuánta gente tienen que secuestrar, coño, antes de que me dejen hacer mi trabajo?

Kimberly abrió un poco más los ojos y empezaron a subírsele los colores de una forma alarmante.

Mosley, sin embargo, no se dejó impresionar. Ya había sacado el móvil y empezaba a marcar números.

—Bueno, ¿todo controlado por aquí? —le preguntó a Shelly.

—Creo que podemos manejar la situación.

—Bien, entonces yo me voy a la oficina del condado. A ver si por lo menos puedo meterle un poco de sentido común en la cabeza a Danicic, o recibir un auténtico golpe de suerte y emitir una declaración oficial de prensa. Tenemos que empezar a controlar la situación. Ese tipo de cosas —Mosley señaló el helicóptero que rondaba sobre ellos— es una gilipollez.

Mosley se fue muy enfadado, con el móvil pegado a la oreja, y Kimberly se esforzó por volver a recuperar el control de su tensión arterial.

—Os podéis creer… —empezó a decir.

Mac le puso una mano en el brazo para tranquilizarla.

—Está haciendo su trabajo. Y nosotros tenemos que hacer el nuestro. Así que lo primero es lo primero. ¿Alguno de los teléfonos públicos recibió alguna llamada?

—Que nosotros sepamos, no —dijo Shelly.

—Así que la única persona que informó de algún movimiento fue la detective Grove, y ahora ha desaparecido.

—Eso es.

—No me gusta nada.

—A mí también me pone los pelos de punta.

Sonó un bip en la cintura de Shelly. La sheriff frunció el ceño, comprobó la pantalla digital de su busca y luego desenganchó la radio del cinturón.

—Sheriff Atkins —dijo.

El crujido de la voz de una operadora de la central de la policía cruzó las ondas.

—Hemos recibido la llamada de un varón, identidad desconocida, que exige hablar con usted. No quiere darnos su nombre ni la razón por la que llama. Pero insiste en que usted querrá hablar con él.

Shelly alzó las cejas y miró a Kimberly y Mac.

—De acuerdo, voy a picar. Pásemelo.

Mac y Kimberly se arrimaron un poco más. Hubo un momento de silencio y después una voz masculina bramó en las ondas.

—Tengo información sobre la mujer desaparecida y el niño. Quiero saber cuál es la recompensa.

—¿Por ser un buen ciudadano?

El hombre siguió hablando como si no la hubiera oído.

—Leí en el periódico que a una mujer le dieron setenta mil dólares por ayudar a pillar a un asesino de polis. Yo tengo información que puede salvarle la vida a dos personas. Digo yo que eso se merece al menos cien de los grandes.

—Hal Jenkins, eres un mierda —dijo Shelly—. ¿Pero tú te has creído que no iba a reconocer tu voz solo porque llamas por la radio de la policía?

Hubo un largo silencio. Después los ojos de Shelly se entrecerraron de repente.

»¿Supongo que no estarías en el Wal-Mart del pueblo esta mañana, eh, Hal? ¿Quizá con una camisa azul de franela? Piénsatelo bien antes de contestar porque tenemos las cintas de las cámaras de seguridad.

—Ahh, mierda —dijo Hal.

—Ya me lo imaginaba. Permíteme contarte lo de la recompensa, Hal. Voy a mandar a uno de mis ayudantes a tu casa ahora mismo. Te vas a montar en el coche patrulla sin armar jaleo. Vas a venir aquí directamente y me vas a contar, cara a cara, lo que sabes sobre esas personas desaparecidas. Y me lo vas a contar todo, Hal, o pienso poner patas arriba toda tu propiedad, horno por horno y ladrillo por ladrillo. Ya te dije ayer que esto no es un juego y hablaba muy en serio.

—Yo solo quiero un poco de dinero —respondió Hal, enfurruñado—. A otra gente le dan recompensas. No veo qué tiene de malo quererla yo también.

—Sal al porche, Hal. El ayudante llegará en cualquier momento.

Shelly le colgó a Hal y después volvió a llamar a la central para ordenarle a un ayudante que llevara a Hal al Wal-Mart. Después de eso pidió que la pusieran con la oficina del fiscal del condado, informó al abogado sobre el intento de extorsión de Hal y pidió una orden de registro para su propiedad por su obvia implicación en el rapto de un miembro conocido de las fuerzas de seguridad.

Kimberly quedó impresionada.

—Creí que iba a dejar tranquila su propiedad —le dijo a la sheriff.

—Mentí. Para cuando se tramite la orden de registro, Hal ya nos habrá dicho todo lo que necesitamos saber. Y a esas alturas será agradable darle una sorpresita al señor Jenkins. Además, hace semanas que quiero registrar esa granja. Y me gusta mirarles los dientes a los caballos regalados.

Hal tardó diecinueve minutos en llegar al Wal-Mart. Durante ese tiempo, el ayudante Mitchell confirmó que Hal Jenkins estaba en el segundo teléfono público al llegar Alane Grove. En la cinta de la cámara de seguridad, Grove desaparecía en el interior del supermercado. Poco después, Hal se desvanecía de la imagen en dirección al aparcamiento. Grove reaparecía un instante junto a los teléfonos y después desaparecía también por el aparcamiento. No volvía a aparecer en ninguna otra imagen.

—¿No hay ninguna cámara que enfoque el aparcamiento? —preguntó Shelly de mal humor.

—Las únicas cámaras exteriores vigilan la entrada del supermercado además de la entrada del aparcamiento —dijo Mitchell—. La buena noticia es que tenemos imágenes claras de todos los

vehículos que entraron en el aparcamiento esta mañana, incluyendo las matrículas. La mala es que nos va a llevar algún tiempo cruzar las referencias de todos esos vehículos, aparte de que no incluye la gente que llegara a pie.

—Nos conformaremos con lo que tengamos. Vamos a llevarle las imágenes a Kincaid para que se las envíe al laboratorio estatal de Investigación Criminal. Alguien va a trabajar un montón de horas esta noche.

Shelly volvió a coger la radio para llamar a la central. Kimberly aprovechó para llamar a su padre.

—¿Cómo estás? —le preguntó en voz baja mientras se apartaba del graznido de la radio de la policía, el caos sobreexcitado de los curiosos que no dejaban de parlotear y el zumbido constante del helicóptero de la prensa que los sobrevolaba.

—Tenemos problemas —le respondió Quincy con franqueza.

—Quizá hayamos conseguido un respiro. Sabemos quién estaba en el segundo teléfono público. Y dice que tiene información sobre Rainie y Dougie.

—El sujeto debería estar al teléfono exigiendo dinero —le dijo Quincy—. Ya ni siquiera finge.

—Mac dijo que había una foto en las noticias. Demuestra que Rainie y Dougie estaban vivos esta mañana.

—Demuestra que Dougie está vivo. Rainie está al fondo de la foto. Echada y con los ojos cerrados. Lo sé porque estoy mirando esa foto ahora mismo.

Kimberly cogió con más fuerza el teléfono y con la otra mano se tapó el oído para no oír el ruido de fondo. La voz de su padre era muy baja, aquello no era propio de él. La joven sintió la ansiedad del hombre en el tono apagado de su voz, en la pesadumbre de su desesperación.

Llegó un coche patrulla tocando el claxon para abrirse camino entre la multitud. Kimberly vislumbró al hombre sentado en la parte de atrás, con los hombros encorvados, las mejillas sin afeitar y una camisa de franela gris.

—Hal Jenkins acaba de llegar —le dijo a Quincy—. Dame quince

minutos y te vuelvo a llamar.

—¿Sigues llevando encima el GPS? —le preguntó su padre de repente.

Kimberly frunció el ceño.

—Sí, ¿por qué?

—Quiero que me prometas que no te lo vas a quitar.

—Me estás asustando, papá.

—Eso es lo que intento. No le hemos pagado al sujeto ni un solo centavo. Pero si es cierto que ha secuestrado a la detective Grove…

—Acaba de embolsarse siete mil de los grandes.

—Es algo a tener en cuenta —dijo su padre.

Hal Jenkins salía en ese momento del coche de la policía y Shelly le hacía señas a Kimberly para que se acercara. La joven tuvo que cerrar el teléfono, cada vez le daba peor espina lo que les quedaba de día.

Miércoles, 11:35, hora de la costa oeste

Hal Jenkins no era un tipo muy agradable y estaba claro que no le caía nada bien la sheriff Atkins.

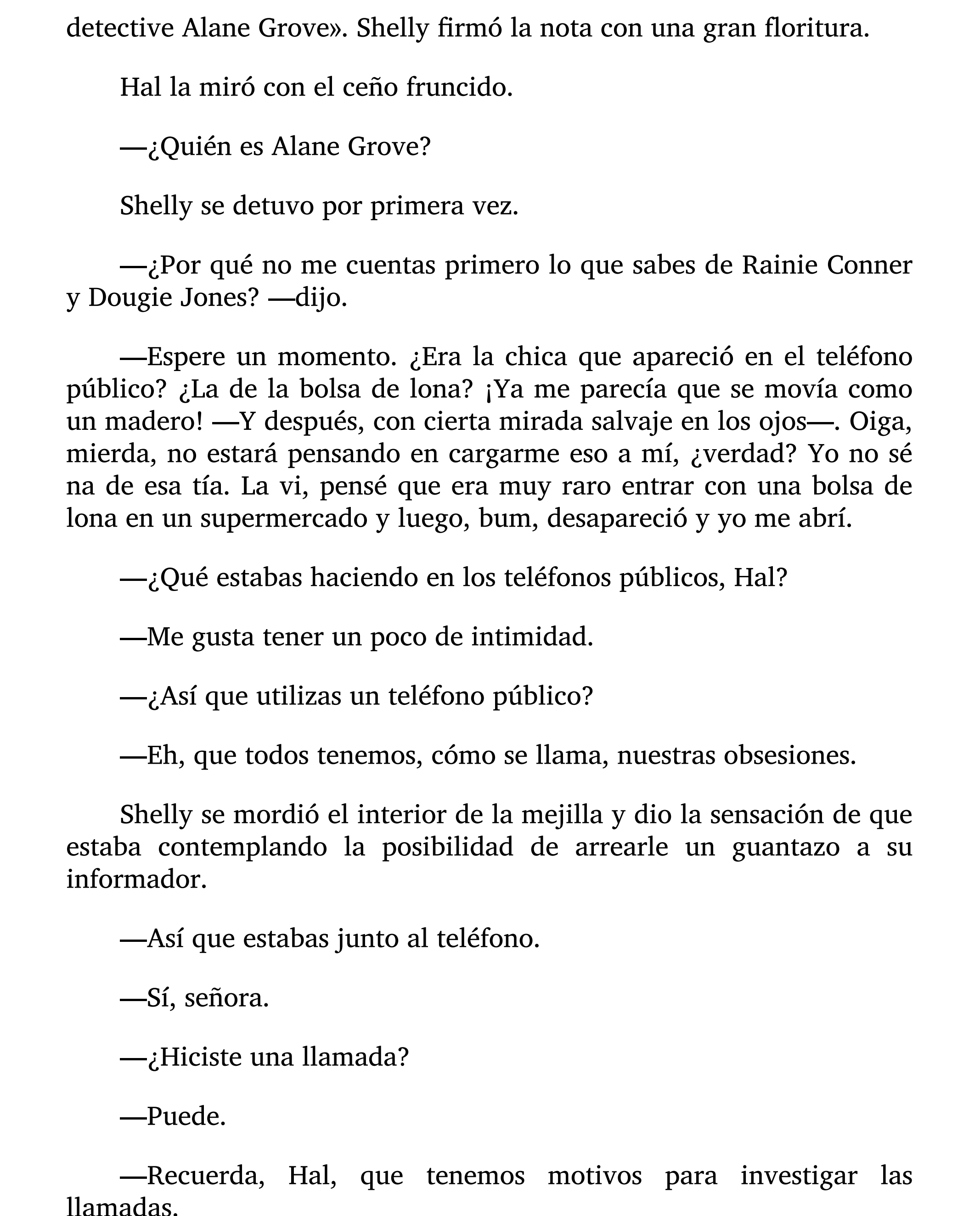
—Como se le ocurra tocar mi casa, no le digo una mierda —dijo a modo de saludo.

—Vamos, Hal, una promesa es una promesa.

—Y una mierda, lo quiero por escrito.

Shelly bostezó, le lanzó a Hal una mirada irónica y luego se encogió de hombros con gesto despreocupado.

—Bueno, Hal, si eso te hace feliz… —Le hizo una seña al ayudante Mitchell para que se acercara. Este sacó un bloc de notas y un bolígrafo. Shelly empezó a escribir con grandes alardes: «Yo, la sheriff Shelly Atkins, prometo solemnemente no registrar la propiedad del señor Hal Jenkins, del condado de Tillamook, a condición de que el dicho señor brinde toda su cooperación y revele lo que sabe sobre las personas desaparecidas Lorraine Conner, Douglas Jones y la



detective Alane Grove». Shelly firmó la nota con una gran floritura.

Hal la miró con el ceño fruncido.

—¿Quién es Alane Grove?

Shelly se detuvo por primera vez.

—¿Por qué no me cuentas primero lo que sabes de Rainie Conner y Dougie Jones? —dijo.

—Espere un momento. ¿Era la chica que apareció en el teléfono público? ¿La de la bolsa de lona? ¡Ya me parecía que se movía como un madero! —Y después, con cierta mirada salvaje en los ojos—. Oiga, mierda, no estará pensando en cargarme eso a mí, ¿verdad? Yo no sé na de esa tía. La vi, pensé que era muy raro entrar con una bolsa de lona en un supermercado y luego, bum, desapareció y yo me abrí.

—¿Qué estabas haciendo en los teléfonos públicos, Hal?

—Me gusta tener un poco de intimidad.

—¿Así que utilizas un teléfono público?

—Eh, que todos tenemos, cómo se llama, nuestras obsesiones.

Shelly se mordió el interior de la mejilla y dio la sensación de que estaba contemplando la posibilidad de arrearle un guantazo a su informador.

—Así que estabas junto al teléfono.

—Sí, señora.

—¿Hiciste una llamada?

—Puede.

—Recuerda, Hal, que tenemos motivos para investigar las llamadas.

Hal volvió a quedarse cariacontecido.

»Sí, esto de las personas desaparecidas —dijo Shelly con sequedad—, te está jodiendo la vida.

—No diga tacos. Usted es una dama y las damas no deberían decir

tacos.

—Bueno, bueno, Hal, me estás dejando a cuadros. Háblame de tu llamada.

—La llamada da igual —dijo Hal de repente, parecía haber llegado a algún trato consigo mismo—. Lo que importa es que se me cayó el cuarto de dólar.

—¿Se te cayó el cuarto de dólar?

—Sí, y cuando me agaché para recogerlo, vio lo que había pegado debajo del teléfono.

—Habla un poco más rápido, Hal. No tenemos todo el día.

Pero Hal ya estaba harto de hablar. Metió la mano en el bolsillo de atrás y sacó un sobre blanco y estropeado. Lo levantó y lo dejó colgando entre los dedos como si fuera un premio.

—Yo le doy mi nota si usted me da la suya.

Shelly le entregó de inmediato la garantía firmada de no registrar la granja de Hal. Este le dio el sobre desteñido.

—¿Ya está? —preguntó Shelly.

—Ya está. Confíe en mí. No hice nada ni cambié nada. Ya se lo he dicho, todo eso de los secuestros no es para mí.

—¿Pero la has leído?

—Pues claro. Sigo pensando que deberían darme una recompensa. Ese programa de ayuda contra el crimen. El departamento del sheriff. Oiga, que yo estoy haciendo una buena obra.

—Espósalo —le pidió Shelly al ayudante Mitchell.

—¿Qué? —preguntó Hal.

—Llévatelo, que lo fichen —le ordenó Shelly a Mitchell—. Ya veremos qué sale de esta historia.

—¡Estas no son formas de tratar a un buen samaritano! —exclamó Hal.

—Ah, pues todavía se pone mejor, Hal. Ahora mismo hay una

gente estupenda a punto de llegar para registrar tu granja.

—¡Pero me lo prometió!

—Ah, Hal —dijo Shelly con dulzura—, es que no soy yo la que va a registrar tu propiedad. Es el fiscal.

Hal intentó salir por patas pero el ayudante Mitchell lo cogió por las esposas y lo metió en el asiento de atrás del coche patrulla.

—¡Puta! —chillaba Hal.

—Shhh —dijo Mitchell mientras señalaba al cielo—. Sonríeles a los señores, Hal. Estás en Inocente, inocente.

Capítulo 37

Miércoles, 11:38, hora de la costa oeste

El agua empezaba a rodearla.

Rainie sentía su avance continuo, le subía desde los dedos de los pies a los tobillos y le lamía con languidez las espinillas. En un primer momento el progreso le había parecido lento, el agua iba subiendo milímetro a milímetro. Algo de lo que preocuparse pero no un motivo de pánico inmediato.

Las circunstancias, sin embargo, estaban cambiando. Quizá a la tubería le había salido una segunda grieta o la fuerza del torrente había agrandado el agujero existente. El sonido había cobrado fuerza y el maullido se había convertido en un rugido que llegaba embistiendo.

Rainie conocía bien el agua. Había trabajado en casos de ahogamiento, había sacado cadáveres hinchados de los rápidos que habían crecido con las aguas del deshielo, incluso había recuperado algún que otro vehículo que había hecho un mal giro en una carretera llena de curvas. Había visto las uñas partidas y rotas, los dedos como garfias de la gente que había luchado hasta el amargo final. En uno de los vehículos, la mujer había conseguido sacar el brazo por una ranura de la ventanilla del pasajero. La imagen había perseguido a Rainie durante semanas. La cara pálida aplastada contra el cristal, el brazo ensangrentado que buscaba frenético la salvación.

El agua era una fuerza gobernada por sus propias leyes que cubría sus propias necesidades. Empezó saturando la ropa de Rainie,

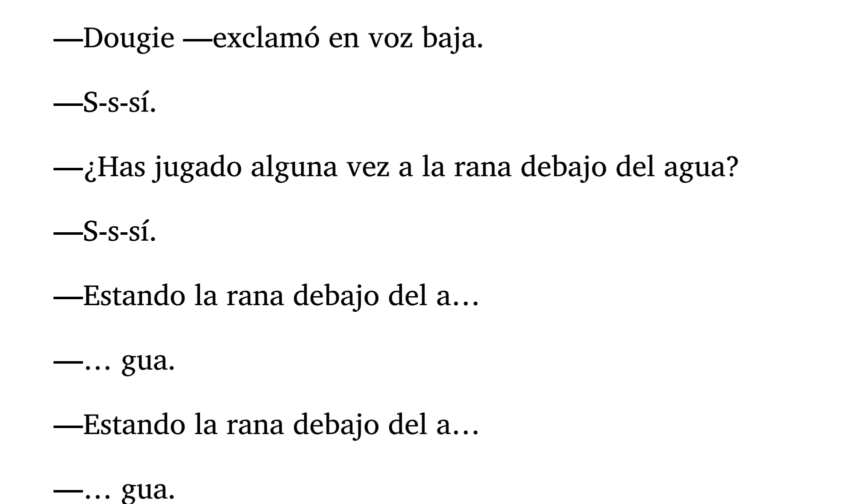
empapándole el dobladillo de los pantalones. Unos tentáculos fríos le envolvieron los tobillos y le frotaron la piel, provocándole unos escalofríos que le calaban hasta los huesos.

Muy pronto el agua empezaría a lamerle el pecho y a arrebatarle el aire de los pulmones. Por paradójico que fuera, comenzaría a notar el aire frío y el agua caliente. Así que sería mucho más fácil hundirse en ella. Dejar que el agua se le colara por los labios y se deslizara por la garganta.

Para cuando se le metiera en los pulmones y desencadenara un último ataque de tos ya sería demasiado tarde. El agua se habría cerrado sobre su cabeza y la habría suspendido a ella y a Dougie en un último abrazo escalofriante.

El agua destruía pero, como parte de su plan de seducción, también revivía. La detective sintió la frescura que envolvía el calor colérico que le inflamaba la rodilla. Se salpicó el dolor de los brazos y la palpitación de las sienes, con gotas refrescantes. Bebió de las oscuras y oleaginosas profundidades y el líquido fue un alivio para su garganta reseca. El agua terminaría matándola, seguro. Pero al menos antes la hacía sentirse mejor.

Con movimientos lentos pero seguros, se levantó de los escalones del sótano y se puso en pie un poco temblorosa. Después metió la mano en el bolsillo para coger la única esperanza que les quedaba.



—Dougie —exclamó en voz baja.

—S-s-sí.

—¿Has jugado alguna vez a la rana debajo del agua?

—S-s-sí.

—Estando la rana debajo del a…

—… gua.

—Estando la rana debajo del a…

—… gua.

Rainie encontró el cuerpo encogido, atado a una tubería en medio de la oscuridad.

—Dougie —le dijo—, quédate muy quieto.

Miércoles, 11:45, hora de la costa oeste

Se había guardado el trozo de cristal durante su fallido intento de huida. Mientras buscaba con frenesí con los dedos con la esperanza de encontrar una posible arma. Quizá alguna hoja de pocos centímetros con la que pudiera rebanar la garganta de su captor, o quizá clavársela en los riñones. No tuvo tanta suerte. Todo lo que encontró fue un fragmento fino, de apenas unos milímetros de grosor. Le pareció increíblemente frágil entre sus dedos hinchados. Pero también le pareció afilado.

Le costó colocarse el trozo de cristal entre las yemas entumecidas y congeladas de los dedos. Después empezó a frotar la tira de plástico que ataba las muñecas de Dougie pero casi enseguida se le cayó el cristal. Tanteó por el agua en busca del delicado trozo pero se le volvió a caer. Para cuando por fin volvió a colocar el trozo, el agua golpeaba las rodillas de Dougie y el niño temblaba sin poder controlarse.

—Estás borracha —la acusó Dougie.

—No.

—Te vi con esa botella.

—No estaba buscando alcohol, Dougie. Estaba buscando un arma.

Frotó el borde afilado contra la tira de plástico. Le pareció que cedía un poco. Y justo en ese momento, por supuesto, se le volvió a caer el cristal.

—Mentirosa —dijo Dougie.

Rainie se agachó y rebuscó en el agua con los dedos. El fragmento le rozó con pereza el dorso de la mano y se alejó otra vez. Rainie fue tras él con un movimiento desesperado.

—¿Te gustaría saber la verdad, Dougie? Es verdad, soy una mentirosa. Cada vez que me pegaba mi madre, les mentía a mis profesores y les decía que me había caído de la bici. Cada vez que me tomaba una copa, me mentía a mí misma y me decía que era la última. Le he mentido a mi marido. Les he mentido a mis amigos. Y sí, te he mentido a ti. Hay millones de mentiras en el mundo, Dougie. Mentiras que contamos para proteger a otros, mentiras que contamos para protegen nos nosotros. Estoy segura de que yo las he contado todas. Y estoy segura de que tú también.

Dougie no dijo nada. Rainie había encontrado el trozo de cristal y lo había atrapado entre las yemas de los dedos. El agua subía ya por encima de las rodillas de Dougie y le llegaba a los muslos. La detective oyó más borboteos, agua antigua que buscaba nuevas formas de salir.

—Hace unos meses —continuó Rainie con calma— empecé a tomar unas pastillas. Esperaba que me ayudaran a no sentirme triste todo el tiempo. Quizá incluso me ayudaran a no querer beber. Por desgracia, no es la clase de medicina que puedes dejar de tomar sin más. Y cuando nuestro secuestrador me raptó, no tuvo la cortesía de coger también mis medicinas. Lo que ves ahora no es fruto de la bebida. Lo que ves son los síntomas del síndrome de abstinencia. Y van a empeorar.

—Ah —dijo Dougie con un hilo de voz. Y luego, con tono curioso —. ¿Te duele?

—He tenido días mejores.

—¿Y quieres beber?

Rainie había vuelto al trabajo y estaba serrando las ataduras.

—¿Sabes cómo te sientes tú con las cerillas, Dougie?

—¡Ojalá tuviera una cerilla ahora mismo! —dijo el niño de inmediato.

—Bueno, pues eso es lo que me pasa a mí con el alcohol. Pero no tengo que beber, Dougie. Igual que tú no tienes que jugar con fuego.

Le resbalaron los dedos y el trozo de cristal se le clavó en la palma de la mano. Rainie hizo una mueca y por una vez agradeció tener los dedos entumecidos y no sentir nada, después se sacó la resbaladiza punta de vidrio de la yema del pulgar. Volvía a temblar. Frío, conmoción, no lo sabía. Estaba muy cansada. Estaría bien volver un momento a las escaleras. Sentarse un rato. Descansar. En un instante volvería con Dougie…

—Rainie, ¿tú crees en el cielo?

Rainie se quedó tan sorprendida que estuvo a punto de cortarse otra vez. Respondió con cautela.

—Quiero creer.

—Mi primera segunda familia me dijo que mi madre había ido al cielo. Dijeron que me está esperando. ¿Tú crees que mi madre me cuida desde allí?

—Es una idea muy bonita —dijo la detective en voz baja.

—Stanley dijo que mi madre está decepcionada conmigo. Stanley dijo que cada vez que enciendo un fuego, hago llorar a mamá. Rainie, ¿mi mamá me odia?

—Oh, Dougie. —Rainie se quedó callada, no sabía qué decirle al niño—. Una madre nunca deja de querer a su hijo.

—Pero quemé su retrato.

—Una foto no es más que una foto. Estoy segura de que lo entiende.

—Quemé la casa de mis primeros segundos padres y la casa de mis segundos segundos padres. Si pudiera conseguir una cerilla, quemaría esta casa. Pero está mojada. —El niño frunció el ceño—. Lo que está mojado no arde tan bien.

Rainie alzó una ceja y se puso a trabajar otra vez en la atadura.

—¿Sabes qué, Dougie? Las madres siempre, siempre quieren a sus hijos; es solo que no siempre les gusta lo que hacen sus hijos. Piénsalo de este modo: tu madre te quiere pero estoy segura de que no le hace gracia que le prendas fuego a las cosas.

—Soy un niño malo —dijo Dougie sin emoción—. Soy muy malo y nadie quiere a un niño malo.

—A mí me guardaste una galleta. No creo que un niño malo le guarde una galleta a su amiga.

—Me bebí toda el agua.

—Tú no sabías que yo tenía sed. Y también intentaste ir a buscar ayuda. Echaste a correr cuando te pedí que corrieras. No creo que un niño malo fuera tan valiente como para ayudar a su amiga.

Dougie no dijo nada.

»Creo, Dougie —dijo Rainie después de un momento—, que tú eres como todo el mundo. Eres un buen chico y también eres un mal chico. Igual que yo soy una buena chica y una mala chica. Todos los

días tenemos que tomar una decisión, ¿qué persona vamos a ser, buena o mala? Pero la decisión es nuestra. Tuya y mía. Personalmente, estos días yo estoy intentando escoger un poco mejor.

—Stanley no me pegó nunca —dijo Dougie en voz baja.

—Lo sé, Dougie, lo sé.

Rainie oyó un chasquido. La tira de plástico se partió y cayó al agua. Dougie por fin era libre.

Miércoles, 11:53, hora de la costa oeste

—Ahora me toca a mí, Dougie. —Rainie le tendió el fragmento de cristal. Dougie bailaba a su alrededor chapoteando en el agua muy contento. La detective vio, consternada, que el agua ya le llegaba al niño por la cintura.

Después habló con un poco más de aspereza.

»Corta la tira que me ata las muñecas, Dougie. Y después vamos a salir de aquí.

El niño dejó de bailar pero no cogió el trozo de cristal. Durante un momento los dos se quedaron allí, sin hacer ni decir nada. Rainie presentía que el niño la estaba mirando pero, a aquella distancia, no podía ver la expresión de su rostro.

—Dougie —lo alentó.

Nada.

»Dougie, el agua está subiendo muy rápido. Yo voy a subir las escaleras y creo que tú también deberías hacerlo.

Pero incluso cuando la vio a mitad de las escaleras, Dougie se negó a seguirla.

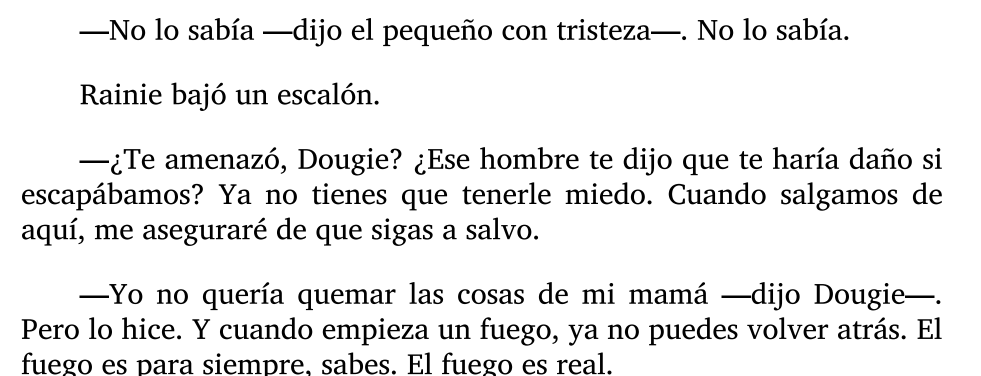
»Dougie, ¿qué estás haciendo?

—No puedo —dijo en voz baja.

—¿No puedes, qué?

—No puedo. Lo prometí. Es que lo juré. No puedo.

—¿Dougie?



—No lo sabía —dijo el pequeño con tristeza—. No lo sabía.

Rainie bajó un escalón.

—¿Te amenazó, Dougie? ¿Ese hombre te dijo que te haría daño si escapábamos? Ya no tienes que tenerle miedo. Cuando salgamos de aquí, me aseguraré de que sigas a salvo.

—Yo no quería quemar las cosas de mi mamá —dijo Dougie—. Pero lo hice. Y cuando empieza un fuego, ya no puedes volver atrás. El fuego es para siempre, sabes. El fuego es real.

—Ayúdame, Dougie. —Rainie podía sentir la urgencia de su propia voz, el pánico creciente. Intentó contenerse, parecer convincente—. Córtame la atadura de las muñecas. ¡Voy a sacarnos de aquí!

Nada.

»¿Dougie?

Nada.

»¡Dougie!

Y entonces, en medio de la oscuridad.

—La maté yo —susurró Dougie—. Yo no quería. Pero ahora se ha ido y ya no puede volver. Porque fui un niño malo y nadie quiere a un niño malo. Salvo quizá mi mamá. Echo de menos a mi mamá. Solo quiero verla otra vez.

Rainie oyó un chapoteo.

Bajó corriendo las escaleras y se lanzó al agua.

—¿Dougie? ¿Dougie? ¿Dougie?

Pero el agua seguía subiendo. Dougie se había hundido en sus frías profundidades. Y no volvió a subir.

Capítulo 38

Miércoles, 11:42, hora de la costa oeste

—Es un mapa.

—Mira tú qué sorpresa.

—Una vez que los veinte mil se hayan entregado en el lugar X —le informó Kimberly por teléfono—, el SNI se pondrá en contacto con los medios de comunicación para darles la ubicación de Rainie y Douglas.

—¿Con los medios? ¿O con Adam Danicic? —insistió Quincy.

—Solo dice los medios. Quizá se sobreentienda Danicic. La nota nos recuerda que nuestro tipo no es ningún monstruo. P.D. —leyó Kimberly en voz alta—, después de la una de la tarde, ya no puede hacerse responsable de lo que les ocurra a la mujer o al niño. «El destino de ambos —y cito textualmente—, está en sus manos».

—Hijo de puta —Kincaid maldijo por detrás—. Que alguien me diga la puñetera hora.

—Once y cuarenta y dos —respondió Kimberly, justo cuando su padre, que estaba al lado de Kincaid en el centro de mando, le decía también la hora.

—¿Podéis leer el mapa? —preguntó Quincy.

—Shelly ya le ha echado un vistazo. Cree que es un faro que hay costa arriba. El edificio lleva cerrado unos meses, al parecer porque van a hacer obras, pero no cree que hayan empezado a trabajar todavía. Está haciendo algunas llamadas para comprobarlo.

—¿Cuánto tiempo os llevará llegar allí?

—Treinta y cinco, cuarenta minutos.

—¿Habéis registrado los otros teléfonos? ¿Estáis seguros de que no hay más mensajes?

—Mac ya se ha acercado a la fábrica de queso. Allí no hay nada. El agente Blaney ha vuelto al centro. Lo sabremos dentro de un momento.

—Con una nota basta —murmuró Quincy—. Los tres teléfonos públicos, un plazo de quince minutos, no era más que fachada. Solo quería divertirse un rato. Pero saltamos cuando nos lo ordenó. Y en cuanto a nuestra recompensa…

—Otro puñetero mapa —terminó Kincaid por él. Y repitió—: Hijo

de puta.

Fuera había demasiado ruido. Kimberly se metió en el Wal-Mart, todavía desierto, con todos los empleados y los clientes aislados en la parte delantera. Descubrió a Shelly en la sección de libros con el móvil pegado a la oreja mientras le vociferaba a alguien por las ondas. Kincaid volvía a decirle algo y Kimberly se dirigió a la paz y tranquilidad de la sección de productos de higiene femenina.

—Si Shelly cree que sabe dónde es, que vaya. Usted puede ir con ella en el coche, haremos que las sigan otros agentes. ¿Todavía tiene el GPS?

—Sí.

—Entonces podemos rastrearla. Así que unos treinta y cinco minutos de viaje, otros diez minutos, digamos, para ubicar el punto concreto… Será mejor que se pongan en marcha.

—No podemos.

—¿Cómo que no pueden?

Kimberly lanzó un fuerte suspiro.

—¿Es que no lo entendéis todavía ninguno de los dos? La detective Grove ha desaparecido, ya no tenemos los veinte mil dólares.

—¡Hijo de puta! —maldijo Kincaid.

Su padre no dijo nada en absoluto.

Miércoles, 11:45, hora de la costa oeste

Por segunda vez en un solo día, el teniente Mosley se había quedado atónito. En sus tiempos, cuando un agente recogía a una persona de interés, se llevaba al hombre directamente a la oficina más cercana. Se le metía en una sala de interrogatorios. Se le ofrecía la bebida que prefiriera y luego se cerraba la puerta de la sala. Al hombre en cuestión se le daba tiempo de sobra en un espacio pequeño y desnudo, sentado en una silla dura de metal y con una vejiga que se iba llenando a toda velocidad para que pensara las cosas. No es que todo el mundo se desmoronara bajo la presión, pero sí que ablandaba a la mayor parte.

Para empezar, a Adam Danicic no lo metieron en ninguna sala de

interrogatorios. No estaba sentado en una silla dura de metal y, por lo que Mosley veía, tampoco carecía de ninguna de las comodidades más básicas.

De hecho, el reportero del Daily Sun se encontraba en esos momentos ante el escritorio del sargento, tumbado en la butaca de cuero del sargento y charlando por el teléfono del sargento.

Mosley entró, le echó un vistazo a lo que estaba pasando y después se fue directamente a hablar con el agente estatal que había llevado a Danicic.

El agente se puso firme de golpe.

—¡No es lo que parece! —estalló en cuanto Mosley se detuvo delante de él.

—¿Y qué es lo que parece?

—¡Quiero decir que no me quedaba alternativa!

—¿Porque no lleva encima un par de esposas y una pistola?

—Dijo que solo vendría con nosotros si le permitíamos hacer unas llamadas. Y cuando llegamos aquí, dijo que si no le dábamos un teléfono, tendría que usar su móvil y claro, no querríamos que su móvil estuviese comunicando.

—Porque el secuestrador no podría ponerse en contacto.

—¡Exacto, señor!

—Dígame, agente, ¿de verdad cree que un periodista pondría en peligro la oportunidad de hablar directamente con el hombre que ha raptado a dos personas?

Los ojos del agente se dispararon de un lado a otro, cosa que Mosley se tomó como un no.

»¿De verdad piensa que sería capaz de arriesgar sus minutos de gloria en el telediario de la noche o el número de columnas que puede meter en primera plana?

—Me dijeron que necesitábamos que cooperara. Y no me dieron nada con lo que acusarle.

—Entonces se encuentra algo, agente. Obstrucción a la justicia.

Un carné caducado. El piloto de atrás roto. Ha estado en la casa de ese hombre, delante de su coche, por el amor de Dios. Siempre se puede encontrar una pequeña infracción. Hasta el Papa ha cometido algún delito menor en su vida.

El agente no respondió, cosa que ya era respuesta suficiente.

El teniente Mosley regresó a la parte anterior de la pequeña oficina, donde Danicic seguía parloteando por teléfono. Mosley apretó el botón de la línea uno con el índice y la llamada se cortó.

—¡Eh, que ese era mi abogado!

—¿Cree que necesita un abogado? —preguntó Mosley sin perder la calma.

—Esto es el negocio del espectáculo, ya puede apostar que sí. Ya me ha llamado Larry King, por no hablar del programa Today. Pero claro, luego hay que contar con los posibles contratos editoriales. Es decir, si lo cuento todo ahora, ¿quién va a comprar el libro después? Necesito una estrategia.

—Siéntese bien —le soltó Mosley—. Quite los pies de la mesa. Un poco de respeto.

Danicic alzó una ceja pero hizo lo que le pedían. Descruzó los tobillos y se irguió en la silla. Se sacudió la americana gris, que, de cerca, no tenía una tela tan buena ni estaba tan bien cortada como parecía en televisión. La camisa le estaba demasiado grande alrededor del cuello y la corbata tenía un tono de rosa demasiado chillón.

Las cámaras le habían dado cierto nivel místico pero en ese momento parecía exactamente lo que era, un periodista de pueblo que intentaba con desesperación llegar a las ligas profesionales.

—¿Conoce a Rainie Conner en persona? —preguntó Mosley.

—No.

—¿Y a Dougie Jones?

—¿Soy sospechoso? Porque si está pensando en mí como sospechoso, pienso llamar a mi abogado ahora mismo.

—Estoy intentando pensar en usted como persona y créame, cada vez es más difícil.

Danicic frunció el ceño pero apartó la mirada.

»Esas de ahí fuera son personas reales —dijo Mosley—. Una mujer y un niño que están luchando por su vida. ¿Ha estado alguna vez en la escena de un crimen, Danicic? Y no me refiero a esperar detrás de una cinta amarilla. Quiero decir de cerca, allí mismo, donde lo que ve no son unos efectos especiales de Hollywood. ¿Ha visto alguna vez una autopsia? ¿Ha leído algún informe del forense? ¿Sabe de verdad lo que le puede hacer una bala, lo que le puede hacer un cuchillo a un cuerpo humano? Levántese —dijo Mosley de repente—. Tengo algo que enseñarle.

Mosley puso en pie a Danicic de un tirón. El reportero estaba demasiado atónito para reaccionar. Mosley lo llevó a la parte de atrás y lo sentó en la sala de interrogatorios, que en realidad había sido un antiguo armario para el conserje y todavía lo parecía.

Mosley volvió a entrar en la oficina y saqueó el primer archivador gris que encontró. Cogió solo casos que estaban marcados como cerrados y procesados. Si algo le habían enseñado los dos últimos años era que nunca se podía tener demasiado cuidado con la prensa.

Entró como una tromba en la sala de interrogatorios y empezó a plantar las fotos en la mesa con golpes secos.

—Adolescente, colgado. Mujer, destripada. Hombre, golpeado por un tren de mercancías. Cuerpo, sexo sin determinar, sacado del río. Manos, cubiertas de hojas de marihuana. Niño de dieciocho meses, ahogado. ¿Todavía está pensando en contratos editoriales, señor Danicic? Porque de donde salieron estas hay muchas más.

Danicic fue cogiendo cada foto y las estudió con atención. Después volvió a dejarlas con cuidado en la mesa.

Levantó la cabeza, miró a Mosley y se encogió de hombros.

—El mundo está lleno de horrores, bla, bla, bla. No soy idiota, teniente. Ni siquiera somos tan diferentes. Su trabajo es hacer justicia con esas personas. Mi trabajo es contar la historia.

Y hoy tenemos una historia. No puede impedirme que la cuente.

—¿Y si eso hace que las víctimas corran un mayor peligro?

—¿Un mayor peligro? —bufó Danicic—. Dígame cómo. Son ustedes los que se están dedicando a jugar a Dios sabe qué. Yo al

menos estoy intentando conservar una relación ya muy precaria de por sí. Afróntelo, el secuestrador no confía en ustedes. Y si se pone muy nervioso, Rainie y Dougie están muertos. Yo les ofrezco una alternativa viable. El secuestrador me llama y todo el mundo gana. Y sí, quizá eso signifique que consigo un contrato editorial. Siempre que los encuentren vivos, no creo que a Rainie y a Dougie les importe mucho.

—Está usted interfiriendo en las líneas de comunicación en un caso en el que el tiempo es primordial. Si lo llama a usted, nosotros tenemos que esperar para recibir la noticia.

Y no tenemos tiempo para esperar. A veces, hacer que se cumpla la ley significa la guerra. Y en una guerra solo se puede tener una línea de comunicación.

—Por otro lado, cada vez que el secuestrador se pone en contacto conmigo, tiene que aparecer. Cuantas más veces aparezca, más oportunidades tienen de atraparlo.

—Y más efectivos son necesarios para cubrir todos los ángulos —contraatacó Mosley.

—Entonces menos mal que se han implicado tantas jurisdicciones. —Danicic se inclinó hacia delante—. Lorraine Conner es la mujer de un antiguo especialista en perfiles del FBI. ¿Quiere un quid pro quo? Entonces dígame, ¿está implicado el FBI? ¿Este caso lo lleva el FBI, oficialmente hablando? Y sigo queriendo saber algo del otro tío que vi en la feria, el que llevaba la cazadora de la agencia de investigación de Georgia. Me parece a mí que aquí están pasando muchas cosas que no le están contando al público. Piense la pinta que va a tener eso cuando aparezcan dos personas muertas.

—¿Ha dicho «cuando»? No me parece una actitud muy positiva.

—Esta investigación no ha hecho nada para convencerme de lo contrario. —Danicic apartó la silla y se levantó—. ¿Me va a arrestar?

—Todavía no.

Danicic levantó una ceja.

—Esa no me parece una actitud muy positiva —dijo sin más—. Me largo de aquí.

El reportero dio un paso y Mosley lo cogió por un brazo. La

mirada que le lanzó Danicic fue más dura de lo que Mosley esperaba. Más calculadora. Al parecer, cuando empezaban a subir las apuestas, hasta un periodista sin demasiada experiencia aprendía rápido.

—Si averiguamos que ha recibido información y no la ha compartido con nosotros, eso lo convertiría en parte de una conspiración —dijo Mosley en voz baja—. Lo que lo convertiría en cómplice de un delito. Lo que significaría que no podría beneficiarse de nada relacionado con ese delito, ni contratos editoriales, ni apariciones pagadas, nada. Piense en eso.

—Sabe —dijo Danicic con impaciencia—, no siempre los malos son los periodistas. Ah, déjeme adivinar, usted votó por Nixon.

—Ese hombre lo está utilizando, Danicic. ¿Por qué le envió una carta al director, para qué deja una nota en el parabrisas de su coche? Si quiere ser un periodista objetivo, empiece a hacerse las preguntas difíciles. A este sujeto lo impulsa el ansia de celebridad. Y puede citar mis palabras. Salvo que nosotros no podemos hacerlo famoso, los medios de comunicación, sí. Y también puede citar eso. Cuanto más informen sobre él, más premian sus esfuerzos. Y más consiguen que le guste…

Danicic se liberó de un tirón, justo cuando la radio del policía cobró vida con un crujido en el escritorio del sargento. La cogió el agente raso pero, en un espacio tan pequeño, Danicic todavía estaba lo bastante cerca como para oírlo.

Mosley observó el rostro del periodista, a la espera de algún tipo de reacción. Si aquel tío era actor, era muy bueno.

—Oh, Dios —murmuró Danicic bajando los hombros y pasándose la mano por el pelo cortado al cero.

La central pedía más efectivos, los investigadores habían encontrado una tumba.

Capítulo 39

Miércoles, 11:52, hora de la costa oeste

Para Quincy el tiempo se detuvo exactamente a las once cincuenta y dos del miércoles por la mañana. Hasta ese punto le parecía que lo había estado haciendo bastante bien. Había estudiado sus notas para ver lo que podría habérseles escapado. Había trabajado con Kincaid para analizar la lista de investigaciones de la pizarra: no

tenían el informe oficial de la detective Grove sobre las últimas veinticuatro horas de Rainie; tenían que presionar a la sheriff Atkins para que les diera una evaluación completa de los delincuentes de la zona. Y todavía quedaba el asunto de la investigación sobre Laura Carpenter, además de seguir el rastro de Andrew Bensen. En las últimas treinta y seis horas se habían empezado muchas cosas pero muy pocas se habían terminado. Ocurría en cualquier investigación que se moviera en tantas direcciones y a esa velocidad.

Candi ofreció su ayuda. Al parecer, cualquier cosa era mejor que quedarse en una sala de conferencias cruzada de brazos. Kincaid la mandó a la casa de Laura Carpenter. Una negociadora cualificada en casos de rehenes no debería tener ningún problema para entrevistar a una esposa maltratada, y con eso al menos podrían poner otra marca en la pizarra.

Quincy accedió a encargarse de la búsqueda de Andrew Bensen y al infierno con los esfuerzos del ejército. Con el tiempo corriendo en su contra, no tenían tiempo para esperar informes oficiales. Quincy encendió su portátil y empezó a hacer llamadas por el móvil. Llamó a la abuela de Bensen. Obtuvo el nombre de sus antiguos compañeros del instituto, de los amigos con los que se iba de farra. ¿Qué aficiones tenía, algún interés concreto? ¿Estaba tomando algún medicamento? ¿Había pasado por Bakersville con frecuencia? ¿Hasta qué punto conocía la zona? ¿Alguien lo había oído expresar algún tipo de enfado por la muerte de su padre, quizá se había mostrado interesado en ponerse en contacto con Lorraine Conner?

—Bueno, al menos Lucas no se pasó todos esos años arrejuntado con una fulana y criando a sus bastardos —dijo Eleanor Bensen con un bufido cuando Quincy le preguntó qué había pensado al enterarse de que su hijo Lucas había muerto de un disparo.

—¿Y Andrew?

—No se lo dije. El chico no había preguntado por su padre en quince años. ¿Por qué iba a empezar ahora?

—¿Se enteró de la noticia por alguna otra persona?

—¿Y cómo coño iba a saberlo yo? Pero le voy a decir una cosa. Ese chico es un hijo de p. y tiene un humor de perros. Cree que el mundo le debe algo solo porque creció sin padres. ¿Y qué se cree que soy yo, hígado picado?

Quincy seguía dándole vueltas a esa animada conversación

cuando Kimberly lo llamó para hablarle de la nota pegada al teléfono público del Wal-Mart.

Y una vez más, Quincy y Kincaid metieron la primera. Ya no había que preocuparse por coordinar entregas de dinero complicadas. Ya solo era cuestión de encontrar la X que marcaba el punto. Depositar el tesoro escondido. Y preguntarse qué coño iba a hacer el sujeto con ellos a continuación.

Necesitaban otros siete de los grandes. Kincaid les ordenó a Shelly y a Kimberly que se pusieran en camino. Quincy sacó las páginas amarillas. Su banco tenía una sucursal en Garibaldi, Kimberly y Shelly tenían que pasar por allí de camino al norte. Intentó pedir el dinero por teléfono. El director del banco le colgó. Kincaid volvió a llamar, soltó los suficientes términos legales como para que cualquier abogado se sintiera orgulloso y consiguió que le prometieran que le entregarían siete mil dólares en metálico a un agente de la ley en unos ocho minutos.

Todavía se sentían bastante satisfechos consigo mismos, animados de ese modo que jamás entenderían las personas que nunca se han enfrentado a una cuestión de vida o muerte, cuando recibieron la otra llamada.

Y el mundo de Quincy se detuvo. Kincaid hablaba pero sus palabras no significaban nada. Quincy se quedó mirando a la pizarra pero no veía lo que tenía escrito.

Una granja de la zona, propiedad de un presunto traficante de drogas. Un investigador del condado que llevaba a cabo un registro y se ponía a hurgar entre un montón de estiércol. El descubrimiento de la mano pálida de una mujer.

La forense ya estaba de camino. El fiscal ya había solicitado por las vías oficiales que acudiera un forense del laboratorio de Portland. En la granja había cesado toda actividad. Nadie quería cometer un error. Tenían un cuerpo y la pregunta era, ¿tenían tres?

—Voy a llamar a Kimberly —dijo Kincaid.

—No.

—Total, ya pueden volver. Fue Shelly la que pidió el registro. Va a querer enterarse de lo que han encontrado.

—No hasta que lo sepamos con certeza.

Kincaid no dijo nada.

»Quizá no sea Rainie y no queremos cargarnos la entrega.

Kincaid no dijo nada.

Quincy se dio al fin la vuelta.

—Usted no lo entiende —dijo en voz baja—. Soy yo el que se supone que debe morir primero.

Kincaid tenía que irse. Quincy se quedó sentado, solo, en la sala de conferencias, con los ojos clavados en la pizarra y, por una vez en su vida, sin pensar en nada.

Miércoles, 11:56, hora de la costa oeste

La primera impresión que tuvo Candi de la casa de los Carpenter fue que ella no viviría allí por nada del mundo. No era que se hubiera criado en Park Avenue pero su abuela Rosa estaba orgullosa de su casa. Cada mañana barría los escalones de la entrada y cuando llegaba la tarde la encontrabas limpiando los muebles con Centella con olor a limón. Y que el cielo te ayudase si se te ocurría entrar en su cocina con barro en los zapatos. A Candi y sus primos les daban un trapo y los condenaban a pasar la hora siguiente de rodillas, frotando el suelo.

La casita que tenía Rosa en Portland quizá alojase a siete niños cuyas edades no superaban los diez años pero, que Candi recordase, la casita siempre había estado impecable. Cortinas de encaje almidonado en las ventanas. Ramales de hiedra verde precipitándose por el alféizar de la ventana, por la repisa de la chimenea e incluso enredándose alrededor del crucifijo. Todos los niños del barrio preferían ir a jugar a casa de Rosa. Porque tomaban refrescos en una cocina que olía a limón y luego jugaban en aquel patio diminuto recubierto con las glicinas que Rosa cultivaba con tanto esmero.

Pero la casa de los Carpenter, menudo contraste. Oscura, pensó Candi. Demasiados árboles altos cerniéndose sobre una casa diminuta. Los abetos gigantes tapaban la luz del sol, absorbían la humedad del césped y dejaban vivo solo el musgo que cubría el tejado ruinoso. Desde luego allí no había cascadas silvestres de flores moradas.

Candi aparcó en el camino de entrada lleno de barro. Siguió un sendero de ladrillos bastante irregular, y se abrió paso con cuidado entre las losas combadas intercaladas con matas gigantes de garranchuelo. La fachada de la casa estaba pintada de un color marrón

sucio, con la puerta haciendo juego. La negociadora llamó a la puerta y esperó pero no respondió nadie.

De todos modos, Candi creyó oír el sonido de unas voces. Aguzó el oído y entonces se dio cuenta de que era la radio, el sonido salía de la parte posterior de la casa, así que lo siguió.

Encontró a Laura Carpenter fumando un cigarrillo en un patio de cemento que estaba en un estado muy parecido al del sendero de ladrillos. En cuanto vio a Candi, Laura tiró el Marlboro al suelo y lo pisó. La mujer cambió de postura, como si intentara tapar el movimiento con un paso al azar.

Candi pensó que había visto a críos de doce años con más habilidad para ocultar el vicio.

La investigadora le tendió la mano.

—Candi Rodríguez, policía estatal de Oregón.

Laura Carpenter no frunció el ceño pero tampoco se puede decir que le extendiera la alfombra roja. Hizo caso omiso de la mano tendida de Candi y se encogió de hombros.

—¿Y qué es lo que quieren registrar ahora? —preguntó la mujer. Se había cruzado de brazos. Una sudadera ancha de color morado. Cabello castaño y bastante descuidado. Ojos castaños y huecos. Hablaba con ese tono de indiferencia fruto de la práctica.

—En realidad me preguntaba si estaba Stanley en casa.

—Pues no.

—¿Está haciendo algún recado?

Laura señaló los bosques que las rodeaban con una sacudida de la cabeza.

—Anda por ahí. Sigue buscando al chico. Stanley —añadió con tono burlón— se cree que es Knute Rockne[5]. Los que se rinden nunca ganan. Los que ganan nunca se rinden. Solo porque una pandilla de policías haya declarado que alguien ha secuestrado al chico, eso no significa que Stanley vaya a rendirse. Stanley, no.

A Laura le temblaban las manos. Candi decidió ponérselo fácil a las dos. Hizo alarde de tantearse la chaqueta antes de hablar.

—Ah, mierda, debo de habérmelo dejado en el coche.

Laura la miró.

»El tabaco —le explicó Candi—. Supongo que no tendrá un cigarrillo…

La mujer sonrió por fin. No se había dejado engañar, pero se lo agradeció.

»Supongo que no.

Sacó del bolsillo el paquete rojo y blanco. Cogió uno para ella y luego le pasó el paquete a Candi. Había una caja de cerillas junto a la parrilla. Las dos encendieron los cigarrillos y Laura exhaló el humo con suavidad. Candi consiguió no toser. Llevaba años sin fumar pero, tío, qué bien sabía.

—Se supone que lo he dejado —comentó Laura al fin mientras daba manotazos para alejar el humo—. Estábamos intentando tener un bebé. No se puede fumar estando embarazada. No se puede fumar, ni beber, ni comer pescado. Si lo piensa tiene su gracia, cuánta regla hay ahora. Yo tengo una foto de mi madre embarazada de mí, con una barriga de siete meses, una cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra. Claro que algunos días me miro en el espejo y tengo la sensación de que soy un anuncio ambulante del servicio federal de sanidad.

—Deduzco que no funcionó —comentó Candi con tono neutro.

—Cinco años con lo del in vitro —dijo Laura—. Habría que hacerle un monumento a los sindicatos. Les consiguen a los trabajadores unos seguros estupendos, tendrían que estar locos si no los quemaran.

—¿Cinco años? Eso es duro.

Laura no dijo nada, solo frunció los labios. Candi pensó en lo que había dicho antes sobre su marido (los que se rinden nunca ganan, los que ganan nunca se rinden). Quizá eso funcionara en el campo de fútbol pero cuando se trataba de asuntos de dormitorio…

Empezó a entender por qué Laura Carpenter tenía un aspecto tan cansado. Como si se le hubieran agotado las ganas de vivir y ya solo fuera una concha humana que siguiera aguantando de cualquier modo hasta que todo terminara.

—¿Fue entonces cuando decidieron adoptar?

Laura miró a Candi con expresión cortante, no la estaba engañando.

—Quizá debería preguntarle a Stanley.

—¿Fue idea de su marido?

—Todo hombre quiere tener un hijo. Eso fue lo que me dijo.

—¿Y qué quiere toda mujer?

Laura se echó a reír, un sonido que hirió a Candi al oírlo.

—Puedo quedarme embarazada. Ese no era el problema; pero al parecer no puedo llevarlos a término. La primera vez le echas la culpa a la naturaleza. La segunda vez, te culpas a ti misma. La tercera vez, culpas a Dios. Cuatro, cinco, seis veces más tarde, creo que una mujer, si es lista, deja de buscar culpables y empieza a coger la indirecta, sin más.

—Lo siento.

—¿Ha pensado alguna vez en tener hijos? Aunque quizá no encaje muy bien con una carrera profesional. Claro que, usted es joven, tiene tiempo de sobra.

—No lo sé —le dijo Candi con franqueza—. Me crie siendo la mayor de siete primos. Hay días que pienso que ya me he pasado tiempo suficiente cambiando pañales. Otros no estoy tan segura.

—¿Está casada?

—Todavía no he conocido a nadie que pueda seguirme el ritmo.

Laura sonrió y se terminó el cigarrillo.

—¿Por qué no entra, señorita Rodríguez? Pregúnteme lo que de verdad quiere saber.

Cogió las colillas de los cigarrillos y las metió en una bolsa de plástico que tenía en el bolsillo de detrás de los vaqueros. Metió en las alturas el paquete de tabaco, escondido detrás del canalón. Las cerillas las devolvió a la parrilla.

Laura se había pasado cierto tiempo perfeccionando el engaño.

Una vez dentro, sacó el ambientador. Después se excusó un momento.

—Esto es lo que me pongo para fumar —dijo a modo de explicación antes de meterse en su dormitorio.

Cuando se quedó sola, Candi recorrió el pequeño espacio. Cocina de los setenta con armarios oscuros con algunas manchas y encimera de formica dorada. Cocina donde también se comía, con una mesa redonda de pie central y cuatro sólidas sillas de madera. Un televisor enorme, probablemente el objeto más caro de toda la habitación, encajado encima de un mueble para microondas bastante desvencijado. Había altavoces en cada esquina, para crear un efecto envolvente. Candi no sabía para qué hacía falta crear un efecto envolvente en un espacio tan pequeño pero supuso que a los niños les gusta tener sus juguetes.

Las paredes estaban cubiertas con paneles oscuros de madera y salpicadas de fotos de varios equipos de fútbol del instituto que abarcaban diez años diferentes. Dos estanterías montadas en la pared exhibían el botín de aquella década, varios trofeos de tonos metálicos que iban desde el rojo y verde al dorado.

Candi metió la cabeza en una habitación pequeña y descubrió un baño. Empujó otra puerta y encontró un despacho diminuto. A la tercera fue la vencida, vio el colchón solitario cubierto por una única sábana blanca. Así que esa era la habitación de Dougie.

No había cuadros en las paredes, solo tres agujeros impresionantes. No había ropa en el armario, solo un caldero de medio dólar. Nada de juguetes. La habitación le recordó a Candi a la celda de una prisión.

—¿Ya ha echado un buen vistazo? —le preguntó Laura desde atrás. Se había cambiado y se había puesto otros vaqueros y una sudadera suelta y limpia, esta vez de color verde oscuro. Se había hecho algo en el pelo, seguramente se lo había salpicado de agua, y después se lo había envuelto en un turbante para disimular el olor a tabaco. La verdad era que no lo hacía nada mal, si no te parabas a pensar en las manchas de nicotina en los dedos o en el estado de sus dientes.

—¿Dónde guarda sus cosas?

—Dougie no tiene cosas. Forma parte del programa. El niño empieza sin nada y va recuperando cosas poco a poco.

—¿Ni siquiera tiene ropa?

—Tiene ropa. Está en nuestra habitación. Yo le doy un conjunto cada día, elijo yo. Si quiere volver a tener su ropa, tiene que comportarse.

Candi levantó una ceja. Laura se limitó a encogerse de hombros.

»Con un niño como Dougie, ¿qué vas a hacer?

—¿Le cae bien Dougie, señora Carpenter?

—No muy bien.

—¿Le ha pegado alguna vez?

La mirada de Laura no cambió.

—Mi madre me dio palizas durante casi toda mi vida. No siento la necesidad de devolverle el favor a nadie.

—¿Y Stanley?

—Jamás lo he visto levantarle la mano al chico.

—¿Y a usted?

Laura levantó una ceja.

—Stanley tiene sus defectos, ese no es uno de ellos.

—¿Y cuáles son sus defectos?

—Es un hombre. ¿Cuáles son los defectos de todos los hombres? Es terco, egocéntrico. Quiere lo que quiere y da igual lo que digan los demás.

—Y por ejemplo, quería a Dougie.

—Y por ejemplo, quería a Dougie.

—¿Así que usted se dejó llevar?

Laura ladeó la cabeza y estudió a Candi un minuto entero.

—Sé lo que piensa, señorita Rodríguez. Sé lo que piensan todos cuando se toman la molestia de pasar por aquí. Mira esa pobre mujer, con la cara como un mapa. Mira esa casa fea y pequeña con su

horrible moqueta dorada y muebles baratos del Wal-Mart. ¿Cómo puede vivir así? ¿Cómo puede hacer feliz a ningún hombre?

»¿Quiere saber la verdad? No siempre hago feliz a mi hombre, pero tampoco lo pierdo. No somos Catherine Zeta-Jones y Michael Douglas, pero nos entendemos. Nos conocemos desde que teníamos cinco años. Y comparado con el camping de caravanas en el que crecimos, ahora vivimos en una puta mansión y esto es nuestro trozo de paraíso. Quizá nadie más la quiera, pero a nosotros nos gusta esta vida.

—Está ocupándose de un niño que ni siquiera le cae bien —dijo Candi con tono brusco.

—Estoy ocupándome de mis responsabilidades.

—Se ha perdido.

—Se ha escapado.

—O lo han secuestrado.

Laura bufó.

—Le juro por Dios que ni el mismísimo diablo podría hacer que ese chico hiciera algo que no quiere hacer.

—¿Entonces por qué lo está criando?

—Porque me lo pidió mi marido.

—¿Y usted siempre hace lo que su marido quiere?

Laura expulsó el aire de golpe. Por primera vez desde que había llegado Candi, la mujer parecía enfadada.

—Cómo son —dijo de repente—. No hacen más que venir aquí, a registrarlo todo, sin parar. Jamás he visto a tanta gente buscando tanto lo que tienen justo delante de las narices. ¡Venga aquí!

Laura entró con paso decidido en la salita, con Candi detrás. La mujer sacó de un tirón un álbum de fotos, lo abrió de golpe y luego clavó un dedo en una de las fotos.

—¿Eso la ayuda en algo?

Candi apenas podía creer lo que veía.

—No puede ser.

—Pues lo es.

—Pero…

—Los grandullones no han sido grandullones toda su vida. —Laura bajó la cabeza y miró la foto. Daba la sensación de que no le vendría mal otro cigarrillo—. Adora a ese chico, de verdad —murmuró—. Estúpido hijo de puta.

Capítulo 40

Miércoles, 12:02, hora de la costa oeste

Cincuenta y ocho minutos antes de que se cumpliera el plazo, Kimberly y Shelly entraron con un chirrido de llantas en el aparcamiento de la caja de ahorros de la zona. Shelly entró disparada, enseñó la placa, firmó dos formularios por triplicado y luego metió siete mil dólares en metálico en una bolsa de lona recién salida del Wal-Mart.

El director se la quedó mirando sin saber qué hacer.

Shelly gritó «Gracias» por encima del hombro y echó a correr hacia la puerta. Después giró en redondo, cogió dos piruletas del cuenco que había junto al cajero automático y salió disparada otra vez.

De vuelta en el monovolumen, metió la marcha de un tirón y salió a la carretera. Kimberly vigiló los retrovisores. Un coche detrás de ella, después otro y luego la furgoneta blanca de vigilancia. El séquito estaba completo.

Shelly le pasó a la joven una piruleta de uva. Kimberly agradeció el aporte de azúcar mientras abría con un crujido el mapa del condado de Tillamook.

—Vale, al parecer tenemos unos ocho kilómetros más y después llegamos a un camino de acceso que hay a la izquierda. Eso nos lleva al acantilado y bum, tenemos un faro.

Kimberly dobló el mapa y se puso a trabajar con el dinero. Mac se había ocupado de los primeros veinte mil y había apuntado como correspondía los números de serie que le había proporcionado el banco. Por supuesto, no había habido tiempo para documentar el nuevo depósito, ni para el banco ni para los agentes, así que Kimberly mezcló los nuevos billetes de veinte con los que ya estaban apuntados. Si el sujeto se ponía a sacar un fajo, cabía la posibilidad de que al menos algunos de los billetes documentados terminasen en circulación y les ayudasen a seguir el camino que los llevase a la puerta del

secuestrador.

Y que conste que veinte mil dólares en billetes pequeños era una visión bastante impresionante. Un buen montón. Ancho. Alto. Pesado. La parte delantera del monovolumen se llenó con el olor a tinta. Kimberly pasó el pulgar por los fajos. Estaban fríos y sedosos al tacto.

—¿Hora? —preguntó Shelly sin extenderse.

—Cuarenta y ocho minutos para que se cumpla el plazo.

Shelly gruñó.

—Podemos hacerlo. Diez minutos de trayecto, un paseo de cinco minutos y ya estamos allí.

—Cuenta con otros diez minutos para buscar el punto concreto en el que hay que depositar el dinero…

—Todavía nos sobran veintitrés minutos.

—Quiero vigilarlo un rato —dijo Kimberly de repente—. Tú no tienes que hacerlo si no quieres. Quizá incluso fuera mejor si solo está una de las dos. Pero quiero encontrar un buen escondite. Tiene que haber algún sitio en el que pueda tomar posiciones.

—¿No confías en él?

—Ni loca.

—Claro que es posible que esté vigilando —caviló Shelly—. Ha tenido más tiempo para organizar esto. Que nosotras sepamos, está por allí y si ve que te quedas…

Kimberly frunció el ceño y se mordió el interior de la mejilla.

—Ya se me ocurrirá algo. Siempre hay algo.

La radio cobró vida con un chasquido. Era la central, preguntando por la sheriff Atkins. Shelly respondió a la llamada con el ceño fruncido.

Ninguna de las dos estaba preparada para la noticia que oyeron a continuación. Había aparecido el cuerpo de una mujer sin identificar en la granja de Hal Jenkins. Indicios de sangre en el vehículo del hombre. Petición inmediata de un forense.

Kimberly se aferró al salpicadero. No sabía por qué. ¿Para sujetarse mientras el mundo hacía un giro imprevisto? ¿Para prepararse para la noticia que siempre había temido oír? ¿Para agarrarse a algo, sin más, porque aquello no podía estar pasando? No después de lo duro que habían trabajado y todas las medidas que estaban tomando. Y, por Dios, ¿es que su padre no había tenido ya suficiente mala suerte en su vida? ¿Es que no le podían dar un respiro, solo por esa vez?

—Tenemos que volver —susurró.

—No.

—Pero mi padre…

—No querría que sacáramos conclusiones precipitadas.

—Oh, por el amor de Dios, fuiste tú la que pidió el registro de la propiedad de Jenkins. ¡Fuiste tú la que sospechó que podría estar implicado!

—Y también soy la que entrevistó a Hal ayer a las cinco de la tarde. Más o menos al mismo tiempo que desaparecía Dougie Jones.

—Quizá trabaje con un cómplice.

—¿Hal? —bufó Shelly—. Es demasiado avaricioso para compartir nada.

—Pero si no llevó a cabo el secuestro… ¿Es que le dio por matar a una mujer al azar cuando ya había dos personas desaparecidas?

La expresión del rostro de Shelly se entristeció.

—No creo que fuera al azar.

Y entonces Kimberly también lo entendió todo.

—La detective Grove —susurró.

—Hal ya sabía lo del rescate. Imagínatelo apareciendo en el Wal-Mart y viendo a una agente sola con una bolsa de lona al hombro. Esa clase de oportunidad…

—Oh, Dios. —Kimberly se giró hacia la ventanilla y se quedó mirando los kilómetros de asfalto gris que pasaban a su lado, la bruma de lluvia impenetrable—. ¿Sabes qué es peor que pensar que Rainie

está muerta? —preguntó de repente.

—¿Qué?

—Pensar que podría ser una compañera y dar las gracias.

—Bueno, vamos a tener tiempo de sobra para poner las malas noticias en perspectiva.

—¿Qué?

—Acabamos de pasarnos la carretera de acceso, está cerrada.

Shelly giró en redondo, de golpe, con un chillido de llantas sobre el pavimento mojado. Un coche que venía en dirección contraria les pitó. Kimberly vislumbró unos ojos muy abiertos, aterrorizados. Después, el vehículo pasó a toda velocidad mientras Shelly metía el monovolumen en la cuneta de tierra. Unos minutos después habían aparcado delante de un estrecho camino de asfalto bloqueado por una pesada verja de metal. El cartel naranja de la constructora decía: «CERRADO POR OBRAS, 1 DE SEPTIEMBRE - 15 DE DICIEMBRE».

—Creo que el Departamento de Parques podría haber mencionado esto por teléfono —murmuró con los dientes apretados.

Se bajó del coche y sacudió la verja. El candado aguantó y no había espacio suficiente para rodear la verja. Cien metros más atrás, Mac y el ayudante Mitchell se detuvieron con la furgoneta blanca de vigilancia, a ver lo que hacían las chicas.

—Parecen unos cuatro kilómetros y medio —comentó Kimberly mientras le echaba un vistazo al mapa.

—No podemos subir en coche —afirmó Shelly.

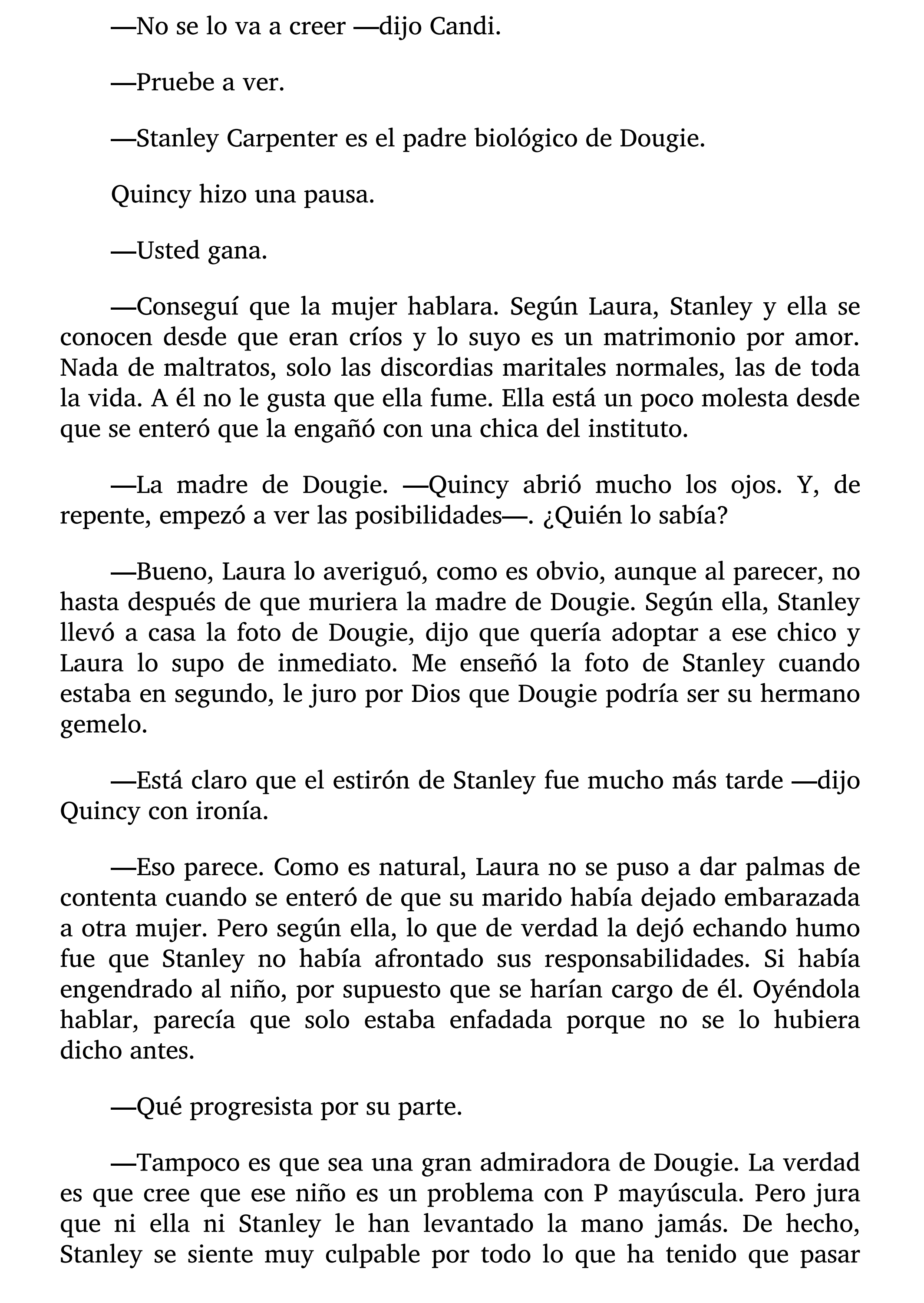
—Y no tenemos tiempo para caminar.

Lo que solo dejaba una opción. Kimberly se bajó del monovolumen y se echó la bolsa de lona al hombro como si fuera una mochila. Se tambaleó un momento bajo el peso de veinte de los grandes pero enseguida recuperó el equilibrio.

—Los primeros dos kilómetros son míos —dijo.

Se deslizaron por la verja de acero y echaron a correr.

Miércoles, 12:15, hora de la costa oeste



Candi llamó al centro de mando. Como no había nadie más, fue Quincy el que respondió al teléfono.

—No se lo va a creer —dijo Candi.

—Pruebe a ver.

—Stanley Carpenter es el padre biológico de Dougie.

Quincy hizo una pausa.

—Usted gana.

—Conseguí que la mujer hablara. Según Laura, Stanley y ella se conocen desde que eran críos y lo suyo es un matrimonio por amor. Nada de maltratos, solo las discordias maritales normales, las de toda la vida. A él no le gusta que ella fume. Ella está un poco molesta desde que se enteró que la engañó con una chica del instituto.

—La madre de Dougie. —Quincy abrió mucho los ojos. Y, de repente, empezó a ver las posibilidades—. ¿Quién lo sabía?

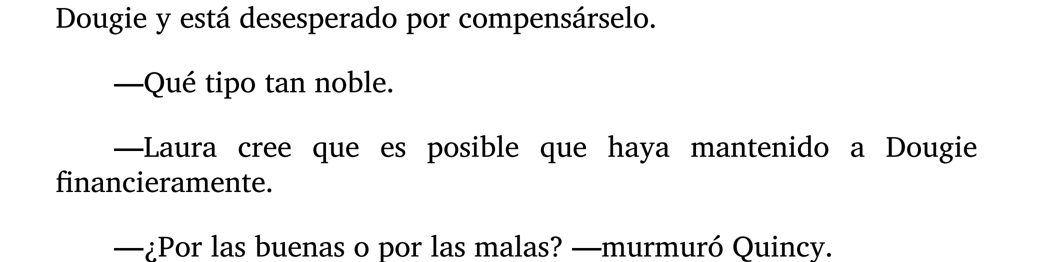
—Bueno, Laura lo averiguó, como es obvio, aunque al parecer, no hasta después de que muriera la madre de Dougie. Según ella, Stanley llevó a casa la foto de Dougie, dijo que quería adoptar a ese chico y Laura lo supo de inmediato. Me enseñó la foto de Stanley cuando estaba en segundo, le juro por Dios que Dougie podría ser su hermano gemelo.

—Está claro que el estirón de Stanley fue mucho más tarde —dijo Quincy con ironía.

—Eso parece. Como es natural, Laura no se puso a dar palmas de contenta cuando se enteró de que su marido había dejado embarazada a otra mujer. Pero según ella, lo que de verdad la dejó echando humo fue que Stanley no había afrontado sus responsabilidades. Si había engendrado al niño, por supuesto que se harían cargo de él. Oyéndola hablar, parecía que solo estaba enfadada porque no se lo hubiera dicho antes.

—Qué progresista por su parte.

—Tampoco es que sea una gran admiradora de Dougie. La verdad es que cree que ese niño es un problema con P mayúscula. Pero jura que ni ella ni Stanley le han levantado la mano jamás. De hecho, Stanley se siente muy culpable por todo lo que ha tenido que pasar



Dougie y está desesperado por compensárselo.

—Qué tipo tan noble.

—Laura cree que es posible que haya mantenido a Dougie financieramente.

—¿Por las buenas o por las malas? —murmuró Quincy.

—Eso quizá nunca lo sepamos, pero después de que Laura se enterara de la existencia de Dougie, revisó los resguardos de los cheques. El año que nació Dougie se hicieron un montón de retiradas de efectivo. Siempre cantidades pequeñas, así que en aquel momento ella no le dio mayor importancia. Pero fueron muchas transacciones. A ella le parece que Stanley ha estado retirando dos de los grandes más al año, sin dar ninguna explicación.

—¿Y sigue retirando dos mil al año? La madre de Dougie murió hace tres años.

—Sí, eso fue lo que yo pensé. Laura no tenía respuesta para eso. Quizá les haya estado pagando a las familias de acogida o comprándole regalos por su cuenta. Se diría que Laura podría preguntarle pero claro, no siempre se puede hablar con el amor de tu vida.

—Dougie lleva tres años en el sistema, de familia en familia. —Quincy empezó a pensar en voz alta—. Si Stanley sigue haciendo pagos, es que alguien tiene que mantenerlo informado. Lo que significa…

—Que hay otra persona que tenía que saber lo mucho que le interesaba Dougie.

—Lo que supongo que significa que esa persona sabe que Stanley es el padre. —Quincy exhaló un gran suspiro. Solo se le ocurría una explicación—. Creo que Peggy Ann Boyd se ha quedado con nosotros.

—¿Peggy Ann Boyd?

—La trabajadora social de Dougie. La persona que conocía a su madre, Gaby, y que se ha tomado un gran interés personal por este caso.

Hubo un momento de silencio.

—Llámeme cínica… —dijo Candi poco a poco.

—¿Pero y si el dinero no era para Dougie? —continuó Quincy—. ¿Y si era para Peggy Ann? Creo que soy tan cínico como usted.

—Dos mil dólares podrían comprar un montón de interés personal. Y es un precio bastante barato para que un pueblo entero no se entere de que tú, el respetado entrenador de fútbol, has dejado embarazada a una menor de edad.

Quincy continuó en esa línea.

—El sistema ha durado siete años. Pero ahora han cambiado algunas cosas. Uno, Stanley está intentando cuidar de verdad a su hijo, arriesgando su matrimonio y sin duda, su propia cordura. Dos, Dougie ha acusado a Stanley de maltratarlo, provocando así la presencia de una investigadora ajena al asunto.

—Lo averiguó —dijo Candi en voz baja—. Oh, Dios mío, Rainie comprendió que Stanley es el padre biológico de Dougie. ¿Le mencionó algo a usted?

—No, pero tampoco lo haría. Habría violado las leyes de confidencialidad. —La mente de Quincy ya se había disparado—. Pero es posible que hablara con Stanley. O quizá se puso en contacto directamente con Peggy Ann.

—Ya tienen un motivo, alguien lo sabe. Y no es solo una carrera la que está en juego, son dos. El nombre de Stanley quedará arrastrado por el barro y Peggy Ann es culpable de corrupción. Están los dos pillados.

—Por otro lado —dijo Quincy en voz baja—, si le pasara algo a Rainie…

—Su marido, un antiguo especialista en perfiles del FBI, pondría patas arriba el pueblo entero en busca de respuestas —dijo Candi con tono brusco. Y después fue colocando el resto de las piezas—. Así que le dieron una: un extraño que secuestra a la gente por dinero. E invirtieron las cosas. No secuestran a Rainie por culpa de Dougie, secuestran a Dougie por culpa de Rainie.

—Con lo que acaban con dos cabos sueltos. El niño incorregible que es la prueba de la aventura y la representante nombrada por el juzgado que averiguó la relación. —Quincy cerró los ojos, no le gustaba lo que se le estaba ocurriendo pero tampoco podía evitarlo—.

Eso explicaría todos los espacios en blanco. Por qué secuestraron a Rainie. Cómo es que el sujeto sabe tanto sobre ella. Ese persistente intento de despistarnos diciendo que el secuestrador no es de por aquí, que no conoce a Rainie, que solo quiere dinero. Todo forma parte de un guión elaborado con mucho esmero, lo maquinó todo para mantenerme a mí, y a todos los demás, en la oscuridad.

Quincy le echó un vistazo a su reloj. Faltaban cuarenta minutos para la una.

—Tenemos que hablar con Stanley Carpenter.

—No está en casa. Laura afirma que sigue buscando a Dougie en los bosques. Pero que conste que la camioneta tampoco está en la entrada. Me fijé cuando salía.

—Pediremos a tráfico el historial de Stanley, conseguiremos una orden de búsqueda y captura para su matrícula. Con eso deberíamos cogerlo.

—¡A por él, coño! —dijo Candi y Quincy oyó el sonido de la mano que golpeaba el volante—. Ahora sí que estamos en marcha. Muy bien, voy hacia allá.

—No, de eso nada.

—¿No?

—En cuarenta minutos no se puede registrar todo el condado de Tillamook y localizar una camioneta. Si no podemos hablar con Stanley, nos vamos directamente a ver a Peggy Ann. A menos, por supuesto, que de verdad quiera quedarse de brazos cruzados al lado del teléfono.

—Ni en un millón de años.

Quincy hurgó entre sus notas y le soltó la dirección.

—Diez minutos —dijo el investigador—. Nos vemos allí.

Capítulo 41

Miércoles, 12:03, hora de la costa oeste

Rainie no conseguía encontrar a Dougie. Se metió, frenética, en las aguas frías y oscuras, llamándolo, agitando las profundidades con los brazos. No podía dejar de temblar, con el pelo trasquilado y

mojado pegado al cráneo y la camiseta adherida al cuerpo.

—¡Dougie! ¡Dougie, Dougie, Dougie!

Tocó con la pierna algo duro. Se agachó y descubrió la pata del banco de trabajo. Se estaba moviendo en dirección contraria. El niño estaba a la izquierda de las escaleras. Al menos eso le había parecido. Era difícil orientarse entre aquella oscuridad interminable.

Oyó un jadeo, un burbujeo. Dougie salió disparado del agua en busca de aire.

—¡No, no, no! —gritó y después volvió a hundirse.

—¡Maldita sea! —Rainie se apartó del banco de trabajo, el agua ya era tan profunda que era más fácil nadar. Sintió que una mano se agitaba junto a su cadera. Se hundió, enlazó los brazos atados alrededor de la cintura del niño y lo arrastró a la superficie.

—¡Suéltame! ¡No quiero vivir! ¡No quiero vivir! —Dougie intentó apartarla empujándole los hombros, agitó los brazos, le dio en la cabeza y le arañó la cara.

Rainie lo soltó. Después, echó atrás las manos, apretó los puños y le dio un porrazo a Dougie en la mandíbula. El pequeño se quedó sin fuerzas y Rainie arrastró su cuerpo inconsciente hasta las escaleras.

Tuvo que subir siete escalones para alejarse de la marejada que no dejaba de crecer. Después se derrumbó al lado de Dougie sin poder parar de toser mientras los escalofríos le atravesaban el cuerpo entero.

Las sienes la estaban abrasando de dolor. Le apetecía cogerse la cabeza y golpeársela contra los escalones de madera. Pero en lugar de eso, se tambaleó hasta el borde y vomitó.

La pierna izquierda no dejaba de temblar le. Sentía punzadas de un dolor candente que iba y venía. Se golpeó unas cuantas veces contra los escalones. También le dio un par de patadas a Dougie; fue sin querer, pero el niño abrió los ojos.

El pequeño la miró, se dio cuenta de que lo había sacado del agua y frunció el ceño.

Rainie respiró hondo.

—Dougie Jones —le dijo con toda la fuerza que pudo reunir—.

Me he enfadado contigo muchas veces, me he sentido frustrada, ¡pero nunca, jamás, me habías decepcionado! Serás débil y cobarde, ¡no te atrevas a volverlo a hacer! ¿Me oyes? ¡Nunca!

Dougie siguió mirándola con expresión obstinada y la mandíbula tensa.

—Me bajé de la cama —dijo de repente—. Mi mamá me dijo que no lo hiciera. Pero me levanté. Descorrí todos los cerrojos y abrí la puerta de la calle, y eso es una Cosa Muy Mala. «Dougie, —dijo mi mamá—, no puedes seguir desapareciendo por ahí. Alguien va a terminar herido». Pero lo hice. Y ella murió. Y ahora tú estás intentando ser como mi mamá y también vas a morir.

—Oh, Dougie. Tú no mataste a tu madre.

—Sí que lo hice. Abrí la puerta de la calle. Hice una Cosa Muy Mala. La maté yo. —El labio inferior de Dougie había empezado a temblar. Tenía los hombros encorvados y la barbilla apoyada en el pecho, como si, por pura fuerza de voluntad, pudiera dejar de existir.

Rainie no pudo contenerse y extendió las manos. Pero al primer contacto, Dougie se estremeció.

—Tú no mataste a tu madre, Dougie —afirmó—. Fue a comprar leche, que es lo que hacen las madres. Y tú te despertaste y fuiste en su busca. A veces los niños de cuatro años hacen eso. Pero lo que mató a tu madre esa noche fue un conductor borracho. La atropelló poco después de salir del complejo de apartamentos, incluso antes de que se enterara de que te habías levantado. No fue culpa tuya, y no fue culpa de tu madre. Fue solo una tragedia. Lo sé, cariño. He leído el informe de la policía.

—Salí de la habitación.

—Ella no lo sabía, cielo. Ni siquiera había llegado a la tienda.

—Hice una Cosa Muy Mala.

—Pero no fue eso lo que lastimó a tu mamá, mi vida. Fue un conductor borracho lo que mató a tu madre. No tú, Dougie. Otra persona.

Una larga pausa.

—¿Otra persona?

—Sí, Dougie. Otra persona.

—Rainie —dijo Dougie en voz baja—. Quiero volver con mi mamá. —Y después, Dougie se echó a llorar.

Esa vez Rainie sí que lo rodeó con los brazos y se subió al regazo a aquella figurita mojada y temblorosa. Dougie empezó a sollozar con más fuerza, con la cara enterrada en el hueco del hombro de su amiga. Lloró con rabia. Lloró a gritos. Lloró hasta que ya solo quedó una serie de hipidos pequeños y patéticos que dolían más que las lágrimas de verdad.

—Shhh, Dougie. Shhh, no pasa nada. Todo va a salir bien.

Pero Rainie supo que mentía en cuanto lo dijo. Porque el agua ya le llegaba a los pies y ya solo les quedaban siete escalones más.

Miércoles, 12:18, hora de la costa oeste

Cuando al fin cesaron los sollozos de Dougie, Rainie se apartó con mucho cuidado. Todavía tenía las manos atadas y la oportunidad de cortar las ataduras de plástico seguramente había desaparecido con el trozo de cristal, que andaba por algún sitio de aquellas aguas oscuras y revueltas. Así que dejó de preocuparse por eso.

—Dougie —le dijo con firmeza al niño—. Vamos a salir de aquí.

El pequeño sorbió por la nariz y se limpió con el dorso de la mano mientras la miraba no muy convencido.

»¿Te acuerdas de la luz que está encima de la puerta? ¿La de la bombilla que rompiste?

—Sí.

—Vamos a subirte otra vez a mis hombros, solo que esta vez, vas a arrancar la rejilla que rodea la luz.

—Es de metal.

—Sí, pero tú eres fuerte y puedes hacerlo. Después vamos a coger esa rejilla y la vamos a usar para romper las ventanas del sótano.

—Están muy altas.

—Ya no, Dougie. Ahora podemos nadar hasta ellas.

El niño se dio la vuelta y pareció notar por primera vez el avance constante del agua, que empezaba a lamerles los pies.

—Debes de tardar mucho tiempo en ahogarte —dijo con el ceño fruncido—. El agua es más complicada que el fuego.

—Confía en mí, cielo, si hacemos las cosas a mi manera, no vamos a tener que averiguarlo.

Rainie hizo que el niño se subiera a sus hombros. Fue tan incómodo como la última vez pero la buena noticia era que, si lo dejaba caer, lo único que se llevaría sería un chapuzón en aquel lago cada vez más grande. Y con las dos manos libres, el niño podía sujetarse bien a la rejilla.

Por desgracia, el metal se negó a ceder.

Dougie intentó arrancarlo tres o cuatro veces. Pero entonces la pierna de Rainie sufrió un espasmo y los dos cayeron al agua. Dougie salió jadeando y sacudiendo la cabeza. A su lado, Rainie se agarró a la barandilla para mantenerse a flote mientras las caderas se le agitaban entre espasmos. Se sentía como una marioneta de madera controlada por un pésimo titiritero.

Y entonces, casi sin querer, pensó en Quincy. Se preguntó qué estaría haciendo en ese momento. Se preguntó lo que estaría sintiendo. Se preguntó si volvería a verlo.

Morir no era la mayor crueldad, al fin lo entendía. Eran todos los asuntos sin terminar que dejaba atrás la persona muerta. Una madre moría y su hijo se pasaba el resto de su vida pensando que había sido culpa suya. Una esposa moría y su marido llegaba al final de sus días sin saber lo mucho que ella lo había querido, que sentía hacerse daño a sí misma con su debilidad pero que sentía todavía más todo el daño que le hacía a él.

Al morir uno se daba cuenta de hasta qué punto ha desperdiciado su vida. Por desgracia, siempre se llegaba demasiado tarde.

Rainie volvió a subir gateando las escaleras. El agua había avanzado unos cuantos centímetros más. Solo les quedaban seis escalones. Dougie se sentó en el último y la miró muy serio.

—Rainie, tengo miedo.

Y por un momento, la detective perdió los papeles. Se lanzó por

las escaleras y se arrojó como una loca contra la puerta. Rebotó contra el sólido armazón de madera y cayó hacia atrás, tambaleándose; el agua estaba caliente y era un consuelo en el estado empapado en el que se encontraba. Lo intentó otra vez y esa vez apoyó todo el peso en el hombro.

Creyó oír que algo crujía cuando chocó pero no era la puerta, eran sus costillas.

Volvió a caer al agua y apretó los dientes para no asustar a Dougie aullando de rabia. No quería morir así, atrapada como un animal en un sótano oscuro como la boca de un lobo, esperando a que el agua se cerrara sobre su cabeza. Quería huir, quería luchar. Quería enfrentarse al mundo entero porque eso era lo que mejor sabía hacer.

No era justo, no era justo, no era justo. ¡Maldita sea, no era justo!

Metió la cabeza debajo del agua y nadó a izquierda y derecha. Movía las manos atadas enfrente de ella, buscando con desesperación algún arma mítica que apareciera como por arte de magia.

Pero, como siempre, el sótano permaneció vacío. Aquel hombre lo había planeado bien.

Salió a la superficie debajo de las ventanas, el agua ya estaba lo bastante alta como para que pudiera alcanzarlas con facilidad mientras pataleaba en el agua. Examinó el cristal grueso, los bordes de metal alrededor del marco alto y estrecho. El calafateo era viejo y se estaba descascarillando. Qué irónico, cuando el agua llegara a aquella altura, las ventanas tendrían escapes. Pero no los suficientes para que sirviera de algo, por supuesto.

Después se puso a trabajar en los bordes, solo para tener algo que hacer. Oyó un chapoteo. Dougie se acercó nadando y se reunió con ella.

—¿Tienes algo en los bolsillos, Dougie?

—N-n-no —dijo el niño con un castañeteo de dientes.

Rainie se palpó los suyos un momento, aunque sabía que allí no había nada. Estaban empezando a cansársele las piernas. Y también comenzaba a sentir el frío. Sus movimientos se hacían más perezosos, había más lapso de tiempo entre las órdenes que daba el cerebro y la respuesta de los músculos.

Volvió a la escalera y se arrastró hasta el último escalón. Se derrumbó, tosiendo, con la cabeza apoyada en la puerta.

Dougie trepó a su lado. El niño se acurrucó contra su espalda y el peso de la confianza infantil la puso de nuevo en acción.

Así que no podían contar con la rejilla de metal. No podían romper las ventanas. No podían derribar la puerta. ¿Con qué los dejaba eso?

Dougie vestía vaqueros, zapatillas deportivas y una sudadera. Ella llevaba casi lo mismo, vaqueros, camiseta, zapatillas deportivas, sujetador y bragas. ¿Había algo que pudieran hacer con los cordones de las zapatillas? ¿Y con los aros del sujetador? Por fin se le ocurrió algo.

—Dougie, ¿llevas cinturón?

El niño se levantó la sudadera y se miró.

—Sí.

—Muy bien, colega. Todavía nos queda una oportunidad.

Miércoles, 12:23, hora de la costa oeste

Kincaid tuvo que aparcar a medio kilómetro de la granja de Hal Jenkins. La fila de vehículos era tan larga, con los investigadores del condado, los técnicos que habían llegado para procesar la escena del crimen, la oficina del forense y el departamento del sheriff, que le sorprendió haber podido acercarse tanto.

Ya se había corrido la voz. Un agente joven, probablemente del condado, estaba dirigiendo el tráfico a medida que las furgonetas de la prensa caían como una plaga de langostas sobre el lugar, cortándose el paso unos a otros y bloqueando a los vehículos de las fuerzas de seguridad mientras luchaban por conseguir la mejor perspectiva. Kincaid tuvo que hacer sonar las sirenas muchas veces pero al final recurrió al anticuado enfoque de apoyarse en el claxon con las dos manos. Sintió tentaciones de enseñarles el dedo medio pero no le apetecía ver esa secuencia concreta en las noticias de las once.

Cuando por fin aparcó, subió penosamente por la estrecha carretera y pasó junto a una caravana doble que había visto mejores días. Había un chico alto y flaco en el patio, fumando como un carretero mientras contemplaba toda aquella actividad. Su mirada se

clavó un instante en Kincaid cuando el detective pasó a su lado. Ninguno de los dos dijo nada.

Una ligera bruma seguía cubriendo el condado. La carretera húmeda se desplegaba ante Kincaid como una cinta negra y brillante que desaparecía detrás de unos abetos imponentes. No se veían las montañas en el horizonte, el mundo se había convertido en un espacio gris y pequeño donde los faros parecían surgir de la nada para volver a desaparecer en la penumbra.

Kincaid echaba de menos a su mujer. Echaba de menos a su chico. Mierda, si es que echaba de menos hasta al perro.

Y sentía mucho lo que con toda probabilidad iba a tener que hacer a continuación.

Cuando llegó a la granja de Jenkins se presentó delante del agente que se encontraba ante la cinta que protegía la escena del crimen y añadió oficialmente su nombre al registro de la investigación por asesinato. Al mirar por encima del hombro del agente, vio que la lista de investigadores era larga y todavía se iba a alargar más.

—¿Ya se sabe algo? —le preguntó al hombre.

El ayudante de la sheriff se limitó a encogerse de hombros.

—Llevo aquí plantado veinte minutos. Pero no he oído nada.

Kincaid le dio las gracias y se coló por debajo de la cinta.

Ya sobre el terreno, el nivel de actividad era asombroso. Vio a tres técnicos abriéndose paso meticulosamente entre un montón de basura, comprobando cada nevera desechada y cada cocina oxidada. Cuatro investigadores más se ocupaban de un reguero de repuestos de coche, motores en desuso y carrocerías metálicas de coches abandonados. Varios agentes registraban la casa por dentro y por fuera e invadían los cobertizos. Llevaría días procesar una escena tan complicada como esa. Llevaría meses conseguir respuestas definitivas.

El fiscal apareció por la parte de atrás de la casa. Vio a Kincaid y se acercó.

—Tenía la esperanza de que terminase mejor —dijo Tom Perkins a modo de saludo. Después se estrecharon las manos.

—¿Hay alguna identificación?

—Seguimos trabajando. El forense acaba de llegar así que ya vamos a toda máquina. Vamos. Le enseñaré esto.

Kincaid siguió a Perkins por la casa, pasaron junto a un corral vallado que era un mar de cieno y entraron en una cuadra de tamaño considerable con un tejado de metal oxidado que parecía querer deslizarse hacia la derecha. En sus buenos tiempos, en aquella cuadra seguramente se habrían ordeñado veinte o treinta vacas pero era obvio que Jenkins nunca se había ocupado de cuidarla. Los cubos de grano solo contenían moho. El equipo de ordeño colgaba de las paredes, inservible y emitiendo un olor agrio y fermentado. Kincaid ya se había tenido que tapar la nariz con un pañuelo y eso incluso antes de llegar a la parte de atrás.

Allí había seis personas, tres con equipo de alto riesgo, arrodilladas alrededor de un montón de heno y mierda de vaca de tres metros de altura. El olor estuvo a punto de echar a Kincaid hacia atrás. No a descomposición, sino a estiércol.

—El cuerpo se encontró entre un montón de desperdicios —le contó el fiscal—. Como estrategia no está mal. Habría despistado a los sensores de calor y es probable que también a los perros. Pero no terminó de cubrirlo del todo. Uno de los primeros agentes notó algo blanco y al acercarse más se dio cuenta de que era una mano.

—¿Alguna idea de cuánto tiempo lleva aquí?

—No sabemos nada, solo que por los dedos está claro que es una mujer.

—¿Anillos? —preguntó Kincaid con aspereza.

—Que nosotros hayamos visto, no.

Se acercaron al grupo arremolinado. Había un técnico quitando estiércol de la pila con mucho cuidado, iba depositando pequeñas paladas en una lona azul. Una segunda persona limpiaba cada parte del cuerpo que aparecía. Estaban trabajando con meticulosidad para conservar todas las pruebas posibles.

Tardaron quince minutos en encontrar una cara.

Aunque sabía lo que iba a encontrar, a Kincaid le afectó más de lo que creyó que lo haría.

—Alane Grove —susurró—. Policía estatal de Oregón.

El fiscal lo miró con expresión grave.

—¿Está seguro?

—¡Es una de mis detectives! Pues claro que estoy seguro.

Perkins no hizo ningún comentario sobre su tono. Se limitó a suspirar y a frotarse la cara.

—De acuerdo —dijo al fin.

—¿Alguna otra tumba? —Kincaid tenía que saberlo.

—Todavía no, pero denos tiempo. Jenkins es dueño de veinte acres.

—Ahh, mierda. —Entonces le tocó suspirar a Kincaid y frotarse la frente—. Tengo que hacer unas llamadas. ¿Me avisarán en cuanto sepan algo más?

—Jamás se nos ocurriría no hacerlo.

Kincaid salió de la cuadra e intentó encontrar un sitio tranquilo en medio de toda aquella locura, después abrió de golpe el móvil. Empezó con el cuartel general para notificárselo a su teniente. Después llamó al busca del teniente Mosley, que tendría que preparar una declaración. Luego llamó al centro del grupo especial, una llamada, al menos, en la que no tendría que dar una noticia peor.

Quincy, sin embargo, ya no estaba allí.

Capítulo 42

Miércoles, 12:46, hora de la costa oeste

Kimberly se sentía como un rinoceronte con exceso de peso. Mientras corría por el camino cerrado de acceso, tropezó con un bache, se tambaleó hacia la izquierda y sintió que el peso de veinte mil dólares la escoraba peligrosamente hacia un lado. Recuperó el equilibrio, recorrió otros cien metros y entonces resbaló por el pavimento mojado y tuvo que ponerse a hacer florituras para evitar caerse de culo allí mismo. Por fin distinguió la torre oscura que se alzaba entre la bruma. Se lanzó al bosque y se dejó caer detrás de un peñasco, junto a Shelly, que se había adelantado para reconocer el terreno.

—Te-tengo q-que ha-hacer m-más ejercicio —jadeó Kimberly.

Shelly miró el rostro rojo y sudoroso de la agente del FBI y luego la bolsa de lona.

—O pasarte a la tarjeta de crédito.

—Muy… graciosa.

Shelly hizo un gesto y Kimberly se asomó al peñasco para comprobar su objetivo a través de la espesa bruma de la costa.

El faro se encontraba peligrosamente cerca del borde de un acantilado rocoso y parecía alzarse entre un mar de niebla. Era una estructura bastante simple: una base sin ventanas pintada de blanco que formaba un octágono que se elevaba a una altura de más de sesenta metros y terminaba en una torre rodeada de cristal y metal que albergaba una lente de cuarenta y cinco metros de altura. Pero como había dicho el informe del Departamento de Parques Naturales, la estructura entera había visto días mejores. La pintura se estaba agrietando y descascarillando en el nivel de abajo, mientras que los cristales de la torre parecían rotos. Al fijarse más, Kimberly se dio cuenta de que toda la estructura se inclinaba de una forma bastante sospechosa hacia la izquierda.

—Madera podrida —murmuró Shelly—. La estructura entera está plagada de madera podrida. De ahí que lo cerraran.

—Maravilloso. Una trampa mortal de lo más pintoresca. ¿Quién dijo que los secuestradores no tenían sentido del humor? —Kimberly se sacó el móvil del bolsillo y apretó la tecla de Enviar—. ¿Nos oyes? —le susurró al auricular.

—Alto y claro —respondió Mac.

—Estamos en el faro. No hay señales de actividad. ¿Vosotros?

—Tenemos el GPS en la pantalla. Paciente vigilancia, o no tan paciente, según sea el caso.

—Bien, lo bueno es que solo nos quedan diez minutos, así que tendrá que pasar algo pronto.

Kimberly volvió a meterse el teléfono en el bolsillo pero lo dejó con el manos libres para que Mac pudiera oír lo que estaba pasando. Después miró a Shelly, que en ese momento estaba estudiando el mapa del SNI.

—Al parecer tenemos que poner el dinero dentro del faro, junto a las escaleras. Creo. El tipo este no va a ganar muchos concursos de dibujo. —Shelly giró el mapa hacia un lado, luego al otro y al final lo bajó con un suspiro. Después volvió a quedarse mirando la estructura inclinada con expresión pensativa—. Da la sensación de que tiene que estar vigilando. Si alguien te trajera veinte mil dólares, ¿tú no estarías vigilando?

—Yo sí. ¿Crees que Rainie y Dougie podrían estar por la zona?

Shelly lo pensó un momento y después negó con la cabeza.

—Sería muy arriesgado. Podrían gritar, o incluso escaparse. No es fácil controlar a dos personas.

—Así que pagamos el dinero, él lo saca de ahí, ¿y luego qué? ¿Recibimos una llamada?

—Más bien parece que es un periodista el que recibe una llamada —dijo Shelly con ironía—. O quizá haya otra carta al director. Con un mapa.

—Y, que nosotros sepamos, ese mapa podría llevarnos directamente a los cuerpos —murmuró Kimberly con amargura—. No me gusta esto. Estamos siguiendo todas sus órdenes, sin planear nosotros nada. La policía no debería trabajar así.

—¿Tienes una idea mejor?

—No.

—Pues entonces… —Shelly señaló el faro con un gesto.

Kimberly frunció el ceño, le echó un vistazo a su reloj y se colgó al hombro la bolsa de lona. Pero entonces, en el último momento, tuvo una idea.

Se quitó la bolsa, la abrió y metió el GPS entre los fajos de billetes.

—¿Estás segura? —inquirió Shelly con aspereza, los peligros ocultos iban implícitos en la pregunta. Por ejemplo, que en cuanto Kimberly entrase en el faro, corría el riego de que la raptaran a ella también. Por ejemplo, que sin el GPS encima, no tendrían modo de encontrarla. Por ejemplo, que todavía no tenían ni idea de cuáles eran los verdaderos planes del secuestrador y por tanto otra agente de la

ley quizá fuera justo lo que quería.

—Quiero atraparlo —dijo Kimberly con tono firme.

—Entonces yo te cubro —dijo Shelly con tono grave. La sheriff soltó el cierre de la pistolera y sacó su arma.

Cinco minutos antes de la una, Kimberly rodeó el peñasco y miró a izquierda y derecha.

—Allá vamos —le murmuró a nadie en concreto.

Y entró en el faro.

Miércoles, 12:52, hora de la costa oeste

—Sabemos lo del dinero —dijo Quincy.

Peggy Ann Boyd estaba sentada al borde de la cama de su diminuto estudio y lo miraba con el ceño fruncido. Candi había tomado posiciones junto a la puerta, con los brazos cruzados para hacer que su más de uno ochenta de estatura pareciera incluso más imponente.

—No sé nada de ningún dinero —dijo Peggy Ann—. ¿Ha sabido algo de Dougie?

—Cuándo averiguó que Stanley era el padre biológico de Dougie, eso es lo que me gustaría saber —continuó Quincy—. ¿Se lo dijo la madre de Dougie? ¿Una charla entre mujeres? ¿O se lo contó el propio Stanley cuando se enteró de que Gaby Jones estaba muerta?

Peggy Ann abrió mucho los ojos.

—No sé de qué está usted hablando —dijo con remilgo. Pero la joven trabajadora social no sabía mentir. Ya tenía los ojos clavados en la moqueta y no paraba de juguetear con los dedos sobre el regazo.

Quincy se arrodilló hasta que sus ojos quedaron a la misma altura que los de la mujer. La miró durante tanto tiempo que a la joven no le quedó más remedio que devolverle la mirada.

—En otro tiempo a usted debió de preocuparle mucho Dougie. Solo tenía cuatro años cuando murió su madre. Un niño tan pequeño e indefenso. Necesitaba que alguien estuviera pendiente de él, que alguien le encontrara un hogar. La necesitaba a usted, Peggy Ann. Y Gaby también la necesitaba. Alguien que salvara a su pequeño.

Peggy Ann empezó a llorar sin ruido.

»¿Cuándo averiguó que Stanley era el padre de Dougie? —repitió Quincy con firmeza.

—No lo sabía. Al principio no. Gaby había insinuado que era alguien del instituto. Pero yo siempre había supuesto que era uno de los chicos. Ya sabe, el defensa que deja preñada a la animadora pero no quiere hacerse cargo. Pero hasta que no vi a Stanley en el funeral, el modo de mirar a Dougie… como si se estuviera muriendo y Dougie representara su última esperanza. Empecé a hacerme preguntas pero Stanley nunca dijo nada y yo desde luego no tenía pruebas. Además, aparecieron los Donaldson y eran unos candidatos tan buenos que me pareció que lo mejor era entregarles el niño a ellos. Estaba segura de que Dougie tendría un buen hogar con ellos.

—Hasta que lo quemó.

—Hasta que lo quemó. Entonces me puse en contacto con Stanley. Le pregunté a quemarropa si él sabía algo del padre de Dougie. Incluso me tiré un farol, dije que sabía con seguridad que era alguien del equipo de fútbol. Él dijo que no sabía nada pero que Gaby solía pasarse por los entrenamientos así que quizá fuera verdad. Pero no podía ayudarme. Era lo único que sabía. Después me cerró la puerta en la cara.

»Así que le busqué otro hogar a Dougie. ¿Qué otra cosa podía hacer? Y después de ese le busqué otro. Salvo que también empecé a pasar por el instituto, iba a los entrenamientos. Intenté enterarme de algo sobre los antiguos jugadores, miré las fotos de los chicos del equipo. Intenté ver si había alguien que se pareciera a Dougie, porque empezaba a estar claro que iba a tener que encontrar al padre del niño.

Quincy estaba frunciendo el ceño. Esa no era la historia que él esperaba.

—¿Y entonces qué pasó?

—Una tarde me encontré al entrenador Carpenter, a Stanley, en su despacho. Le dije que Dougie había vuelto a meterse en líos. Le dije que lo más probable era que mandaran al niño a un correccional. Le dije que a Dougie ya no le quedaba ninguna esperanza. Y le rogué. Le rogué que me diera información sobre el padre de Dougie y le dije lo mucho que Gaby quería ese niño y lo feliz que había sido el pequeño… Y me eché a llorar. A gimotear como una lunática. Porque

no me estaba tirando ningún farol, señor Quincy. —Peggy lo miró con fervor—. Dougie tenía un historial documentado de incendios provocados. En el mundo de los servicios infantiles, estaba acabado. Con seis años y ya no se podía hacer nada por él. A la semana siguiente lo mandarían a un centro para chicos conflictivos donde unos delincuentes con más años y más experiencia se dedicarían a enseñarle trucos nuevos. Entre paliza y paliza, por supuesto. Y seguro que abusarían de él. He estado en esos centros, sé lo que pasa allí.

—¿Y Stanley cedió?

—Stanley me dijo que era el padre del niño. Así, sin más. Y después se puso muy serio y dijo que ya llevaba mucho tiempo siendo un cobarde. Dougie era suyo.

—¿Cómo dice? —se sorprendió Candi desde la puerta. Había dejado caer los brazos y miraba a Peggy Ann y a Quincy por turnos como si esperara que uno de ellos empezara a decir cosas con cierto sentido. A Quincy no le extrañaba. Él también estaba esperando que todo aquello cobrara algún sentido.

—Al principio no creí a Stanley —les explicó Peggy Ann—. Pensé que solo estaba intentando ser agradable. O quizá sacar a una mujer histérica de su despacho. Le arranqué algo parecido a una promesa y me dijo que se haría cargo de Dougie. Pero a la mañana siguiente supuse que eso sería todo, que Stanley se olvidaría de todo el asunto. Pero el caso fue que apareció en mi despacho con un álbum de fotos. Me enseñó una vieja foto de la escuela y, Dios, era la viva imagen de Dougie, no cabía duda. Yo… jamás me lo hubiera imaginado.

—Y fue entonces cuando le ofreció el dinero para que no dijera nada —sugirió Quincy.

Peggy Ann lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué dinero? Se ofreció a hacerse cargo de Dougie. Eso era lo que me importaba. Laura y él le dieron un hogar al chico.

Candi y Quincy volvieron a intercambiar una mirada.

—¿Stanley Carpenter dejó a una menor embarazada y usted dejó las cosas así? —insistió Quincy.

Peggy Ann se encogió de hombros con tristeza.

—Gaby estaba muerta, así que tampoco es que fuera a

denunciarlo. Y Stanley estaba intentando hacer lo que debía con su hijo. ¿Qué más podía pedir yo?

—Oh, por el amor del cielo —exclamó Candi—. ¿Es que no hay un protocolo que deba seguir? Dígame que no deja irse a los adultos que tienen relaciones sexuales con una menor con un encogimiento de hombros y un apretón de manos.

—Pues claro que hay un protocolo. Y en circunstancias normales, me habría puesto en contacto con la policía. Pero una vez más, Gaby está muerta y, francamente, no estoy intentando salvar a Gaby, estoy intentando salvar a Dougie. Llamo a la policía y el padre que llevo tres años buscando se convierte de inmediato en alguien al que no puedo acceder. O no digo nada sobre la edad de Gaby y solo declaro que Stanley es el padre biológico de Dougie. En cuyo caso, el hombre se hace una prueba de paternidad, rellena unos diez millones de formularios y espera más o menos otros tres años a que el sistema legal termine de procesarlo todo. O queda la opción C. No digo nada en absoluto, sobre nada, Stanley solicita convertirse en padre de acogida y le asignan a Dougie de inmediato. Lo que, a decir verdad, le viene mucho mejor tanto a Dougie como a Stanley.

—Una opción que estoy seguro que Stanley alentó —murmuró Quincy—, porque así podía salir tan tranquilo del apuro.

—No me parece que su mujer lo dejara irse de rositas —dijo Peggy Ann con ironía—. Laura es mucho más dura de lo que parece. Pero sí, tiene razón, no creo que Stanley quisiera lavar sus trapos sucios delante de la comunidad. Y la verdad, a mí me daba igual. El servicio de acogida infantil es un sistema, señor Quincy. Es un sistema humano y por ahí es por donde intento moverme.

—Señorita Boyd —dijo Quincy—. Stanley lleva pagando dos mil dólares al año desde que nació Dougie. Si no le estaba pagando el dinero a usted, entonces, ¿quién estaba recibiendo esos fondos?

—No tengo ni idea.

—¿Nunca le ofreció dinero a cambio de su silencio?

—¡Yo no quería dinero! Yo quería un hogar para Dougie y Stanley me lo puso en bandeja.

—¿Y los alegatos de Dougie de que lo maltrataba? —preguntó Candi con el ceño fruncido.

—Le llevé al niño una abogada de inmediato. Pero si les digo la verdad, no creo que Stanley le fuera a hacer daño al niño. Tenían que haberle visto la cara cuando le dijo a Dougie que se lo llevaba a casa. Stanley estaba llorando, le temblaban las manos. Estaba tan conmovido por tener por fin a su hijo en casa. Pero Dougie, por otro lado…

—¿No estaba tan emocionado?

—Juro por Dios que ya se había puesto a buscar las cerillas. Pero que conste que Stanley no le dijo a Dougie que era su padre biológico, pensó que quizá fuera demasiado. Quería que pudieran conocerse antes. Y entiendo que su enfoque, lo de quien bien te quiere, te hará llorar, parece muy duro, pero el hombre consultó con varios expertos cuál era el mejor modo de tratar a un niño tan enfadado y conflictivo como Dougie. Por lo que yo he visto, Stanley es un padre comprometido. Le costó mucho llegar a comprometerse, es verdad, pero ahora lo está de verdad. Quiere que funcione. Su mujer no puede tener hijos, saben. Dougie es el único hijo que va a tener.

—Me duele la cabeza —dijo Quincy.

Peggy Ann lo miró con curiosidad.

—¿Quiere una aspirina?

—No, lo que quiero saber es cuánta gente sabía que Stanley era el padre de Dougie.

—Yo lo sé. Rainie lo sabe…

—¿Lo averiguó? —preguntó Quincy de golpe.

—Vino a verme con la noticia hace más o menos un mes. Creo que ya llevaba algún tiempo sospechándolo. Se preguntaba si yo lo sabía. Le dije que sí y Rainie lo dejó estar.

—¿Stanley sabía que ella lo sabía?

—No tengo ni idea. Tendría que preguntarle a él.

Quincy arqueó una ceja. Le encantaría preguntárselo a Stanley. Por desgracia, todavía no lo habían localizado y ya solo faltaban dos minutos para la una.

Volvió a inclinarse sobre la joven y le habló con tono urgente.

—¿Rainie dijo alguna otra cosa? ¿Sobre el maltrato, sobre Dougie, Laura, lo que sea?

Peggy Ann parecía perpleja.

—No. Pero no solía comentar nada. Aunque… bueno, también había otra persona que lo sabía.

—¡Hable!

—Dougie. Quizá Stanley le dijo algo o quizá lo comprendió él solo. Pero creo que se dio cuenta de que Stanley era su padre y que, por definición, Stanley había abandonado a su madre. En mi opinión, y es mi opinión personal —dijo Peggy Ann con cautela—, por eso apareció Dougie con las acusaciones de maltrato. Dougie no soporta a Stanley. Haría cualquier cosa por hacerle daño, incluyendo meterlo en la cárcel.

—O entablar amistad con la persona equivocada —concluyó Quincy con el ceño fruncido. Se apartó de Peggy Ann apretándose el puente de la nariz. Casi podía sentir la información dándole vueltas en la cabeza, trozos fragmentados de un todo. Stanley Carpenter tuvo un hijo fuera del matrimonio. Había guardado el secreto durante siete años pero justo cuando los demás empezaban a darse cuenta (su mujer, Peggy Ann Boyd, Rainie, el propio Dougie), dos de esas personas desaparecían. Dougie, ¿porque el niño causaba demasiados problemas? Rainie, ¿porque era la abogada infantil nombrada por el tribunal y estaba obligada por ley a decir la verdad?

¿Pero y Laura, y Peggy Ann? Aquello no encajaba. No podía creer que los secuestros de Rainie y Dougie no estuvieran relacionados con Stanley Carpenter, pero el rompecabezas seguía negándose a encajar. Estaba pasando algo por alto.

Los dos mil dólares. Si Peggy Ann no era la persona que estaba chantajeando a Stanley, ¿quién era?

—¿Stanley tiene algún lugar especial? —preguntó Quincy por fin —. No sé, ¿quizá una cabaña de caza o un lugar especial en el bosque al que le gusta ir cuando necesita pensar?

—¿Por qué iba yo a saber algo así? —dijo Peggy Ann con remilgo.

—Bueno, señorita Boyd, hasta ahora usted parece saber más sobre Stanley que nadie.

La trabajadora social se ruborizó. Volvió a bajar la mirada y jugueteó con los dedos.

»No me hace falta saber si se acuesta con él, señorita Boyd…

—¡Jamás haría eso!

—Solo quiero saber dónde está.

—Tiene una cabaña para ir a pescar —dijo al fin la joven—. En Garibaldi. Es difícil de describir. Quizá pueda dibujarles un mapa.

—Sí —dijo Quincy poco a poco—, por supuesto, háganos un mapa.

Miércoles, 12:59, hora de la costa oeste

Quincy y Candi estaban saliendo por la puerta y subiéndose al coche de Quincy cuando sonó el móvil de este.

—¿Dónde coño está? —preguntó Kincaid.

—Persiguiendo a Stanley Carpenter, ¿y usted?

—En casa de Jenkins, identificando a Alane Grove.

Quincy se detuvo un momento, se contuvo y luego metió la llave en el contacto.

—Lo siento —dijo en voz baja.

—Ni la mitad de lo que lo sentirán sus padres. ¿Por qué demonios no está en el centro de mando?

—Candi descubrió una nueva pista. Stanley Carpenter es el padre biológico de Dougie. Hemos venido a hablar con Peggy Ann Boyd. —Quincy le recitó a toda prisa un resumen rápido de los acontecimientos, incluyendo la solicitud de la orden de búsqueda y captura para Stanley Carpenter. Después le echó un vistazo al reloj: 13:02. Maldita sea.

»Tengo que colgar. Me va a llamar Kimberly.

—Quincy…

Pero Quincy ya había cerrado el móvil y estaba metiéndole la marcha al coche.

—Solo por curiosidad —preguntó Candi—, ¿por qué seguimos persiguiendo a Stanley Carpenter si no le estaba pagando a Peggy Ann Boyd? Eso parece eliminar el motivo.

—Uno, porque seguía pagándole a alguien dos de los grandes al año. Dos, porque, a decir de todos, quería mantener su paternidad en secreto. Y tres, porque es la única pista que tenemos.

—Con eso me vale —afirmó Candi—. Vámonos de pesca.

Y se pusieron en camino.

Miércoles, 13:00, hora de la costa oeste

A Rainie le temblaban las manos. Estaba intentando usar el cinturón de Dougie como ganzúa, con la lengüeta de metal incrustada entre dos dedos mientras volvía a manipular otra vez el pomo de la puerta.

Le resbaló el cinturón, que arañó la puerta de madera y le retorció el codo. A Rainie se le cayó el cuero, maldijo como una salvaje y rebuscó entre las profundidades.

El agua ya le había dejado atrás las rodillas y empezaba a llegarle a la cintura.

Rainie tiró del brazo de Dougie una última vez.

—Dougie —le dijo en voz baja—, prepárate para respirar hondo.

Capítulo 43

Miércoles, 13:03, hora de la costa oeste

Kimberly había visto demasiadas películas de miedo. Era muy consciente del silencio antinatural que persistía dentro del faro abandonado. La blandura del suelo, casi como gachas bajo sus pies, mientras las sombras extendían tentáculos oscuros por cada esquina y le provocaban escalofríos por la columna.

La puerta de entrada se había hinchado con los años y la humedad. Tuvo que empujarla con el hombro hasta que cedió con un chirrido muy poco natural. Una vez dentro de la oscuridad, la joven agente no se sintió mucho mejor. El techo bajo parecía caer sobre su cabeza y al no haber ventanas en el nivel inferior, la única luz se filtraba por el muro exterior, procedente de la escalera que subía

enroscándose hasta la torre de cristal. Kimberly se encontró conteniendo el aliento y escuchando con atención por si oía pisadas que bajaran sigilosas por aquellas escaleras, o quizá por si una figura oscura y pesada se materializaba en alguna esquina oscura.

Shelly estaba fuera, vigilando. Mac estaba escuchando por el móvil. No estaba sola. No estaba sola.

Había sacado el arma y la llevaba apretada contra el muslo derecho. Llevaba el dinero en el hombro izquierdo.

El viento atravesaba la estructura. Kimberly oyó el gemido del faro, que se retorcía, el tintineo del vidrio roto que caía arriba, por algún sitio. Se detuvo de repente y aguzó el oído.

Otra ráfaga de viento. La puerta se cerró de golpe tras ella, el portazo despertó ecos que casi la matan del susto.

Kimberly dejó la bolsa de lona en el suelo y contuvo los temblores de la mano el tiempo suficiente como para estudiar el tosco mapa. Shelly tenía razón. La X parecía estar hacia la izquierda de las escaleras.

Entonces vio la caja.

Era pequeña, de madera. El SNI no se había cortado y había pintado una X roja gigante en la tapa. La joven se asomó con cautela pero estaba demasiado oscuro para ver el fondo.

Hizo una última pausa y miró a su alrededor, el espacio era pequeño y oscuro. ¿Quizá había cámaras montadas en las esquinas? ¿O un hombre esperando arriba?

Sintió que algo le rozaba el hombro y dio un salto. Estuvo a punto de dar un grito. No era más que el borde de las escaleras, se había echado hacia atrás y había tropezado con ellas. Estaba asustándose sola, igual que una niña que se muere de miedo en la película de terror del pueblo. Ya estaba bien.

Volvió a la caja. Abrió la tapa. Se persignó, porque el peligro inminente saca el lado religioso de cualquiera y después metió la bolsa dentro.

Un golpe seco. Un chasquido. Un destello cegador.

Kimberly se llevó los brazos a la cara y se echó hacia atrás por

instinto.

—Pero qué coño…

Lo sintió antes de verlo. El faro había empezado a arder.

Miércoles, 13:05, hora de la costa oeste

Mac lo oyó por el móvil. Parecía una pequeña explosión y después el crujido revelador de la madera.

—¿Kimberly? ¿Qué está pasando? ¿Estás bien?

Pero antes de que nadie le respondiera, el ayudante Mitchell estaba señalando la pantalla, muy nervioso.

—Tenemos movimiento. Va al oeste.

—No puede ir hacia el oeste —replicó Mac frunciendo el ceño—. Estamos al borde de un acantilado. Al oeste…

—Hay un océano. ¡Está en un barco! —anunció Mitchell.

Mac volvía a hablar por el móvil.

—Kimberly…

—Estoy aquí, estoy aquí —la joven surgió de repente en las ondas, después hizo una pausa para toser—. Estoy en el faro.

—Pero el monitor…

—Os enseña el dinero.

—Kimberly, ¿qué has hecho?

—No lo sé —respondió la joven con un hilo de voz—. Pero, Mac, tengo un problema. Debe de haber manipulado la caja de la entrega porque cuando deposité el dinero, provocó una pequeña explosión y ahora el faro está ardiendo. Mac… No puedo salir.

—Ahora mismo voy —dijo Mac.

—No puedes. La carretera está bloqueada.

—Entonces llegaré corriendo.

Estaba a cuatro kilómetros y medio y los dos lo sabían.

Kimberly volvía a toser.

—Mac —le dijo en voz baja por teléfono—. Te quiero.

Miércoles, 13:05, hora de la costa oeste

Shelly oyó un ruido seco extraño seguido de inmediato por una pequeña explosión. Se quedó perpleja un instante y de inmediato se le ocurrió buscar algún hombre que saliera huyendo del faro. Pero no vio salir a nadie, solo las llamas que surgieron, disparadas, por el tejado del faro.

—¡La hostia! —Shelly ya estaba de pie, corriendo hacia la ruinosa estructura. La radio crujía en su cinturón. Oyó a Mac llamando a Kimberly y a Kimberly diciendo que estaba atrapada.

Shelly llegó a la puerta y se lanzó contra ella. Llevaba cincuenta años viviendo con los hombros de un caballo de labranza. Por Dios, ya era hora de que le sirvieran para algo. Pero no pasó nada. Y se volvió a lanzar contra la puerta hinchada de madera una y otra vez.

Sentía que la puerta se calentaba bajo su cuerpo. Oyó un crujido siniestro cuando el fuego encontró aire fresco en la parte superior de la estructura y se lanzó a lamer las paredes con avidez. Y entonces oyó toses, un gran ataque de tos mientras Kimberly se tambaleaba entre las llamas.

Sin ventanas en el nivel inferior y el fuego consumiendo ya la parte superior…

Shelly se quitó la camisa y se envolvió la cara con ella. Después dio un paso atrás y le dio una patada a la puerta, una patada tan fuerte como pudo. Esa vez sintió que cedía. Una patada más y la puerta combada cedió con un chillido.

Y el fuego respondió con un silbido gigante.

Shelly se apartó tambaleándose de la bola de calor. Sintió que se le chamuscaba el vello de los brazos. Le ardían las cejas. Y entonces los primeros tentáculos salvajes de las llamas retrocedieron, el fuego inhalaba como una bestia viva.

El faro se retorcía bajo la presión. La antigua madera empezaba a doblarse.

Shelly hizo lo único que sabía que podía hacer.

Entró corriendo entre las llamas.

Miércoles, 13:07, hora de la costa oeste

El móvil de Kincaid se estaba volviendo loco. Recibió una llamada frenética del ayudante Mitchell. La entrega del dinero no había ido bien. El faro estaba en llamas. La agente Quincy del FBI estaba atrapada dentro. Recibió una llamada triunfante del agente Blaney. La matrícula que encajaba con la de Stanley Carpenter acababa de encontrarse delante de la bolera de Bakersville. ¿Qué tenía que hacer Blaney?

Y por último habló por teléfono con el teniente Mosley, que se disculpaba por su ausencia, había tenido que ocuparse de unos asuntos.

Kincaid no sabía cuáles eran esos asuntos y, en ese momento, tampoco le importaba. Estaba demasiado ocupado cabreándose.

Necesitaba al cuerpo de bomberos. Necesitaba refuerzos. Necesitaba que el teniente Mosley se presentara delante de la prensa ya y encima tenía que localizar a Quincy otra vez para notificarle que su hija estaba en peligro mortal. Ah, sí, y todavía tenía que atrapar a un secuestrador.

Eran las 13:07 y Kincaid estaba viendo que su caso se desintegraba delante de sus narices. Y él estaba demasiado lejos para hacer nada, joder.

Al final se metió en su coche, que estaba aparcado a las afueras de la granja Jenkins, encendió la emisora y escuchó los informes mientras Kimberly Quincy luchaba por su vida.

Miércoles, 13:08, hora de la costa oeste

El teniente Mosley se movía a toda velocidad. Tenía doce millones de cosas que hacer y unos diez minutos para hacerlo todo. No se molestó en intentar reunir a la prensa, se limitó a ir directamente a verlos.

Encontró a la mayor parte de las cadenas importantes apostadas en el exterior de la propiedad de Hal Jenkins tras abandonar la casa de Danicic por la escena de un auténtico crimen.

Mosley tomó posiciones junto a la cinta amarilla, que siempre era una de las imágenes favoritas de todos, y esperó que nadie le notara la

cara sudorosa y los jadeos. Después levantó la declaración que había preparado a toda prisa y empezó.

—La Policía Estatal de Oregón confirma con gran tristeza la pérdida de uno de sus miembros. El cadáver de la detective Alane Grove, una veterana que llevaba cuatro años en el cuerpo, se ha descubierto esta mañana en una granja del condado de Tillamook. Creemos que la asesinaron en acto de servicio y cumpliendo con su trabajo más allá del deber. Se ha detenido al propietario de la granja y contamos con que pronto se presentarán cargos contra él.

Hubo varios destellos de las cámaras y unos cuantos periodistas sacaron los micrófonos.

—¿Puede decirnos cómo la mataron?

—Todavía estamos investigando.

—¿Formaba parte del grupo especial que está trabajando en el reciente caso de rapto?

—La detective Grove estaba trabajando para el grupo especial.

—¿Así que su muerte está relacionada con él?

—Como es natural, estamos contemplando esa posibilidad.

—¿Y qué hay de Rainie Conner y Dougie Jones? ¿Se sabe algo?

—Nada hasta ahora.

—Pero si han arrestado a un sospechoso…

—Todavía estamos investigando —repitió Mosley. Los reporteros reunidos gimieron.

—Vamos —dijo uno de los periodistas de la primera fila—. Es más de la una. Tienen a un tío en la cárcel. Seguro que saben algo sobre la mujer y el chico.

Mosley miró al hombre a los ojos.

—No hay ningún comentario en estos momentos.

Y después, cuando se produjo otro gruñido colectivo, el teniente se encogió de hombros.

»¿Qué queréis que os diga, chicos? Hemos tenido que confirmar la muerte de una detective. En cuanto a la suerte de Lorraine Conner y Douglas Jones… Recen. Eso es todo lo que puedo decir. Que todo el mundo rece por los dos.

Capítulo 44

Miércoles, 13:12, hora de la costa oeste

El agua le había tragado las manos cuando Rainie sintió de repente que la cerradura cedía. Giró el picaporte y la puerta se abrió de golpe, el agua se derramó por el lavadero y se la llevó consigo.

Durante un momento quedó varada contra la pared contraria, demasiado aturdida para reaccionar. Después se levantó como pudo y volvió a meterse en la escalera del sótano. Dougie seguía acurrucado alrededor de la barandilla de las escaleras. Rainie lo sujetó con torpeza con las manos atadas. El niño estaba inconsciente. La cabeza se le mecía sobre el hombro de Rainie, tenía los labios azules y los párpados se le agitaban de una forma alarmante sobre las mejillas heladas. La investigadora lo llevó apretado contra el pecho como un bebé demasiado grande, tambaleándose como una borracha cuando sus propios miembros empezaron a temblar por el frío y el cansancio.

El lavadero estaba oscuro, las persianas estaban bajadas y las luces apagadas. La puerta que conectaba con la cocina estaba cerrada. Rainie no tenía ni idea de si el hombre ya estaba justo detrás de esa puerta o quizá venía corriendo pasillo abajo, alertado por el ruido.

Apoyó a Dougie encima de la lavadora y luego probó la tercera puerta, la agitó como una posesa y hurgó en la cerradura. Igual que la última vez, la puerta no cedió. La aporreó con los puños, llorando de pura frustración. Estaba tan cerca, tan cerca. «¡Sáquenme de esta casa!».

Terminó apoyada en una esquina, esperando lo inevitable. Que el hombre entrara como una tromba. Que arremetiera contra ella con las manos, con los pies, quizá con la pistola eléctrica. Tenía frío y estaba agotada y muerta de miedo. La pierna izquierda no quería soportar su peso y pensó que quizá estuviera perdiendo a Dougie.

Lloró con más fuerza y de repente la sensación de esas lágrimas calientes en las mejillas la cabreó. Estaban fuera del sótano, coño. Por Dios que no pensaba actuar como un animal atrapado. Ya estaba bien.

Rainie volvió a coger a Dougie en brazos y salió disparada hacia

la puerta que conectaba con el resto de la casa. La abrió de una patada con el pie derecho, con una fuerza alimentada por la adrenalina, y entró en la cocina. Estaba vacía, la casa a oscuras. Se detuvo un segundo, no oyó nada y luego recuperó la cordura y exploró en un cajón en busca de algún arma. Encontró un cuchillo de mondar. Eso serviría.

El agua seguía entrando, rodeándole los pies como un torbellino, convirtiendo el linóleo en una superficie resbaladiza. Se fue de la cocina y bajó corriendo el pasillo enmoquetado, siempre consciente de lo que ocurría a su espalda.

Se metió por la primera puerta que encontró. Un dormitorio. Dejó a Dougie a toda prisa sobre la cama. Se detuvo. Escuchó. No se oían pasos. Se movió rápido y se colocó el cuchillo entre los dedos hinchados y congelados y se puso a trabajar en las ataduras que le rodeaban las muñecas. La mala noticia era que la carne se había hinchado alrededor de la tira de plástico. La buena que, de todos modos, ya casi no sentía nada. Atravesó aquella correa dura y parte de su propia piel. En cuanto la banda se soltó, a Rainie ya le dio igual, podía mover los dedos. Podía frotarse las manos entumecidas contra los muslos. Un millar de terminaciones nerviosas coléricas volvieron a la vida chillando y Rainie les dio la bienvenida a todas y cada una. El dolor es vida. ¡Y qué buena es la vida!

Después tenía trabajo que hacer. Lo primero, Dougie.

Tiró de la figura inconsciente del niño y lo sentó, le arrancó las ropas mojadas del cuerpo y lo enrolló en el grueso edredón como si fuera un burrito gigante.

—Vamos, Dougie —le susurró mientras le frotaba con viveza los brazos, las piernas, el cabello mojado—. Quédate conmigo.

A Rainie también le castañeteaban los dientes, su cuerpo seguía perdiendo un calor precioso. Dejó a Dougie el tiempo suficiente para rebuscar en la cómoda de la habitación y luego en el armario. Encontró una vieja camisa de franela de hombre que olía a vestuario sucio. Demasiado helada para que le importase, se quitó la camiseta empapada y se envolvió en la franela. Era como una taza caliente de cacao, una siesta delante de las llamas de la chimenea. Era la mejor camisa que se había puesto jamás y se encontró llorando otra vez, un torbellino de emociones, cansancio y miedo.

Regresó a la cama y volvió a frotar el cuerpo de Dougie, una y

otra vez, desesperada por hacerle recuperar un poco de calor. Justo cuando los párpados del niño se abrieron con un aleteo, el agua empezó a colarse en el dormitorio.

Rainie contempló la inundación creciente y estudió la cara pálida y aturdida de Dougie.

Tendría que llevarlo en brazos. Echárselo al hombro y correr.

No parecía mala idea pero en cuanto intentó levantarlo, la pierna izquierda se le volvió a doblar. A medida que su cuerpo recuperaba el calor, también volvía el dolor abrasador. La rodilla destrozada, las costillas magulladas, la interminable colección de arañazos, cortes y contusiones. Volvió a dejar a Dougie sobre el colchón y cayó a su lado.

Y en ese momento sintió un cansancio inmenso. No podía levantar los brazos. No podía mover las piernas. Solo quería dormir. Hacerse una bola, cerrar los ojos y sentir que el mundo desaparecía.

Solo durante un instante.

Se obligó a abrir los ojos otra vez. Sintió que empezaba a llorar otra vez. Y entre aquel delirio de dolor, miedo y agotamiento, se impuso una sola cosa: piensa, Rainie, piensa.

Y entonces vio el teléfono.

Miércoles, 13:13, hora de la costa oeste

Shelly estaba ardiendo. Lo entendió de una forma más bien abstracta. Que el hedor a carne quemada y pelo chamuscado era ella. Que el dolor candente sobre el que siempre había leído era cierto. Que el aire podía estar tan caliente que literalmente la saliva te hierve en la boca y se te evapora toda la humedad de los pulmones.

En cuanto se le ocurriera inhalar, el fuego entraría en su cuerpo y la mataría.

Así que contuvo el aliento cuando se introdujo en las llamas que lamían el exterior retorcido. Mientras se agachaba para coger la figura caída de Kimberly. Mientras se echaba el cuerpo más pequeño de la otra mujer a los anchos hombros. Mientras se dirigía otra vez a la puerta.

Shelly pensó en sus sueños, en su aventura parisina. Ah, si el artista de la Orilla Izquierda pudiera verla en ese momento

atravesando el fuego, con el cabello rizándose y la piel llena de ampollas, la camarada al hombro.

Soy una mujer, mira como rujo.

Qué pena, pensó mientras atravesaba tambaleándose la puerta, se derrumbaba sobre el suelo mojado y empezaba a perder la conciencia.

Porque ya nadie iba a querer pintarla.

Miércoles, 13:17, hora de la costa oeste

Quincy y Candi estaban metiéndose por la pista de tierra que llevaba a la cabaña de pesca de Stanley Carpenter cuando volvió a sonar el móvil de Quincy. Era Abe Sanders, de Astoria. Había enviado a dos hombres a vigilar al sospechoso del doble asesinato, Duncan, como le había prometido. Quería que Quincy fuera el primero en saber que lo habían perdido.

—¿Perdido? —repitió Quincy—. ¿Cómo coño se pierde a alguien tan lento como Charlie Duncan?

—Oye, Quincy…

—Abe, ya hace quince minutos que ha vencido el plazo para saber si mi mujer sigue con vida. Habla más rápido.

Sanders fue al grano. Duncan había ido a cenar a una cafetería del pueblo. No era para tanto, lo hacía muchas veces porque el tipo no sabía cocinar. Había entrado en la cafetería y no había vuelto a salir. Cuando los detectives entraron por fin en el establecimiento dos horas más tarde, se enteraron de que había salido por la cocina. Al propietario le había parecido raro, claro que Duncan era un tipo bastante raro.

—Te lo juro por Dios —dijo Sanders—, mis agentes juran por lo más sagrado que el tipo no tenía ni idea de que tenía un par de sombras.

—¿Solo le apeteció salir por la puerta de atrás, por los viejos tiempos?

—Quizá. —Sanders debió de notar que se había puesto a la defensiva—. Mira, en estos mismos momentos estamos registrando el pueblo de arriba abajo. Que sepamos, su vehículo sigue aparcado a la puerta de la cafetería, así que va a pie.

—O le pidió a algún amigo que lo recogiese, o quizá haya mangado un coche —insistió Quincy, exasperado.

—Estamos considerando todas las opciones. Dame un poco de tiempo.

—¿Tiempo? ¿Qué tiempo? Son las 13:15, Sanders. No hemos sabido nada del secuestrador. ¿Sabes lo que eso significa? Significa que es muy probable que Rainie esté muerta.

Quincy tiró el móvil, maldiciéndose por no haber investigado más a Duncan, por no haber localizado a Andrew Bensen y por no haber hecho las ocho mil cosas más que se habían planteado pero que no habían llevado a cabo porque no había tiempo. Desde el comienzo habían ido contra el tiempo.

El teléfono volvió a sonar. El número de Kincaid. Quincy le echó un vistazo al reloj. Se preguntó si esa sería la llamada. Kincaid llamándole para darle la noticia oficial de lo que le había dicho Danicic o algún otro reportero. Se habían retrasado en la entrega del dinero y su castigo sería…

Había cuadrado los hombros y había apretado el estómago incluso antes de descolgar, pero no le sirvió de nada.

Era Kincaid pero no llamaba por Rainie.

Llamaba por Kimberly.

Miércoles, 13:18, hora de la costa oeste

—Quizá las cosas no estén tan mal como parecen —le decía Kincaid con voz urgente—. Tu chico, Mac, consiguió atravesar una verja metálica con una furgoneta de vigilancia del condado, lo que le abrió un acceso al cuerpo de bomberos. Ahora mismo están allí.

—Necesito hablar con ella.

—Está recibiendo atención médica inmediata. En cuanto esté estabilizada, estoy seguro de que le podrás dar un toque.

—¡¡Es mi hija!!

—Quincy… —Durante un instante solo reinó el silencio en el teléfono. Kincaid buscaba unas palabras que no existían—. Tu hija ha hecho un gran trabajo hoy.

Quincy inclinó la cabeza y se apretó el puente de la nariz.

—Siempre lo hace bien —susurró.

—El tipo manipuló la caja del dinero de algún modo. Forró la parte superior del faro con explosivos, en realidad todavía no lo sabemos. En cuanto el peso de todo ese dinero llegó al fondo de la caja… Kimberly no tenía ninguna posibilidad.

Si no hubiera sido porque Shelly entró como una tromba en ese infierno…

—¿Shelly? ¿La sheriff Atkins?

—Sí, fue Shelly la que la sacó…

—Lo siento —dijo Quincy, un poco desconcertado—. Por alguna razón supuse que había sido Mac.

—No, él estaba en el vehículo de vigilancia. Era Shelly la que la cubría. Por lo que tengo entendido, entró directamente en el faro y sacó a Kimberly de entre las llamas. Al parecer fue toda una hazaña.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Quincy con aspereza.

Un silencio.

»¿Kincaid?

—La están evacuando en helicóptero al St. Vincent's, en Portland —respondió Kincaid en voz baja—. No… no tiene buena pinta.

Y fue entonces Quincy el que no pudo decir nada. Primero la detective Grove, después la sheriff Atkins y su propia hija. ¿Y para qué?

—¿Se sabe algo de Danicic? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Nada en absoluto —dijo Kincaid.

Miércoles, 13:20, hora de la costa oeste

En solo quince minutos, Mac tuvo la sensación de envejecer cincuenta años. El fuego había abrasado la garganta de Kimberly, se le había hinchado y había bloqueado las vías respiratorias. Los auxiliares médicos tuvieron que intubarla allí mismo y no era algo que Mac quisiera volver a ver en toda su vida.

Al menos los sanitarios parecían contentos con la reacción de la

joven una vez intubada. Le mejoró el color y su pecho comenzó a subir y bajar de forma rítmica. Parecía solo dormida, si no fuera por las puntas chamuscadas del pelo, el hollín negro que le cubría la ropa y el olor a carne quemada.

Tenía muchísimo mejor aspecto que Shelly Atkins.

La piel enrojecida de la sheriff ya había empezado a cubrirse de ampollas cuando llegaron los servicios de urgencias, y los brazos y las piernas se le habían hinchado de una forma grotesca. Shelly había tenido la precaución de atarse la camisa alrededor de la cara. Pero los hombros y los brazos…

Mac solo había leído sobre esas cosas. Jamás las había visto de primera mano. Solo el olor ya le revolvía el estómago, le apetecía darse la vuelta y vomitar. Mitchell se había puesto verde nada más verla pero el ayudante de la sheriff había aguantado como un campeón.

Había aguantado mientras se peleaban con el botiquín. Mientras intentaban cubrir las quemaduras más graves con unos cuantos trozos patéticos de gasa estéril. Mientras Shelly entraba en shock por el dolor y la tensión, más o menos al mismo tiempo que Mac se daba cuenta de que Kimberly había dejado de respirar.

Jamás en su vida se había alegrado tanto de ver un vehículo de los servicios de urgencias. Dio gracias hasta el punto de caer en la humildad. Se desesperó hasta el punto de que empezaron a caerle las lágrimas mientras intentaba informar de lo que había pasado, lo que necesitaba Kimberly, lo que necesitaba Shelly, hasta que los de urgencias se limitaron a apartarlo a él y a Mitchell y se pusieron a trabajar con una eficiencia diez veces superior y a mil por hora, y Mac y Mitchell se quedaron allí plantados, aturdidos y confusos, intentando decirse el uno al otro que todo iba a ir bien.

Kimberly desapareció en la ambulancia justo cuando llegaba el helicóptero para llevarse a Shelly. Mac y Mitchell ayudaron a llevar a la sheriff al helicóptero. Y después desapareció, y Kimberly se había ido, y los dos hombres llamaron para informar lo mejor que pudieron.

En total no habrían pasado más de veinte minutos. Los veinte minutos más largos de la vida de Mac. Y ni siquiera podía ir con Kimberly. No era familiar suyo. Solo era el hombre que la amaba.

Lo que lo dejaba junto a la puerta del desvencijado vehículo de vigilancia, pensando en el anillo. Ojalá su novia lo llevara en ese

momento, quizá alrededor del cuello, con una cadena. Si no por ella, entonces por él, para poder verlo y saber que le había dicho que sí y que le había dicho que lo quería. Que habían sido felices, justo antes de todo aquello.

Se metió por fin en la furgoneta y Mitchell subió detrás de él. Sin nada más que hacer, Mac se sentó en el asiento del conductor y empezó a meter la marcha.

—¡La madre que me parió! ¡Mira esto! —exclamó Mitchell.

Capítulo 45

Miércoles, 13:22, hora de la costa oeste

Rainie marcó el número del móvil de Quincy. Apretó el auricular contra la mejilla y contuvo el aliento cuando oyó sonar el teléfono de su marido, sentía una extraña palpitación en el estómago, como una colegiala llamando al chico que le gusta. Preguntándose si lo cogería. Preguntándose qué le diría ella.

—Quincy —dijo su marido y, por un momento, Rainie se sintió tan desbordada que no pudo hablar.

»¿Quién es? —preguntó Quincy con aspereza.

Rainie se echó a llorar.

»¿Rainie? ¡Oh, Dios mío, Rainie! —Se oyó el sonido de un chirrido. Después una maldición. Lo había sorprendido conduciendo. Y era obvio que en ese momento estaba peleándose con el coche para parar en la cuneta.

»No cuelgues —le gritaba—. No cuelgues, solo dime dónde estás. Ya voy, ya voy, ya voy —y en la voz de su marido Rainie oyó toda la desesperación que ella llevaba días sintiendo.

Se echó a llorar con más fuerza, sollozos inmensos, roncos, que le castigaban las costillas y exacerbaban el dolor de cabeza que tenía. Tenía la sensación de que la emoción la iba a desgarrar, que sería el golpe definitivo que acabaría con su magullado organismo. Pero no podía dejar de llorar. Se mecía sentada en la cama, aferrada al teléfono que tenía pegado a la boca y diciendo con voz entrecortada y frenética las únicas palabras que importaban.

—Te… quiero…

—Yo también te quiero. Y lo siento, Rainie. Lo siento… todo. —Y después, con más urgencia todavía—: Rainie, ¿dónde estás?

—No lo sé.

—Rainie…

—¡No lo sé! Es una casa. Con un sótano. Y está inundada y tenemos frío y Dougie no está nada bien y yo no estoy nada bien. Necesito la medicación. Me duele tanto la cabeza y sé que debería habértelo dicho…

—El Paxil. Lo averiguamos. Te lo llevaremos. Ayúdame, Rainie. Ayúdame a encontrarte.

—Está oscuro —susurró su mujer—. Muy oscuro. Las ventanas, las paredes. Creo que lo ha pintado todo de negro.

—¿Cuánto tiempo te llevó llegar ahí? ¿Recuerdas el trayecto?

—No lo sé. Creo que me drogó. Una pista de tierra, diría yo. Pero olía a mar. ¿Quizá algún lugar cerca del agua?

—¿Sabes quién te cogió, Rainie?

—Una luz blanca.

—¿Te cegó?

—Sí. Y ahora vivimos en la oscuridad.

—¿Sabes dónde está ese hombre ahora mismo? —preguntó Quincy con viveza.

—No tengo ni idea.

—Está bien. Sigue conmigo, Rainie. No te atrevas a colgar. Voy a encontrar un modo de rastrear esta llamada.

Pero justo en ese momento, Rainie escuchó un sonido. El arañazo de una llave en la cerradura. Y después el sonido de la puerta de la calle abriéndose de golpe.

—Cielo —exclamó el hombre muy contento—. ¡Ya estoy en casa! ¡Y no veas cómo se me ha dado el día!

—Oh-oh —susurró Rainie.

Y Quincy dijo:

—¿Danicic?

Miércoles, 13:25, hora de la costa oeste

—Tengo que irme —le susurró Rainie a Quincy y sin esperar respuesta metió el teléfono debajo de la cama, con el auricular justo al lado. Tendría que confiar en que Quincy pudiera rastrear la llamada. Tendría que confiar en poder mantenerse con vida hasta entonces, ella y Dougie.

Y Quincy dijo:

—¿Danicic?

Oyó el chapoteo de las pisadas cuando el secuestrador cruzó la salita encharcada y se dirigió a la cocina. El hombre seguía silbando sin mucho tino, sin darse cuenta de que sus rehenes habían escapado.

La buena noticia era que Rainie tenía un cuchillo y el factor sorpresa de su lado. La mala, que él tenía una pistola eléctrica y estaba mucho más en forma que ella. Rainie ya se había enfrentado dos veces a él y había perdido. Dado su deteriorado estado, no veía motivos para que cambiaran las cosas esa vez.

Así que era una cuestión de ingenio, no de fuerza bruta.

Se acercó a Dougie moviéndose tan despacio como podía. El niño seguía inconsciente pero ya no temblaba tanto. Rainie no sabía si eso era buena o mala señal.

Cogió con torpeza el capullo en el que había envuelto al niño, se tambaleó hasta el armario y lo dejó dentro.

Justo a tiempo de oír un grito de rabia en el lavadero.

No le quedaba mucho tiempo.

Rainie cerró la puerta del armario y se acercó de inmediato a la ventana. Por favor, que tuviera suerte. Por favor, solo por esa vez, que Dios le diera un respiro.

Encontró el viejo cierre de metal. Lo abrió de un papirotazo. Se agarró a la parte superior de la ventana de madera y tiró con todas sus fuerzas.

Nada.

Volvió a intentarlo.

Más chapoteos. Pisadas furiosas que atravesaban la cocina corriendo.

—Vamos —le rogó a la habitación oscurecida—. ¡Vamos!

Pero la vieja ventana no cedía. Después de tantos años, o estaba hinchada o con la pintura había quedado encajada.

Pisadas en el pasillo.

Rainie se agachó detrás de la puerta y cogió con fuerza el cuchillo.

Se le había acabado el tiempo.

Miércoles, 13:27, hora de la costa oeste

Mac arrancó la furgoneta y salieron disparados por la carretera de acceso antes de que cualquiera de los dos se hubiera puesto el cinturón. Mitchell tenía la radio en la mano y estaba intentando localizar a Kincaid como un loco.

—Tenemos una ubicación. El GPS se ha estabilizado en un único conjunto de coordenadas. Las estamos pasando por el programa y deberíamos tener una dirección en cuestión de minutos.

Kincaid chilló de alegría y sorpresa al otro extremo. Quería la dirección en cuanto la tuvieran. Iba a llamar a los SWAT, iba a pedir refuerzos, por Dios…

Entonces se produjo una pequeña interrupción cuando recibió una llamada al móvil. Quincy. Tenía a Rainie por la otra línea. Estaba atrapada en una casa y el secuestrador acababa de volver. Quincy juraría que la voz del hombre sonaba igual que la de Danicic.

—Tenemos una dirección —chilló Mitchell.

—¿La casa de Danicic? —insistió Kincaid.

No. Era la cabaña que tenía Stanley en Garibaldi, para cuando iba a pescar.

—Estamos a diez minutos —dijo Mac, y pisó el acelerador.

—Yo ya estoy aquí —dijo Quincy mientras volvía a la pista de tierra con un chillido de llantas y Candi se agarraba al salpicadero.

Miércoles, 13:29, hora de la costa oeste

—Vamos, sal, sal de donde quiera que estés —llamó el hombre en voz baja por el pasillo—. Yuhuuu. Vamos, Dougie. Dile hola a tu viejo amigo.

Rainie contuvo el aliento y siguió sin moverse, con la espalda apoyada en la pared. Veía un trocito de pasillo por una ranura en el lomo de la puerta. Apareció un pie.

»Sé que seguís aquí dentro. Las puertas están cerradas con llave por fuera y las ventanas clavadas. Compensa estar preparado cuando se secuestra a una agente de la ley y a su amiguito, el delincuente.

Otro paso. Rainie vio unos pantalones de deporte negros salpicados de agua.

»No vas a salir de esta casa, Rainie. Dougie y yo tenemos un trato. Si te escapas, no me quedará más remedio que cumplir mi parte y quemar viva a Peggy Ann. Tú no quieres que Peggy Ann sufra, ¿verdad, Dougie? Tú no querrías matarla como mataste a tu mamá, ¿no?

Entonces apareció el perfil entero del hombre. Rainie se echó unos milímetros hacia atrás al sentir que los ojos del hombre se clavaban en el hueco que quedaba entre la parte posterior de la puerta y la pared.

»Vamos, Dougie —dijo el secuestrador con impaciencia—. Ya está bien de tonterías. Ven aquí, confiesa lo que has hecho y te perdono. Es Rainie la que te ha hecho daño, ¿recuerdas? Te mintió. Fingió que era tu amiga. —Y entonces se le ocurrió otra cosa—. Eh, Rainie, vamos a hacerlo más fácil todavía. Tú sales y yo te pongo una copa.

El hombre se colocó delante de la puerta y Rainie se la cerró en la cara de golpe. Después oyó un crujido seguido de un grito agudo.

—¡Mi nariz, mi nariz, mi nariz! ¡Zorra, me has roto la nariz! ¿Sabes la pinta que tendrá eso en la tele?

Rainie manoseó el pomo, intentó encontrar algún tipo de cerrojo. Nada. Clavó los talones en el suelo y apoyó todo el peso en la puerta mientras registraba la habitación con la mirada. Necesitaba una silla

para meterla debajo del pomo. O algo pesado.

Vio la cómoda pero hacía demasiado bulto y estaba muy lejos. Entonces todo su cuerpo se sacudió con un golpe seco cuando el hombre se lanzó contra la puerta aullando de rabia.

—No vas a salir de esta casa. ¿Me oyes? Estás muerta.

El secuestrador volvió a estrellarse contra la puerta y Rainie se tambaleó sobre los talones. Adelantó el cuerpo justo a tiempo para el tercer golpe. Y después, sin prisa pero sin pausa, el hombre se puso a trabajar y empezó a girar el pomo resbaladizo que tenía Rainie bajo la mano.

La investigadora intentó sujetarse mejor y manoseó el cuchillo para poder utilizar las dos manos.

Pero el hombre era demasiado fuerte. Había comido y dormido y no se había pasado dos días atrapado en un sótano gélido. Tenía más músculos. No estaba cansado. Iba a ganar.

Empezó la cuenta atrás en su mente. Cuando llegó a diez, se apartó de un salto de la puerta.

El hombre irrumpió en la habitación, tropezó y saltó sobre la cama.

Y Rainie salió disparada por la puerta.

Notó muchas cosas a la vez. El peso del agua, que ya casi le llegaba a los tobillos mientras chapoteaba por el pasillo. La puerta de la calle que se alzaba a casi quince metros de distancia mientras ella atravesaba como podía la cocina y entraba en el salón, estirando los brazos, queriendo llegar.

El sonido, quizá solo en su mente, de los portazos de un coche. La voz, quizá solo en su cabeza, de Quincy diciendo, te quiero.

Y después el grito de indignación, más fuerte, más cercano, cuando el hombre salió como un toro tras ella.

Rainie se giró en el último momento. Vio una gran figura negra que caía sobre ella. Lucas Bensen apareciendo en el porche cuando solo tenía dieciséis años. Richard Mann esperándola con una escopeta una década después. Todas las pesadillas que había tenido en su vida precipitándose por el pasillo, acercándose a toda velocidad.

Rainie plantó los pies en el suelo, levantó el cuchillo y se preparó para el último acto.

La puerta de la calle se abrió de golpe.

—¡Alto, policía! Baje el arma.

Rainie cayó al suelo.

Danicic se lanzó hacia ella.

Quincy y Candi Rodríguez abrieron fuego.

Capítulo 46

Consecuencias

Durante las horas que siguieron las cosas se movieron más despacio, se tranquilizaron, intentaron cobrar sentido.

Llegaron los sanitarios y dictaminaron la muerte de Danicic. Encontraron a Dougie todavía vivo, entrando en calor poco a poco y recuperando la conciencia dentro de su envoltura de algodón y se llevaron al niño al hospital. Intentaron llevarse también a Rainie pero la investigadora se negó. Se quedó sentada en el asiento de atrás del coche de Quincy con el abrigo de su marido alrededor de los hombros, cuatro mantas en el regazo y una taza de café humeante en las manos.

Rainie quería sentir el calor filtrándose de nuevo por sus huesos. Quería inhalar el aroma de la colonia de Quincy en el cuello de su abrigo. Quería darse cuenta, milímetro a milímetro, que volvía a aventurarse por la tierra de los vivos.

Quincy se quedó sentado en el coche con ella a medida que iban llegando más investigadores para comenzar a procesar la escena. La casa, según se enteró Rainie, pertenecía a Stanley Carpenter, era la vieja casa de su abuelo, que él conservaba para alquilarla y conseguir unos ingresos periódicos. En agosto alguien le había dado la agradable sorpresa de llamarlo para alquilar la propiedad durante todo el invierno. El inquilino afirmaba que era un escritor de fuera del pueblo que buscaba un lugar tranquilo para trabajar en su próxima novela. Stanley había recibido por adelantado un cheque con la renta de todo el invierno y no había pensado más en la casa desde entonces.

La casa se encontraba en una propiedad rodeada de bosques, a solo kilómetro y medio del océano. El vecino más cercano estaba al

oeste, a siete kilómetros y medio. Rainie y Dougie podrían haber corrido toda la noche y aun así no haber encontrado a una sola persona que los ayudase.

Apareció un tal sargento detective Kincaid. Se quedó mirando a Rainie con tal intensidad y una mirada tan lúgubre que la mujer no supo qué decir. Luego saludó a Quincy con un asentimiento y se alejó.

Después se acercó una guapísima agente hispana llamada Candi. Había sido uno de los primeros agentes en llegar a la escena del crimen, junto con Quincy. En ese momento se sentaba en el camino de grava, junto a la puerta abierta del lado de Rainie y con una dulzura sorprendente, consiguió sonsacarle a Rainie el relato de lo ocurrido durante los últimos días. Que Rainie se había parado en la cuneta en plena noche. Que la había sorprendido una luz blanca cegadora. Que había despertado después y se había encontrado drogada y atada en la parte posterior de un vehículo. Que había hecho todo lo que había podido y se había esforzado por mantenerse ella con vida y proteger a Dougie.

No tenía ni idea de quién la había raptado. Cuando Candi utilizó el nombre de Danicic, Rainie se quedó sinceramente sorprendida.

—¿No es un reportero del Sun?

Nadie podía responderle a eso. Candi desapareció y ocupó su lugar el teniente Mosley. Quería asegurarse en persona de que se encontraba bien. Luego se fue a realizar un comunicado de prensa.

—Ya es hora de que demos alguna buena noticia hoy —dijo el oficial, lo que dejó a Rainie, en el asiento de atrás del coche, mirando a Quincy con fijeza.

A solas por fin, su marido empezó a hablar. Le habló de las notas de rescate, del grupo especial que se había formado. Le habló de Mac y Kimberly, que habían cogido un avión de inmediato y habían llegado desde Atlanta para ayudar.

Y le dijo sin apenas expresión, porque ese era el tono que utilizaba con las cosas que más importaban, que a una detective, Alane Grove, la habían asesinado mientras trabajaba en el caso. Por lo que él sabía, un hombre del pueblo la había visto con el dinero del rescate e, incapaz de resistir la tentación, la había metido en la parte posterior de su camioneta y la había estrangulado para quedarse con el dinero.

Después se había producido la desastrosa entrega del dinero. Danicic había manipulado la escena con explosivos, lo que les había provocado heridas graves a la sheriff de Bakersville, Shelly Atkins, y también a Kimberly. Según las últimas informaciones Kimberly se encontraba estable pero era muy probable que tuviera que pasarse varios días en el hospital, en observación, para que se ocuparan de sus pulmones y le trataran las heridas. Para la sheriff Atkins el pronóstico no era tan bueno.

—Deberíamos ir al hospital —dijo Rainie de inmediato.

—No.

Rainie frunció el ceño y lo miró.

—Pero Kimberly…

—Por fin ha conseguido ver a su prometido. Si los interrumpimos ahora nos van a matar los dos.

—¿Se han comprometido?

—Eso me han dicho.

—¿Por qué no lo has dicho desde el principio? ¡Hombres!

Quincy le cogió la mano.

—Sí, hombres. Nos gusta pasar un tiempo a solas con nuestras mujeres. Mac tiene a la suya. Y ahora yo tengo a la mía. Y tú no te vas a ninguna parte.

Lo que la hizo sonreír y llorar a la vez pero también resultó no ser del todo verdad. Intentó salir del coche, cayó redonda y Quincy se puso a chillar una vez más para que acudieran los sanitarios.

Rainie despertó horas después chillando con voz ronca en medio de la oscuridad. La habitación estaba negra como la boca de un lobo y el agua se cerraba sobre su cabeza. Aporreó con la mano las barras de metal de la cama del hospital, buscando con desesperación algún sitio al que agarrarse. Los monitores chillaron. Los sueros se enredaron. Pero entonces llegó Quincy, la cogió de la mano y le dijo que se iba a poner bien.

Rainie volvió a dormirse pero solo para despertar otra vez gritando.

—Creo que no estoy muy bien de la cabeza —le dijo a Quincy.

—Ninguno lo estamos —le dijo él antes de trepar a la cama y acostarse a su lado.

Por la mañana le dieron el alta a Rainie con órdenes de descansar, comer y beber mucho líquido. Le habían vendado bien las costillas fracturadas. La rodilla izquierda, con los ligamentos rotos, la llevaba inmovilizada con una abrazadera de metal. Iba a necesitar cirugía para reparar la lesión pero no hasta que recuperara las fuerzas. Con Quincy a su lado, cojeó con el mejor de los ánimos hasta la habitación de Kimberly.

A la joven agente ya la habían sacado de cuidados intensivos y la habían trasladado a planta. Seguía con oxígeno, sueros y antibióticos para proteger la garganta dañada de una posible infección; los médicos no esperaban darle el alta en bastantes días.

Pero parecía tener la moral alta, le dio a Rainie un enorme abrazo y presumió de anillo de compromiso. No podía decir ni una palabra y Mac ya estaba diciendo que la prefería así.

El joven especuló en voz alta sobre una boda fabulosa con cuatrocientos invitados que se celebraría en el jardín de sus padres. Asarían un cerdo, contratarían a una banda de música country y bailarían una cuadrilla. Kimberly fingió estrangularlo con sus propias manos. Su novio amplió su visión e incluyó una novia descalza vestida con enaguas y un ramo de flores de melocotonero en las manos.

Kimberly dejó de intentar matarlo y empezó a asentir con entusiasmo. Eso lo asustó lo suficiente como para que cerrara la boca y Quincy y Rainie dejaron a los dos tortolitos con las manos cogidas.

La siguiente fue la habitación de Dougie. El niño seguía dormido, con Stanley y Laura Carpenter junto a su cama. Stanley tenía un aspecto horrible, como si llevara un mes sin dormir. Laura Carpenter tenía el mismo aspecto que Rainie recordaba, como si la hubieran pisoteado durante toda su vida y no esperara que las cosas fueran a mejorar pronto.

—Se va a poner bien —dijo Stanley con la voz ronca en cuanto Rainie entró en la habitación—. Los médicos dicen que está sorprendentemente bien. Solo necesita descansar.

—¿Se ha despertado?

—Unas cuantas veces. Ha preguntado por usted. Le dijimos que estaba bastante bien y que pronto podría verla. Bueno, claro, si a usted no le importa. Entendería…

—Me gustaría verlo.

—Vino una mujer policía —les contó Laura—. Esa tal Rodríguez. Le hizo a Dougie unas cuantas preguntas. El crío estuvo bien. No se alteró mucho.

—Conocía a Danicic, ¿verdad? —preguntó Quincy con suavidad —. Creía que ese hombre era amigo suyo.

—Eso fue culpa nuestra —dijo Stanley de inmediato—. Se acercó a nosotros poco después de que acogiéramos a Dougie. Dijo que estaba escribiendo un artículo sobre los niños que entraban en el sistema. Quería reseñar el caso de Dougie como una historia con final feliz. Ya saben, el chaval que ha ido rodando de aquí para allá pero al fin tiene un buen hogar. Durante un tiempo pasó a vernos con regularidad. No le dimos mayor importancia. Jamás vimos el artículo en el periódico, por supuesto, pero cada vez que le preguntábamos, el señor Danicic decía que su director lo había retenido, que no era oportuno, que solo era un artículo de interés general, ese tipo de cosas. Él también había vivido con una familia de acogida, ya saben.

—¿Danicic?

—Eso fue lo que dijo. Los padres murieron jóvenes, algo así. —Stanley se encogió de hombros, parecía avergonzado—. A mí no me parecía mal que se interesara tanto por Dougie. Pensé que podía ser un buen ejemplo para él. Parecía… Bueno, supongo que no puedes verlos venir a todos. Bien sabe Dios que creímos lo que nos dijo.

—Danicic utilizó a Dougie, ¿verdad? —insistió Quincy un poco más—. ¿Averiguó cosas sobre usted, sobre Rainie? ¿Fue entonces cuando empezó a pagarle?

Stanley miró a Quincy confundido.

—Yo jamás le he pagado a nadie.

—¿Ni siquiera dos mil dólares al año?

—Ah, eso. —Stanley se ruborizó y le lanzó una mirada a su mujer, que lo miró enfadada—. Cuando Dougie nació… Miren, no supe manejar muy bien la situación. Pero estaba orgulloso de Dougie.

Quería hacer algo por él. Así que abrí un fondo para la universidad.

Laura puso los ojos en blanco.

—Un niño necesita algo más que una universidad, Stanley. Un niño necesita un padre, alguien que se haga responsable de él.

—Me hago responsable de él.

—Nos hacemos —lo corrigió su mujer. Stanley volvió a ruborizarse y en ese momento, Rainie vio por qué una jovencita de instituto podía parecerle tan atractiva. Alguien que admirara al entrenador de fútbol, grande y fuerte. Alguien que estuviera pendiente de cada una de sus palabras.

—¿Les ha hablado Dougie alguna vez sobre la noche que murió su madre? —le preguntó a Stanley.

El padre negó con la cabeza.

»Necesita hablar más de eso. En sus términos, cuando él quiera. Pero cree que es culpa suya que esté muerta. Y ese sentimiento de culpa alimenta buena parte de su rabia. Hacia él mismo y hacia usted.

—¿Por qué iba a pensar que es culpa suya que a su madre la atropellara un coche? —preguntó Laura con el ceño fruncido.

—Porque, al parecer, salió del apartamento esa noche. Iba a buscarla y, en su cabeza, a su madre la mataron cuando corría a buscarlo.

Stanley abrió mucho los ojos.

—¿Y fue así?

—Pues claro que no —dijo Rainie con impaciencia—. La mató un conductor borracho antes de que Dougie saliera siquiera del apartamento. Comprueben el informe de la policía.

—Pobre crío —murmuró Stanley y, para variar, su mujer no se lo discutió.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo Laura por fin—. El periodista, ¿por qué hizo todo esto? Entablar amistad con Dougie. Raptarla a usted. Raptarlo a él. Quiero decir, ¿qué pretendía?

—Fama, fortuna y una buena tarta de manzana —murmuró

Quincy; después, Rainie y él salieron de la habitación.

Quincy esperó hasta que cumplimentaron el papeleo del hospital y se subieron al coche.

—¿Cómo iba a incluir un informe policial el detalle de que a la madre de Dougie la mataron antes de que el niño dejara el apartamento? Por lo que dices, nadie se enteró siquiera de que el niño había salido de su habitación.

Rainie se encogió de hombros.

—Tú lo sabes y yo también. Pero ellos no.

Quincy estiró la mano en el asiento delantero y le apretó la mano a su mujer.

—Eres una mujer muy buena, Rainie Conner.

—¿Para ser una mentirosa? —le preguntó ella con ligereza.

Pero él oyó que se le quebraba la voz cuando le dio la espalda y se echó a llorar.

Volver a casa fue más duro de lo que Rainie creía. Tomaba su medicación, vagaba por habitaciones en las que se suponía que debía sentirse cómoda y esperaba que, como por arte de magia, llegara el momento de reanudar su vida. Mientras regresaba en bicicleta a una nevera de la que habían sacado todo el alcohol. Mientras despertaba en plena noche, empapada de sudor y muerta de miedo. Mientras Quincy la miraba con fijeza y le decía que la quería y ella recordaba una vez más lo que era que te quisieran tanto y, de todos modos, siguieras sintiéndote sola.

A Kimberly le dieron el alta definitiva. Mac y ella se quedaron a pasar la noche y durante veinticuatro horas la casa se llenó una vez más de charlas y risas. Jugaron a las cartas, hablaron de trabajo.

Cuando las chicas se fueron a la cama, Mac y Quincy se quedaron levantados un rato más. Mac tenía una idea para el caso de Astoria y a Quincy no le pareció nada mal.

Y después, antes de que Mac se fuera a la cama:

—¿Qué tal lo lleva? —le preguntó a Quincy señalando con un gesto el dormitorio principal.

—Fatal —dijo Quincy con franqueza.

—¿Quieres que nos quedemos?

—No es de la clase de cosas en las que otra persona pueda hacer mucho.

—Y eso debe de ser una mierda para ti —dijo Mac en voz baja.

Y Quincy dijo la primera palabra que se le ocurrió.

—Gracias.

Quincy esperó hasta la mañana siguiente, cuando Rainie salió a correr, para llamar a Abe Sanders. Habían hablado solo un momento poco después de rescatar a Rainie. El sospechoso de Sanders, Duncan, había vuelto a aparecer como por arte de magia esa misma noche, pero solo para desaparecer dos veces más desde entonces. Habían intensificado la vigilancia pero todavía los entorpecía la falta de pruebas. No tenían base para solicitar una orden, no había ninguna razón plausible para al menos parar a aquel tipo y someterlo a un cacheo. Pero Duncan estaba tramando algo. Sanders tenía la certeza de que aquel hombre tenía un nuevo objetivo.

Quincy le contó la idea de Mac. Sanders lo pensó un momento.

—Bueno, hemos probado con cosas más tontas.

—Avísame con lo que sea.

Sanders colgó, Rainie volvió de correr y Quincy le registró las cosas mientras ella tomaba una ducha, en busca de cualquier señal de que hubiera comprado alguna cerveza en los últimos tiempos.

Así era vivir con una alcohólica.

Después entró en su estudio y se quedó allí un buen rato, con los ojos clavados en la foto de su hija, sin hacer nada.

Fue al hospital de Portland varias veces, a visitar a Shelly. La sheriff era la reina de la unidad de quemados, entretenía tanto a enfermeras como a pacientes con chistes verdes e historias sobre criminales incompetentes. Y siempre parecía estar deseando recibir la visita de Quincy, sobre todo porque el investigador le llevaba manzanilla.

Ella presumía de sus últimos injertos de piel y él asentía con gesto

lúgubre e intentaba limitar los matices de verde que adquiría su piel.

Los días de Shelly en la policía se habían acabado. La sheriff tenía por delante por lo menos un año de operaciones varias y terapias de rehabilitación. Tenía el pie izquierdo torcido y la cadera destrozada. Pero seguía siendo una de las personas más animadas que Quincy había conocido y con frecuencia pensaba que estaba más cómodo con ella en la unidad de quemados que con Rainie en casa.

En la cuarta visita, la sheriff le dio buenas noticias.

—¡Me voy a París! —le anunció.

—¿Te vas a París?

—Sí, señor. Siempre ha sido uno de mis sueños. Lo mencioné hace unas semanas, cuando me hicieron esa absurda entrevista. Supongo que le llegó al corazón a algún bobalicón sentimental. El departamento del sheriff recibió una donación anónima para un viaje a París para mí, con todo pagado. En cuanto levante este culo quemado de la silla de ruedas, me monto en un avión.

—La Orilla Izquierda no volverá a ser igual —le aseguró Quincy.

—¿Y tú no sabrás nada de esa donación, verdad? —lo interrogó Shelly.

—Nada en absoluto.

La sheriff nunca había tenido ni un pelo de tonta.

—Gracias —le dijo en voz baja—. Te debo una.

Lo cual, pensó Quincy mirando las largas ristras de tejido cicatrizal que le rodeaban los brazos, era lo más triste que él había oído jamás.

Kincaid se pasó por su casa un poco más tarde. Los expertos forenses habían estado examinando el ordenador de Danicic. El reportero disfrutaba como pocos con la palabra escrita. Además de elaborar largos correos electrónicos en los que divagaba sobre todo y sobre nada, correos que luego se enviaba a sí mismo, había empezado a redactar su autobiografía, La vida de un héroe.

Por lo que habían podido reconstruir, Danicic había tramado su plan no por los diez de los grandes, sino para presentarse como un

héroe en un drama real que lo catapultaría a la fama. A través de sus desinteresados esfuerzos, ayudaría él solo a la policía a negociar el rescate de dos inocentes. Por desgracia, las víctimas ya estarían muertas cuando los investigadores llegasen a la escena, cruelmente encerradas en el sótano y dejadas allí para que se ahogasen. Lo que le permitiría a Danicic aparecer con aspecto afligido en todos los medios de comunicación, cuando se embarcase en su gira nacional durante la que cultivaría una nueva personalidad como experto en crímenes violentos que pronto lo convertiría en un elemento fijo de su canal de noticias favorito. En esencia, a Danicic no lo motivaba el dinero rápido, lo que buscaba era todo un nuevo estilo de vida.

En el ático de su casa, los investigadores encontraron cajas y cajas de libros. Estudios de los casos de delincuentes violentos. Manuales sobre procedimientos policiales y las últimas técnicas forenses. Decenas de artículos impresos que hablaban de secuestradores famosos y describían en qué se habían equivocado. En muchos sentidos, los secuestros habían sido el trabajo de su vida.

En cuanto a por qué Rainie y Dougie, Kincaid seguía sin estar muy seguro. Quizá tenían que volver a lo que ya había dicho Quincy. Una mujer y un niño pequeño parecían unos objetivos menos amenazadores. Quizá solo hubiera aprovechado la coyuntura porque Danicic había entablado amistad con Dougie y se había dado cuenta muy pronto de lo rápido que se podía manipular al desazonado chiquillo. Quizá porque el marido de Rainie y su ocupación le darían al caso mucho más interés de cara a los medios.

Solo podían hacer suposiciones. Danicic ya no estaba por allí para contárselo.

Una semana más tarde, Quincy recibió una llamada inesperada. La agente especial Glenda Rodman quería avisarle de que habían localizado a Andrew Bensen en Canadá, donde había solicitado un estatus especial como objetor de conciencia. La agente pensó que a Quincy le gustaría saberlo.

Y dos días después, Quincy por fin recibió la llamada que había estado esperando.

Después, encontró a Rainie fuera, con los ojos clavados en las montañas, tomando una taza de té con unas manos que todavía le temblaban un poco a veces.

—Vamos —le dijo y se dirigió al coche sin decirle nada más.

Quincy era el que tenía la fama de callado. Pero durante los años que había pasado con Rainie había llegado a entender también los silencios de su mujer. El modo en que era capaz de enterrarse en sí misma, con los hombros encorvados y la barbilla baja. El modo en que podía dejar de mirar a los ojos, cuando su mirada se sumergía cada vez más en la naturaleza, como si quisiera desaparecer en ese grupo de abetos imponentes, como si pudiera dejar de existir solo por desearlo.

Cuando llegaron a Astoria, Rainie ya se había hecho una bola, con la barbilla apoyada en las rodillas y los brazos alrededor de las piernas para sostenerse. Sus ojos tenían una mirada dolida, acosada.

Quincy se preguntaba a veces si ese era el aspecto que tenía cuando su madre le pegaba. Y a veces, esa imagen era demasiado cruda para él. Se imaginaba una versión más joven e indefensa de Rainie, acurrucada en el suelo. Y una versión más madura y borracha de Rainie, machacándose en vida. Dos caras de la misma mujer, la suya. Un pasado del que estaba intentando escapar. Un futuro que estaba desesperada por evitar.

Llegaron al cementerio. Rainie sabía dónde estaban. Ya había ido allí una vez con Quincy y él diría que muchas veces más sola.

La investigadora se dirigió directamente a la tumba y miró el ángel de piedra. Y después, como si fuera incapaz de contenerse, acarició la mejilla de granito con los dedos.

—Charles Duncan ha sido arrestado hoy —dijo Quincy—. Quería que tú, y ellas, lo supierais por mí. Duncan confesó el asesinato de Aurora y Jennifer Johnson. Sanders tiene una declaración firmada, así como una cinta de la confesión.

—¿Ha confesado? —preguntó Rainie, perpleja.

—Fue idea de Mac. Con todos los informes forenses ya hechos, Sanders y los expertos tienen una idea bastante clara de lo que pasó esa noche. El orden de los acontecimientos, los detalles de aquella locura. Así que Sanders se fue a detener a Duncan. Le dijo que había una novedad en el caso. Entre los papeles de Jennifer habían encontrado un recibo de una cámara de esas para niñeras. Resulta que había una cámara metida en un osito en la habitación de Aurora.

—¿La había?

—No. Esa era la táctica de Mac. Creo que se llama el farol del

ciego. No suele ser nada fácil que salga bien, pero ahí es donde entran los informes de las pruebas. Sanders dejó caer unos cuantos detalles y Duncan se desmoronó. Y menos mal, porque Sanders encontró una denuncia contra él por mirón. A Duncan le había dado por seguir y espiar a una cajera que trabaja en un Safeway del barrio.

—Oh, gracias a Dios. —Rainie se llevó la mano a la boca—. Se acabó. Fue él. Está hecho.

—Sí —dijo Quincy, y, a pesar de sí mismo, se le quebró la voz—. Se acabó, Rainie. Está hecho.

—No quiero volver a tener pesadillas. —Rainie empezó a llorar—. No quiero seguir tendiéndole la mano a una niña que no puedo salvar. El mundo es muy cruel. Nuestro trabajo es inútil. Ya ni siquiera sé amar. Solo necesito odiar.

Se derrumbó en los brazos de su marido sin dejar de llorar, sin dejar de hablar. La mitad de lo que decía tenía sentido, la otra mitad no. Quincy la abrazó y dejó que lo sacara todo. Y después le acarició la espalda y jugueteó con los mechones cortos y ligeros de su cabello. Deseó llenarla de fuerza, como si el amor de un hombre pudiera curar a su mujer. Y no se sorprendió cuando Rainie se apartó de él y se secó los ojos.

Volvieron al coche en silencio. Regresaron a casa en silencio.

Y esa noche, más tarde, cuando Rainie le dijo que iba a ver a Dougie, Quincy la dejó ir y rezó por su propio bien, tanto como por el de todos los demás, para que su mujer no se fuera en realidad a un bar.

La habitación de Dougie tenía un nuevo adorno: la foto del anuario de su madre, una ampliación de ocho por diez con un bonito marco. Y había sido precisamente Laura la que la había mandado ampliar. A cambio, Dougie había empezado a utilizar palabras como por favor y gracias cuando la tenía delante. Rainie tenía la sensación de que aquello era surrealista cada vez que se acercaba a la casa.

El niño debía de haber tenido un día bueno porque estaba jugando en su habitación con un nuevo coche de juguete cuando ella llegó. Fuera, la oscuridad era absoluta y amenazaba con caer una lluvia helada, así que hasta Dougie se había encerrado en casa.

Rainie se sentó en el suelo con las piernas cruzadas mientras Dougie hacía correr el coche por todo el colchón.

—Bruuuuum. Brum. Brum. Brum.

—Bueno, ¿y qué te pareció el Dr. Brown? —le preguntó la investigadora.

El niño se encogió de hombros.

—Está bien.

—¿Buenos juguetes?

—Demasiados hombres-araña —dijo Dougie muy serio—. ¿Qué tiene de especial el hombre-araña? El hombre-escarabajo, ese sí que sería un héroe de verdad. Bruuuuum.

—Quizá tú puedas ayudarlo a ver la luz. ¿Cuándo vuelves a verlo?

Dougie dejó de conducir su coche y la miró perplejo.

—¿Volverlo a ver? ¡Pero si ya fui!

Rainie tuvo que echarse a reír.

—Es una terapia, Dougie. Hace falta más de una sesión para resolver las cosas. Tienes que darle tiempo.

—Pero si solo es hablar.

—Bueno, quizá termine gustándote el hombre-araña.

Dougie le lanzó una mirada escéptica y siguió haciendo carreras con su coche por todo el colchón.

Mientras volvía a casa, Rainie pensó en Dougie y sonrió. El niño iba recuperándose a su manera. Todavía se enfrentaba a Stanley. Todavía hablaba con añoranza del fuego. Pero cada vez pasaba más tiempo dentro de la casa, jugando, relajado, formando parte de la familia, aunque él no se diera cuenta. A Rainie le gustó que volviera a tener la foto de su madre. Le gustaba que, de vez en cuando, contara alguna historia de cuando era un bebé. Algunos de los relatos del niño a ella le parecían fantasías pero, a su manera, Dougie estaba reclamando su pasado. Parecía darle estabilidad, ofrecerle un primer destello de futuro.

Aquel niño tenía esperanzas. Al contrario que muchos otros niños. Al contrario que Aurora Johnson.

Ese pensamiento le hizo daño, volvía a dolerle todo otra vez, incluso después de tantos meses. Y sintió la oscuridad que se alzaba en el fondo de su mente, sintió esa sensación pesada y reveladora que le hundía los hombros. Y sus pensamientos, por supuesto, se alimentaban de esa oscuridad.

De todos los niños que nunca tuvieron una oportunidad. De los depredadores de niños que merodeaban por el mundo en ese mismo momento. ¿A qué pequeño de ocho años lo estaban metiendo en la cama en ese instante y nunca llegaría a ver la luz del día? ¿A qué niña estaban a punto de llevarse de su propia casa mientras sus padres dormían pasillo abajo sin advertir nada?

Y Rainie quedaba herida, dolorida, tambaleándose y perdida por la inutilidad de tanto esfuerzo.

Piensa en algo bonito, se dijo, casi sin querer. Campos de flores amarillas, arroyos suaves. Pero, por supuesto, no funcionó.

Así que volvió a pensar en Dougie. Recordó la mirada satisfecha del rostro del pequeño mientras corría con el coche por toda la habitación. Y pensó en todos los demás niños maltratados y magullados pero que, por algún motivo, de alguna forma, encontraban el modo de sobrevivir.

Quería tantas cosas para esos niños. Lo quería con fiereza. Con pasión. Quería que crecieran. Quería que fueran libres. Quería que rompieran el ciclo de abusos, que encontraran el amor incondicional al que toda persona tiene derecho. Quería que fueran felices.

Y se preguntó cómo podía querer tanto para ellos pero tan poco para sí misma. Ella también era uno de esos niños. Era una superviviente.

Y entonces, por primera vez en mucho tiempo, supo lo que tenía que hacer.

Subió con el coche por el camino de gravilla. Atravesó la lluvia punzante y entró en su casa. Encontró a Quincy sentado delante del fuego con un gesto tenso en la boca.

—Dougie te manda recuerdos —le contó en voz alta—. Se ha ganado un nuevo coche de juguete.

Y solo con eso los hombros de Quincy se relajaron y la tensión desapareció de su rostro. Rainie sabía lo que había pensado su marido,

lo que le preocupaba y esa certeza le llenó los ojos de lágrimas.

Se quedó allí de pie mucho tiempo. Minutos. Horas. No estaba segura. Miró a su marido y supo que lo veía de nuevo por primera vez. Las canas que eran más visibles que el color azabache de su cabello. Las líneas nuevas que le arrugaban las comisuras de la boca. La forma de sentarse en su propia casa, delante de su mujer, tenso, como si se estuviera preparando para lo que ella pudiera hacer a continuación.

Rainie se adelantó antes de que la abandonara el impulso y se arrodilló delante de él. Después le cogió la mano y pronunció las palabras que tenía que decir.

—Me llamo Rainie Conner y soy alcohólica.

La expresión del rostro de su marido era tan seria que estuvo a punto de romperle el corazón otra vez.

—Me llamo Pierce Quincy y soy el hombre que te sigue queriendo. Levántate, Rainie. No tienes que inclinarte ante mí, nunca.

—Lo siento tanto…

—Shh.

—Quiero recuperar nuestra vida de siempre.

—Yo también.

—Pero no sé por dónde empezar.

—Dime que todavía me quieres.

—Oh, Quincy, claro que te quiero.

—Dime que no volverás a beber jamás.

—Me apuntaré a algún programa. Haré lo que tengo que hacer. No volveré a beber jamás.

Quincy la levantó, la sentó en su regazo y enterró la cara entre los suaves mechones del cabello de su mujer, que volvía a crecer.

—Felicidades, Rainie. Acabas de dar el primer paso.

—Es un camino muy largo —susurró ella en voz baja.

—Lo sé, cariño mío. Y por eso voy a cogerte de la mano y no voy a soltarte jamás.

Agradecimientos

Lo que más me gusta de escribir una novela es la oportunidad de perseguir a un montón de gente estupenda que tiene la desgracia de responder al teléfono o, en este caso, al correo electrónico. Con cada libro tengo un montón de temas nuevos que investigar y con cada tema, tengo un montón nuevo de expertos a los que dar la tabarra.

Esta vez tengo una gran deuda con los pacientes hombres y mujeres de la Policía Estatal de Oregón. En particular con el teniente Gregg Hastings, por ayudarme a entender el funcionamiento interno del departamento así como la vida de un agente de la oficina de prensa; con el teniente Jason Bledsoe, que tiene una mente incluso más tortuosa que la mía y puso en duda una y otra vez el planteamiento de mi crimen ficticio hasta que por fin lo planteé como debía; con la teniente Beth Carpenter, del laboratorio de Investigación Criminal, que tuvo la amabilidad de permitir que mi marido y yo recorriéramos las nuevas instalaciones de vanguardia del cuerpo, que en ese momento estaban adornadas con las decoraciones más disparatadas que he visto jamás, (¿qué les parecen unas luces de Navidad hechas con cartuchos de escopeta? ¿O el árbol de Navidad de Huellas Latentes, que estaba decorado con pulgares postizos?).

Por supuesto que también le di la lata a mi farmacéutica favorita, Margaret Charpentier, a la que le agradezco su contribución anual a mis asesinatos y mutilaciones ficticias. Y además presioné a mi queridísimo amigo, el Dr. Greg Moffatt, cuyas brillantes observaciones sobre las mentes perturbadas permiten que mis personajes alcancen nuevos niveles de depravación.

Como siempre, todas esas personas comparten conmigo una información concreta y exacta. Y a partir de ahí, he sido yo la que lo he maltratado, corrompido y novelado todo en exceso.

Por último, y a nivel más personal, jamás habría podido terminar esta novela sin los cuidados y el sustento de otras personas: mi marido, que una vez más contribuyó con ese ojo de ingeniero que tiene para los detalles y que se ofreció a importunar a su mujer con constantes ofrecimientos de chocolate y solo para que la susodicha se lo impidiese decidiendo empezar la dieta de South Beach dos semanas antes de que se cumpliese el plazo de entrega, (¿en qué estaría yo pensando?); Sara Clemons, que nos cuida tan magníficamente bien a

todos; Brandi Ennis, por tranquilizar la conciencia de una madre trabajadora queriendo a mi hija casi tanto como yo; mi hija, que es adicta a la banda sonora de los Osos Amorosos y que le ha enseñado a su madre una lección valiosísima, a elaborar una novela de misterio con Journey to Joke-a-Lot metida en la cabeza; y por último, mis dos adorables perros, que ladran tanto que es un milagro que consiga pensar.

Y finalmente, pero no menos importante, mis más calurosas felicitaciones a Alane Grove, ganadora de la segunda lotería Mata a un Amigo, Mutila a un Colega, de www.Lisa-Gardner.com. Alane se ganó el privilegio de nombrar a la persona que quisiera para que muriera en esta novela. Alane se nominó a sí misma y ganó. Espero que disfrutes de tu papel, Alane, eres el fiambre con suerte de este libro.

Y a todos los que siguen esperando su oportunidad para alcanzar la inmortalidad literaria, no temáis, ya estoy trabajando en la próxima novela, lo que significa que necesito más expertos a los que acosar y más ganadores de la lotería que matar.

Disfrutad del libro.